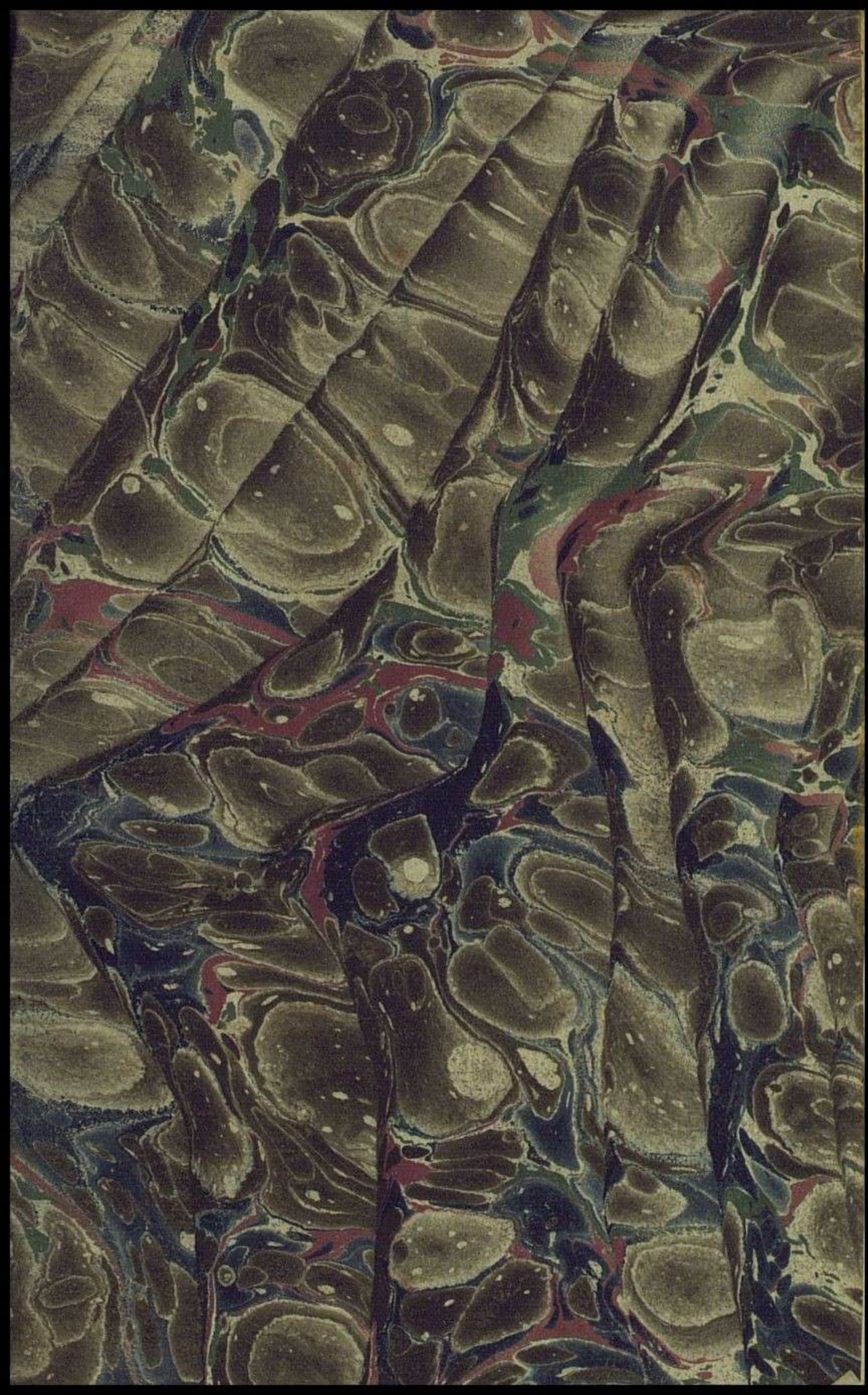


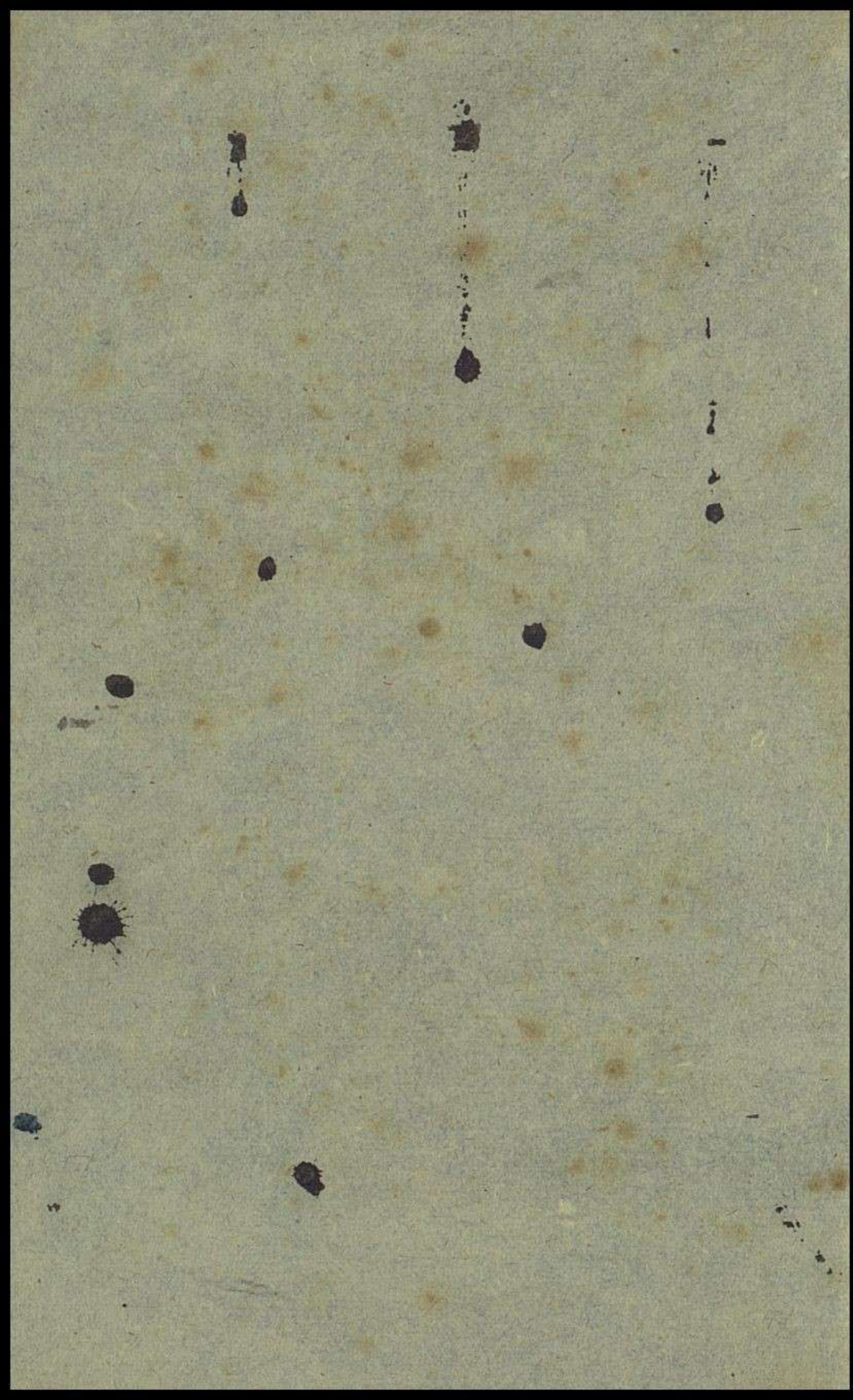
106
1-25

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF
TORONTO









XIX
80(III)



LOS MISTERIOS
DE PARÍS,

POR M. EUGENIO SUÈ,

Y TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR J. M. G.



Emilio González Martí

TOMO TERCERO.

VALENCIA:
IMPRENTA DE D. JOSE MATEU CERVERA,
A CARGO DE V. LLUCH. = 1845.

Es propiedad del Editor



R. 13h



CAPÍTULO I.

—KON—

DELACION.

El día del rapto de María, por la Mochuelo y el Dómine, llegó sobre las diez de la mañana á la granja de Bouqueval un hombre á caballo, que iba, segun dijo, de parte del señor Rodolfo, para tranquilizar á la señora Jacinta, por la desaparicion de su jóven protegida, que debia enviársela dentro de unos dias. Luego rogó á la señora Jacinta, en nombre del mismo señor Rodolfo, y por muchas razones muy importantes, que si alguna cosa se la ofrecia escribir, no le dirigiese la carta á París, sino que la pusiera en manos del mismo, que se encargaba de entregarla. Este emisario lo era de Sarah, que por medio de aquella astucia tranquilizaba á la señora Jacinta, y retardaba por algunos dias el momento en que Rodolfo supiese el rapto de la Gui-

llabaora. En este intervalo, Sarah confiaba obligar al escribano Ferrand, á favorecer la indigna superchería (la suposición de la hija) de que hemos hablado. Y no se paraba en esto.... La condesa quería librarse tambien de la señora de Harville, que le infundia sérios temores, y á quien hubiera perdido ya una vez, á no ser por la presencia de ánimo de Rodolfo.

El dia siguiente al de la cita de la calle del Temple, Tom se fué á la casa, hizo charlar sin dificultad á la señora Pipelet, y supo que una señora jóven, casi á punto de ser sorprendida por su marido, se habia salvado por la mañana, gracias á la astucia de un inquilino de la casa, llamado Rodolfo. Saboradora de esta circunstancia, y no poseyendo prueba ninguna material de las citas que habia dado Clementina á Carlos Robert, Sarah, concibió otro odioso plan, reducido á enviar un nuevo anónimo al marqués de Harville, con objeto de producir un rompimiento entre él y Rodolfo, ó al menos sembrar en el ánimo del primero sospechas bastante violentas, para que privase á su esposa de recibir mas al príncipe.

La carta estaba concebida en estos términos:

«Se han burlado indignamente de vos: el otro dia, vuestra esposa, avisada de que la seguiais, tuvo una idea de imaginaria beneficencia: iba á una cita en casa de un *personage muy augusto* que ha tomado un cuarto piso en la calle del Temple, bajo el nombre de *Rodolfo*. Si dudais de estos hechos que no pueden menos de pareceros estraños, id á informaros en la calle del Temple núm. 17, pintad las facciones del *augusto personage* de quien se os habla, y conoceréis fácilmente que sois el marido mas crédulo y mas bonachon entre los que hayan sido *soberanamente* engañados. No desprecieis

esta advertencia , si no quereis que se crea que sois demasiado *amigo del principe.*»

Sarah , echó al correo este billete á las cinco de la tarde del dia de su visita al escribano.

Aquel mismo , despues de haber recomendado á Mr. de Graün que apresurara cuanto le fuese posible la llegada de Cecilia á París , Rodolfo salió por la tarde para hacer una visita á la embajada de*** y en seguida ir á casa de la señora de Harville , para anunciarla que habia encontrado una intriga caritativa digna de ella.

Síguenos el lector á casa de esta señora , y verá por la siguiente conferencia , que aquella muger jóven , al mostrarse generosa y compasiva con su marido , á quien tratára hasta entonces con estrema frialdad , seguia ya los nobles consejos de Rodolfo.

El marqués y su esposa se levantaban de la mesa , en el pequeño salon de que hemos hablado ya ; la espresion de las facciones de Clementina era afectuosa y dulce ; el marqués parecia menos triste de lo que acostumbraba.

Ápresurémonos á decir que no habia recibido el nuevo é infame anónimo de Sarah.

— ¿Qué haceis esta tarde? dijo maquinalmente á su esposa.

— No saldré de casa. ¿Y vos que haceis?

— No sé , contestó con un suspiro : no puedo soportar la sociedad.... Pasaré esta tarde , como tantas otras tardes.... solo.

— ¿Por qué solo? Toda vez que yo no salgo....

El marqués miró sorprendido á su muger.

— Seguramente.... pero....

— ¿Pero qué?

— Sé que acostumbrais preferir la soledad cuando no salís de casa.

— Sí, pero como soy muy caprichosa, dijo Clementina sonriendo, hoy me gustaria mucho que me acompañaseis en mi soledad, si habeis de tener gusto en ello.

— ¡De veras! exclamó el marqués con emocion. ¡Qué amable sois en prevenir un deseo que yo no me atrevia á manifestaros!

— ¿Sabeis, amigo mio, que vuestra sorpresa tiene casi la apariencia de una reconvencion?

— ¿Una reconvencion? ¡Oh, no, no! pero despues de mis injustas y criminales sospechas del otro dia, encontraros tan benévola, os confieso que ha sido para mí una sorpresa, pero la mas dulce que podia tener.

— Olvidemos lo pasado, dijo ella á su esposo con una sonrisa de una dulzura angelical.

— ¿Y lo conseguireis vos, Clementina? contestó tristemente el marqués: ¿olvidareis que me atreví á sospechar de vos?... No puedo deciros á qué extremo me hubieran arrastrado mis ciegos recelos... ¡pero qué es esto, comparado con otras faltas mayores y mas irreparables!

— Olvidemos la pasado, os digo, repuso Clementina conteniendo una emocion penosa.

— ¿Qué es lo que oigo, Clementina? ¿Serias generosa hasta tal punto? Pero, no, no.... no puedo creer en tanta dicha: yo habia renunciado á ella para siempre.

— Os equivocabais, ya lo veis....

— ¡Qué cambio, Dios mio! ¿Es esto un sueño? ¡Oh! decidme que no me engaño.

— No, no os engañais.

— En efecto, vuestra mirada es menos fria, vuestra voz está casi conmovida.... ¡Oh! decidme, ¿es esto verdadero, ó soy el juguete de una ilusion?

— No, porque yo misma tengo necesidad de perdon.

— ¿Vos?

— ¿No he sido muchas veces dura con vos, y quizás hasta cruel? ¿No debía calcular que hubierais necesitado tener un valor raro, y una virtud mas que humana para obrar de otro modo del que obrasteis? Aislado é infeliz, ¿cómo resistir al deseo de buscar algun consuelo en un matrimonio que os agradaba! ¡Ah, cuando se padece, se está tan dispuesto á creer en la generosidad de los demas!... Vuestra falta no ha sido otra hasta aqui que el contar con mi corazon generoso.... pues bien; desde ahora trataré de no defraudar vuestras esperanzas.

— ¡Oh! hablad, hablad todavía, dijo el marqués juntando las manos en una especie de éxtasis.

— Nuestras existencias están unidas para siempre una á otra, y haré cuantos esfuerzos me sean posibles, para haceros menos amarga la vida.

— ¡Dios mio, Dios mio! ¿Sois vos, Clementina, la que hablais asi?

— Os ruego que no os sorprendais tanto con mis palabras.... me haceis en ello mal, porque vuestra sorpresa es una censura amarga de mi conducta pasada. ¿Quién os habia de compadecer? ¿Quién os habia de tender una mano amiga y bienhechora, sino yo?... Me ha venido una buena inspiracion; he pensado y reflexionado mucho sobre lo pasado y sobre el porvenir; he reconocido mis faltas, y creo que he encontrado el medio de repararlas.

— ¡Vuestras faltas!

— Sí, al dia siguiente de mi matrimonio, debia apelar á vuestra lealtad, y pedir os francamente una separacion.

— ¡Ah, Clementina, piedad, piedad!

— De lo contrario, toda vez que aceptaba mi posición, debía engrandecerla con el sacrificio, en lugar de ser para vos un martirio incesante por mi altiva y silenciosa frialdad. Debía tratar de consolar vuestra horrible desgracia, sin pensar en otra cosa que en vuestro infortunio. Poco á poco me hubiera ligado con mi obra de misericordia, en razon de los mismos cuidados y sacrificios que tal vez me hubiera costado; vuestro reconocimiento me habria recompensado, y entonces.... ¡pero Dios mio! ¿Qué teneis? ¿Estais llorando!

— Sí, lloro, pero lloro de placer. No sabeis que emociones nuevas remueven en mí vuestras palabras.... ¡Oh, Clementina, dejadme llorar! Nunca he comprendido como en este momento, hasta qué punto he sido culpable, encadenándoos á mi triste existencia.

— Y nunca tampoco, me he sentido yo mas dispuesta al perdon. Esas dulces lágrimas que verteis, me hacen conocer una felicidad que ignoraba. ¡Valor, pues, amigo mio, valor! A falta de una vida radiante y afortunada, busquemos nuestra satisfaccion en el cumplimiento de los serios deberes que la suerte nos impone. Seamos indulgentes el uno para el otro; y si decae nuestro espíritu, fijemos la vista en la cuna de nuestra hija, concentremos en ella todos nuestros afectos, y tendremos todavia algunos goces melancólicos y santos.

— ¡Es un ángel!... ¡es un ángel! exclamó el marqués juntando las manos, y contemplando á su esposa con apasionada admiracion. ¡Oh, vos no sabeis el bien y el mal que me haceis, Clementina! No sabeis que vuestras mas duras palabras de otras veces, y vuestras reconvenciones mas amargas, ¡ah! y mas merecidas, no me han confundido tanto como esta mansedumbre adorable, como esta ge-

nerosa resignacion.... y con todo, á pesar mio haceis renacer en mí la esperanza. No sabeis qué porvenir me atrevo á entrever.

— Y estad seguro de que podeis tener una fé ciega y sincera en lo que os digo, Alberto.... es resolucion que tomo con firmeza, y á la que jamás faltaré, yo os lo juro. Mas tarde podré daros todavía nuevas garantías de mi palabra.

— ¡Garantías! exclamó el marqués cada vez mas exaltado por una felicidad tan imprevista; ¡garantías! ¿Las necesito yo acaso? Vuestra mirada, vuestro acento, esa espresion divina de bondad que tanto os embellece: y los latidos y el arrobamiento de mi corazon, me prueban que decís verdad. Pero, ya lo sabeis, Clementina, el hombre es insaciable en sus deseos, añadió el marqués acercándose al sillón de su esposa: vuestras nobles é interesantes palabras me dan la audacia de esperar.... de esperar un cielo de ventura, sí.... de esperar lo que ayer todavía consideraba como un sueño insensato...

— ¡Esplicaos, por favor! dijo Clementina, un poco inquieta, por las espresiones apasionadas de su esposo.

— Pues bien. Sí, exclamó él cogiendo la mano de su esposa, sí, á fuerza de ternura, de esmero y de amor.... ¿Oís Clementina?... á fuerza de amor espero hacerme amar de vos.... no con un afecto pálido y tibio.... sino con una pasion ardiente, como la mia.... ¡Oh, vos no conoceis esta pasion! porque ni aun me he atrevido á hablaros de ella.... ¡Os mostrabais siempre tan glacial conmigo!... Jamás os oí una palabra de bondad, una de esas palabras que hace un momento me arrancaban lágrimas, y que ahora me embriagan de felicidad.... y esta felicidad, la merezco.... ¡Os he amado siempre tanto, y he sufrido tanto, sin deciroslo! ¡El pesar

que me devoraba no tenia otra causa! Sí; mi horror al mundo, mi carácter sombrío y taciturno, era tambien dimanado de esto. Calculad vos misma.... tener en mi casa una muger adorable é idolatrada, que era la mia; una muger á quien yo deseaba con todos los trasportes de un amor comprimido.... y verme condenado por ella y para siempre á solitarios y ardientes insomnios.... ¡Oh, no, vos no sabeis mis lágrimas de desesperacion, ni mis insensatos accesos de furor! Yo os aseguro que os hubieran conmovido..... ¿pero qué digo? Ellos os conmovieron, ya habeis adivinado mi tortura: ¿es verdad? y ahora tendreis compasion. La vista de vuestra inefable belleza y de vuestras gracias seductoras, no será ya mas mi felicidad y mi suplicio diario.... Sí, este tesoro que miro como mi mas preciosa joya.... este tesoro que me pertenece, y que no poseía.... será bien pronto mio.... Si, mi corazon, mi alegría, mi locura, todo me lo dice.... ¿No es verdad, amiga mia, mi tierna amiga?

Y diciendo estas palabras el marqués de Harville, cubria de apasionados besos la mano de su esposa.

Clementina desolada por el error de su marido, no pudo menos en su primer movimiento de repugnancia y casi de espanto, de retirar brusca-mente la mano.

Su fisonomía espresó demasiado claro el resentimiento, para que el marqués pudiera equivocarse.

Este golpe fué terrible para él. Sus facciones tomaron una espresion desesperada; pero su esposa le tendió vivamente la mano, y exclamó:

— Alberto, os lo juro, seré siempre para vos la mas apasionada amiga, la hermana mas tierna.... ¡pero nada mas! ¡perdon, perdon! si á pesar mio

mis palabras os han dado esperanzas.... que no puedo realizar jamás.

— ¿Jamás? exclamó el marqués clavando en su muger una mirada suplicante y desesperada.

— ¡Jamás! respondió Clementina.

Esta sola palabra y el acento de la jóven revelaban una resolución irrevocable.

Clementina, vuelta á nobles pensamientos por el recuerdo de Rodolfo, estaba firmemente decidida á prodigar á su esposo los cuidados mas afectuosos; pero se sentia incapáz de tenerle jamás amor. Una impresion mas inexorable todavía que el horror, que el desprecio y que el odio, apartaba para siempre á Clementina de su esposo.... y era una repugnancia invencible.

Despues de un momento de doloroso silencio, el marqués se pasó la mano por los ojos humedecidos, y dijo á su esposa con amargura:

— Perdonad que me haya equivocado.... perdonad que me haya abandonado tan neciamente á una esperanza insensata.

Siguió un nuevo silencio, y exclamó otra vez:

— ¡Ah, qué infeliz soy!

— Amigo mio, le dijo dulcemente Clementina, no quisiera haceros reconvenciones; pero con todo, ¿contais por nada mi promesa de ser para vos la mas tierna de las hermanas? debereis á la amistad mas afectuosa cuidados que el amor no podria daros.... esperad, esperad, pues, mejores dias.... Hasta ahora me habeis encontrado casi indiferente á vuestros pesares; ya vereis cómo sé compadecerlos, y qué consuelos encontrareis en mi afecto....

En este momento entró un ayuda de cámara, y anunció dirigiéndose á Clementina:

— S. A. R. el gran duque de Gerolstein pregunta á la señora marquesa si puede recibirle.

Clementina interrogó con una mirada á su marido, quien recobrando su serenidad, dijo á su esposa:

— Seguramente que sí.

El ayuda de cámara salió.

— Perdon, amigo mio, repuso Clementina, no habia dado orden para no recibir á nadie. Por otra parte hace mucho tiempo que no habeis visto al príncipe, y tendrá mucho gusto en encontraros aquí.

— Y yo tendré tambien mucho en verle, dijo el marqués: con todo, os confieso que en este momento estoy tan turbado, que hubiera preferido recibir otro dia su visita.

— Lo comprendo.... pero ¿qué quereis hacer? Helo ahí.

— Me considero mil veces dichoso, señora, con tener el honor de encontraros en casa, dijo Rodolfo, y celebro doblemente mi fortuna, cuando me proporciona el placer de veros, querido Alberto, añadió dirigiéndose al marqués, cuya mano apretó cordialmente.

— En efecto, monseñor, hace mucho tiempo que no he tenido el honor de hablaros.

— ¿Y quién tiene la culpa, señor invisible? La última vez que vine á visitar á Mad. de Harville, pregunté por vos, y no estabais. Hace mas de tres semanas que me habeis olvidado, y habeis hecho mal....

— No le tengais compasion, monseñor, dijo Clementina sonriendo; Harville es tanto mas culpable, cuanto tiene á V. A. R. el afecto mas profundo, del cual podria haceros dudar con su negligencia.

— Pues mirad cuánto es mi orgullo, señora; pórtese como quiera conmigo Harville, me será siempre imposible el dudar de su afecto; pero yo no

deberia decir esto, porque voy á dar aun pábulo á su indiferencia.

— Creed que solo algunas circunstancias imprevistas me han impedido el aprovecharme mas á menudo de las bondades con que me honrais.

— Francamente, querido Alberto, os creo demasiado platónico en amistad; pues confiado en que se os quiere, no os dais mucha prisa en dar ó recibir pruebas de cariño.

Por una falta de etiqueta, que la marquesa sintió algun tanto, entró un criado con una carta para el marqués.

Era la delacion anónima de Sarah, que acusaba al príncipe de ser el amante de la señora de Harville.

El marqués, por deferencia hácia el príncipe, rechazó con la mano la bandeja de plata que el criado le presentaba, y dijo á media voz:

— Luego, luego lo veré....

— ¿Conmigo haceis esos cumplidos, querido Alberto? dijo Rodolfo con el tono mas afectuoso.

— ¡Monseñor!

— Con el permiso de la señora marquesa, os ruego que leais esa carta.

— Os aseguro, monseñor, que no tengo ninguna prisa.

— ¡Vamos, Alberto, leedla!

— Pero....

— Os lo suplico.... lo quiero....

— Ya que V. A. R. lo exige.... dijo el marqués tomando la carta de la bandeja.

— Cierto que exijo que me trateis como amigo. Y luego, dirigiéndose á la marquesa, mientras que Harville abria la carta fatal, cuyo contenido no podia imaginar Rodolfo, añadió sonriendo:

— ¡Qué triunfo para vos, señora, el de hacer ceder siempre esa terca voluntad!

Harville se acercó á uno de los candelabros de la chimenea, y abrió la carta de Sarah.

Rodolfo y Clementina hablaban mientras que Harville leía por dos veces la carta infame.

Las facciones del marqués se mantuvieron tranquilas, y solo un temblor nervioso y casi imperceptible agitó su mano, cuando despues de un momento de vacilacion, metió el billete en el bolsillo del chaleco.

— A riesgo de pasar todavía por un salvage, dijo á Rodolfo sonriendo, me atreveré á pedirlos, monseñor, el permiso de retirarme para contestar á esta carta.... mas importante de lo que pensé al principio.

— ¿No os volveré á ver esta tarde?

— No creo tener este honor, y espero que V. A. R. se dignará excusarme.

— Qué hombre tan resbaladizo, dijo alegremente Rodolfo, ¿no hay quien lo coja! ¿Y vos, señora, no procurareis detenerle?

— No me atrevo á probar lo que V. A. R. ha intentado en vano.

— Sériamente, querido Alberto, procurad volver por acá cuando hayais escrito la contestacion; ó sino prometedme concederme algunos momentos, cualquier dia.... tengo mil cosas que deciros.

— V. A. R. me confunde, dijo el marqués saludando profundamente. Y se retiró dejando á Clementina con el príncipe.

— Vuestro esposo está preocupado, dijo Rodolfo á la marquesa; su sonrisa me ha parecido forzada.

— Cuando V. A. R. ha llegado, estaba Harville

profundamente conmovido, y ha tenido mucha dificultad en ocultároslo.

— ¿He llegado quizás en mala ocasión?

— No, monseñor: al contrario, habeis evitado el fin de una penosa conversacion.

— ¿Cómo?

— He dicho á Harville la nueva conducta que estaba resuelta á seguir con él.... prometiéndole apoyo y consuelo.

— ¡Qué feliz habrá sido al oiros!

— Al principio lo ha sido tanto como yo; porque sus lágrimas y su emocion me han causado un placer que hasta ahora no conocia. Antes creia vengarme dirigiéndole un reproche ó un sarcasmo. ¡Triste venganza que hacia mas amarga despues mi pena! mientras que hace poco.... ¡qué diferencia!... Habia preguntado á mi esposo si salia, y habiendo contestado tristemente que pasaria la tarde solo como de costumbre, cuando le he ofrecido quedarme á su lado: ¡si hubierais visto su sorpresa, monseñor! ¡Cómo se han vuelto de repente radiantes sus facciones sombrías! ¡Ah, cuánta razon teniais! Nada hay mas interesante que esas sorpresas de felicidad.

— Pero ¿cómo ha sido que esas pruebas de bondad de vuestra parte han producido esa tristeza de que me hablais?

— ¡Ah, monseñor! dijo Clementina poniéndose colorada; á esperanzas que yo podia hacer nacer, porque podia cumplirlas, han sucedido en Harville otras mas tiernas, que yo me habia guardado bien de provocar, porque siempre me será imposible satisfacerlas.

— Entiendo.... ¡os ama con tanta ternura!...

— Tanto como al principio me interesó su reconocimiento, me he sentido helada y sorprendida

desde que su lenguaje se ha vuelto apasionado.... Por fin , cuando en su exaltacion ha estampado un beso en mi mano , me ha sobrecogido un frio mortal , y no he podido disimular mi espanto.... Acababa de darle un golpe doloroso , manifestando el invencible disgusto que me causa su amor.... Lo siento , pero á lo menos ahora está convencido para siempre de que á pesar del afecto que me ha vuelto á su lado, no puede esperar de mí mas que la amistad mas tierna.

— Le compadezco , sin poderos culpar por esto: hay ciertas susceptibilidades , por decirlo asi , sagradas.... ¡Pobre Alberto! ¡tan bueno y tan leal , á pesar de todo! ¡Con un corazon tan firme, y un alma tan ardiente! ¡Si supierais cuánto tiempo me ha llamado la atencion la tristeza que le devoraba, aunque ignorase la causa!... Esperémoslo todo del tiempo y de la reflexion. Poco á poco conocerá el valor del afecto que le ofreceis , y se resignará, como se habia resignado hasta ahora , careciendo de los interesantes consuelos que le ofreceis.

— Y que jamás le han de faltar , os lo juro, monseñor.

— Ahora pensemos en otros infortunios. Os prometí una buena obra , que tuviese todo el encanto de una novela , y vengo á cumplir mi empeño.

— ¡Tan pronto, monseñor , qué dicha!

— ¡Ah , qué feliz inspiracion tuve al alquilar aquel cuarto de la calle del Temple , de que os hablé! ¡No podeis imaginar todo lo que he encontrado en él de curioso é interesante! En primer lugar , vuestros protegidos del desvan gozan de la felicidad que vuestra presencia les habia prometido, á pesar de que tienen que sufrir todavía duras pruebas.... pero ahora no quiero entristeceros....

Un dia sabreis cuantos males horribles pueden abatir á una familia sola.

— ¡Cuál será su reconocimiento á vuestras bondades!

— Lo que bendicen es vuestro nombre.

— ¿Les habeis socorrido en nombre mio, monseñor?

— Para hacerles mas dulce la limosna. Por otra parte, no he hecho mas que realizar vuestras promesas.

— ¡Oh! yo iré á desengañarles, y decirles cuánto os deben.

— ¡No lo hagais! Sabeis que tengo alquilado un cuarto en aquella casa, y debeis temer nuevas bajas anónimas por parte de vuestros enemigos, ó de los míos. Y luego los Morel están á salvo actualmente de toda necesidad. Pensemos en otros; pensemos en nuestra intriga. Se trata de una pobre madre y de su hija que, habiendo gozado en otro tiempo de toda comodidad, están en el dia, gracias á una expoliacion infame, reducidas á la suerte mas horrible.

— ¡Infelices! ¿y dónde viven, monseñor?

— Lo ignoro.

— Pues ¿cómo habeis sabido su miseria?

— Ayer fui al Temple.... ¿Vos no sabeis lo que es el Temple, señora marquesa?

— No, monseñor.

— Es un bazar muy digno de verse.... Iba, pues, á hacer algunas compras con mi vecina del cuarto piso....

— ¿Vuestra vecina?

— ¿No tengo mi habitacion en la calle del Temple?

— Lo habia olvidado, monseñor.

— Esta vecina es una encantadora griseta, que se

llama Rigolette, que ríe siempre, y no ha tenido amante todavía.

— Mucha virtud es para una griseta.

— No es absolutamente por virtud el que tenga tanta prudencia; sino porque dice que no tiene tiempo para hacer el amor, porque la ocuparía demasiado; y necesita trabajar doce ó quince horas cada día para ganar veinticinco sueldos, con los cuales vive.

— ¿Y puede vivir con tan poco dinero?

— ¡Cómo si puede vivir! Y tiene como objeto de lujo, dos pájaros que comen mas que ella: su cuarto es lindísimo, y viste con bastante elegancia.

— ¡Vivir con veinticinco sueldos diarios! ¡Esto es un prodigio!

— Un verdadero prodigio de orden, trabajo, economía y filosofía práctica, os lo aseguro: y así os la recomiendo. Ella dice que es muy buena costurera; y en caso contrario, nadie os obliga á llevar las ropas que ella os haga.

— Desde mañana la enviaré trabajo.... ¡Pobre niña! vivir con una economía, por decirlo así, desconocida de nosotras las ricas, que por el mas insignificante de nuestros caprichos gastamos cien veces mas.

— ¿Con que, os interesais por mi protegida? muy bien: pero volvamos á nuestra aventura. Habia, pues, ido al Temple con la señorita Rigolette, para comprar algunas cosas para vuestros protegidos de la buhardilla, cuando registrando un viejo escritorio que estaba de venta, encontré el borrador de una carta, escrito por una muger, que se quejaba á un tercero de verse reducidas á la miseria ella y su hija por la infidelidad de un depositario. Pregunté á la vendedora dónde habia adquirido aquel mueble; y me dijo que hacia parte del

modesto mueblaje que una señora, jóven todavía, le habia vendido, por encontrarse seguramente privada de otro recurso. Aquella muger y su hija, me dijo la vendedora, parecian señoras distinguidas, y soportaban con orgullo su miseria.

— ¿Y no sabeis dónde viven, monseñor?

— Desgraciadamente no lo sé todavía. Pero he dado órden á Mr. de Graün, para que procure descubrirlo, dirigiéndose si es menester á la prefectura de policia. Es probable que, faltas de todo, habrán ido madre é hija á buscar un refugio en alguna miserable posada. Si es asi, aun podemos concebir buenas esperanzas, porque los dueños de esas casas, presentan cada noche la relacion de los forasteros que han admitido durante el dia.

— ¡Qué singular reunion de circunstancias! dijo la marquesa sorprendida, ¡cómo interesa esto!

— Pues aun falta mas. En un ángulo del borrador de la carta, encontrado en el antiguo mueble, habia escritas estas palabras: «Se ha de escribir á la señora de Lucenay.»

— ¡Qué dicha! quizás sepamos algo por la duquesa, exclamó con viveza la señora de Harville, y luego añadió con un suspiro: Pero ignorando el nombre de esa señora, ¿cómo se la ha de designar á la de Lucenay?

— Debeis preguntarle si conoce á una viuda, jóven todavía, de fisonomía distinguida, y cuya hija de edad de diez y seis á diez y siete años, se llama Clara.... Me acuerdo muy bien de su nombre.

— ¡El nombre de mi hija! me parece que esta es una razon de mas para que me interese por esas desgraciadas.

— Se me olvidaba deciros que el hermano de esa viuda, se suicidó hace algunos meses.

— Si la señora de Lucenay conoce á esa familia,

repuso la marquesa reflexionando, bastarán estos datos para hacerla saber de quién se trata, porque el triste género de muerte de ese infeliz, llamará su atención y sus recuerdos. ¡Dios mio, cuánta gana tengo de verla! esta misma noche la escribiré una esquela para estar segura de encontrarla en casa mañana. ¿Y quiénes pueden ser esas señoras? Según lo que me habeis dicho de ellas, monseñor, infiero que pertenecen á una elevada clase de la sociedad.... ¡Y verse reducidas á tanta miseria! ¡Oh, la miseria debe ser doblemente horrible para ellas!

— Y todo por la infamia de un escribano, abominable pícaro, de quien yo sabia ya otros crímenes.... de un tal Santiago Ferrand.

— ¡El escribano de mi esposo! exclamó la marquesa, ¡el de mi madrastra! Pero, sin duda os equivocais, monseñor; está considerado como el hombre mas honrado del mundo.

— Tengo pruebas de lo contrario; pero hacedme el favor de no hablar á nadie de mis sospechas, ó por mejor decir, de mi conocimiento para con ese miserable: es tan astuto como criminal, y para desenmascararlo necesito que crea aun algunos dias en la impunidad. Sí, él es quien ha despojado á esas infelices, negando un depósito que, segun todas las apariencias, le habia sido confiado por el hermano de la viuda.

— ¿Y aquella cantidad era...?

— ¡Su único recurso!...

— ¡Oh! este es uno de aquellos crímenes....

— De aquellos crímenes, exclamó Rodolfo, que nada disculpa, ni la necesidad, ni la pasion. Muchas veces el hambre induce al robo, y la venganza al crimen; pero á ese escribano, rico ya, y revestido por la sociedad de un carácter casi sacerdotal, de un carácter que impone y obliga á la con-

fianza , á este hombre , nada le induce al crimen sino una avaricia fria é implacable.... El asesino no mata mas que una vez , y pronto , con su puñal ; y él mata lentamente por medio de todas las torturas de la desesperacion y de la miseria en que deja á su víctima. Para un hombre como Ferrand , ni el patrimonio del huérfano , ni el jornal del pobre , ganado con tanto trabajo.... ¡nada hay sagrado!... Le confiais oro , este oro le tiente , y os lo roba. De rico y dichoso , la voluntad de ese hombre os convierte en mendigo y desventurado. A fuerza de privaciones y trabajos , habeis asegurado el pan y el abrigo de vuestra vejez ; pero la voluntad de ese hombre , le quita á vuestra vejez el abrigo y el pan.... Y no paran aqui las fatales consecuencias de esas depredaciones infames. Si esa viuda de quien hablamos muere de miseria y de pesar , su hija , jóven y bella , sin apoyo , sin recursos , acostumbrada á las comodidades , é inepta por su educacion para ganarse el sustento , ¡se encuentra muy luego entre la deshonor y el hambre ! ¡Si se extravía y sucumbe , la vereis luego perdida , envilecida y deshonrada ! ¿ Y quién , sino Santiago Ferrand , por su infame espoliacion , habrá tenido la culpa de la muerte de la madre , y de la prostitucion de la hija ? Ha asesinado el cuerpo de la una , y el alma de la otra ; y esto , lo repito , no de un golpe , como hacen los asesinos , sino lenta y cruelmente.

Clementina no habia oido jamás á Rodolfo hablar con tanta amargura é indignacion , y escuchábale en silencio maravillada de aquellas palabras de una elocuencia , que aunque melancólica , revelaba un odio vigoroso contra el mal.

— Perdonad , señora , la dijo Rodolfo ; pasados

algunos momentos de silencio, no he podido contener mi indignacion al pensar en las horribles desgracias que podrian sobrevenirles á vuestras futuras protegidas. ¡Ah! creedme, jamás son exageradas las terribles consecuencias que traen consigo la ruina y la miseria.

— ¡Oh! al contrario, monseñor, yo os doy gracias, por haber aumentado todavía si es posible, con esas terribles palabras, la tierna compasion que me inspira esa madre infeliz. ¡Ah, cuánto debe sufrir! mayormente por su hija.... ¡qué horrible es esto! Pero las salvaremos.... auguraremos por su porvenir, ¿no es verdad, monseñor? Gracias á Dios, soy rica, no tanto como quisiera, ahora que trasluzco un nuevo uso de las riquezas; pero si es necesario, me dirigiré á Mr. de Harville, y le haré tan dichoso, que no podrá negarse á ninguno de mis nuevos caprichos, y preveo que tendré muchos de este género. Habeis dicho que nuestras protegidas son orgullosas, así las quiero mas: el orgullo en el infortunio, prueba siempre un alma elevada.... Ya encontraré yo medio de salvarlas sin que conozcan que deben su salvacion á un beneficio.... Esto será difícil; ¡tanto mejor! ¡Oh! tengo ya mi plan: ya lo vereis, monseñor: vereis como no me faltan ni astucia ni sagacidad.

— Ya me parece que vislumbro las combinaciones mas maquiavélicas, dijo sonriendo Rodolfo.

— Pero primeramente se necesita saber donde están. ¡Cuánto deseo ver el dia de mañana! Al salir de casa la de Lucenay iré á su antigua habitacion, preguntaré á los vecinos, me enteraré por mí misma, pediré noticias á todo el mundo.... y me comprometeré si es preciso. Tendré tanto orgullo en conseguir por mí misma y sola el resultado que de-

seo.... ¡Oh! lo alcanzaré.... ¡es tan interesante esta aventura!... ¡Pobres señoras! me parece que me intereso por ellas cuando pienso en mi hija.

Rodolfo, conmovido por aquel celo caritativo, se sonreía melancólicamente, al ver aquella mujer de veinte años, tan bella y tan amable, procurando olvidar con nobles distracciones las desgracias domésticas que la rodeaban: los ojos de Clementina tenían un brillo deslumbrante, sus mejillas se coloreaban ligeramente, y la animación de su gesto y de su palabra, daban un nuevo atractivo á su seductora fisonomía.

La marquesa, viendo que Rodolfo la contemplaba en silencio, se ruborizó y bajó los ojos; mas levantándolos de nuevo con una confusión encantadora, le dijo:

—¿Os reís de mi exaltacion, monseñor? Es que estoy impaciente de gozar estas dulces satisfacciones que van á animar mi vida, hasta el presente triste é inútil. No era esta ciertamente la suerte en que yo habia soñado.... Hay un sentimiento y una felicidad, la mas viva de todas, que yo no debo conocer jamás. Aunque muy jóven todavía, tengo que renunciar á ella, exclamó Clementina, comprimiendo un suspiro. Y luego añadió: Pero por fin, gracias á vos, mi salvador, gracias á vos mil veces, me habré creado otros intereses, y la piedad ocupará el lugar del amor. He debido ya á vuestros consejos estas interesantes emociones. ¡Tienen tanta influencia sobre mí vuestras palabras, monseñor! Cuanto mas medito y cuanto mas profundizo vuestras ideas, tanto mas las encuentro justas, grandes y fecundas. Y luego, cuando pienso que, no contento con compadeceros de penas que os debieran ser indiferentes, me dais todavía los mas saludables consejos, guiándome paso á paso

por esta nueva senda que habeis abierto para un corazon disgustado y abatido. ¡Oh, monseñor! ¿qué tesoro de bondad es el que encierra vuestra alma? ¿De dónde habeis sacado tan generosa piedad?

— ¡He sufrido mucho y sufro todavía! Ved ahí por qué sé el secreto de muchos pesares.

— ¿Vos, monseñor? ¡Vos desgraciado!

— Sí, yo: porque parece que para prepararme á compadecer todas las desgracias, la suerte ha querido que las sufriera todas. Como amigo, en mi amistad, me ha herido en mi amigo: como amante, me ha herido en la primera muger á quien habia amado con la ciega confianza de la juventud: como esposo, me ha herido en mi esposa: como hijo, en mi padre: como padre, en mi hija....

— Creía, monseñor, que la gran duquesa no os habia dejado hijos....

— Efectivamente; pero antes de mi matrimonio habia tenido una hija, que murió muy niña: y por extraño que os parezca, la muerte de esta hija, á quien habia visto apenas, es el dolor de toda mi vida.... Cuantos mas dias pasan sobre mí, tanto mas profundo se me hace este pesar. Cada año redobla mi amargura, y parece que crezca á proporcion de la edad que deberia tener mi hija.... Ahora tendria diez y siete años.

— ¿Y la madre, monseñor, vive todavía? preguntó Clementina despues de un momento de vacilacion.

— ¡Oh, no me hableis de ella! exclamó Rodolfo, cuya fisonomía se oscureció con el recuerdo de Sarah. Su madre es una criatura indigna, una alma endurecida por el egoismo y la ambicion. Algunas veces llego á creer que vale mas para mi hija el haber muerto, que haber permanecido en poder de su madre.

Clementina sintió una especie de satisfaccion al oír á Rodolfo esplicarse en tales términos.

— Ahora concibo los motivos que teneis para sentir doblemente la pérdida de vuestra hija.

— ¡La he amado tanto! Me parece que entre nosotros los príncipes, hay siempre en el amor á nuestros hijos una especie de interés de nombre y de estirpe y un pensamiento político.... ¡Pero una hija! A una hija, se la quiere por sí sola. Por la razon misma de haber visto á la humanidad bajo los aspectos mas siniestros: ¡qué delicia la de descansar en la contemplacion de una alma cándida y pura! ¡en respirar su virginal perfume, y espiar con inquieta ternura sus ingenuos estremecimientos! La madre mas loca y mas orgullosa por su hija, no siente estos trasportes, porque le es demasiado parecida su hija, para que goce tan inefables dulzuras. Mejor apreciará las cualidades de un hijo valiente y atrevido; porque en fin, ¿no os parece que lo que hace mas interesante el amor de una madre por su hijo, y el de un padre por su hija, es que en estos afectos hay siempre un ser débil que necesita proteccion y apoyo? El hijo protege á su madre; el padre protege á su hija.

— ¡Oh! esto es cierto, monseñor.

— ¡Pero ah! ¡de qué sirve el comprender estos inefables goces, cuando no se han de gozar jamás! repuso Rodolfo con abatimiento.

Clementina, conmovida con el acento triste de Rodolfo, no pudo contener una lágrima. Este, despues de un momento de silencio, casi avergonzado de la emocion á que se habia abandonado, dijo á la marquesa sonriendo con amargura:

— ¡Dispensad, señora; mis sentimientos y mis recuerdos me han arrastrado á pesar mio!

— ¡Ah! creedme, monseñor, que yo participo de

vuestras penas; y creo que tengo derecho á ello, cuando habeis compartido vos las mias. Desgraciadamente los consuelos que puedo ofrecerlos son vanos....

— No, no: el interés que me manifestais es para mí dulce y saludable; ya casi es un consuelo el contar las penas, y no os las hubiera dicho, á no ser por la naturaleza de nuestro discurso, que ha despertado en mí recuerdos bien dolorosos. Es una debilidad, pero no puedo oír hablar de una jóven, sin pensar en la hija que perdí.

— ¡Son tan naturales estas preocupaciones! Mirad, monseñor, desde que os ví la última vez, he ocompañado en sus visitas á las cárceles á una de mis amigas, á la obra de jóvenes destinadas en San Lázaro, casa que encierra las criaturas mas culpables: y seguramente que, á no haber sido yo madre, las hubiera juzgado, sin duda, con mucha mayor severidad; mientras que ahora, siento por ellas una dolorosa compasion, al pensar que quizás no se hubieran extraviado, á no ser por la miseria y abandono en que se las ha dejado desde su infancia, y no sé cómo es que despues de estas ideas me parece que amo todavía mas á mi hija.

— ¡Vamos, valor! dijo Rodolfo con una sonrisa melancólica; esta conversacion me deja tranquilo, respecto á vos. Teneis abierta una senda saludable; siguiéndola, atravesareis sin peligro estos años de prueba, tan peligrosos para las mugeres, y mayormente para una muger dotada como lo estais vos, y vuestro mérito será grande.... tendreis todavía que luchar y sufrir, porque sois muy jóven; pero cobrareis fuerzas, al pensar en el bien que habreis hecho, y en el que os queda que hacer todavía.

La marquesa se echó á llorar.

— Al menos , dijo , vuestro apoyo y vuestros consejos no me faltarán nunca , ¿no es verdad , monseñor?

— De cerca ó de lejos , me tomaré siempre el mas vivo interés en todo lo que os pertenezca , y siempre , en cuanto esté en mi mano , contribuiré á vuestra felicidad , y á la del hombre á quien profeso la mas constante amistad de mi vida.

— Gracias , monseñor , por esta promesa , dijo Clementina enjugando sus lágrimas. Sin vuestro generoso apoyo , conozco que las fuerzas me abandonarían.... Pero creedme , y aqui os lo juro , cumpliré valerosamente mis deberes.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras , cuando se abrió bruscamente una puertecita oculta por las colgaduras.

Clementina lanzó un grito , y Rodolfo se estremeció.

Por aquella puerta apareció el marqués de Harville , pálido , conmovido , enternecido profundamente y con los ojos humedecidos de lágrimas.

Pasada la primera sorpresa , dijo el marqués á Rodolfo entregándole la carta de Sarah:

— Ved ahí , monseñor , la carta infame que acabo de recibir delante de vos: hacedme el favor de quemarla despues de leida.

Clementina miraba aturdida á su esposo.

— ¡Oh , esto es infame! exclamó Rodolfo indignado.

— Pues bien , monseñor , si algo hay mas vil que ese infame anónimo , es mi conducta.

— ¿Qué quereis decir?

— Que un momento ha , en lugar de enseñaros con franqueza y audazmente esta carta , la he ocultado , fingiendo tranquilidad , cuando tenia los celos , la rabia y la desesperacion en el pecho. Y no

es esto todo.... ¿Sabeis lo que he hecho, monseñor? He ido á ocultarme vergonzosamente detrás de esa puerta para escucharos, para espiaros. Sí: he sido bastante miserable para dudar de vuestra lealtad y de vuestro honor. ¡Oh! el autor de estas cartas sabe bien á quién las dirige, y cuán débil es mi cabeza. Pues bien, monseñor, decidme, despues de haber oido lo que acabo de oír, porque no he perdido una sola palabra de vuestros discursos; cuando sé los intereses que os llaman á la calle del Temple, despues, en fin, de haber sido bastante bajamente desconfiado para hacerme cómplice de esta horrible calumnia, dándola crédito, ¿no deberia pedir os de rodillas vuestro perdon? ¡Y esto es lo que hago, monseñor! En cuanto á vos, Clementina, no tengo mas esperanza que en vuestra generosidad.

— ¡Pero por Dios! ¿qué es lo que tengo que perdonaros, querido Alberto? dijo Rodolfo tendiendo al marqués ambas manos con la mayor cordialidad. Ahora sabeis nuestros secretos, míos y de vuestra esposa, y de ello estoy muy contento: ahora podré haceros un grave sermon. Hedme aqui forzado á ser vuestro confidente, y lo que es mejor todavia, vos sereis el de vuestra esposa; y con esto va dicho que conoceis ya todo lo que debeis prometeros de ese noble corazon.

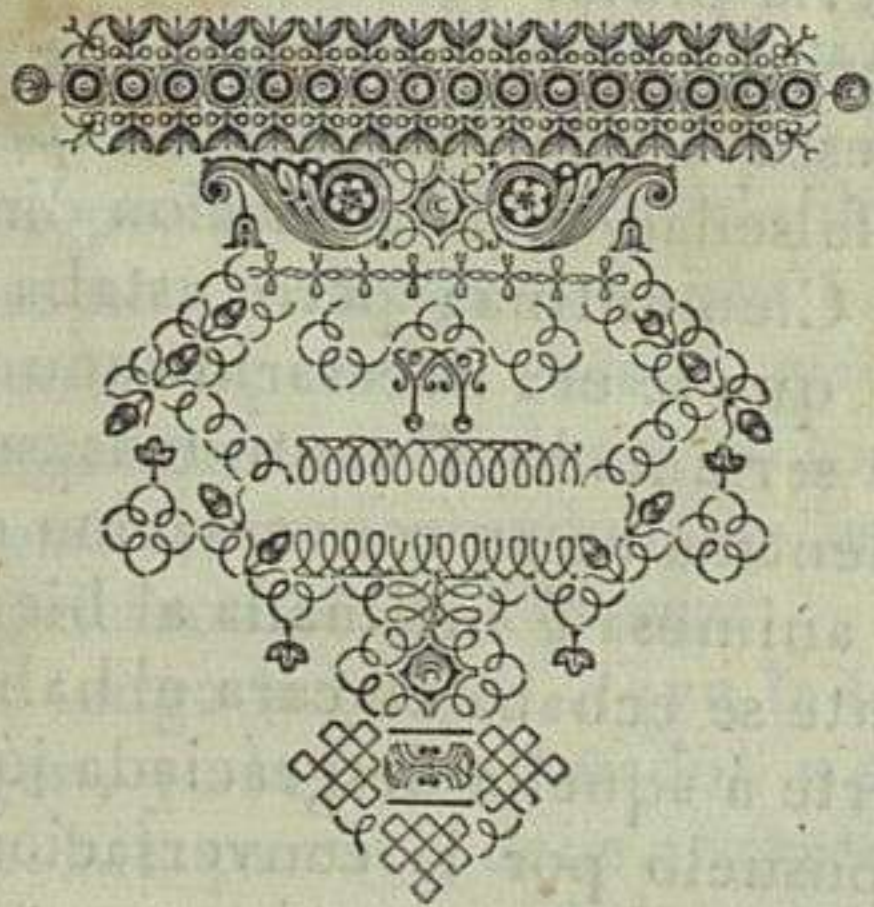
— ¿Y vos, Clementina, dijo tristemente el marqués á su esposa, me perdonais tambien?

— Sí; pero con la condicion de que habeis de ayudarme á asegurar vuestra felicidad; y tendió la mano á su esposo, que la apretó con emocion.

— A fé mia, querido marqués, exclamó Rodolfo, que nuestros enemigos andan muy torpes. Gracias á ellos, estamos en mayor intimidad que antes: jamás habeis apreciado con mas justicia á vuestra

esposa , ni jamás os ha tenido ella mas afecto.... Confesad que estamos bien vengados de los perversos envidiosos. Siempre es esto bueno, mientras se aguarda algo mejor; porque yo adivino de dónde ha salido el tiro , y no acostumbro dejar impune el mal que se hace á mis amigos. Pero esto me pertenece á mí solo.... Adios , señora. Nuestra intriga está descubierta ; ya no sereis vos sola la que socorra á vuestros protegidos ; pero no tengais cuidado, pronto combinaremos alguna empresa misteriosa, y muy ladino habrá de ser el marqués para descubrirla.....

Despues de haber acompañado á Rodolfo hasta su coche para darle nuevamente las gracias, el marqués entró en su cuarto sin volver á ver á Clementina.



CAPÍTULO II.

NON

REFLEXIONES.

Difícil sería pintar los sentimientos tumultuosos y contrarios que agitaron al marqués de Harville cuando estuvo solo. Reconocía con satisfacción la indigna falsedad de la acusación dirigida contra Rodolfo y Clementina; pero estaba igualmente convencido que le era necesario renunciar á la esperanza de ser amado. Cuanto mas se habia mostrado Clementina en su conversacion con Rodolfo, resignada, animosa é inclinada al bien, tanto mas amargamente se echaba en cara el haber encadenado á su suerte á aquella desgraciada jóven; y lejos de sentir consuelo por la conversacion que habia sorprendido, cayó en una tristeza y anonadamiento inesplicables. La tristeza de los ricos ociosos, es mucho mas terrible, porque nada los distrae, y nada

los libra de las dolorosas angustias; y no estando jamás preocupados por las necesidades del porvenir, ó por el trabajo necesario del día, quedan enteramente presa de las grandes aflicciones morales. Pudiendo poseer todo lo que se posee con el oro, desean ó echan de menos con afán violento todo lo que el oro por sí solo no puede dar.

La aflicción de Mr. de Harville era desesperada, porque lo que él quería no era mas que lo justo y legal.... la posesión, ya que no el amor de su esposa. Y viendo la inexorable negativa de esta, se preguntaba á sí mismo, si no eran una burla amarga estas palabras de la ley:

«La muger pertenece á su marido.»

¿A qué poder, á qué intervencion debia acudir para vencer aquella frialdad y aquella repugnancia que hacian de su vida un largo suplicio, puesto que no debia, ni podia, ni queria amar á otra muger, mas que á la suya?

Le era necesario reconocer que en aquel, como en tantos otros incidentes de la vida conyugal, la sola voluntad del hombre ó de la muger se sustituía imperiosamente, sin apelacion y sin represion posible, á la voluntad soberana de la ley.

A estos trasportes de impotente cólera, sucedia algunas veces un abatimiento sombrío. El porvenir se le representaba pesado, triste, glacial. Presentía que el pesar haria mas frecuentes todavía las crisis de su espantosa enfermedad, y exclamaba estremecido y desconsolado á la vez:

— ¡Oh! yo tengo la culpa.... ¡yo la tengo! ¡Pobre infeliz muger, yo la he engañado, y engañado indignamente! Ella puede y debe aborrecerme; y sin embargo, hace un momento que todavía me ha manifestado el mas afectuoso interés; y yo, en lugar de contentarme con esto, me he dejado ar-

rastrar por mi pasión, me he enternecido y he hablado de mi amor.... y apenas mis labios han tocado su mano, cuando la ha retirado horrorizada. Si hubiese podido dudar todavía de la invencible repugnancia que la inspiro, ninguna ilusión debía quedarme al oír lo que ha dicho al príncipe.... ¡oh, esto es horroroso, horroroso! ¿Y qué derecho le asistía para revelar este vergonzoso secreto? ¡Esto es una traición indigna! ¿Qué derecho? ¡ah! El que tienen las víctimas para quejarse de sus verdugos.... ¡Pobre niña! tan joven y tan cariñosa, todo lo más horrible que ha dicho, sobre la vida que la he deparado es, que *no era esta la suerte que habia soñado*, y que era muy joven para renunciar al amor. Conozco á Clementina, y sé que la palabra que me ha dado á mí y al príncipe, la cumplirá eternamente, y será para mí la más tierna hermana. Y bien; ¿aun así, no es envidiable mi posición? A las relaciones frías y forzadas que existían entre nosotros, van á suceder otras dulces y afectuosas, mientras que hubiera podido tratarme siempre con un desprecio glacial, sin que me fuera posible quejarme.

— Vamos, me consolaré gozando de lo que ella me ofrece. ¿No seré aun demasiado feliz? ¡Demasiado feliz! ¡Oh, qué débil y que cobarde soy! ¿Al fin y al cabo, no es mi mujer? ¿No es mía, enteramente mía? ¿No reconoce la ley mi poder sobre ella? Mi esposa me resiste; y bien tengo el derecho de.... Y se interrumpió con una carcajada sardónica.

— ¡Oh! sí, la violencia, ¿no es verdad? ¿La violencia? Otra infamia.... ¿Pero qué hacer entonces? ¡porque al fin la amo! La amo como un loco, no amo más que á ella, ni quiero más que á ella. Quiero su amor, y no su tibio afecto de hermana.... ¡Oh!

al fin tendrá que tenerme compasion.... ¡es tan buena, y me verá tan desgraciado! ¡Pero no, no, jamás! hay una causa de repulsion que una muger no llega nunca á dominar. ¡El hastío, sí, el hastío! Es menester que te convenzas bien de esto: tu horrible enfermedad le causará siempre horror.... siempre, ¿oyes? ¡siempre! exclamó el marqués en una dolorosa exaltacion.

Despues de un momento de silencio feróz, repuso:

— Esta declaracion anónima que acusaba al príncipe y á mi esposa, viene todavía de una mano enemiga; ¡y un momento há, antes de haberlos oido, he podido sospechar! ¡Sospechar de él! ¡Creerle capáz de tan baja traicion! ¿Y mi muger? ¡envolverla tambien en la misma sospecha! ¡Oh, los celos son incurables! Y con todo, no debo alucinarme.... Si el príncipe, que me quiere como el amigo mas tierno, mas generoso, inclina á Clementina á que ocupe su espíritu y su corazon en obras de caridad, y le promete sus consejos y su apoyo, es que tiene necesidad de apoyo y de consejos. ¿Por qué al fin, tan bella, tan jóven y tan obsequiada, sin un amor en el corazon que la defienda, casi escusable de sus faltas por las mias, que son atroces, no ha de poder caer? ¡Otro tormento! ¡Cuánto he sufrido, Dios mio! Cuando la creí culpable, ¡qué horrible agonia!... Pero no, este temor es vano.... Clementina ha jurado no faltar á sus deberes.... y cumplirá su promesa.... ¡Pero á qué precio, Dios mio, á qué precio! Hace un momento, cuando se dirigia á mí con palabras afectuosas, ¡cuánto mal me ha hecho su sonrisa dulce, triste y resignada! ¡Cuánto ha debido costarle tratar con amabilidad á su verdugo! ¡Pobre muger, qué bella, y qué interesante estaba entonces! Por la primera vez de mi vida, he sen-

tido un remordimiento desgarrador ; porque hasta entonces su frialdad altiva la habia vengado suficientemente. ¡Oh, qué infeliz, qué infeliz soy!.....

.....
 Despues de una larga noche de insomnio y de amargas reflexiones, la agitacion del marqués cesó como por encanto, y aguardó impaciente á que fuese de dia.....

.....
 Asi que amaneció, llamó el marqués á su ayuda de cámara.

El viejo José, al entrar en el cuarto de su amo le oyó, con gran sorpresa suya, talarear una cancion de caza, señal tan rara como cierta del buen humor de Mr. de Harville.

— ¡Ah, señor marqués, dijo enternecido el viejo criado, qué hermosa voz teneis, lástima que no la ejerciteis mas!

— ¿De veras tengo buena voz, señor José? dijo riendo el marqués.

— Aunque tuviese el señor marqués la voz tan ronca como un gato que maulla, ó como una caraca, siempre me parecería á mí muy hermosa.

— ¡Cállate, adulator!

— ¡Tomá! cuando vos cantais, señor marqués, es señal de que estais contento, y entonces vuestra voz me parece la música mas encantadora del mundo.

— En este caso, mi buen José, puedes prepararte á abrir tus orejas.

— ¿Qué decis?

— Que podrás gozar todos los dias de esta música encantadora que parece deseas con tanta avidéz.

— ¡Sereis feliz todos los dias, señor marqués! exclamó José juntando las manos con radiante sorpresa.

— Todos los días , querido José , sí , feliz todos los días. Fuera disgustos , fuera pena , fuera tristeza.... esto puedo decírtelo á tí , único y discreto confidente de mis pesares. Estoy en el colmo de la dicha. Mi muger es un ángel de bondad.... y me ha pedido perdón de su aversion pasada , atribuyéndola , ¿á que no lo adivinas?... A celos.

— ¿A celos?

— Sí , sospechas absurdas escitadas por cartas anónimas.

— ¡Qué picardía!

— Tú ya sabes que las mugeres tienen mucho amor propio.... no se ha necesitado mas que esto para separarnos ; pero por fortuna , ayer noche se ha esplicado francamente conmigo , y la desengañé : decirte su entusiasmo , seria cosa imposible ; porque me ama , me quiere.... ¡Oh , me quiere mucho! La frialdad que aparentaba conmigo la afligia tan cruelmente como á mí mismo.... En una palabra , nuestra cruel separacion ha cesado : juzga tú de mi satisfaccion.

— ¡Será verdad , exclamó José con los ojos bañados en lágrimas , será verdad!... Señor marqués , heos aqui dichoso por toda la vida , puesto que solo os faltaba el amor de la señora marquesa , ó por mejor decir , puesto que su sola aversion causaba todos vuestros males , como vos me deciais.

— ¿Y á quién lo dijera si no á tí , mi buen José? ¿No posees un secreto mas triste todavía?... Pero no hablemos de tristeza ; este dia es demasiado alegre.... ¿quizás conoces que he llorado? Pero.... es que.... No podia con mi dicha.... la esperaba tan poco.... Qué débil soy , ¿no es verdad?

— Vaya , vaya , señor marqués , ¿no podeis muy bien llorar de contento despues de haber llorado tanto de dolor? ¡Y yo! ¿no hago yo tambien como

vos? ¡Buenas lágrimas! No las daría por diez años de mi vida: no tengo mas que un miedo, y es que quizás no pueda contenerme de echarme á los pies de la señora marquesa la primera vez que la vea.

— ¡Viejo loco, eres tan necio como tu amo!... no obstante, tambien tengo yo un temor.

— ¿Qué temor? ¡Dios mio!

— Temo que esto no dure.... soy demasiado dichoso: ¿qué es lo que me falta?

— Por esto desconfio de una felicidad tan perfecta y tan completa.

— ¡Ah! si no es mas que esto, señor marqués.... pero no, no me atrevo....

— Te entiendo, y creo vanos tus temores; la revolucion que me causa mi dicha es tan viva y profunda, que estoy seguro de estar casi curado.

— ¿Cómo es posible esto?

— ¿No te acuerdas que mi médico me ha dicho cien veces, que un violento sacudimiento moral, era á menudo suficiente para dar ó curar esta funesta enfermedad? ¿Por qué razon las emociones de la dicha serian impotentes para salvarnos?

— ¡Si vos lo creéis asi, señor marqués, asi será.... y asi es.... estais curado! ¿Pero este es un dia feliz? ¡Ah! La señora marquesa es, como vos decís, señor, un ángel bajado del cielo; yo mismo casi empiezo á temer, porque quizás sea demasiada felicidad para un solo dia; pero, ahora que me acuerdo, si no os falta para tranquilizaros mas que un pequeño disgusto, gracias á Dios lo tengo á mano.

— ¿Cómo?

— Uno de nuestros amigos ha recibido muy afortunadamente y muy á tiempo.... ¡ved cómo van las cosas! ha recibido, como digo, un rasguño, muy poco grave en verdad, pero que bastará siempre, á fin de que haya, como vos deseais, una pequeña

dosis de amargura en este dia demasiado hermoso. Verdad es que mirándolo por esta parte, algo mas valdria que la herida fuese mas peligrosa; pero es menester contentarse con lo que hay.

— ¡Quieres callarte!... ¿Y de quién se trata?

— Del señor duque de Lucenay.

— ¿Está herido?

— Un rasguño en el brazo. El señor duque vino ayer á visitaros, y dijo que volveria esta mañana para tomar con vos el té.

— ¡Pobre Lucenay! ¿y por qué no me lo digisteis?

— Ayer tarde no pude veros, señor marqués.

Despues de un momento de reflexion, repuso Mr. de Harville:

— Tienes razon: este ligero disgusto satisfará seguramente al celoso destino; pero me ocurre una idea: tengo ganas de improvisar esta mañana un almuerzo de jóvenes, amigos todos de Lucenay, para celebrar el feliz resultado de su duelo. Como no estará preparado para esta reunion, se quedará alegremente sorprendido.

— Enhorabuena, señor marqués, ¡viva la broma! Recobrad el tiempo perdido, y decidme cuántos eubiertos he de poner, para que pueda dar órdenes al mayordomo.

— Seis personas, y almorzarémos en el comedor de invierno.

— ¿Y las esquelas de convite?

— Voy á escribirlas. Mandareis montar á caballo á uno de los lacayos, y que las lleve al instante: es temprano, y encontrará á todo el mundo en casa. Llama.

José llamó.

El marqués de Harville entró en su gabinete, y escribió las cartas siguientes, sin otra diferencia que el nombre del convidado.

«Querido***: escribo una circular, pues se trata de una improvisacion: Lucenay debe venir esta mañana á almorzar conmigo, y cuenta que estaremos solos; dadle la amabilísima sorpresa de unirnos á mí y á algunos de sus amigos á quienes mando convidar.»

«A las doce sin falta.»

A. de Harville.

En esto entró un criado.

— Que se lleven inmediatamente estas cartas, dijo el marqués: y dirigiéndose luego á José, añadió: Pon los sobres, *señor vizconde de Saint-Remy*.... Lucenay no puede pasar sin él, dijo para sí el marqués; *señor de Monville*.... Uno de los compañeros de viage del duque; *lord Douglas*.... Su fiel compañero de whist; *señor baron de Sezanne*.... Su amigo desde la infancia.... ¿Has escrito?

— Sí, señor marqués.

— Enviad las cartas sin perder tiempo, dijo monsieur de Harville.... ¡Ah, Felipe, decid al señor Doublet que deseo hablarle!

Felipe salió.

— Y bien, ¿qué tienes? preguntó el marqués á José, que le miraba aturdido.

— No vuelvo de mi sorpresa, señor; no os habia visto jamás tan jovial y tan alegre.... y luego vos que sois de ordinario tan pálido, teneis hoy unos hermosos colores, y los ojos brillantes.

— La dicha, mi buen José, la dicha.... Pero oye, es menester que me ayudes en un complot. Vas á informarte de la señorita Julia, la camarera de la marquesa, que creo cuida de sus diamantes....

— Sí, señor marqués, la señorita Julia es la que está encargada; no hace ocho dias que la ayudé á limpiarlos.

— Bien , pues vé á preguntarla el nombre y la casa del diamantista de su ama.... pero encárgala que no diga una palabra de esto.

— ¡Ah! Ya entiendo , señor , ¿una sorpresa?

— Vé pronto. Aquí está el señor Doublet.... En efecto , el procurador del marqués entró en el momento en que José salía.

— Tengo el honor de presentarme á recibir vuestras órdenes , señor marqués.

— Querido Doublet , voy á espantaros , dijo Harville riendo ; voy á hacer que deis terribles gritos de alarma.

— ¿Yo los he de dar , señor marqués?

— Vos.

— Haré todo lo posible para satisfacer vuestros deseos.

— ¡Voy á gastar mucho dinero , mucho , muchísimo dinero!

— Si no es mas que esto , señor marqués , estamos en disposicion , gracias á Dios , de gastar mucho y aun muchísimo.

— Hace tiempo que tengo un proyecto de obras en mi casa : trato de añadir una galería sobre el jardin al ala derecha del palacio.... Despues de haber pensado mucho en este capricho , del que no os habia hablado hasta ahora , me decido al fin. Conque habrá que llamar á un arquitecto para que venga hoy mismo á hablar conmigo sobre el plan. Y bien , señor Doublet , ¿no os alarmais por este gasto?

— Puedo asegurar , señor marqués , que no me alarmo.

— Esta galería será destinada á dar en ella funciones : quiero que se edifique como por encanto ; pero como los encantos son muy caros , será menester vender una renta de quince ó veinte mil libras,

para estar en disposicion de hacer estos gastos; porque quiero que empiecen los trabajos lo mas pronto posible.

— Esto es muy justo; bueno es gozar luego lo que al fin se ha de gozar.... muchas veces he pensado: Al señor marqués no le falta mas sino un gusto cualquiera; y el de edificar tiene de bueno que los edificios quedan. En cuanto al dinero, el señor marqués podrá estar tranquilo, y podrá cumplir este capricho de hacer la galería.

José volvió á entrar.

— Abí tiene el señor marqués las señas del diamantista que se llama Baudoin.

— Mi querido Doublet, ruégoos que vayais en seguida á casa de este joyero, y le digais que traiga aqui, dentro de una hora una caja de diamantes, pues quiero gastar sobre dos mil luises á lo menos.... las mugeres nunca tienen bastantes pedrerías, y mayormente ahora que llevan piedras en los vestidos. En cuanto al pago, vos mismo os arreglareis con el joyero.

— Sí, señor marqués; no me alarmaré por esto.... ¡diamantes! Los diamantes son tambien como los edificios, cosas que quedan: y luego esta sorpresa le dará seguramente mucho placer á la señora marquesa, sin contar el que os dará á vos, porque como tenia el honor de deciros dias pasados, no hay una vida mas bella que la de la señora marquesa.

— Este buen señor Doublet, dijo Harville sonriendo, tiene la gracia de que sus felicitaciones llegan siempre muy á tiempo.

— Es el único mérito que tienen, señor marqués: y á buen seguro que lo tienen, porque salen del fondo del corazon. Conque corro á casa del joyero, dijo el señor Doublet, y salió.

Asi que estuvo solo se puso el marqués á pasear

por su aposento, con los brazos cruzados sobre el pecho, y la mirada fija y meditabunda.

Su fisonomía cambió de repente, y ya no expresó mas el contento que habia engañado á su procurador y á su ayuda de cámara, sino una resolución tranquila, sombría y glacial.

Despues de haber paseado algun tiempo, dejóse caer sobre un sillón, como abatido por el peso de sus penas, apoyó los dos codos sobre su bufete, y ocultó la frente con las dos manos.

— Vamos.... ¡valor, valor!

Escribió entonces algunas cartas á diferentes personas sobre objetos insignificantes, y en todas ellas, daba ó aplazaba diferentes citas para dentro de algunos dias. Acababa el marqués aquella correspondencia, cuando José volvió, tan alegre, que entró talareando.

— Señor José, teneis una linda voz, le dijo su amo sonriendo....

— ¡Tanto peor! señor marqués; porque no puedo contenerme: siento cantar tan fuertemente dentro de mí, que es menester que se oiga tambien por defuera.

— Mandarás echar al correo estas cartas.

— Está bien, señor marqués; pero ¿dónde recibireis luego á esos señores?

— Aquí en mi gabinete: despues de almorzar fumarán, y asi no llegará el olor del tabaco al cuarto de la marquesa.

Diciendo esto, se oyó el ruido de un coche en el patio.

— Es la señora marquesa que va á salir: esta mañana ha pedido el coche muy temprano, dijo José.

— Entonces, corre á decirla que me haga el favor de pasar aqui un instante antes de irse.

— Bien, sí, señor marqués.

Apenas hubo salido el criado, se acercó el marqués á un espejo, se miró con atención, y exclamó téticamente.

— Bien, bien: esto es, las megillas encarnadas y la mirada brillante.... de alegría ó de calentura, poco importa, mientras que los demas se engañen con estas apariencias.... Ahora, veamos: ¡la risa en los labios! ¡Hay tantos modos de sonreir!... Pero ¿quién podrá distinguir el falso del verdadero? ¿Quién es capaz de ver bajo esta mascarilla embustertera, y decir: esta sonrisa oculta una desesperacion sombría; esta ruidosa alegría encierra un pensamiento de muerte? ¿Quién podrá adivinarlo? Nadie afortunadamente.... nadie.... ¿Nadie? ¡Oh! sí, el amor no se equivocaría; su instinto se lo daría á conocer.... Pero oigo á mi esposa.... ¡mi esposa!!... ¡Vamos, á tu papel, histrion siniestro!

Clementina entró en el gabinete del marqués.

— Buenos dias, Alberto; mi buen hermano, buenos dias, le dijo con un tono lleno de dulzura y de afecto, y alargándole la mano. Luego, notando la risueña espresion de la fisonomía de su esposo: ¿qué teneis, amigo mio? le dijo; parece que estais muy alegre.

— Es que en el momento en que entrasteis, mi querida hermanita, estaba pensando en vos bajo la influencia de una generosa resolucion.

— No me sorprende esto.

— Lo que pasó ayer, vuestra admirable generosidad, la noble conducta del principe, me han dado mucho en que pensar, y me he convertido á vuestras ideas; pero convertido enteramente, y arrepintiéndome de mis veleidades de ayer, que vos perdonareis, aunque no sea mas que por coquetismo, ¿no es verdad? añadió sonriendo. Porque estoy seguro de que no me hubierais perdonado el que re-

nunciara demasiado pronto á vuestro amor.

— ¡Qué language! ¡Qué feliz cambio! exclamó la marquesa. ¡Ah! bien segura estaba yo de que dirigiéndome á vuestro corazon y á vuestro juicio, me comprenderíais. Ahora ya no dudo por el porvenir.

— Ni yo tampoco, Clementina, os lo aseguro.... Sí, desde mi resolucion de esta noche, este porvenir que veía vago y sombrío, se ha esclarecido y simplificado.

— Nada hay mas natural, amigo mio; ahora marchamos los dos hácia el mismo objeto, apoyados fraternalmente el uno en el otro.... Al cabo de nuestra carrera, nos encontraremos iguales á hoy, y este sentimiento será inalterable. En fin, quiero que seais dichoso, y lo conseguiré, dijo Clementina; porque se me ha puesto aqui, y llevó el dedo á la frente: luego bajando la mano hasta el corazon, añadió con una espresion encantadora; no, no, me equivoco: aqui es donde este buen pensamiento velará incesantemente por vos, y por mí tambien; y vos vereis, señor hermano, lo que es la terquedad de un corazon apasionado.

— ¡Querida Clementina! contestó el marqués con una emocion comprimida.

Luego, despues de un momento de silencio, repuso alegremente:

— Os he hecho pedir que os dignaseis venir aqui antes de salir, para deciros que esta mañana no podria tomar con vos el té.... He convidado á unos amigos á almorzar.... una especie de sorpresa que preparo al duque de Lucenay, que no ha sido mas que muy ligeramente herido por su adversario.

La marquesa se puso colorada al acordarse de la causa del duelo, que habia sido una burla ridícula, dirigida delante de ella al señor Cárlos Robert por el duque de Lucenay.

Este recuerdo fué cruel para Clementina, puesto que le recordaba una falta de que estaba avergonzada; y para librarse de esta penosa emocion, dijo á su esposo:

— ¡Ved qué singular coincidencia! El duque de Lucenay viene á almorzar con vos, y yo voy quizás indiscretamente á convidarme esta mañana en casa de la^a marquesa, porque tengo mucho que hablar con ella acerca de mis dos futuras protegidas. Desde allí, cuento ir á San Lázaro con la de Blinval, porque vos no sabeis aun toda mi ambicion: en la actualidad *estoy intrigando* para ser admitida en la obra de las jóvenes presas.

— En verdad que sois insaciable, dijo Harville sonriendo, y luego con una emocion dolorosa que se declaró á pesar de sus esfuerzos, repuso: siendo asi, ya no os veré mas.... y añadió en seguida.... por hoy.

— ¿Os pesa de que salga tan de mañana? le preguntó vivamente Clementina aturdida del acento de su voz; si lo deseais, puedo retardar mi visita á la duquesa de Lucenay.

El marqués, que habia estado á punto de hacerse traicion, repuso con el tono mas afectuoso:

— Sí, querida hermanita, me pesa tanto de veros salir, como estaré impaciente por veros volver.... Estos son defectos de que no me corregiré jamás.

— Y hareis bien, amigo mio, porque me disgustaría mucho. En aquel punto resonó en el palacio un campanillazo, señal de alguna visita.

— Ahí teneis seguramente á alguno de vuestros convidados, dijo la duquesa. Os dejo.... pero, á propósito, ¿qué hareis esta tarde? Si no habeis dispuesto ya de vuestro tiempo, exijo que me acompañeis á la ópera.... quizás os gusta mas la música ahora.

—Tengo el mayor gusto en ponerme á vuestras órdenes.

— ¿Saldrás despues , amigo mio? ¿Os volveré á ver antes de comer?

—No salgo; aqui me encontrareis.

Entonces , al volver pasaré á enterarme si vuestro almuerzo de amigos ha sido divertido.

— Adios , Clementina.

— Adios , amigo mio , hasta luego ; os dejo en libertad , y os deseo mil felices locuras.... Estad bien alegre.

Y despues de haber apretado cordialmente la mano de su esposo , salió Clementina por una puerta , antes que el duque de Lucenay entrara por la otra.

— Me desea mil felices locuras , y me invita á que esté *alegre*. En aquella palabra *adios* , en aquel último grito de mi alma en la agonía , en aquella palabra de suprema y eterna separacion , ha entendido ella *hasta luego* , y se marcha tranquila y sonriendo. Vamos , esto hace honor á mi disimulo. ¡Pardiez! no me creía tan buen cómico.... Pero aqui está Lucenay.



CAPÍTULO III.



ALMUERZO DE AMIGOS.

En efecto, entró en el cuarto de Mr. de Harville el duque de Lucenay, cuya herida habia sido de tan poca gravedad, que ni siquiera llevaba el brazo en cabestrillo: su fisonomía era siempre burlona y altiva; la agitacion incesante siempre, y su manera de enredarlo todo siempre inaguantable. A pesar de sus travesuras, de sus bromas de mal gusto, y de su desmesurada nariz, que daba á su cara un carácter casi grotesco, no era el duque de Lucenay un tipo vulgar, gracias á una especie de dignidad natural y de intrépida impertinencia que no le abandonaba jamás.

—¡Me habreis creido indiferente á vuestra amistad, querido Enrique! dijo el marqués presentando su mano á Mr. de Lucenay; pero hasta esta mañana

no he recibido noticias de vuestra desagradable aventura.

— ¡Desagradable! ¿qué decís marqués?... ¡En mi vida me he reído tanto! Aquel buen señor Robert se empeñó tan determinadamente en no querer tener la pituita. ¿No lo sabiais? pues esta fué la causa del duelo. La otra noche en la embajada de*** le pregunté delante de vuestra esposa y de la condesa Mac-Gregor como le iba con su pituita: *inde iræ*, porque para entre los dos, no tenia tal enfermedad.... Pero, ¿qué importa!... Oirse decir esto delante de dos lindas señoras es cosa que incomodaria á cualquiera.

— ¡Qué locura!... Ahora os reconozco perfectamente.... Pero, ¿quién es ese señor Robert?

— A fe mia no lo sé: es un caballero á quien hallé en los baños: pasaba por delante de nosotros en el jardin de invierno de la embajada, y le llamé para decirle esta tonta pulla, á la que ha contestado dos dias despues, dándome con mucha cortesía un ligero pinchazo: ved ahí todas nuestras relaciones. Pero no hablemos mas de estas frioleras.... A lo que vengo, es á pedirnos una taza de té.

Diciendo esto, el duque se echó y tendióse sobre un sofá, desde donde, introduciendo la punta de su baston entre la pared y el marco de un cuadro colocado sobre su cabeza, empezó á menearlo y balancearlo.

— Os estaba esperando, querido Enrique, y os tengo preparada una sorpresa, dijo Harville.

— ¡Ah, bah! ¿y cuál es? exclamó el duque dando al cuadro un fuerte movimiento.

— Vais á descolgar este cuadro, y hacéroslo caer en la cabeza.

— Teneis razon, ¡vive Dios! Teneis una vista como un lince. Pero decidme, ¿esa sorpresa qué es?

— He convidado á almorzar á algunos de vuestros amigos.

— ¡Bien! ¡Bien pensado, marqués! ¡bravo, bravísimo, archibravísimo! gritó el duque á toda voz, golpeando atrozmente con su baston los almohadones del sofá. ¿Y á quién tendremos, á Saint-Remy? No, porque está en el campo hace unos dias. ¿Qué diablos estará haciendo en el campo en el rigor del invierno?

— ¿Estais seguro de que no está en París?

— Y muy seguro; le escribí para que fuera mi padrino, y como estaba ausente, recorrí á lord Douglas y á Sezannes.

— ¡Buena casualidad! los dos almuerzan con nosotros.

— ¡Bravo, bravo, bravo! se puso á gritar de nuevo Lucenay; y retorciéndose y rodando por el sofá, acompañó esta vez sus gritos con una porcion de saltos de rana, capaces de confundir á un saltimbanquis.

Las evoluciones gimnásticas del duque fueron interrumpidas por la llegada del vizconde de Saint-Remy.

— No he necesitado preguntar si estaba aqui Lucenay, dijo alegremente el vizconde, pues se le oye desde la calle.

— ¡Cómo, sois vos, gallardo silvano campesino, lobo cerval! exclamó el duque admirado y sentándose bruscamente; creíamos que estabais en el campo.

— Ayer volví: hace un momento que he recibido el billete de Harville, y he venido corriendo, satisfecho con tan bella sorpresa. El vizconde presentó su mano á Lucenay, y luego al marqués.

— Y yo os agradezco mucho esta prisa, querido Saint-Remy. Es muy natural que los amigos de

Lucenay se regocijen con el feliz resultado de este duelo, que con todo podia tener funestas consecuencias.

— Pero, repuso obstinadamente el duque, ¿qué diablos habeis ido á hacer en el campo en lo mas fuerte del invierno, Saint-Remy? Esto me huele á alguna intriga.

— ¡Vaya si es curioso! dijo el vizconde dirigiéndose á Harville; luego contestó al duque: Quiero separarme poco á poco de París, pues tengo que dejarlo muy en breve.

— ¡Ah! Sí, con una idea tan peregrina como la de haceros agregar á la Legacion de Francia en Gerolstein. Dejados en paz con vuestra presuncion diplomática, porque vos no ireis jamás á Gerolstein. Mi muger lo dice, y todo el mundo lo repite.

— Pues os aseguro que la señora duquesa se equivoca como los demas.

— Delante de mí os ha dicho que esto era una locura.

— ¡Tantas he hecho en mi vida!

— Locuras elegantes y de buen gusto, enhorabuena: como si dijéramos, arruinaros con vuestras magnificencias de Sardanápalo; pero iros á enterrar en un rincon de corte semejante.... ¡á Gerolstein! ¡Vaya un pensamiento gracioso! Esto es una locura, es una necedad; y vos teneis demasiado talento para cometer necedades.

— Cuidado, Lucenay, con decir mal de esa corte alemana; vais á hacer una ofensa á Harville, que es amigo íntimo del gran duque reinante, el cual me recibió divinamente la noche que le fui presentado en la embajada de***

— ¿Lo veis? querido Enrique, dijo Harville, si conocieseis al gran duque, como le conozco yo,

veriais que Saint-Remy no debe tener ninguna repugnancia en ir á pasar una temporada en Gerolstein.

— Os creo, marqués; á pesar de que dicen de vuestro gran duque, que es muy original: pero esto no impide que un elegante como Saint-Remy, flor y nata de todo lo bello, no deba vivir mas que en Paris: solo en Paris se conoce lo que vale

Acababan de llegar los convidados del marqués, cuando entró José, y le dijo á su amo algunas palabras al oido.

— Señores, con vuestro permiso, entrará el joyero de mi esposa, que me trae diamantes para escoger; una sorpresa; ya entendeis esto, Lucenay, porque vos y yo somos maridos de la antigua ley.

— ¡Ah, vive Dios! si se trata de sorpresa, mi muger me dió una ayer, de la cual no he vuelto todavía.

— ¿Algun regalo espléndido?

— Me pidió cien mil francos.

— ¿Y como vos sois tan magnífico se los dariais?...

— ¡Se los presté! y me serán hipotecados sobre su hacienda de Arnauville... Cuanto mas amigos mas claros. Pero siempre es generoso, noble y raro, prestar en dos horas cien mil francos á alguien que tiene necesidad de ellos, dijo riendo el duque dirigiéndose á Saint-Remy, y sin conocer el afecto de sus palabras.

El vizconde, á pesar de su audacia, se sonrojó algo al principio, mas luego contestó con descaro:

— ¡Cien mil francos! esto es enorme. ¡Para qué puede una muger necesitar cien mil francos! Un hombre, enhorabuena.

— Lo que mi muger quiere hacer de este dinero, no lo sé á fe mia, ni me importa saberlo.... Atrassos de tocador seguramente.... modistas y tenderas

exigentes tal vez.... En fin, son cosas suyas. Luego ya podeis conocer, querido Saint-Remy, que hubiera sido incongruente en mí, el preguntarle en qué queria emplear el dinero que le prestaba.

— Con todo, casi siempre es una curiosidad de los que prestan, el querer saber lo que se quiere hacer del dinero que se pide prestado, dijo riendo el vizconde.

— Vive Dios, Saint-Remy, dijo el marqués, vos que teneis el gusto tan esquisito, vais á ayudarme á escoger un aderezo que quiero regalar á mi esposa; vuestra aprobacion decidirá la eleccion que yo haga, porque vuestro gusto es ley en materias de moda.

El diamantista entró con muchas cajitas en un talego de piel.

— ¡Calla, es el señor Baudoin! dijo Lucenay.

— Servidor vuestro, señor duque.

— Estoy seguro de que vos sois el que arruinais á mi muger; son vuestras tentaciones infernales y deslumbrantes, dijo el duque.

— La duquesa se ha contentado este invierno con mandar montar de nuevo sus diamantes, contestó el joyero con algun embarazo; y cabalmente, al venir á casa del señor marqués, los he llevado de paso á la señora duquesa.

Saint-Remy sabia que la duquesa habia cambiado sus pedrerías por diamantes falsos para sacarle á él de apuros, y por tanto sintió mucho este encuentro; pero repuso con audacia:

— Vaya si son curiosos estos maridos: no le contesteis, señor Baudoin.

— ¡Curioso! á fe que no, dijo el duque.... mi muger es la que paga, y puede satisfacer muy bien sus caprichos, porque es mas rica que yo.

Durante esta conversacion, el señor Baudoin ha-

bia esparcido sobre una mesa muchos aderezos admirables de rubíes y de diamantes.

— ¡Qué brillo!... estas piedras están cortadas divinamente, dijo el señor Douglas.

— ¡Ah, señor! respondió el joyero, empleaba en ello á uno de los mejores lapidarios de París, llamado Morel; pero mi desgracia ha querido que se volviese loco, y no encontrase otro igual. Mi corredora me ha dicho que probablemente será la miseria la que le ha hecho perder la cabeza al pobre hombre.

— ¡La miseria! ¿y confiais vuestros diamantes á gentes que estén en la miseria?

— Seguramente que sí, señor, y no hay ejemplo de que un lapidario haya robado una piedra, aunque es un oficio de suyo pobre y pesado.

— ¿Cuánto pedís por este aderezo? preguntó el marqués.

— El señor marqués habrá reparado que las piedras son de una transparencia y de un corte magnífico, y casi todas iguales.

— Hé aquí unas precauciones oratorias terribles para vuestro bolsillo, dijo Saint-Remy riendo. Ya podeis prepararos, querido Harville, á oír un precio exorbitante.

— Veamos, señor Baudoin, en conciencia, el último precio, dijo Harville.

— No quisiera hacer regatear al señor marqués.... el último precio serán cuarenta y dos mil francos.

— Señores, exclamó Lucenay, admiremos al marqués en silencio, nosotros los maridos.... ¡Dar á su muger una sorpresa de cuarenta y dos mil francos! ¡Cáspita! no lo propaleis, porque esto sería un ejemplo peligroso.

— Reid cuanto querais, señores, dijo alegremen-

te el marqués. Estoy enamorado de mi muger, no lo oculto, lo digo, y me precio de ello.

— Bien se conoce, dijo Saint-Remy: semejante regalo, habla mas que todas las protestas del mundo.

— Me quedo con el aderezo, dijo el marqués, si es que vos, Saint-Remy, encontrais de buen gusto esta montura de esmalte negro.

— Vaya si la encuentro, porque hace valer todavía mas el brillo de las piedras: está maravillosamente combinada.

— Me decido, pues, por este aderezo, señor Baudoin, y podeis veros para el pago con el señor Doublet.

— El señor Doublet me lo ha dicho ya, señor marqués: respondió el diamantista, y salió despues de haber vuelto á meter en el saco sin contarlas (tanta era su confianza) las diferentes cajas que habia traído, y que Saint-Remy habia manejado y examinado curiosamente, durante aquella conversacion.

Harville dió á José el aderezo, y le dijo en voz baja:

— Es menester que Julia ponga estos diamantes entre los de su señora, de modo que esta no pueda conocerlo, para que sea mayor la sorpresa.

En este momento el ayuda de cámara del marqués, anunció que el almuerzo estaba servido: los convidados del marqués pasaron al comedor y se sentaron á la mesa.

— ¿Sabeis, querido marqués, que esta casa es una de las mas elegantes y mejor distribuidas de París?

— Es bastante cómoda, sí, pero pequeña. Tengo ganas de añadir una galería en la parte del jardin; porque mi esposa desea dar algunos bailes, y nues-

tros tres salones no bastarian; á mas de que encuentro que no hay cosa mas impropia que las fiestas dadas en las piezas que se habitan ordinariamente, y de las cuales se destierra uno por algunos dias.

— Soy del parecer de Harville, dijo Saint-Remy: nada hay mas mezquino y provincial que estos cambios forzados por la autoridad de un baile ó de un concierto. Para dar fiestas verdaderamente hermosas y sin incomodarse, es menester consagrarlas un sitio particular: luego los vastos y espléndidos salones destinados á un gran baile, deben tener un carácter totalmente distinto del de los salones ordinarios: hay entre estas dos especies de habitaciones la misma diferencia que entre la pintura monumental al fresco, y los cuadros de caballete.

— Teneis razon, dijo el marqués: ¡qué lástima, señores, que Saint-Remy no tenga un millon ó millon y medio de francos de renta! ¡qué maravillas nos haria admirar!

— Toda vez que tenemos la dicha de gozar de un gobierno representativo, dijo el duque de Lucenay, ¿no deberia el pais votar un millon ó dos para el vizconde de Saint-Remy, y encargarle de representar en París el gusto y la elegancia francesa, que decidirian del gusto y elegancia de la Europa y del mundo entero?

— ¡Aprobado! gritaron todos en coro.

— Y se cargaria ese millon anual á manera de impuesto sobre esos abominables avaros, que convencidos de poseer inmensas riquezas, viven como galápagos, añadió Lucenay.

— Y por lo mismo, añadió Harville, condenarlos á sufragar á las magnificencias que ellos debieran ostentar.

— Sin contar con que estas funciones de Gran Sacerdote, ó por mejor decir de Gran Maestro de

la elegancia, confiadas á Saint-Remy, tendrán por la imitacion una poderosa influencia sobre el gusto general.

— El seria el tipo que siempre se querria imitar.

— Es claro.

— Y procurando imitarle se refinaria el gusto.

— En la época del renacimiento, el gusto se hizo escelente por todas partes, porque se modelaba por el de la aristocracia, que era esquisito.

— Segun el grave giro que va tomando la cuestion, dijo alegremente Harville, veo que no se trata ya mas que de dirigir una peticion á las cámaras para el establecimiento del cargo de Gran Maestro de la elegancia francesa.

— Y como los diputados, sin escepcion, pasan por hombres de grandes ideas, muy espléndidas y artísticas, será adoptado por aclamacion.

— Mientras se espera la decision que consagrará de derecho la supremacia que Saint-Remy ejerce de hecho, yo, dijo Harville, le pediré su consejo sobre la galería que voy á mandar construir, porque he quedado maravillado de sus ideas, acerca de la esplendidéz de las fiestas.

— Mis escasos conocimientos están á vuestras órdenes, Harville.

— ¿Y cuándo inauguramos vuestras magníficas fiestas, amigo?

— Calculo que el año próximo; porque voy á principiar inmediatamente los trabajos.

— ¡Qué proyectista sois!

— ¡Todavía tengo otros proyectos! Estoy preparando una renovacion completa para Val-Richer.

— ¿Vuestra hacienda de Borgoña?

— Sí, hay algo de admirable que hacer, si Dios me da vida....

— ¡Pobre viejo!

— Pero, ¿no habeis comprado hace poco unas tierras junto á Val-Richer, para agrandar aquella posesion!

— Sí: un buen negocio que me aconsejó mi escribano.

— ¿Y quién es ese raro y precioso escribano, que aconseja tan buenos negocios?

— El señor Santiago Ferrand.

Al oír este nombre, un ligero estremecimiento arrugó la frente del vizconde de Saint-Remy.

— ¿Es verdaderamente un hombre tan honrado como dicen? preguntó sin embargo con negligencia al marqués, que se acordó entonces de lo que Rodolfo habia contado á su esposa.

— ¿Santiago Ferrand? ¡Qué pregunta! ¡Es un hombre de una probidad no comun en estos tiempos! dijo Lucenay.

— Tan respetado, como respetable.

— Muy piadoso.... pero esto no impide que sea honrado.

— Escesivamente avaro.... y esto es una garantía para sus clientes.

— En una palabra, es uno de aquellos escribanos de la escuela antigua, que os preguntan por quién los tomáis cuando les habláis de recibo por la cantidad que dejáis depositada en su poder.

— Pues por esto solo le confiaria yo toda mi fortuna.

— Pero ¿de dónde diablos ha sacado Saint-Remy sus dudas acerca de ese digno hombre, cuya probidad es proverbial?

— No soy mas que el eco de vagos rumores.... Con todo, ninguna razon tengo para desacreditar á ese fénix de los escribanos.... Pero volviendo á

nuestros proyectos, Harville, ¿qué es lo que queréis edificar en Val-Richer? Dicen que la quinta es admirable.

— Ya os consultaré, perded cuidado, amigo Saint-Remy: y antes quizás de lo que pensáis, porque tomaré como un placer esos trabajos. Me parece que no hay cosa mas interesante que el tener sucesivamente intereses de esta clase, que escalonan y ocupan los años futuros. Hoy, este proyecto.... dentro de un año, es otro.... mas tarde, otro nuevo.... Agregad á esto, una esposa encantadora, á la cual se quiere mucho, y que entra por mitad en todos vuestros gustos y en todos vuestros designios, y á fe mia, que la vida ha de pasar bien suavemente.

— ¡Yo lo creo, vive Dios! es un verdadero paraíso terrenal.

— Señores, dijo el marqués, cuando hubo terminado el almuerzo: ahora, si quereis fumar un cigarro, en mi gabinete los encontrareis excelentes.

Levantáronse de la mesa, y entraron otra vez al gabinete del marqués: la puerta de su cuarto de dormir que comunicaba con él, estaba abierta, y hemos dicho ya que el último adorno de esta pieza eran dos preciosas panoplias, llenas de armas excelentes.

El duque de Lucenay, despues de haber encendido un cigarro, siguió al marqués á su cuarto.

— ¡Ya veis qué aficionado soy todavía á las armas! le dijo Harville.

— En efecto, magníficas escopetas inglesas y francesas, ¡á fe mia! yo no sabria á cuáles dar la preferencia. ¡Douglas! dijo Lucenay, venid á ver si estas escopetas pueden compararse con las mejores de vuestro Manton.

Lord Douglas, Saint-Remy y los otros dos con-

vidados, entraron en el cuarto del marqués, para examinar las armas.

Cogiendo Harville una pistola de arzon la amartilló y dijo á sus compañeros:

— Esta es, señores, la panacea universal para todos los males.... para el spleen.... para el fastidio....

Y jugando acercó á sus labios la punta del cañon.

— No: yo prefiero este específico, dijo Saint-Remy: ese no es bueno sino para los casos desesperados.

— Sí, mas es pronto, dijo Harville.... ¡Zas! y ya está hecho, ni la voluntad es mas rápida.... verdaderamente es cosa maravillosa.

— Cuidado, Harville; esas bromas son siempre peligrosas, y una desgracia sucede en un momento, dijo Lucenay, viendo al marqués que se acercaba todavía mas á la boca la pistola.

— ¡Toma! ¿creeis, amigo mio, que si estuviera cargada, jugaria así con ella?

— Seguramente que no; pero siempre es una imprudencia.

— Mirad cómo se hace, señores: se introduce con mucha suavidad el cañon entre los dientes.... y entonces....

— ¡Dios mio! qué bestia sois, Harville.... cuando os empeñais.... dijo Lucenay encogiéndose de hombros.

— Se acerca el dedo al gatillo, añadió el marqués.

— ¡Qué niño, qué niño, y á su edad!

— Un pequeño movimiento, añadió el marqués, y se va uno derecho á la eternidad.

Al decir estas palabras salió el tiro.

El marqués se habia levantado la tapa de los sesos.....

.....

Renunciamos á pintar el horror y espanto de sus convidados.

Al dia siguiente leíase en un periódico:

«Un suceso tan imprevisto como deplorable contristó ayer á todo el arrabal de San German. Una de esas imprudencias que causan todos los años funestas desgracias, produjo una terrible catástrofe. Este es el hecho, que hemos averiguado, y de cuya autenticidad podemos responder:

«El señor marqués de Harville, poseedor de una riqueza inmensa, de edad apenas de veintiseis años, conocido por la elevacion de su carácter y la bondad de su corazon, casado de pocos años con una muger á quien idolatraba, habia reunido para almorzar á algunos de sus amigos: al levantarse de la mesa, pasaron al cuarto del señor marqués, donde habia muchas armas de gran precio. Haciendo examinar por sus amigos unas escopetas, el señor de Harville, tomó por broba una pistola que no creía cargada, y se la acercó á la boca: seguro como estaba, movió el gatillo.... salió el tiro.... y el pobre jóven cayó al suelo, con la cabeza horriblemente desfigurada.... Júzguese de la espantosa consternacion de los amigos del marqués, á los cuales un momento antes comunicaba, lleno de juventud, de dicha y de esperanza, diferentes proyectos. Por fin, como si todas las circunstancias de este doloroso suceso debiesen hacerlo mas penoso todavía con horribles contrastes, aquella misma mañana, queriendo el marqués dar una sorpresa á su esposa, habia comprado para ella un aderezo de gran valor. Y en el momento precisamente en que quizás le parecia mas bella y risueña la vida de lo que le habia parecido hasta entonces, cayó víctima de un accidente espantoso.

«En presencia de semejante desgracia, todas las

reflexiones son inútiles , y no puede menos de prosternarse el hombre ante los impenetrables juicios de la Providencia.»

.....
 Hemos citado este artículo , para consagrar, por decirlo así , la opinion general , que atribuyó la muerte del esposo de Clementina, á una fatal y deplorable imprudencia.

Necesario es decir que el marqués se llevó solo á la tumba el misterioso secreto de su muerte voluntaria....

Voluntaria , sí , y calculada y meditada con tanta calma como generosidad , á fin de que Clementina no pudiese concebir la mas ligera sospecha, acerca de la causa de su suicidio.

Asi , pues , los proyectos de que hablaba á su procurador y á sus amigos, sus felices confianzas con el viejo ayuda de cámara , y la sorpresa que aquella mañana misma habia preparado á su muger , eran otros tantos lazos tendidos á la credulidad pública.

¿Cómo era posible suponer que un hombre tan ocupado en su porvenir y tan celoso por agradar á su esposa , pudiese pensar en matarse?...

Su muerte fué , pues , atribuida , como no podia dejar de serlo , á una imprudencia.

En cuanto á su resolucion , habia sido dictada por una desesperacion incurable.

Al mostrarse la marquesa tan afectuosa y tierna, como antes se mostrara fria y altiva , y al volver noblemente á él, habia despertado en el corazon de su esposo dolorosos remordimientos.

Al verla tan melancólicamente resignada á aquella larga vida sin amor , pasada al lado de un hombre atacado de la mas espantosa y horrible enfermedad , bien seguro ademas de la solemnidad de

las palabras de Clementina , de que esta no podría vencer jamás la repugnancia que él la inspiraba; el marqués habia sentido una profunda compasion por su esposa , y un espantoso aborrecimiento de sí mismo y de la vida.

En la desesperacion de su dolor , se dijo á sí mismo:

«No amo , ni puedo amar mas que á una muger en el mundo , que es la mia ; y su conducta , llena de valor y de elevacion , aumentaria todavía mi loco amor , si es que es posible aumentarlo.

«Y esta muger , que es mia , no puede pertenecerme jamás.

«Tiene el derecho de despreciarme y aborrecerme.

«Con un engaño infame la he encadenado jóven aun á mi suerte detestable.... Me arrepiento; ¿pero qué debo hacer por ella ahora?

«Librarla de los odiosos lazos que mi egoismo la impuso , y como solo mi muerte puede romper estos lazos , ¡es fuerza que me mate!....»

Y he ahí la razon por qué cumplió Harville aquel grande y doloroso sacrificio.

¿Si hubiese existido el divorcio , hubiérase suicidado aquel infeliz?

¡No! porque podia reparar en parte el mal que habia hecho , restituir la libertad á su esposa , y permitirle encontrar en otra union la felicidad. La inexorable inmutabilidad de la ley , hace á veces irremediabiles ciertas faltas , pues como en el presente caso , no permite borrarlas sino con un nuevo crimen.





CAPÍTULO IV.

—NON—

SAN LÁZARO.

Nos creemos obligados á decir á los mas timoratos de nuestros lectores, que la prision de San Lázaro, destinada esclusivamente á las ladronas y prostitutas, recibe todos los dias visitas de muchas mugeres, cuya caridad, nombre y posicion social, merecen el respeto público. Estas señoras, educadas en medio del esplendor de la riqueza y contadas con razon entre lo mas escogido de la sociedad, van todas las semanas á pasar largas horas con las miserables reclusas de San Lázaro, espian-do en aquellas almas degradadas la mas mínima inclinacion hácia el bien, ó el mas ligero arrepentimiento por sus crímenes pasados; y fomentando las buenas tendencias y fecundando el arrepentimiento, sacan algunas veces del fango, con la po-

derosa mágia de estas palabras, «deber, honor, y virtud,» á algunas de aquellas criaturas abandonadas, despreciadas y envilecidas.

Acostumbradas á la delicadeza y á la esquisita finura de la buena sociedad, esas señoras animosas dejan su palacio, estampan un beso en la frente virginal de sus hijas, puras como los ángeles del cielo, y se van á las sombrías cárceles á arrostrar la indiferencia grosera, ó las criminales espresiones de aquellas ladronas ó prostitutas....

Fieles á su mision de alta moralidad, penetran resueltamente hasta aquel inmundo lodazal, aplican su mano sobre todos aquellos corazones gangrenados; y si algun ligero latido las revela una leve esperanza de salud, disputan y arrancan á una irrevocable perdicion el alma enferma de cuya salvacion no han perdido la confianza.

Los timoratos lectores, á quienes nos dirigimos, calmarán, pues, sus recelos al pensar que no oirán ni verán mas que lo que ven y oyen cada dia las venerables señoras que acabamos de citar.

Sin atrevernos á establecer un ambicioso paralelo entre su mision y la nuestra, ¿nos será lícito decir que lo que nos sostiene tambien en esta obra larga, penosa y difícil, es la conviccion de haber despertado algunas nobles simpatias por las desgracias honradas, animosas é inmerecidas, por los sinceros arrepentimientos, por la honradéz sencilla é ingénua, y haber inspirado el disgusto, la aversion, el horror y el miedo saludable á todo lo que es absolutamente impuro y criminal?

No hemos retrocedido delante de los cuadros vergonzosos, demasiado verdaderos por desgracia, creyendo que, á semejanza del fuego, la verdad moral lo purifica tdo.

Nuestras palabras tienen muy poco valor, y

nuestra opinion muy poca autoridad , para que pretendamos enseñar ó reformar.

Nuestra única esperanza es la de llamar la atencion de los hombres pensadores y honrados , sobre las miserias sociales , cuya realidad puede llorarse, mas no ponerse en duda.

Con todo , algunos de los séres afortunados del mundo , han alzado el grito contra la crudeza de estas dolorosas pinturas , y contra la exageracion, la inverosimilitud , y la imposibilidad.... para no tener que compadecerse (no queremos decir socorrerlos) de tantos males.

Esto es fácil de concebir.

El egoista repleto de oro , ó bien abito , quiere ante todo hacer tranquilamente su digestion.... El aspecto de los pobres que tiemblan de frio ó de hambre , le es particularmente importuno , y prefiere digerir su buena comida , ó disfrutar su riqueza con los ojos entrecerrados , y gozándose en las voluptuosas visiones de un baile pantomímico.

Pero el mayor número de los ricos y afortunados , compadece generosamente ciertos males que ignoraba , y hasta ha habido quien nos ha agradecido el haberle indicado el benéfico empleo de limosnas desconocidas.

Semejantes simpatías nos han sostenido y dado singular esfuerzo.

Esta obra , que sin dificultad reconocemos por un mal libro bajo el punto de vista artístico ; pero que sostenemos no ser un libro malo, bajo el punto de vista moral ; aunque no hubiese tenido en su efímera carrera mas resultado que el que acabamos de citar en las anteriores palabras , creeríamos que nos honra , y estaríamos orgullosos de ella.

¿Qué recompensa puede haber mas gloriosa para nosotros , que las bendiciones de algunas fami-

lias pobres , que habrán debido algun alivio á las ideas que hemos propagado? Dicho esto á propósito de la nueva peregrinacion que comenzamos con el lector , con intencion de disipar sus escrúpulos , y esperamos haberlo alcanzado , le introduciremos en San Lázaro, edificio inmenso , de aspecto imponente y lúgubre , situado en la calle del arrabal de San Dionisio.

Ignorando el terrible drama que ocurría en su casa , la marquesa de Harville habia ido á la cárcel, despues de haber obtenido de la duquesa de Luce-nay algunas noticias relativas á las dos infelices señoras que la avaricia del escribano Ferrand habia sumido en la miseria. No habiendo podido la señora de Blinval , una de las directoras del establecimiento de jóvenes presas , acompañar aquel dia á Clementina á San Lázaro, esta habia ido sola; pero la recibieron con afecto é interés el director , y muchas señoras inspectoras fáciles de reconocer por su vestido negro y una cinta azul con una medalla de plata que llevaban al cuello. Una de estas señoras, ya de edad madura , de facciones dulces y graves, quedó sola con la marquesa en una sala pequeña que daba á la reja.

Es imposible imaginar el interés , la inteligencia , la conmiseracion y sagacidad que se advierte en aquellas mugeres respetables que se consagran á las modestas y oscuras funciones de vigilantes de presas. Nada mas sábio y practicable que las nociones de orden , ocupacion y deber que dan á las detenidas , con la esperanza de que estas nociones sobrevivan á su permanencia en la reclusion. Alternativamente indulgentes y rigurosas , pacientes y severas , pero justas siempre é imparciales , aquellas mugeres , siempre en contacto con las reclusas, acaban al cabo de largos años por adquirir tal co-

nocimiento de la fisonomía de aquellas infelices, que casi siempre las juzgan con seguridad al primer golpe de vista, y las clasifican al instante, según su grado de inmoralidad.

La señora Armand, la inspectora, que se había quedado sola con la marquesa, poseía extraordinariamente esta especie de perspicacia casi adivinatoria del carácter de las prisioneras, y por esto sus palabras y juicios tenían en la casa una autoridad considerable.

Esta inspectora dijo á Clementina:

— Toda vez que la señora marquesa se ha dignado encargarme que le designe á las reclusas que por su mejor conducta, ó por su sincero arrepentimiento, puedan aun merecer su interés, creo poder recomendarle á una infeliz, que creo mas desgraciada que culpable, porque no temo equivocarme al afirmar que todavía es tiempo de salvar á esta jóven.... es una infeliz criatura de diez y seis ó diez y siete años á lo mas.

— ¿Y qué ha hecho para merecer la reclusion?

— La acusan de habérsela encontrado de noche en los Campos Eliseos. Está prohibido á las muchachas de su clase, bajo penas muy severas, el frecuentar de dia ó de noche ciertos sitios públicos, y los Campos Eliseos entran en el número de los paseos prohibidos; por cuya razon la prendieron.

— ¿Y os parece interesante?

— En mi vida he visto facciones mas regulares y cándidas. Figuraos, señora marquesa, una cara de vírgen: y lo que da todavía á su fisonomía una expresion mas modesta, es que al llegar aqui iba vestida como una aldeana de las cercanías de París.

— ¿Conque es una campesina?

— No, señora marquesa. Los inspectores la han reconocido: vivia en una horrible casa de la Cité,

de la cual faltaba dos ó tres meses habia ; pero como no consta en el registro de policia haber sacado su carta de seguridad , queda sujeta al poder excepcional que la ha mandado aqui.

— Pero quizás salió de París para reformar su conducta.

— Yo asi lo creo , señora ; esto es lo que me interesó por ella en seguida : la pregunté sobre lo pasado , y si venia del campo , animándola y dándole esperanzas en el caso de que , como yo creía , quisiese volver á una vida honrada.

— ¿Y qué contestó?

— Fijando en mí sus grandes ojos azules llenos de lágrimas , me dijo con un acento de dulzura angelical: — Os doy gracias , señora , por vuestras bondades : me han arrestado porque falté , y asi no me quejo. — ¿Pero de dónde veniais? ¿Dónde habeis estado desde vuestra salida de la Cité? Si habeis ido al campo á buscar una colocacion honrada , decidlo , probadlo , y escribiremos al señor prefecto para obtener vuestra libertad : os borrarán de los registros de la policia , y se apoyarán vuestros buenos deseos. — Ruégoos , señora , que no me preguntéis , porque no podria contestaros. — Pero al salir de aqui , ¿quereis volver á aquella casa? — ¡Oh , jamás! — Pues entonces ¿qué hareis? — ¡Dios lo sabe! contestó dejando caer la cabeza sobre el pecho.

— Esto es extraño. ¿Y qué tal se espresa?...

— En muy buenas palabras , señora : su porte es tímido y respetuoso , pero sin bajeza ; mas diré : á pesar de la estremada dulzura de su voz y de su mirada , hay á veces en su acento y en su actitud una especie de tristeza altiva , que me confunde.... Si no perteneciera á la clase infeliz de que forma parte , llegaria á creer que esta altivéz anuncia una alma que tiene la certidumbre de su elevacion.

— ¡Esto es toda una novela! exclamó Clementina, interesada hasta el último punto, y sintiendo como se lo había dicho Rodolfo, que nada era á veces mas divertido que el hacer bien. ¿Y cuáles son sus relaciones con las demás reclusas? ¿Si está dotada de la elevacion de alma que la suponeis, debe sufrir mucho en medio de sus miserables compañeras?

— ¡Ah, Dios mio, señora marquesa! para mí que observo por necesidad y por costumbre, todo me causa sorpresa en esta jóven: apenas hace tres dias que está aqui, y ya tiene una especie de influjo sobre todas las demas detenidas.

— ¿En tan poco tiempo?

— No solo sienten por ella interés, sino casi respeto.

— ¿Cómo, esas infelices?...

— Tienen algunas un instinto de singular delicadeza para reconocer y adivinar las nobles cualidades de las otras; pero con frecuencia aborrecen á las personas cuya superioridad se ven forzadas á reconocer.

— ¿Y no tienen odio á esa pobre jóven?

— Todo lo contrario, señora, ninguna de ellas la conocia antes de su entrada aqui; y al principio quedaron maravilladas de su belleza: sus facciones, aunque de una pureza rara, están veladas, por decirlo asi, con una palidéz interesante y enfermiza, y aquella cara melancólica les inspira mas interés que celos. Además, es muy silenciosa, otro motivo de asombro en esas criaturas, cuya mayor parte procura siempre aturdirse á fuerza de ruido, palabras y movimientos. Por fin, aunque decorosa y reservada, se muestra compasiva, y esto ha impedido que su frialdad chocase á sus compañeras. Aun hay mas: hace un mes que está aqui una jóven in-

domable, que tiene por sobrenombre la Loba, por lo violento, atrevido y brutal de su carácter: es una muchacha de veinte años, alta, viril, de una cara que no es fea, pero de facciones ásperas, á la cual nos vemos muchas veces precisadas á meter en el calabozo para vencer su turbulencia. Anteayer cabalmente, salia de él todavía irritada por el castigo que acababa de sufrir: era la hora de merendar: la pobre niña de quien os hablaba, no comía, y dijo tristemente á sus compañeras: ¿Quién quiere mi pan? — Yo, dijo la Loba. — Yo, dijo luego otra criatura casi contrahecha, á quien llaman Juanona, y sirve de risa, y algunas veces á pesar nuestro de hazme reir á las demas reclusas, que no la tienen ninguna consideracion, á pesar de verla en cinta de algunos meses. La jóven dió su pan á esta, con gran enfado de la Loba: que exclamó con furia: — Yo he sido la primera que te he pedido tu racion. — Es verdad, pero esta pobre infeliz está en cinta, y lo necesita mas que tú. La Loba, sin entenderse de razones, quitó el pan de las manos de Juanona, y empezó á dar gritos empuñando un cuchillo. Como es muy mala y muy temida, ninguna se atrevió á salir á la defensa de la Guillabaora, aunque todas la diesen razon interiormente.

— ¿Cómo decís que la llaman, señora?

— La Guillabaora: este es el nombre, ó por mejor decir el apodo, con que ha sido inscrita aqui mi protegida, que espero lo será muy pronto vuestra, señora; casi todas tienen apodos.

— Esto es muy singular.

— En su repugnante lenguaje significa la Cantadora; porque dicen que tiene una hermosa voz; y yo lo creo, porque su acento es encantador.

— ¿Y cómo se escapó de esa pícara Loba?

— Mas furiosa esta todavía por la serenidad de la

Guillabaora , corrió á ella llenándola de injurias y con el cuchillo en la mano : todas las reclusas soltaron un grito de espanto , y solo la Guillabaora , mirando sin miedo á aquella temible criatura , se sonrió amargamente , diciéndole con su voz angelical: — ¡Oh, matadme, matadme, matadme! mucho lo deseo , ¡pero no me hagais padecer mucho! Estas palabras , que me han referido , fueron pronunciadas con una sencillez tan seductora , que hizo asomar las lágrimas á los ojos de casi todas las reclusas.

— Lo creo , dijo la marquesa notablemente conmovida.

— Afortunadamente , repuso la inspectora , los peores caracteres tienen inclinacion al bien ; y al oír aquellas palabras que manifestaban una resignacion desconsoladora , la Loba , conmovida , como ha dicho despues , echó al suelo el cuchillo , lo pateó , y exclamó:

— No he tenido razon , Guillabaora , en amenazarte: no te ha hecho miedo un cuchillo , y eres valiente.... Yo quiero á los valientes ; y si de hoy en adelante alguno quiere hacerte daño , yo seré quien te defienda.

— ¡Qué singular carácter!

— El ejemplo de la Loba aumentó todavía la influencia de la Guillabaora , y en el dia , cosa quizás sin ejemplo , casi ninguna de las prisioneras la tutea , y la mayor parte la respetan , y se apresuran á prestarla todos los cortos servicios que pueden hacerse entre las reclusas. Me he dirigido á algunas de las de su dormitorio para saber la causa de las deferencias que guardan con ella , y me han contestado: — Es mas fuerte que nosotras , y se vé muy bien que no es una persona como las demas. — Pero ¿quién os lo ha dicho? — Nadie , pero es cosa que

se vé á la legua.— Pero ¿cómo? — En muchas cosas: ayer mismo, antes de acostarse, se puso de rodillas, é hizo oracion; y para que ruegue á Dios, es preciso, como dice la Loba, que tenga derecho de hacerlo.

— ¡Qué singular observacion!

— Estas infelices no tienen sentimiento alguno religioso; pero á pesar de esto no se permitiria aqui una palabra sacrilega ó impia: en todas las salas, señora, vereis especies de altares en que la imágen de la Virgen está rodeada de ofertas y adornos hechos por ellas mismas: y cada domingo se quema en ellos una porcion de círios como *ex voto*. Las que van á la capilla se portan en ella perfectamente; pero en general el aspecto de los lugares santos las impone ó asusta. Pero volviendo á la Guillabao-ra, sus compañeras añadian: — Se conoce que ella no es como nosotras en su aire dulce, en su tristeza, en el modo de hablar que tiene.... Y por fin, repuso bruscamente la Loba que asistia á esta conversacion: — Fuerza es que no sea de las nuestras, porque esta mañana en el dormitorio, sin que supiéramos el por qué, nos avergonzábamos de vestirnos delante de ella.

— ¡Qué estraña delicadeza en medio de tanta degradacion! exclamó la marquesa de Harville.

— Sí señora, delante de los hombres y entre ellas, las es desconocido el pudor, pero se avergüenzan confusamente de que las veamos á medio vestir nosotras ó las caritativas personas que, como vos, señora marquesa, visitan las prisiones. Asi es que este profundo instinto de pudor que Dios ha puesto en nosotros, se revela, aun en estas criaturas, á la sola vista de las personas que pueden merecerlas respeto.

— Al menos consuela el encontrar algunos bue-

nos sentimientos naturales mas fuertes que la depravacion.

— Seguramente, porque estas mugeres son capaces de contraer afectos, que bien empleados, serian muy honrosos. Hay todavía para ellas, que no respetan ni temen nada, un sentimiento sagrado, y es la maternidad, con la cual se honran y alegran: no hay madres mejores y ningun sacrificio evitan para guardar junto á sí á sus hijos, y se imponen para educarlos los mas penosos sacrificios; porque, como dicen ellas, aquel pequeño sér es el único que no las desprecia.

— ¿Conque tienen un sentimiento profundo de su abyeccion?

— Nadie las desprecia tanto, como se desprecian ellas á sí mismas, y algunas hay cuyo arrepentimiento es sincero, y para las cuales, esta mancha es indeleble á sus ojos, aun cuando se encuentran en mejor posicion: otras se vuelven locas, tan fija é implacable es en ellas la idea de su abyeccion primera. Asi, pues, señora, no me sorprenderia nada, que el pesar de la Guillabaora fuese obra de algun remordimiento de esta especie.

— Si en efecto es asi, ¿qué suplicio debe ser para ella tener un remordimiento que nada puede calmar!

— Por fortuna y para honor de la especie humana, señora, estos remordimientos son mas frecuentes de lo que se cree: la conciencia vengadora jamás se duerme completamente; ó por mejor decir, veces hay en que se diria que vela el alma mientras duerme el cuerpo: esta es una observacion que he hecho esta noche con mi protegida.

— ¿Con la Guillabaora?

— Sí señora.

— Y ¿cómo ha sido eso?

— Muchas veces, cuando las reclusas duermen, doy una vuelta por los dormitorios.... No podeis figuraros, señora, cuánto cambian de espresion las fisonomías de estas mugeres mientras duermen: muchas de ellas que habia visto yo durante el dia indiferentes, burlonas, descaradas y atrevidas, me parecian completamente cambiadas, cuando el sueño quitaba á sus facciones toda espresion de cinismo; porque el vicio tiene tambien su orgullo. ¡Ah, señora, qué tristes revelaciones hacen aquellas caras entonces melancólicas, sombrías y abatidas! ¡Cuántos suspiros dolorosos arrancados involuntariamente por algun sueño lleno seguramente de una realidad inexorable! Ya os he hablado de esa infeliz llamada la Loba, criatura indómita é indomable. Esta, pues, hará unos quince dias, me injurió brutalmente delante de todas las reclusas: yo me encogí de hombros y mi indiferencia aumentó su furor.... entonces para enojarme mas me dijo no sé que innobles injurias sobre mi madre, á quien habia visto muchas veces venirme á visitar aqui.

— ¡Oh, qué horror!

— Confieso que por estúpida que fuese la calumnia me causó sentimiento. La Loba lo conoció, y quedó triunfante; pero aquella misma noche, á eso de las doce, fui á pasar una visita á los dormitorios: llegué junto á la cama de la Loba, que no debia entrar en el calabozo hasta el dia siguiente por la mañana, y quedé admirada, casi diré de la dulzura de su fisonomía, comparada con la espresion dura é insolente que la era habitual; sus facciones parecian indicar la súplica, y estaban llenas de tristeza y de contriccion: tenia los labios entreabiertos y el pecho oprimido: en fin, cosa que me pareció ilusoria, porque la creía imposible.... dos

lágrimas corrian por las mejillas de aquella muger de carácter de hierro. Yo la contemplaba en silencio hacia algunos minutos, cuando la oí pronunciar estas palabras: *¡perdon, perdon! ¡su madre!* Escuché con mas atencion; pero todo lo que pude distinguir en medio de un murmullo casi ininteligible, fué mi nombre, pronunciado con un suspiro.

— ¿Se arrepentía durante su sueño de haber injuriado á vuestra madre?

— Yo asi lo creí, y esto disminuyó mi severidad. Seguramente habria querido por una vanidad digna de lástima, exagerar á la vista de sus compañeras su natural grosería, y quizás un buen instinto la hacia arrepentir durante el sueño.

— ¿Y al dia siguiente, os manifestó sentimiento por su pasada conducta?

— Ninguno: mostróse como siempre, grosera, feróz y colérica; con todo, os aseguro, señora, que nada inclina tanto á la piedad, como estas observaciones de que os hablaba. Estoy persuadida, quizás será ilusion, de que estas infelices se vuelven mejores durante el sueño, ó por mejor decir, son ellas mismas con todos sus defectos, y tambien con sus buenos sentimientos, no ya disimulados por la horrible vanidad del vicio. Todo esto me ha inducido á creer que generalmente estas criaturas son menos malas de lo que quieren parecer; y obrando con esta conviccion, he obtenido algunos resultados imposibles de realizar, si hubiese desesperado completamente de ellas.

La marquesa no podia ocultar su sorpresa por encontrar tanto discernimiento y tan elevado juicio, unidos á sentimientos de humanidad tan sublimes y prácticos en una oscura inspectora de una casa de reclusion.

— ¡Dios mio! Señora, teneis una manera tal de

ejercer vuestras funciones, que os serán interesantísimas. ¡Cuántas observaciones, cuán curiosos estudios, y sobre todo, cuánto bien podeis y debeis hacer!

— El bien es muy difícil de alcanzar: estas mugeres permanecen aquí poco tiempo, y de consiguiente es difícil obrar eficazmente sobre ellas: es preciso limitarse á sembrar, con la esperanza de que alguna buena semilla fructificará á su tiempo.... Esta esperanza se realiza algunas veces.

— Pero necesitais un gran valor y una gran virtud para no retroceder ante la ingratitud de un cargo que os da tan pocas satisfacciones.

— La conciencia de llenar un deber, sostiene y da valor: y algunas veces hay felices descubrimientos que me consuelan, y los tengo como luces halladas de cuando en cuando en corazones que hubiera creído totalmente oscuros.

— No importa, las mugeres como vos deben ser muy raras, señora.

— No, no: os aseguro que lo que hago yo, lo hacen otras con mas inteligencia y mejor resultado. Una de las inspectoras del otro departamento de San Lázaro, destinado á las sospechosas de distintos crímenes, os interesaría mucho mas. Me contaba esta mañana la llegada de una jóven acusada de infanticidio. En mi vida he oido nada mas lastimoso. El padre de aquella infeliz, que es un hombre honrado, artesano, lapidario, se ha vuelto loco de dolor al saber la deshonor de su hija, y parece que era lo mas horrible del mundo la miseria de toda aquella familia, que vivia en una miserable buhardilla de la calle del Temple.

— ¿De la calle del Temple? exclamó la marquesa, sorprendida. ¿Cuál es el nombre del artesano?

— Su hija se llama Luisa Morel.

— Ella es.

— Servia á un hombre muy respetable , al escribano Santiago Ferrand....

— Esa pobre familia me habia sido recomendada, dijo Clementina avergonzándose , y estaba lejos de creerla víctima de ese nuevo y terrible golpe....
¿Y Luisa Morel?...

— Dice que es inocente , jura que su hijo estaba muerto ; y parece que sus palabras tienen el acento de la verdad. Puesto que os interesais por su familia , señora marquesa , si tuvieseis la bondad de verla , podriais calmar con esta prueba de bondad su desesperacion , que dice es espantosa.

— Sin duda la veré y tendré aqui dos protegidas en lugar de una : Luisa Morel , y la Guillabaora ; porque todo lo que me habeis contado de esta pobre jóven , me interesa en extremo. Pero ¿qué hay que hacer para obtener su libertad? Yo la daría luego colocacion y me encargaria de su porvenir.

— Con las relaciones que vos debeis tener , señora marquesa , os será fácil hacerla sacar de prision de un dia á otro : esto depende absolutamente de la voluntad del señor prefecto de policia , y la recomendacion de una persona distinguida seria suficiente para él.... Pero vedme ya bien lejos, señora , de la observacion que os decia haber hecho con el sueño de la Guillabaora , y sobre este particular debo advertiros que no estrañaria que al sentimiento profundamente doloroso de su primera abyeccion , se uniese otro pesar no menos cruel.

— ¿Qué quereis decir , señora?

— Quizás me engañe.... pero no estrañaria que salida esta jóven por yo no sé que medio de la degradacion en que estuvo sumida en un principio, haya sentido quizás un amor honesto , que fuese á la vez su dicha y su tormento.

— ¿Y qué razones teneis para pensarlo así?

— El obstinado silencio que se empeña en guardar acerca del lugar donde ha pasado los tres meses que han seguido á su salida de la Cité, me hace creer que quizás teme hacerse reclamar por las personas junto á las cuales encontró un refugio.

— ¿Y por qué ese temor?

— Porque tendria que confesar cosas que se ignoran quizás.

— En efecto su trage de aldeana....

— Y luego, otra circunstancia ha venido á confirmar mis sospechas. Ayer noche, al ir á pasar mi revista á los dormitorios, me acerqué á su cama, cuando dormia profundamente al contrario de sus compañeras; su fisonomía estaba tranquila y serena; sus largos cabellos rubios, medio sueltos, caian en abundancia sobre su garganta y hombros; tenia cruzadas y apretadas contra el seno sus dos manecitas, como si se hubiese dormido orando.... Estaba contemplando hacia algunos momentos aquella figura angelical, cuando, en voz baja y con acento respetuoso, triste y apasionado á la vez, pronunció un nombre.

— ¿Qué nombre?

Despues de un momento de silencio, repuso con gravedad la señora de Armand.

— Aunque debe considerarse como sagrado lo que se sorprende durante el sueño, os interesais tan generosamente por esta infeliz, señora, que puedo confiaros este secreto. El nombre era Rodolfo.

— ¡Rodolfo! exclamó la marquesa pensando en el príncipe; pero considerando luego que S. A. R. el gran duque de Gerolstein no podia tener nada que ver con el Rodolfo de la Guillabaora, dijo á la inspectora que parecia haberse sorprendido de su exclamacion:

—Este nombre me ha sorprendido, señora, porque casualmente es el de uno de mis parientes; pero todo lo que me contais de la Guillabaora me interesa mas á cada momento. ¿No podria verla hoy mismo, luego, si es posible?

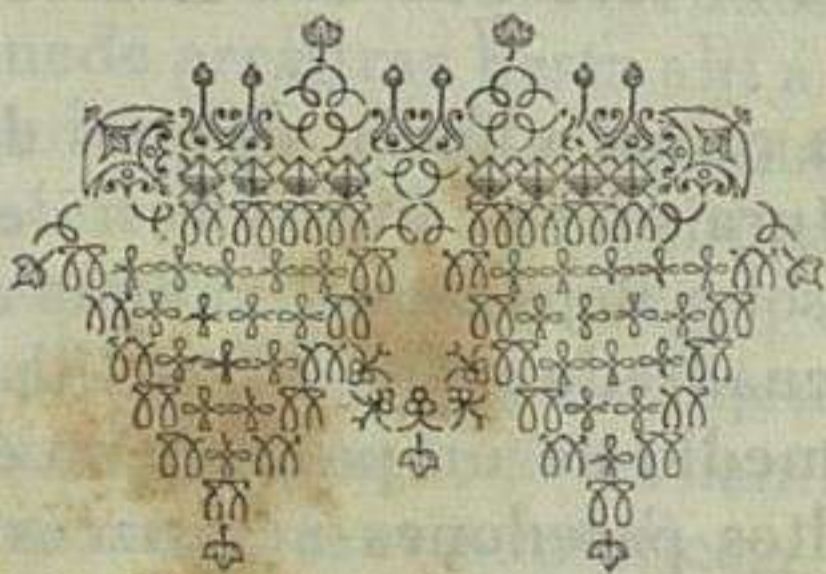
— Si señora; voy á buscarla si lo deseais, y podré informarme al mismo tiempo de Luisa Morel, que está en el otro departamento.

— Os lo agradeceré mucho, señora, contestó la marquesa, y quedó sola.

— Es cosa singular, pensó la marquesa, que no pueda yo volver en mí, de la estraña impresion que me ha causado ese nombre de Rodolfo. ¡En verdad estoy loca! ¿entre él y semejante criatura, qué relaciones pueden existir? Luego, despues de un momento de silencio, añadió: ¡Tenia razon él! ¡cómo me interesa todo esto! ¡el espíritu y el corazon se engrandecen cuando se aplican á tan nobles ocupaciones! ¡Parece, como dice él, que participe uno de algun tanto del poder de la Providencia, al socorrer á los que lo merecen!... ¡Y luego, estas escursiones en un mundo que ni apenas sospechamos, tienen mucho atractivo y son muy divertidas, como él suele decir! ¿Qué novela me causaria mas emociones ni interesaria mas mi curiosidad? Esta pobre Guillabaora, por ejemplo, despues de lo que acaban de decirme de ella, me inspira una piedad tan profunda, que me arrastra ciegamente á la compasion; porque la inspectora tiene demasiada esperiencia para equivocarse con respecto á nuestra protegida.... ¡Y la desgraciada hija del artesano que el príncipe ha socorrido tan generosamente en mi nombre! ¡Pobres gentes! su horrible miseria le sirvió de pretesto para salvarme.... Libréme de la deshonor y de la muerte quizás, con una mentira hipócrita, y este engaño me pesa; pero

lo expiaré á fuerza de beneficencia. ¡Me será esto tan fácil y es tan dulce el seguir los consejos de Rodolfo! ¡Obedecerle es amarle! ¡Oh, lo conozco con delicia! su solo aliento anima y fecunda la nueva vida que él me ha creado para consuelo de los que padecen: siento un placer adorable en no obrar sino por él, y en no tener mas ideas que las suyas.... porque le amo.... ¡Oh, sí, le amo! y él ignorará siempre esta tierna pasion de mi vida.....

.....
 Mientras que la de Harville espera á la Guilla-
 baora, conduciremos al lector á las salas de la re-
 clusion.



CAPÍTULO V.

—NON—

La Reclusion.

El relox de la cárcel de San Lázaro acababa de dar las dos.

Al frio que reinaba hacia algunos dias, siguióse una temperatura suave, tibia y casi de primavera; los rayos del sol reflejaban en el agua de un grande estanque cuadrado y con barandillas de piedra, colocado en medio de un patio lleno de árboles, y rodeado de altos paredones negruzcos, con varias ventanas con rejas de hierro, y en su interior bancos de madera, esparcidos en aquel vasto recinto que servia de paseo á las reclusas. Al sonido de una campana que anunciaba la hora de recreo, salieron las presas en tumulto por una puerta maciza y bien provista de cerrojos que las dió paso. Aquellas mugeres, uniformemente vestidas, lleva-

ban unas tocas negras, y largas sayas de bayeta azul, ajustadas con un cinturón con broche de hierro. Eran doscientas prostitutas condenadas por infracción de las ordenanzas particulares que las rigen y las ponen fuera de la ley común. A primera vista nada de particular ofrecía su aspecto, pero observándolas con atención, se reconocía en casi todas aquellas fisonomías el sello casi indeleble del vicio, y sobre todo del embrutecimiento que engendran la ignorancia y la miseria. Al aspecto de la reunión de aquellas criaturas perdidas, no se podía menos de reflexionar tristemente que muchas de entre ellas habían sido puras y honradas, al menos por algún tiempo. Hacemos esta restricción porque muchas hay que han sido viciadas, corrompidas y depravadas, no solo desde su juventud, sino desde su *mas tierna infancia* ... y hasta desde su *nacimiento*, si es que puede decirse así, como se verá mas tarde.

Pregúntese uno á sí mismo con dolorosa curiosidad cuál es el encadenamiento de funestas circunstancias que puede arrastrar hasta allí á las que han conocido el pudor y la castidad: ¡tantas y tan diversas pendientes conducen á aquel abismo!

Raras veces es la pasión del libertinage; son con mayor frecuencia el abandono, el mal ejemplo, la perversa educación, y sobre todo el hambre, lo que conduce á la infamia á tantas infelices; porque las clases pobres son las únicas que pagan á la civilización este impuesto de alma y cuerpo.....

.....
Cuando las reclusas se precipitaron corriendo y dando gritos por el patio, fácil era conocer que no era solamente la alegría de salir de sus cuadras lo que las hacía ser tan bulliciosas: despues de haber pasado por la única puerta que conducía al patio,

aquella turba se dividió, é hizo círculo al rededor de un sér informe que recibia todas las burlas. Erase una mugercilla de treinta y seis á cuarenta años, pequeña, encogida, contrahecha, y con el cuello hundido entre sus hombros desiguales: habíánla quitado la toca, y los cabellos, que eran de un rubio, ó por mejor decir, de un amarillo pálido, erizados, enredados y canosos, le caían sobre la frente baja y estúpida. Iba vestida con una saya azul, lo mismo que las demas reclusas, y guardaba debajo del brazo derecho un paquetillo envuelto con un mal pañuelo de cuadros, hecho girones: con el codo izquierdo procuraba parar los golpes que la dirigian. Las facciones de aquella infeliz eran tristemente grotescas: tenia una cara ridicula y asquerosa, prolongada en hocico, arrugada, curtida, sórdida, de color de tierra, con dos agujeros en lugar de narices, y con dos ojos chiquitos y rasgados; alternativamente cólerica y humilde, se enfurecia ó se lamentaba; pero escitaban mas risa sus súplicas que sus amenazas.

Esta muger era el juguete de las reclusas. Con todo, una sola cosa hubiera debido libertarla de aquellas tropelías.... el estar en cinta. Pero su fealdad, su estupidez y la costumbre que tenian de mirarla como una víctima destinada á la diversion de las demás, hacian implacables á sus perseguidoras, á pesar de su respeto ordinario á la maternidad.

Entre las enemigas mas encarnizadas de Juana (este era el nombre de la infeliz) se distinguía la Loba, muchacha de veinte años, alta, lista, de formas viriles, y de cara bastante regular; sus ásperos cabellos negros tenian un reflejo rojizo; el ardor de la sangre habia llenado de granos su tez, y un vello pardo sombreaba sus carnudos labios;

sus cejas de color castaño, pobladas y ásperas, se juntaban sobre sus fieros ojos; en la espresion de la fisonomía de aquella muger, habia algo de violento, de feróz y bestial, y una especie de tirantéz habitual que recogía su labio superior, mayormente en sus accesos de cólera, dejaba ver sus dientes blancos y separados, y esplicaba perfectamente su sobrenombre de la Loba.

Leíase, con todo, en aquella cara mas insolencia que crueldad; en una palabra, era fácil comprender que, viciada mas bien que perversa por carácter, aquella muger fuera aun susceptible de algunos buenos impulsos, como acababa de decir la inspectora á la marquesa de Harville.

— ¡Dios mio, Dios mio! ¿Qué es lo que os he hecho? gritaba Juanona defendiéndose en medio de sus compañeras.... ¿Por qué os encarnizais así conmigo?

— Porque así nos divertimos.

— Porque no sirves mas que para que te atormenten.

— Esa es tu suerte....

— Mirate, y verás que no tienes derecho para quejarte.

— Pero ya sabeis que no me quejo hasta el fin, y que aguanto todo lo que puedo.

— Pues bien; te dejaremos en paz si nos cuentas por qué te llaman Juanona.

— Sí, sí, cuéntanos esto.

— ¡Si os lo he dicho ya cien veces! Es por un soldado á quien quise en otro tiempo, y que se llamaba Juanon, porque habia sido herido en la batalla de Monte San Juan. Yo me quedé con su nombre. ¿Estais contentas ahora? ¿cuántas veces me hareis repetir la misma cosa!

— Si se te parece á tí, estaba fresco el pobre soldado.

— ¿Era algun inválido?

— ¿Algun extracto de hombre?

— ¿Cuántos ojos de vidrio tenia?

— ¿Tenia la nariz de hoja de lata?

— Preciso era que tuviese de menos las dos piernas y los dos brazos, y que á mas fuera sordo y ciego para quererte á tí.

— Soy fea, soy un verdadero mónstruo, ya lo sé; continuad, decidme tonterías, reíos de mí cuanto queráis, pero no me pegueis: no os pido mas que esto.

— ¿Qué es lo que traes dentro de ese pañuelo viejo? dijo la Loba.

— Sí, sí, que diga qué es lo que contiene el pañuelo.

— Que nos lo enseñe.

— ¡Veamos, veamos!

— ¡Oh, dejadme, os lo suplico! exclamó la miserable apretando con toda su fuerza entre sus manos el paquetillo.

— Será menester quitárselo.

— ¡Sí, quitaselo, Loba!

— ¡Dios mio, qué malas sois! ¡Oh, dejadme mi pañuelo, dejadme!

— Dinos lo que contiene.

— Pues bien; es el principio de unos pañales para mi hijo.... yo los arreglo con los retazos viejos que nadie quiere, y yo recojo; esto no os importa nada, ¿no es verdad?

— ¡Oh! ¡Los pañales del chiquillo de Juanona, cosa linda deben ser!

— Veamos.

— ¡Los pañales, los pañales!!

— Habrá tomado las medidas por el perrito de la directora seguramente.

— ¡Ahí van, ahí van los pañales! exclamó la Loba quitando el paquete de las manos de Juanona.

El pañuelo, que estaba casi hecho trozos, se rasgó, y un gran número de harapos de telas de todos colores, y de trapos viejos, rodaron por el suelo y fueron pisoteados por las reclusas, que redoblaron sus gritos y risotadas.

— ¡Cuántos andrajos!

— No parece sino que el pañuelo haya salido del fondo del saco de un traperero!

— ¡Son muestras de telas antiguas!

— ¡Qué tienda!

— No, y para coser todo esto....

— Habrá mas hilo que tela.

— Serán bordados del todo.

— Vamos, vuelve á recoger tus harapos, Juanona.

— Preciso es que seais bien malas para obrar así, ¡Dios mio! exclamó la pobre criatura corriendo á una parte y otra detrás de los harapos que procuraba recoger, á pesar de los puntapiés de sus compañeras. Jamás he hecho mal á nadie, añadió llorando; las he ofrecido prestarlas todos los servicios que quieran para que me dejen en paz, y darles la mitad de mi racion, á pesar del hambre que tengo, y.... nada.... ¡enemigas siempre! ¿Qué tengo, pues, que hacer para que me dejen tranquila? ¡Ni de una pobre muger en cinta tienen compasion! ¡Es menester ser peores que las fieras! Con tanto trabajo como habia tenido para reunir todos estos relacitos.... ¿De qué quieren que haga los pañales de mi hijo, sino tengo dinero para comprar nada? ¿Qué daño hago en recoger lo que nadie quiere, puesto que lo tiran?... Pero de repente, Juanona, exclamó

con un acento de esperanza. ¡Oh! aquí está la Guillabaora, ya estoy salvada.... habladles por mí; á vos os oirán seguramente puesto que os quieren tanto como á mí me odian.

La Guillabaora fué la última de las reclusas que entró en el patio.

Flor Celeste llevaba tambien la saya azul y la toca negra de las reclusas; pero aun bajo aquel trage grosero era encantadora. Con todo, despues de su raptó de la quinta de Bouqueval, sus facciones parecian profundamente alteradas: su palidéz, antes ligeramente sonrosada, era mate como la blancura del alabastro; la espresion de la fisonomía habia cambiado tambien, y manifestaba en su rostro una triste dignidad.

Flor Celeste conocia que el aceptar con decision los dolorosos sacrificios de la expiacion, es casi llegar á la altura de la rehabilitacion.

— Pedidles perdon por mí, Guillabaora, repuso Juanona implorando la mediacion de la jóven; ved como tiran por el suelo todo lo que habia recogido yo con tanta pena, para empezar los pañales de mi hijo. ¿Qué placer puede darles esto?

Flor Celeste no dijo ni una palabra, pero se puso con actividad á recoger uno á uno bajo los pies de las reclusas todos los retazos que pudo ver.

Una de ellas retenia con malicia bajo su pie un pedazo de corsé de tela basta: Flor Celeste, sin levantarse, dirigió á aquella muger su mirada encantadora y la dijo con su voz dulcísima:

— Os suplico que me dejeis recoger esto, en nombre de esa pobre muger que llora.

La reclusa retiró el pie, y el pedazo de corsé se salvó lo mismo que los demas retazos, que la Guillabaora conquistó de aquel modo uno á uno.

Faltábale recobrar una gorrita de niño, que dos

de las presas se disputaban riendo. Flor Celeste se acercó á ellas y las dijo:

— A ver si teneis la bondad de volverme este gorrito.

— Sí, allá vamos.... ¿Se ha hecho acaso este gorro para un arlequin de pecho? Compónese de un pedazo de tela parda con puntas de bombasí verde y negro, y aforrado con tela de colchon.

La descripcion era exacta; pero fué acogida con rechiflas y risotadas interminables.

— Burlaos de él, pero devolvédmelo, decia Juanona, y sobre todo, no lo tireis al agua como habeis hecho con lo demas.... Perdonadme que os haya hecho emporcar las manos de este modo, Guillabaora, añadió Juanona con acento de gratitud.

— ¡Venga acá ese gorro de arlequin! dijo la Loba que lo cogió y agitó en el aire como un trofeo.

— Os ruego que me lo deis, replicó la Guillabaora.

— No, que lo volvereis á Juanona.

— Sin duda que sí.

— ¡Ah! Pues no vale la pena que os incomodeis por semejante andrajo.

— Por esta misma razon de que Juanona no tiene mas que andrajos para vestir á su hijo, deberiais tener piedad de ella, Loba, dijo tristemente Flor Celeste, alargando la mano hácia el gorro.

— ¡No lo tendreis! replicó brutalmente la Loba; no faltaba mas sino que se cediera siempre con vos porque sois la mas débil: al fin abusais de todo.

— ¿Qué mérito tendria el que cedieseis si fuese la mas fuerte? respondió la Guillabaora con una media sonrisa llena de gracia.

— No, no, quereis todavía embaucarme con vuestra vocecita de miel.... ¡pues no lo tendreis!

— Vamos, Loba, no seas mala.

— Dejarme en paz, y no me enfadeis....

— Os suplico....

— ¡Vaya! no me impacientéis.... ¡he dicho no, y será no! exclamó la Loba verdaderamente irritada.

— ¡Pero tened compasión de ella, mirad como llora!

— ¡Y qué me importa á mí que lllore! ¡Tanto peor para ella! Es nuestro házme reir.

— Es verdad, es verdad.... no debíamos haberla devuelto sus trapos, murmuraron las detenidas arrastradas por el ejemplo de la Loba: tanto peor para Juanona.

— ¡Teneis razon, tanto peor para ella! dijo con amargura Flor Celeste, es vuestro házme reir, y por esto debe conformarse; sus gemidos os divierten y sus lágrimas os alegran. ¡Toma, teneis razon, en algo habeis de pasar el tiempo! Aunque la matarais no podria quejarse.... Teneis razon, Loba: ¡esto es justo!... Esta pobre muger no hace mal á nadie, no puede defenderse, y está sola contra vosotras todas, por esto la maltratais.... ¡esto es muy noble y muy generoso!

— ¿Quieres decir que somos cobardes, eh? exclamó la Loba arrastrada por la ira que la causaba toda contradiccion: ¿quieres hablar? ¿somos cobardes ó no? Responded, dijo mas irritada.

Empezaron á oirse rumores amenazadores para Flor Celeste, porque las reclusas ofendidas, se apiñaron dando voces, olvidando, ó por mejor decir, rebelándose contra el ascendiente que la jóven habia tenido hasta entonces sobre ellas.

— ¡Nos llama cobardes!

— ¿Qué derecho tiene para reprendernos?

— ¿Si se creerá ser mas que nosotras?

— Demasiado buenas hemos sido con ella....

— Y ahora se quiere dar importancia entre nosotras.

— Si queremos atormentar á Juanona, ¿qué tiene ella que ver en esto?

— Solo por esta razon, te pegaremos ahora mas que antes: ¿oyes, Juanona?

— Toma, ahí tienes para empezar, dijo una dándole un puñetazo.

— Y si tú te metes en lo que no te importa, Guillabaora, tendrás tambien tu parte.

— Sí, sí.

— ¡Oh, no basta con esto! gritó la Loba; es menester que la Guillabaora nos pida perdon de habernos llamado cobardes. ¡Vaya, si la dejásemos sin decirle nada, acabaria por hacer de nosotras lo que querria! ¡muy tontas hemos sido tambien en no haberlo conocido antes!

— ¡Que nos pida perdon!

— ¡De rodillas!

— ¡Sí, sí, de rodillas!

— Y si no, tratémosla como á su protegida Juanona.

— ¡De rodillas, de rodillas!

— ¿Conque somos unas cobardes?

— A ver si lo repites.... ¡vamos!

Flor Celeste no se inmutó con aquellos gritos furiosos: y dejó pasar la tormenta; luego cuando pudo hacerse oír, paseó su hermosa mirada tranquila y melancólica por todo el círculo de las reclusas, y contestó á la Loba, que volvía á vociferar diciendo:

— ¡A ver cómo te atreves á repetir que somos cobardes!

— ¿Vosotras no, no; esta pobre muger cuyos vestidos habeis destrozado, que habeis maltratado, y arrastrado por el lodo, es la cobarde.... no veis

como llora y tiembla solo de miraros? ella es la cobarde, repito, porque os tiene miedo.

El instinto de Flor Celeste la servia perfectamente. Si hubiese invocado la justicia y el deber para desarmar el encarnizamiento estúpido y brutal de las reclusas, contra Juanona, ni la hubieran escuchado; y las conmovió dirigiéndose á ese sentimiento de generosidad natural, que jamás se extingue del todo ni aun en las almas mas corrompidas.

La Loba y sus compañeras murmuraron todavía; pero se reconocian y confesaban cobardes.

Flor Celeste no quiso abusar de este primer triunfo, y prosiguió:

— Decís que esta pobre muger no merece compasion, pero ¡Dios mio, su pobre hijo la merece! ¡Ah! ¿Creeis acaso que él no siente los golpes que dais á su madre? Cuando ella os pide perdon, no es por ella por quien lo pide sino por su hijo. Cuando os pide un poco de vuestro pan si lo teneis de sobras, porque tiene mas hambre de lo que acostumbra, no lo hace para sí, sino para su hijo. Cuando os suplica con las lágrimas en los ojos que no le echeis á perder esos retazos que ha recogido con tanta pena, no es por ella por quien lo pide, sino para su hijo. Ese pobre gorrito de piececitas y retazos, aforrado en tela de colchon, del que tanto os burlabais, es muy ridiculo tal vez, pero á mí, solo de verlo me dan ganas de llorar, os lo confieso.... Reíos ahora si quereis de Juanona y de mí.

Las detenidas no rieron.

La Loba llegó á mirar con tristeza aquel gorrito que tenia todavía en la mano.

— ¡Dios mio! repuso Flor Celeste enjugándose los ojos con el envés de su blanca y delicada mano; ya sabia que no erais malas. Si atormentais á Juanona,

es por entretener el tedio y no por crueldad; pero olvidais que son dos.... ella y su hijo. Si le tuviera entre sus brazos, él la protegería contra vosotras.... No solamente no le pegariais entonces, por miedo de hacer mal al pobre inocente niño, antes si tenia frio, dariais á su madre todo lo que podriais para cubrirle, ¿no es verdad, Loba?

— ¡Si lo es! ¿quién no tendria compasion de una criatura?

— Yo lo creo.

— Y si tenia hambre, os quitariais el pan de la boca para dárselo, ¿no es verdad, Loba?

— Sí que lo haria, y de buena gana.... Yo no soy peor que otra.

— Ni nosotras tampoco.

— ¡Ya se vé, una pobre criatura inocente!

— ¿Quién tendria tan mal corazon que quisiera hacerla daño?

— ¡Seria preciso ser un mónstruo!

— ¡Y no tener corazon!

— ¡Y ser una bestia salvaje!

— Ya os decia yo que no erais malas, repuso Flor Celeste: sois buenas; pero vuestra equivocacion ha consistido en que Juanona en lugar de tener á su hijo en los brazos, para moveros á lástima, lo lleva en el seno: helo ahí todo.

— ¿Helo ahí todo? Repuso la Loba con exaltacion, no es esto todo, no. Vos teniais razon, Guillabao-ra, en llamarnos cobardes, y vos sois valiente en haberos atrevido á decirnoslo. ¡Vos sois valiente por no haber temblado despues de haberlo dicho! En vano es que queramos decir y hacer, y rebelarnos contra eso de que vos no sois una criatura como nosotras; al cabo siempre hemos de parar en ello.... Esto me carga.... pero es asi.... en este mismo

momento nos hemos engañado, y vos habeis tenido mas valor que nosotras....

— En verdad que ha necesitado valor la rubita, para decirnos cara á cara tales verdades.

— ¡Oí! Es que sus ojos azules son dulces, muy dulces, cuando se empeñan en algo.

— Sí, sí, se vuelven dos cachorritos de leon.

— ¡Pobre Juanona, cuánto la debe á ella!

— Y bien mirado, es muy verdad que cuando pegamos á Juanona, pegamos á su hijo.

— No habia yo caido en esto.

— Ni yo tampoco.

— Pues la Guillabaora sí, porque piensa en todo.

— ¡Y pegar á una criatura es cosa horrorosa!

— Ninguna de nosotras seria capáz de hacerlo.

Nada mas móvil que las pasiones populares, ni nada mas brusco que sus transiciones del bien al mal y del mal al bien.

Algunas sencillas é interesantes palabras de Flor Celeste, habian obrado una reaccion instantánea en favor de Juanona, que lloraba de ternura.

Todos los corazones estaban conmovidos; porque ya lo hemos dicho, los sentimientos que tienen relacion con la maternidad son siempre vivos y poderosos en las infelices de quien hablamos.

De repente, la Loba, violenta y exaltada en todas sus cosas, cogió el gorrito que tenia en la mano, hizo con él una especie de saquito, metió la mano en el bolsillo, sacó un franco, lo echó dentro y exclamó presentándolo á sus compañeras:

— Aquí va un franco para comprar unos pañales al chiquillo de Juanona. Nosotras mismas los costaremos, y lo coseremos todo, para que no le cueste nada la hechura.

— Sí, sí.

— Esto es , escotémonos.
 — Corriente.
 — ¡Famosa idea!
 — ¡Pobre muger!
 — Es fea como un mónstruo , pero es tan madre como otra cualquiera.

— La Guillabaora tenia razon , hay para llorar todas las lágrimas del cuerpo al mirar esos infelices pañales.

— Yo pongo diez sueldos.

— Yo treinta.

— Yo veinte.

— Yo cuatro. No tengo mas....

— Yo no tengo nada , pero vendo mi racion de mañana , para que no falte mi parte.... ¿quién me la compra?

— Yo , dijo la Loba : ahí van diez sueldos por tí.... pero te comerás tu racion , y Juanona tendrá unos pañales como una reina.

Pintar la sorpresa y alegría de Juanona , seria imposible ; su cara grotesca y fea , inundada de lágrimas se hacia casi interesante ; porque la felicidad y el reconocimiento brillaban en ella.

Flor Celeste tambien era muy dichosa , aunque se vió obligada á decir á la Loba cuando esta le alargó el gorrito:

— Yo no tengo dinero , pero trabajaré cuanto querais.

— ¡Oh! no , mi querido angelito , exclamó Juanona , echándose á los pies de la Guillabaora , y procurando cogerla la mano para besarla , ¿qué es lo que os he hecho yo para que sea asi tan caritativa conmigo , lo mismo que todas esas señoras? ¡Es esto posible señor , Dios mio! Unos pañales para mi hijo , unos buenos pañales.... todo lo que necesitará! ¿Quién habia de creer esto? Yo me volveré loca de conten-

to... Yo era hace un momento el juguete de todas.... y en un nada, solamente porque las habeis dicho vos algunas palabras con vuestra voz de serafin, ved ahí que se vuelven de mal á bien, y que me aman ya. Yo tambien las amo á ellas. Son tan buenas, he faltado en enfadarme.... Muy tonta fui é injusta é ingrata.... todo lo que hacian conmigo era una broma.... por esto no me querian mal.... al contrario, lo hacian por mi bien, sino ahí está la prueba.... ¡Oh! lo que es ahora me dejaria matar sin decir ay!

— Tenemos ochenta y ocho francos y siete sueldos, dijo la Loba acabando de contar el producto de la suscripcion, que envolvió con el gorro. ¿Quién será la tesorera hasta que se haya empleado este dinero? No hay que darlo á Juanona porque es demasiado tonta.

— ¡Que lo guarde la Guillabaora! fué el grito general.

— Si quereis creerme, dijo Flor Celeste, podremos pedir á la señora Armand, que se encargue de esta suma, y de hacer las compras necesarias para vestir al niño; y luego, ¿quién sabe? La señora Armand apreciará la buena accion que habeis hecho, y quizás pedirá que quiten algunos dias de prision á las que tengan buena nota.... Y bien, Loba, añadió Flor Celeste cogiendo del brazo á su compañera, ¿no os sentís ahora mas contenta que antes cuando echabais al viento los pobres retazos de Juanona.

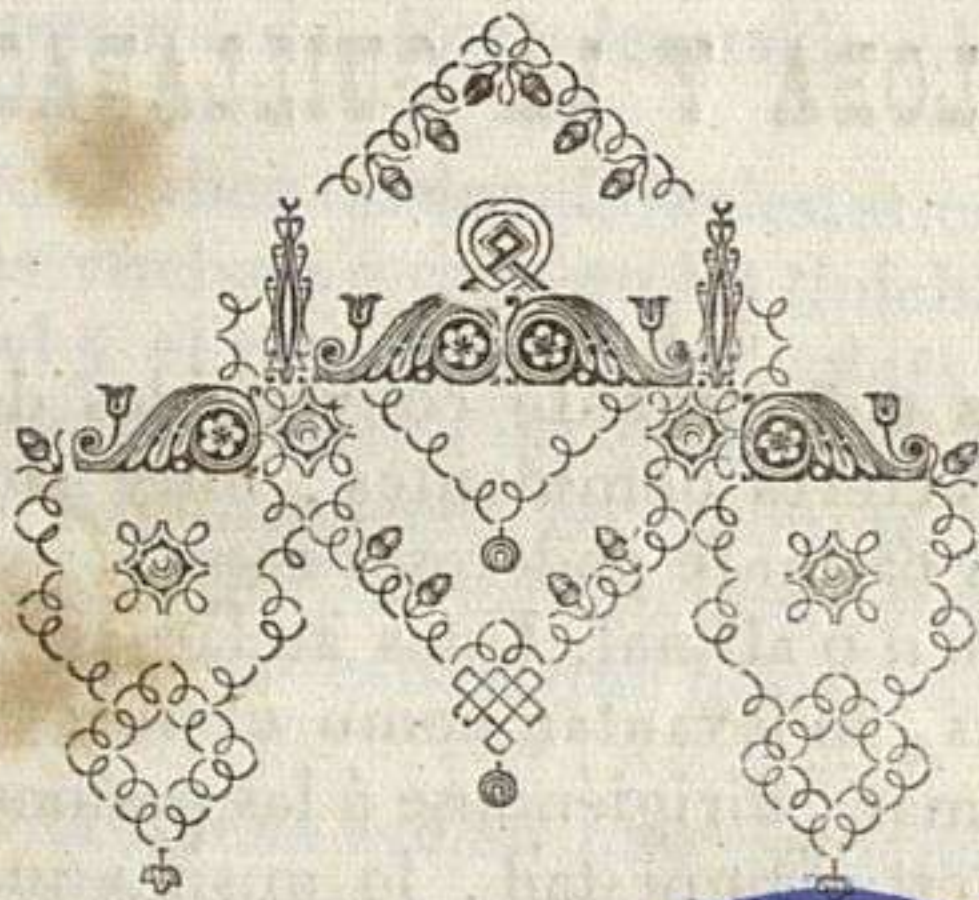
La Loba no respondió al principio.

A la generosa exaltacion que animara por un momento sus facciones, habia sucedido una especie de desconfianza feróz, y Flor Celeste la miraba sorprendida sin comprender aquella súbita mudanza.

— Guillabaora , venid , tengo que hablaros , dijo la Loba con aire sombrío.

Y separándose de las reclusas , se llevó brusca- mente á Flor Celeste á la barandilla de piedra que habia en medio del patio , junto á la cual se veía un banquito.

La Loba y la Guillabaora se sentaron en él casi enteramente separadas de las demas compañeras.



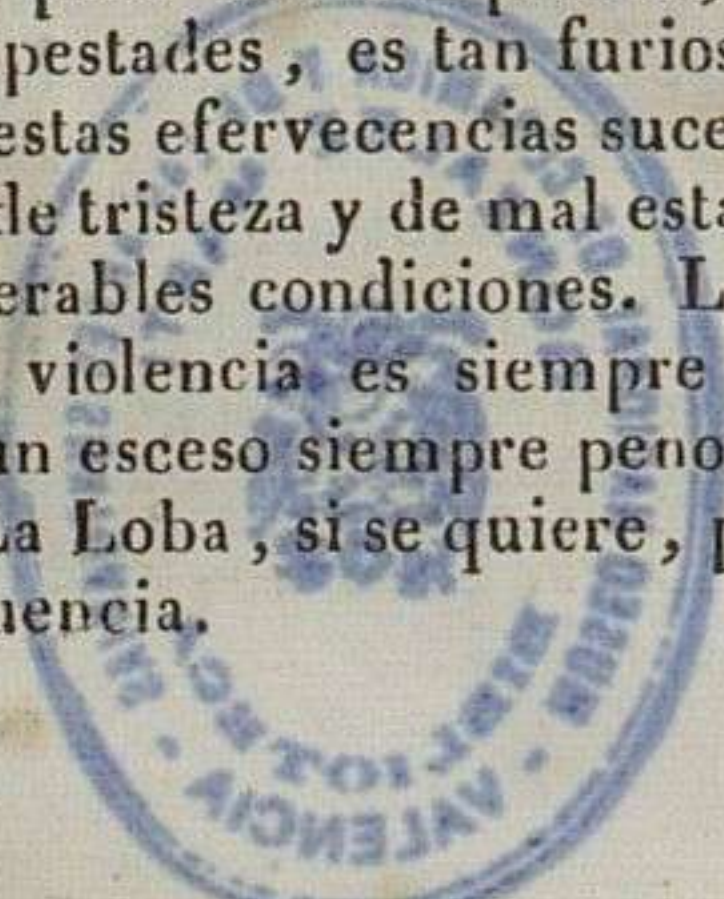
CAPÍTULO VI.



LA LOBA Y LA GUILLABAORA.

Estamos enteramente convencidos de que hay ciertos caracteres dominantes, muy simpáticos á las masas, y bastante poderosos con ellas para inducir las al bien ó al mal. Unos audaces, coléricos é indomables, lo levantan como el huracán á la espuma del mar, dirigiéndose á las pasiones perversas; pero esta tempestad, lo mismo que todas las tempestades, es tan furiosa como efímera, y á sus funestas efervescencias suceden sordos resentimientos de tristeza y de mal estar que empeoran las mas miserables condiciones. Lo que deja detrás de sí una violencia es siempre amargo, y al despertar de un exceso siempre penoso.

La Loba, si se quiere, personificará esta funesta influencia.



Otras organizaciones mas raras, porque es menester que sus generosos instintos estén fecundados por la inteligencia, y que esté en ellas el talento al nivel del corazon, inspiran el bien como las otras impelen al mal. Su accion saludable penetra suavemente en las almas, como los tibios rayos del sol penetran los cuerpos con un calor vivificante, y como el fresco rocío de una noche de verano humedece la tierra árida y ardiente.

Flor Celeste, si se quiere, personificará esta influencia bienhechora.

La reaccion hácia el bien no es tan brusca como la reaccion del mal; sus efectos se prolongan mas porque hay en ella algo de suave é inefable que poco á poco ensancha y calma los corazones mas endurecidos, y les hace gozar una sensacion de inexplicable serenidad. Por desgracia el encanto cesa....

Despues de haber traslucido celestes consuelos, los perversos vuelven á caer en las tinieblas de su vida habitual y el recuerdo de las dulces emociones que les sorprendieron un momento se borran poco á poco. Algunas veces, con todo, tratan vagamente de recordarlas, lo mismo que nosotros procuramos recordar los cantos que halagaron nuestra infancia.

Gracias á la buena accion que acababa de inspirarlas la Guillabaora, sus compañeras conocieron la suavidad pasagera de esos sentimientos de que participó tambien la Loba. Mas esta, por razones que diremos luego, debia permanecer por menos tiempo que las demas bajo el dominio de esta impresion benéfica. Si ha sorprendido el ver á Flor Celeste, un momento antes tan pasiva y dolorosamente resignada, obrar y hablar con valor y auto-

ridad; atiéndase á que los nobles consejos que recibiera durante su permanencia en la quinta de Bouqueval, habian rápidamente desarrollado las raras cualidades de aquel escelente corazon. Flor Celeste comprendia que no basta llorar por las irreparables faltas de lo pasado, y que no se rehabilita el que ha faltado, sino haciendo bien ó inspirándolo.....

.....
 Hemos dicho que la Loba se habia sentado en un banco de madera junto á la Guillabaora, formando entre las dos un contraste singular.

Caían sobre sus frentes los rayos pálidos de un sol de invierno; el cielo puro estaba cubierto en algunas partes de pequeñas nubecillas blancas y espumosas; algunos pajarillos, regocijados por lo apacible de la temperatura, gorjeaban en las negras ramas de los árboles del patio; dos ó tres gorriones, mas atrevidos que los demas, bebían y se bañaban en un arroyuelo que corria inmediato al estanque; la piedra del brocal estaba revestida de verdes yerbecitas, que crecían acá y acullá entre las junturas de las piedras, formando grupos de musgo y parietarias, que las heladas del invierno habian respetado. Esta descripción del estanque de una cárcel parecerá pueril, pero Flor Celeste no perdía ni uno de estos detalles: fijos los ojos en aquellas listas verdes, y en aquella agua trasparente en que se reflejaba la movible blancura de las nubes que corrían por la bóveda azul del cielo, y donde se rompían saltando en chispas luminosas los dorados rayos de un hermoso sol, pensaba suspirando en las magnificencias de la naturaleza que ella tanto quería, que amaba tan poéticamente, y de que se veía privada.

— ¿Qué queriais decirme? preguntó á su compañera, que sentada junto á ella permanecía sombría y silenciosa.

— Es menester que tengamos una esplicacion, exclamó con aspereza la Loba; esto no puede continuar así.

— ¡No os entiendo, Loba!

— Hace un momento que en el patio me decia yo misma á propósito de Juanona: Ya no quiero ceder mas por la Guillabaora.... y con todo, acabo de ceder otra vez.

— Pero....

— No hay pero que valga: esto no puede durar así.

— ¿Qué queja teneis contra mí, Loba?

— Tengo.... que no soy la misma desde que habeis llegado aquí.... no, no tengo ya ni alma, ni fuerza, ni valor.

Luego interrumpiéndose, arremangó la Loba la manga de su vestido, y enseñando á la Guillabaora su brazo blanco, nervioso y cubierto de un vello negro, la hizo ver en la parte inferior de él, una figura indeleble, que representaba un puñal azul, medio clavado en un corazon encarnado, debajo de cuyo emblema se leían estas palabras:

¡Muerte á los cobardes!

Marcial.

P. L. V. (Por la vida.)

— ¿Veis esto? exclamó la Loba.

— Sí.... esto es siniestro y me da miedo, dijo la Guillabaora volviendo la cara.

— Cuando Marcial, mi amante, me escribió con una aguja hecha áscua estas palabras ¡Muerte á los cobardes! me creia valiente, y si supiera mi con-

ducta de tres días á esta parte, me clavaría su cuchillo en el cuerpo, como este puñal está clavado en este corazón.... y tendría razón, porque él escribió aquí ¡Muerte á los cobardes! ¡y yo soy cobarde!

— ¿Y qué habeis hecho de cobarde?

— Todo.

— ¿Os arrepentís acaso del buen pensamiento que habeis tenido hace un momento?

— ¡Sí!

— ¡Ah! no lo creo.

— Os digo que me arrepiento, porque es una nueva prueba de lo que podeis sobre nosotras todas. ¿Acaso no habeis oído lo que ha dicho Juanona, cuando estaba de rodillas dándoos las gracias?

— ¿Qué ha dicho?

— Ha dicho hablando de nosotras que con nada nos volviais del mal al bien. Cuando dijo esto la hubiera ahogado, porque por vergüenza nuestra era verdad. Sí, con nada nos volveis de blancas, negras: os escuchamos, nos dejamos llevar de los primeros movimientos.... y nos engañais como hace poco....

— ¿Engañaros.... por haber socorrido generosamente á esa pobre muger?

— No se trata ahora de esto, exclamó con cólera la Loba; hasta ahora no he bajado la cabeza delante de nadie.... tengo por nombre la Loba, y tengo bien puesto este nombre.... Mas de una muger se acuerda de mí, y mas de un hombre tambien, y no quiero que se diga que una chiquilla como vos me tiene bajo sus pies.

— ¡Yo! ¿Y cómo?...

— ¿Sé yo acaso el cómo?... ¡Llegais aquí, y empezais por ofenderme!...

— ¿Yo ofenderos?

— Sí.... preguntais quién quiere vuestro pan, y yo digo la primera: ¡Yo!... Juanona os lo pide en seguida, y le dais la preferencia sobre mí.... Furiosa con esto, me lanzo sobre vos con el cuchillo en la mano....

— Y yo os digo: ¡Matadme si quereis, pero no me hagais padecer demasiado!... replicó la Guilla-baora.... ¿no es esto?

— Esto es; pero estas solas palabras me han hecho caer de las manos el cuchillo y me han hecho pedir os perdon, ¡á vos que me habiais ofendido! ¿Es esto natural?... Mirad, cuando volví en mí, me daba lástima de mí misma.... La noche de vuestra llegada aqui, cuando os arrodillasteis para hacer vuestras oraciones, ¿por qué en lugar de reirme de vos, y de alborotar todo el dormitorio, dije: Dejadla en paz.... hace oracion, señal que tiene derecho de hacerla?... ¿Y el dia siguiente, por qué yo y las otras tuvimos vergüenza de vestirnos delante de vos?

— ¡Qué sé yo, Loba!

— ¿De veras no lo sabeis? repuso con ironía aquella violenta criatura; ¿no lo sabeis? Será seguramente como hemos dicho nosotras algunas veces en chanza, que vos sois de otra especie que nosotras. ¿Lo creeis esto vos?

— Jamás os he dicho que tal creyera.

— No, no lo decís, pero lo dais á entender.

— Os ruego que me escuchéis.

— No; me ha sido muy perjudicial el escucháros.... y aun el miraros solamente. Hasta ahora á nadie habia tenido envidia.... Pues bien, dos ó tres veces me he sorprendido á mí misma.... ¡y cuidado que es menester ser bestia y cobarde!... me he sorprendido á mí misma, envidiando vuestra carita de vírgen, y vuestro aspecto dulce y

triste. Sí, he llegado á envidiar vuestros cabellos rubios y vuestros ojos azules, yo, que he detestado siempre á las rubias, por la razon de que soy morena.... ¡Querer parecerme á vos, yo, la Loba!... ¡Yo!... Al que me hubiese dicho esto, ocho dias atrás, le hubiera dado un bofeton. Y no se puede decir que sea vuestra suerte la que tiene, porque estais siempre triste como una Magdalena. ¿Es esto natural? decid.

— ¿Cómo quereis que juzgue yo de las impresiones que os causo?

— ¡Oh! Bien sabeis vos lo que haceis con vuestro aire de gazmoñería.

— Pero ¿qué mala intencion me suponeis?

— ¡Qué me sé yo!... Cabalmente la razon por que desconfio de vos, es porque no entiendo nada en todo esto. Pero aun hay otra cosa; hasta ahora siempre habia estado alegre ó colérica, pero jamás pensativa: y vos me habeis vuelto pensadora. Sí, decís ciertas palabras que, á pesar mio, me han vuelto el corazon, y me han hecho pensar en toda especie de cosas tristes.

— Siento haberos tal vez entristecido, Loba.... pero no me acuerdo de haberos dicho....

— ¡Eh, qué diablo! exclamó la Loba, interrumpiendo á su compañera con una impaciencia llena de enfado; lo que vos haceis me conmueve á veces tanto como lo que decís.... ¡Sois tan maligna!!..

— No os enfadeis conmigo, Loba, y esplicaos.

— Ayer en la sala de labor, os estaba contemplando: teniais la cabeza y los ojos inclinados sobre la costura: una lágrima os cayó en la mano.... durante un minuto la estuvisteis mirando, y despues llevasteis la mano á los labios, como para besar y enjugar aquella lágrima; ¿es verdad esto?

— Es verdad, dijo la Guillabaora poniéndose colorada.

— Esto no parece nada; pero en aquel momento pareciais tan desgraciada, que me sentí toda conmovida, y estuvo ya en un tris.... Vaya, decid: ¿creeis que esto es muy divertido? Yo he sido siempre dura como una roca, para todo lo que ha querido conmoverme, y nadie puede alabarse de haberme visto llorar.... ¡y con solo mirar vuestro palmito me tengo que sentir el corazón lleno de debilidad!... Sí, todo esto no es mas que pura cobardía; y la prueba de ello es, que hace tres dias que no me he atrevido á escribir á Marcial, mi amante, porque tengo mala la conciencia. Sí, vuestra compañía ha embotado mi carácter, y es menester que esto acabe.... ya no puedo mas, y esto pararía en mal.... yo me entiendo.... quiero ser lo que soy, y no dar lugar á que se rian de mí.

— ¿Y por qué se han de reir de vos?

— ¡Toma! porque me verian hacer la bondadosa y la bestia, cuando yo hacia temblar aqui á todo el mundo. No, no, tengo veinte años, soy tan hermosa como vos en mi género, soy temida, y esto es lo que yo quiero: me rio de lo demas, y ¡mal haya quien diga lo contrario!

— ¿Estais enfadada conmigo, Loba?

— Sí, vuestro conocimiento no me ha traído mas que disgustos; y si esto continuase, dentro de quince dias, en lugar de llamarme la Loba, me llamarian la Oveja. No quiero, no: no es á mí á quien han de zampar de este modo.... Marcial me mataria.... Por fin, no quiero acompañarme mas con vos; y para separarme enteramente, voy á pedir que me pasen á otra sala: si se niegan, haré una de las mias para alcanzarlo ó para que me metan en

el calabozo hasta el dia de mi salida.... He ahí lo que tenia que decirnos , Guillabaora.

Flor Celeste , conoció que su compañera , cuyo corazon no estaba completamente viciado todavia , se debatía contra tendencias mejores. Estas vagas inclinaciones hácia el bien , las habria seguramente despertado en la Loba , la simpatia ó el interés involuntario que sentia por la Guillabaora.

Afortunadamente para la humanidad , se presentan algunos ejemplos raros , pero brillantes ; y nos gozamos en repetirlo , hay almas elegidas y dotadas , sin que casi ellas mismas lo sepan , de tan poderosa atraccion , que obligan , aun á los séres mas reacios á entrar en su esfera , y procurar con mas ó menos fuerza asemejarse á ellos.

Los prodigiosos resultados de ciertas misiones y de algunos apostolados no pueden esplicarse de otro modo.

Tal era , en un círculo infinitamente limitado , la naturaleza de las relaciones entre Flor Celeste y la Loba ; pero esta , por una singular contradiccion , ó mas bien , por una consecuencia de su carácter intratable y perverso , luchaba con todas sus fuerzas contra la saludable influencia que la dominaba , lo mismo que las gentes honradas luchan contra las influencias de la perversidad.

Si se considera que el vicio tiene á menudo un orgullo infernal , no se extrañará el ver hacer á la Loba todos los esfuerzos posibles para conservar su reputacion de criatura indómita y temida , y para no volverse de Loba , Oveja , como ella decia.

Con todo , esa repugnancia , esa cólera y esos combates , unidos algunas veces con rasgos de generosidad , revelaban en aquella infeliz síntomas demasiado favorables y significativos , para que Flor

Celeste abandonase la esperanza que habia concebido ; porque aun , prescindiendo que la Loba no hubiese estado totalmente perdida , hubiera querido salvarla , como la habian salvado á ella.

«El mejor modo de probar mi reconocimiento á mi bienhechor , pensaba la Guillabaora , es el dar á otras , que pueden comprenderlos todavía , los nobles consejos que él me dió á mí.»

Cogiendo , pues , con timidéz la mano de su compañera , que la miraba con una desconfianza sombría , la dijo:

—Os aseguro , Loba , que si os interesais por mí , no es porque seais cobarde , sino porque sois generosa. Los corazones fuertes son los únicos que se enternecen por las penas de los demas.

—No , aqui no hay generosidad ni valor , contestó brutalmente la Loba ; lo que hay es cobardía.... y por otra parte , yo no quiero que me digais que me he enternecido , porque no es verdad.

—No lo diré mas , Loba ; pero puesto que me habeis mostrado aprecio , me permitireis que os esté reconocida , ¿no es verdad?

—Tanto se me da.... Esta noche dormiré en otra sala , ó sola en el calabozo.... y muy pronto estaré fuera.... ¡gracias á Dios!

—¿Y á dónde ireis al salir de aqui?

—Toma.... á mi casa , calle de Pedro Lescot.... alli tengo mis muebles.

—¿Y Marcial?... preguntó la Guillabaora , con la esperanza de continuar la conversacion , hablándola á la Loba de un objeto interesante para ella ; ¿debeis tener mucho gusto en volver á ver á Marcial?

—Sí.... ¡oh! sí.... contestó ella con acento apasionado. Cuando me arrestaron , acababa él de salir de una enfermedad , de unas calenturas muy fuertes que habia tenido , porque vive siempre en el

agua.... No me separé de él en diez y siete días y en diez y siete noches, sin apartarme de su cabecera un minuto, y vendí la mitad de mis trastos para pagar al médico, las medicinas y todo lo demás.... Puedo preciarme de esto, y me precio. .. Si mi amante vive, me lo debe á mí.... Ayer mismo mandé ofrecer un cirio por él.... son tonterías, pero no importa.... algunas veces se han visto de esto muy buenos ejemplos para las convalecencias....

—¿Y dónde está ahora? ¿qué hace?

—Vive, como siempre, junto al puente de Asnières, en una isla.

—¿En una isla?

—Sí.... está establecido allí con su familia, en una casa aislada. Siempre está en guerra con los guarda-pescas; y cuando está en su barco con su escopeta de dos cañones, ¡pobre del que se le acerque!.... dijo orgullosamente la Loba.

—¿Cuál es, pues, su oficio?

—Pesca furtivamente por la noche; y como es tan valiente como un león, cuando algún malandrín quiere reñir con alguno, él se encarga.... Su padre tuvo un mal trato con la justicia; pero le queda su madre, dos hermanas y un hermano.... y mejor le fuera no tenerle á este pícaro, porque es un malvado que un día ú otro irá á la guillotina.... y sus hermanas son lo mismo.... pero esto no me importa á mí.... allá se las hayan.

—¿Y dónde conocisteis á Marcial?

—En París: habia querido aprender el oficio de cerrajero.... ¡hermoso oficio! siempre rodeado de hierro candente y de fuego.... por lo que hace al riesgo, ¡quia!... era oficio que hacia para él; pero tenia la cabeza tan mala como yo, y no pudo seguir con su amo: entonces se volvió al lado de sus pa-

rientes, y se puso á merodear en las orillas del rio. Viene á verme á París, y yo, de dia, voy á verle á Asnieres: está á un paso, pero aunque estuviese muy lejos, iria lo mismo, aunque fuese á gatas.

— ¡Qué feliz sois en poder ir al campo, Loba!... dijo la Guillabaora suspirando, sobre todo si os gusta tanto como á mí el pasear por los prados.

— Mas me gustaria pasearme por los bosques y por las grandes selvas con mi amante.

— ¿Por los bosques?... ¿y no tendrias miedo?

— ¡Miedo! ¡ah! sí.... buen miedo tendria.... ¿sabeis que las lobas tengan miedo? Cuanto mas desierto y poblado fuese el bosque, mas me gustaria. Habitar una cabaña aislada con Marcial, que seria cazador en vedado, parar por la noche las trampas para la caza, y luego, si venian los guarda-bosques para arrestarnos, dispararles una carabina al lado de mi amante, ocultándonos los dos entre los matorrales.... vaya.... ¡qué vida, qué vida!

— ¿Habeis habitado ya alguna vez en los bosques, Loba?

— Nunca.

— ¿Pues quién os ha sugerido estas ideas?

— Marcial.

— ¿Cómo?

— Era cazador secreto en el bosque de Rambouillet. Hace un año que disparó un tiro á un guarda que habia tirado contra él.... ¡pícaro guarda!... por fin, no pudo probarse nada en justicia; pero Marcial se vió obligado á salir para siempre del pais.... Entonces vino á París para aprender el oficio de cerrajero, y le conocí yo. Como tenia demasiado mala cabeza para estar bien con su amo, prefirió volverse á Asnieres con su familia, y merodear en el rio.... esto es mas independiente.... pero siempre echa de menos su bosque, y un dia ú otro volverá

á él, porque á fuerza de hablarme de la caza vedada y de los bosques, me ha llenado la cabeza de estas ideas; y en la actualidad me parece que he nacido para ello.... pero esto siempre es igual, lo que quiere el hombre, lo quiere la muger.... Si Marcial hubiese sido ladron, yo hubiera sido ladrona, porque cuando se tiene un amante, es para ser lo mismo que él.

—¿Y vuestros padres, Loba, dónde están?

—¿Qué sé yo?

—¿Hace mucho que no los habeis visto?

—Ni siquiera sé si están vivos ó muertos.

—¿Entonces debieron haberlos tratado mal?

—Ni bien ni mal: creo que tenia once años cuando mi madre escapó con un soldado; por su parte, mi padre, que era jornalero, se trajo á nuestra buhardilla una muger con dos hijos que tenia, uno de seis años y otro de mi edad; su oficio era vender manzanas y frutas por las calles en un carreton, y al principio no iba mal; pero despues, mientras que ella paseaba su carreton, venia á casa una revendedora de ostras, por quien mi padre engañaba á la otra muger, que al fin lo supo.... desde entonces hubo en casa, casi todas las tardes, sendas palizas; de modo que yo y los dos muchachos, que dormiamos juntos, porque nuestra habitacion no tenia mas que un cuarto, ni habia mas que una cama para los tres, y esta en el mismo aposento en que dormian mi padre y su querida, nos espantábamos de verlo, y nos acurrucábamos sin chistar. Un dia, era cabalmente el de su santo, el dia de Santa Magdalena, empezó á quejarse de mi padre por no haberla felicitado, y de razon en razon, mi padre acabó por tumbarla de un trastazo que le dió con un mango de escoba. Yo me creí buenamente que era negocio concluido.... porque la Magdalena cayó

como un plomo; pero tenia la vida á prueba de palo, y la cabeza tambien. Despues se vengó, porque una vez le mordió tan fuertemente en la mano, que el bocado se lo quedó entre los dientes. Es menester advertir, sin embargo, que esta clase de palizas no sucedian sino, como quien dice, en los dias de fèria; las de los dias de trabajo eran menos considerables, habia de lo azul, pero jamás de lo encarnado.

—¿Y aquella muger se portaba mal con vos?

—¿La Magdalena?... no.... al contrario, no tenia mas que el genio vivo; pues por lo demas, era una buena muger.... Al fin, mi padre se cansó de ella, la cedió los pocos muebles que tenia en la casa que habitábamos, y no volvió mas: era borgoñon, y es probable que se volvió á su pais. Yo tenia entonces quince años.

—¿Y os quedasteis con la querida de vuestro padre?

—¿Donde habia de ir? Entonces ella se enredó con un pizarrero, que se vino á vivir con nosotros. De los dos hijos de la Magdalena, el mayor se ahogó en la isla de los Cisnes; el otro entró de aprendiz en casa de un carpintero.

—¿Y vos qué haciais en casa de aquella muger?

—La ayudaba á llevar su carreton, hacia la comida, iba á llevarla á su hombre, y cuando volvia á casa un poco borracho, ayudaba á la Magdalena á zurrarle la badana para que hubiese paz, porque seguíamos habitando juntas.... El era malo como un asno rucio.... cuando estaba beodo todo lo queria matar. Una vez, si no le quitamos una hacha de las manos, nos asesina á las dos. La Magdalena sacó por su parte una herida en la espalda, que le sacó tanta sangre, que parecia aquello una carniceria.

— ¿Y cómo llegasteis á ser.... lo que somos las dos?... dijo Flor Celeste con cierta repugnancia.

— Carlos, el hijo de Magdalena, que se anegó despues en la isla de los Cisnes, habia estado siempre conmigo.... á poca diferencia, desde que con su madre y su hermano se habian venido á vivir en casa, cuando los dos éramos unos chiquillos.... qué sé yo.... despues de él, fué el pizarrero.... á mí tanto me importaba; pero tenia miedo de que la Magdalena me echara si llegaba á conocerlo.... y esto sucedió; pero como era buena muger, me dijo: «Toda vez que te ha dado por ahí, ya cuentas diez y seis años, y no eres buena para nada, y tienes demasiada mala cabeza para ponerte á servir ó tomar cualquier oficio; vas á venirme conmigo para hacerte inscribir en la policia en falta de tus padres; yo responderé de tí, y este será siempre para tí un oficio autorizado por el gobierno; no tendrás que hacer mas que divertirte; yo estaré tranquila sobre tu suerte, y no me serás ya una carga. ¿Qué es lo que dices á esto, hija?» En verdad que creo que tenéis razon, le contesté; no habia yo caído en ello. Nos fuimos á la *oficina de las costumbres*; me dejó recomendada en una casa, y desde entonces estoy inscrita. Volví á ver á la Magdalena, hace cosa de un año, un dia que fui á beber con mi amante, y la convidamos: nos dijo que el pizarrero estaba en presidio, y despues no la he vuelto á ver; y no sé quién me dijo últimamente que la habian metido en la cárcel, habrá cosa de tres meses: si es así.... ¡tanto peor á fé mia! porque era una buena muger que tenia siempre el corazon en las manos, y menos malicia que una paloma.

Flor Celeste, aunque metida muy jóven en una atmósfera de corrupcion, habia respirado despues

un aire tan puro, que sintió una opresion dolorosa al oír la horrible relacion de la Loba.

Y si hemos tenido nosotros valor para referir esta relacion, es porque, por vergonzosa que sea, es mil veces inferior todavía á realidades sin número. Sí, la ignorancia y la miseria arrastran muy á menudo á las clases pobres á tan espantosas degradaciones humanas y sociales.... Sí, hay un gran número de guaridas en que, echados sobre un mismo gergon, niños ó adultos, varones ó hembras, legítimos ó bastardos, mezclados como bestias en un mismo lecho, tienen de continuo á la vista abominables ejemplos de embriaguéz, de violencias, de disolucion y asesinatos.

Sí, y con demasiada frecuencia todavía.... el ¡INCESTO! cometido en la edad mas tierna, añade un horror de mas á todos los demas horrores.

Los ricos pueden rodear sus vicios de sombra y de misterio, y respetar la santidad del hogar doméstico.

Pero los artesanos, aun los mas honrados, que casi nunca pueden ocupar mas que un solo cuarto con su familia, se vén obligados con harta frecuencia, por falta de cama y de espacio, á hacer dormir juntos á sus hijos, hermanos y hermanas.... á algunos pasos de su lecho matrimonial.

Si hacen temblar las fatales consecuencias de tales necesidades, impuestas casi siempre inevitablemente á los artesanos pobres, pero honrados, ¿qué será cuando se trate de los que están depravados por la ignorancia y los desórdenes?

¿Qué espantosos ejemplos no darán á sus malhadados hijos, abandonados, ó por mejor decir, excitados desde su mas tierna juventud á todas las inclinaciones brutales, y á todas las pasiones? ¿Tendrán siquiera la idea del deber, de la honradéz y del

pudor? ¿No les serán tan estrañas las leyes sociales, como á los salvages del Nuevo Mundo?

Pobres criaturas, corrompidas al nacer, que en las prisiones, á que les conducen frecuentemente la holganza y el abandono, se vén condenadas ya con esta grosera y terrible metáfora:

«SEMILLAS DE PRESIDIO.»

Y la metáfora es acertadísima.

Esta siniestra prediccion se cumple casi siempre.... presidio ó lupanar.... cada sexo tiene su porvenir.

No queremos justificar aqui ningun género de esceso; pero compárese solamente la degradacion voluntaria de una muger piadosamente educada en el seno de una acomodada familia, donde no haya recibido mas que nobles ejemplos, con la de la Loba, criatura educada, por decirlo asi, en el vicio, por el vicio, para el vicio, á quien se enseñó, y no sin fundamento, la prostitucion, como un oficio protegido por el gobierno.

Y es verdad: hay un despacho en que se forman listas de prostitucion, la cual se certifica y garantiza.

Una oficina donde muchas veces se presenta una madre á autorizar la corrupcion de su hija, ó un marido la de su esposa.

Esta oficina se llama *Seccion de costumbres*.

¿No es preciso que tenga una sociedad un vicio de organizacion bien profundo y bien incurable, con respecto á las leyes que rigen las condiciones del hombre y de la muger, para que el poder.... EL PODER.... esta grave y moral abstraccion, se vea obligado, no solamente á tolerar, sino á reglamentar, legalizar y proteger, para hacerla menos dañosa, esta venta del cuerpo y del alma, que multiplicada por los apetitos desenfrenados de una po-

blacion inmensa , se aumenta mas y mas cada dia hasta un número inconmensurable?.....

.....
 La Guillabaora , dominando la emociion que la habia causado la triste confesion de su compañera, la dijo con timidéz:

—Escuchadme sin enfadaros.

—A ver , decid ; creo que he charlado ya bastante ; pero ahora poco importa , puesto que es la última vez que hablaremos juntas.

—¿Sois feliz , Loba?

—¿Cómo?

—Con la vida que llevais.

—¿Aqui en San Lázaro?

—No , en vuestra casa , cuando estais libre.

—Sí , soy feliz....

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿No quisierais cambiar vuestra suerte por otra?

—¿Con qué suerte?... para mí no hay otra.

—Decidme , Loba , repuso Flor Celeste despues de un momento de silencio : ¿no os gusta algunas veces hacer castillos en el aire? Es cosa tan divertida.... sobre todo aqui en la cárcel.

—¿Y sobre qué deben versar mis castillos en el aire?...

—Sobre Marcial.

—¿Sobre mi amante?

—Sí....

—A fé , no los he hecho jamás.

—Dejad que yo haga uno para vos y para Marcial.

—¿Bah! ¿y de qué nos servirá?

—Para pasar el tiempo.

—Bien.... veamos ese castillo en el aire.

—Figuraos , por ejemplo , que una casualidad, como muchas que suceden , os haga encontrar una

persona que os diga: Abandonada por vuestros padres, no habeis tenido á la vista desde la infancia mas que malos ejemplos, y tan digna sois de lástima como de reprension, por haber llegado á ser....

—¿Por haber llegado á ser qué?

—Lo que vos y yo.... hemos llegado á ser, contestó la Guillabaora con dulce acento; y continuó: Suponed que esta persona os dice ademas: puesto que amais á Marcial, y él tambien os ama, dejad los dos la mala vida que llevais, y en lugar de ser su querida, sed su esposa.

La Loba se encogió de hombros.

—¿Acaso querrá casarse conmigo?

—¿A no ser la caza vedada, no ha cometido jamás otra accion culpable, no es cierto?

—El es pescador de vedado en el rio, como era cazador en los bosques, y hace muy bien. ¡Vaya! ¿los pescados, lo mismo que la caza, no son de quien puede cogerlos?... ¿en dónde llevan la marca de su dueño?

—Pues bien; supongamos que habiendo renunciado al peligroso oficio que ejerce hoy dia, trata de ser hombre de bien; supongamos que la ingenuidad de sus buenos propósitos inspiran confianza á un desconocido, y este le proporciona una colocacion.... (no olvidéis que esto no es mas que un castillo en el aire) un empleo de guarda-bosque, por ejemplo, lo que no dejaria de serle grato, pues continuaria su misma vida, aunque sin causar perjuicio á nadie.

—A fé que sí, pues seguiríamos viviendo en los bosques.

—Pero este empleo solo se le darian con la espresada condicion de casarse con vos, y de teneros consigo....

—¡Vivir con Marcial.... qué dicha!

—Si deciais no ha mucho que seriais tan feliz si vivieseis con él en medio de las selvas, ¿no prefeririais á una cueva, en donde tendriais que ocultaros como dos culpables, una linda cabaña, que cuidariais activa y laboriosamente?

—¡Ah! ¿eso es posible, ú os estais burlando de mi?

—¿Quién sabe? la Providencia.... la casualidad.... ademas esto no pasan de ser castillos en el aire.

—Siendo asi.... continuad.

—Mira, Loba, me parece veros ya establecida en vuestra choza, en medio de la selva, con vuestro marido y dos ó tres hijos.... ¡qué felices son los que tienen hijos!... ¿no es cierto?

—¿Hijos de mi marido? exclamó la Loba con feroz pasion; ¡ah! sí, les amaria con orgullo.

—Os harian compañía en vuestra soledad.... despues, cuando serian ya grandecitos, comenzarian á seros útiles: los mas pequeños recogerian ramas secas para abastecer el hogar; el mayor llevaria á pacer al bosque dos vacas que os habrian regalado para recompensar la actividad de vuestro marido; pues que, atendido su anterior estado, seria un buen guarda-bosque.

—¡Vaya.... qué divertidos son los castillos en el aire!... proseguid, proseguid, Guillabaora.

—Estarian muy satisfechos de vuestro marido; en cámbio, su amo os proporcionaria algunas comodidades.... un patio, un jardincito.... pero tendriais tambien que trabajar mucho, Loba.... desde la mañana hasta la noche.

—¡Oh! en cuanto á eso, estando en compañía de mi marido, el trabajo no me daria miedo.... tengo buenos puños.

—Y no os faltaria en qué ocuparlos, os lo aseguro.... hay tanto.... tanto que hacer en una casa.... cuidar del corral y del establo, preparar la comida,

remendar los vestidos del marido y de los chiquillos; un día de la semana para la roscada, otro para amasar y cocer el pan, otro para limpiar la casa de arriba abajo, á fin de que los otros guarda-bosques dijese: ¡Oh! no hay otra muger tan hacendosa como la de Marcial; desde la bodega hasta el granero parece toda su casa un espejo de limpieza.... y sus hijos qué curiosos.... es ciertamente muy trabajadora la señora Marcial.

—¿De veras me llamarían la señora Marcial.... Guillabaora? dijo la Loba con una especie de orgullo, y repitió: ¡la señora Marcial!...

—Siempre sería mejor que llamaros Loba, ¿no es verdad?

—Yo lo creo: preferiría el nombre de mi marido al de una bestia.... pero, ¡bah.... bah!... Loba he nacido, y Loba moriré.

—¿Quién sabe.... quién sabe?... no tiene que asustaros la perspectiva de una vida dura, pero honrada, pues proporciona muchas dichas.... puesto que no os asusta el trabajo.

—¡Oh! el trabajo no me arredra.... además, no me costaría tanto el cuidar de mi casa, de mi marido y de tres ó cuatro renacuajos.

—Y luego no todo son ocupaciones, hay ratos de reposo; en invierno, durante la velada, mientras duermen los niños, y vuestro marido fuma su pipa, limpiando sus armas ó acariciando sus perros.... ya descansáis un poco.

—¡Bah.... bah.... descansar.... estarse con los brazos cruzados!... no, no; preferiría componer la ropa blanca de la familia, ó bien hilar junto á la chimenea; eso no fatiga.... además son tan largas las noches en invierno, y tan cortos los días....

Las palabras de Flor Celeste hacían olvidar cada vez más á la Loba la realidad de su estado presente,

por los sueños del porvenir. Así es que se hallaba tan vivamente entusiasmada, como á su vez lo habia estado la Guillabaora cuando Rodolfo la habia hablado de los placeres campestres de la quinta de Bouqueval.

La Loba no ocultaba los gustos salvages que la habia inspirado su amante. Acordándose Flor Celeste de la impresion profunda y saludable que habia experimentado con las risueñas descripciones de la vida del campo que la hizo Rodolfo, quiso ensayar el mismo medio de accion con la Loba, pensando, y con razon, que si su compañera se conmovia con la descripcion de una vida ruda, pobre y solitaria, hasta el extremo de desearla con vehemente ardor, aquella muger era digna de interés y compasion.

Encantada de ver su compañera, la curiosidad con que la escuchaba, la Guillabaora continuó con inefable sonrisa:

— Vamos, señora Marcial.... dejadme llamaros asi: ¿qué os parecen mis planes?

— Mucho me gustan.... Despues, encogiéndose de hombros, y sonriéndose tambien, añadió: ¡Pero qué tonterías estamos diciendo, parecemos dos niñas que jugamos á visitas!... Sin embargo, es muy divertido; seguid, seguid vuestra relacion.

— Me parece, señora Marcial, que al hablar de vuestro método de vida, no hemos tomado en cuenta mas que la peor estacion.

— Pues yo no la tengo por la peor.... Oir el viento silbar por la noche en la selva, y de cuando en cuando los ahullidos de los lobos, á lo lejos, á lo lejos.... no me parece tan fastidioso, con tal de estar junto al hogar con mi marido y mis chicuelos, ó aun cuando fuese sola, sin mi marido, si se hubiese marchado á hacer su ronda: ¡oh! no me dan

miedo á mí las escopetas, sobre todo si se tratase de defender á mis hijos.... ya veriais, ya.... la Loba guardaria bien sus Lobitos.

— ¡Oh! os creo.... vos sois valiente, pero yo como mas tímida, prefiero la primavera al invierno.... ¡Oh, la primavera, señora Marcial, qué hermosa es! Cuando los árboles y las plantas se cubren de verdes hojas, cuando se abren las lindas florecillas de los bosques, que embalsaman el aire con sus gratos olores: entonces veriais á vuestros hijos jugar y retozar alegremente por la yerba recién crecida, y vuestra casita, apenas visible entre la espesura de la selva, burlaria los ardientes rayos del sol. Me parece que la estoy viendo.... Delante de la puerta hay una parra que vuestro marido mismo plantó y que hace sombra al banco de césped donde él toma la siesta durante las horas calurosas del dia, mientras vos vais de un lado á otro haciendo callar á los niños, para que no despierten á su padre.... No sé si habreis observado que en el rigor del verano, al medio dia, hay en medio de los bosques tanto silencio como por las noches.... No se oyen los dulces trinos de los pajarillos, ni el susurro de los árboles cuyas hojas están inmóviles....

— ¡Oh! sí, teneis razon, repitió casi maquinalmente la Loba, que olvidando cada vez mas la realidad, creía ver desarrollarse á su vista los risueños cuadros que la ponía de manifiesto la poética imaginacion de Flor Celeste, tan instintivamente apasionada á las bellezas de la naturaleza.

Entusiasmada la Guillabaora con la profunda atencion que la prestaba su compañera, prosiguió, dejándose arrastrar por el encanto de los mismos pensamientos que evocaba:

— Una cosa hay que me gusta tanto como ese silencio de los bosques, y es, el ruido que producen

las gruesas gotas de una lluvia de verano, al caer sobre las hojas de los árboles; ¿os gusta también esto á vos?

— ¡Oh! sí.... mucho me gustan también las lluvias de verano.

— ¡No habeis observado aquel olor tan balsámico y fresco que despiden los arbustos, el musgo y la yerba, humedecidos! Y luego, ¿no habeis notado cómo brillan las gotas que cuelgan de las puntas de las hojas heridas por los rayos del sol, que parecen otras tantas piedras preciosas!

— Sí, sí, me acuerdo de todo esto; pero es porque me lo estais contando.... Lo describís todo tan bien, que parece que lo esté una viendo, conforme lo vais pintando.... y luego, no sé como explicároslo.... pero, mirad, eso que decís.... calma.... refresca.... como la lluvia de verano de que hablamos.

La poesía, como el bien y lo bello, es á menudo contagiosa.

La Loba con su naturaleza brutal y feróz debia sentir en todo su sér el influjo de Flor Celeste, la cual continuó sonriéndose:

— No creais que solo nos guste á nosotras dos la lluvia de verano; ¡cuán contentas no están también las avecillas, que sacuden su plumaje gorgeando alegremente!... aunque no tanto como vuestros hijos.... libres, gozosos y ligeros como ellos. Mirad á los mas pequeños al caer el dia correr al encuentro de su hermano mayor, que vuelve de apacentar las dos vacas, cuyas campanillas han oido sonar desde lejos.

— Sí, sí, Guillabaora, y me parece ver al mas pequeño, que es también el mas atrevido, montado y sostenido por su hermano en una de las vacas.

— Y cualquiera diria que conoce el pobre animal

la carga que lleva, pues anda con precaucion y poco á poco.... Pero llega la hora de comer, y vuestro primogénito os presenta un canastillo de fresas, que se ha entretenido en coger para vos, mientras pacia su ganado, y las ha cubierto con una capa de violetas silvestres, para que se mantuviesen frescas.

— Fresas y violetas.... ¡qué cosa tan hermosa!... ¡Dios mio! Pero ¿á dónde diablos vais á buscar esas ideas, Guillabaora?

— En los bosques en que maduran las fresas y florecen las violetas.... no hay mas que hacer que observar y conservar la memoria de lo visto, señora Marcial.... Pero hablemos ahora de los quehaceres domésticos.... ya llega la noche, y es preciso ordeñar las vacas, y preparar la cena bajo el emparrado, pues oís ya el ladrido de los perros de vuestro marido, y la voz del amo, que cansado como está, entra cantando.... ¿y quién no canta cuando en una deliciosa noche de verano, con la conciencia tranquila, se entra en la casa donde nos aguarda una buena muger que nos ama, y unos niños á quienes adoramos? ¿No es cierto, señora Marcial?

— Sí, cierto es que se debe cantar y estar muy alegre, dijo la Loba, que cada vez se iba poniendo mas meditabunda.

— Como no derrame uno lágrimas de ternura, contestó Flor Celeste, conmovida tambien.... lágrimas tan dulces como el canto.... Y luego, ¡cuán dulce es estarse bajo el emparrado, gozando de la calma de una hermosa noche, respirando las olorosas emanaciones del bosque, oyendo tartamudear á los niños, y contemplando las brillantes estrellas, mas hermosas cuanto mas se miran.... ¡Oh! se siente tal felicidad en el corazon, que se ve uno

precisado á caer de rodillas, para dar gracias al Sér supremo que nos concede tan deliciosas sensaciones, y nos proporciona la frescura de la noche, la fragancia de los campos, y la suave luz del estrellado cielo. Y tras esta plegaria se duerme uno tranquilamente, hasta el nuevo dia, en que se dan de nuevo gracias al Criador, porque nos concede todos los dias esa vida pobre y laboriosa, pero pacífica y honrada.

— Sí, todos los dias.... repitió la Loba con la cabeza inclinada, su mirada fija y oprimido el pecho, sí, muy bueno es Dios, y mucho tenemos que agradecerle, pues con tan poco trabajo nos proporciona el ser felices.

— Y bien, decidme ahora, añadió Flor Celeste, decidme: ¿no mereceria ser adorado como un Dios el que os suministrase los medios de realizar esa vida apreciable y laboriosa, en vez de la miserable que llevais en el cieno de las calles de París?

La palabra *París* volvió bruscamente á la Loba á la realidad.... y cumpliése un fenómeno extraño en el alma de aquella muger.

La sencilla pintura de una condicion simple, humilde y aplicada al trabajo, adornada con los dulces resplandores del hogar doméstico, dorada por los alegres rayos del sol, refrigerada por la brisa de las selvas, ó perfumada con el aroma de las flores, habia hecho en la Loba una impresion mas profunda y mas duradera que las exhortaciones de una eminente moralidad.

Sí, á medida que Flor Celeste hablaba, la Loba, deseaba ser buena esposa, buena y hacendosa madre, y perfecta cristiana.

¿No era un gran triunfo para Flor Celeste, el haber inspirado, aun cuando solo fuese por un momento, á una muger violenta, inmoral y envile-

cida, respeto al deber, gusto al trabajo, reconocimiento hácia el Criador, y eso prometiéndole únicamente lo que Dios dá á todos, el sol del cielo y la sombra de las bosques.... lo que el hombre debe á su trabajo, un techo y pan?...

¿El mas severo moralista, el predicador mas fulminante, hubieran obtenido un resultado mas favorable, amenazando en sus discursos con todas las venganzas humanas y castigos divinos?

La dolorosa cólera que se apoderó de la Loba al volver á la realidad, despues de haberse dejado llevar del encanto de un sueño nuevo y saludable, en que la habian sumido por primera vez las palabras de Flor Celeste, probaba de un modo evidente la influencia que ejercian sus palabras sobre su desgraciada compañera. Cuanto mas amargo era el pesar de la Loba, al volver en sí, de ese bello y consolador ideal, para ver la horrorosa realidad de su posicion; tanto mas patente era el triunfo de la Guillabaora. Quedóse por un momento silenciosa y reflexiva la Loba, y en seguida irguió bruscamente la cabeza, se pasó la mano por la frente, y levantándose con ademan airado y amenazador dijo:

— ¡No lo ves!... ¡no ves como hacia bien en no quererte escuchar!... estaba segura que redundaría en perjuicio mio! ¿Por qué me has dicho todas esas cosas?... ¿Para burlarte de mí? ¿Para atormentarme? Y todo porque he sido tan necia que te he dicho que hubiera preferido vivir en el fondo de los bosques con mi marido.... ¿Pero quién eres tú?... ¿Por qué me trastornas asi? ¡No sabes lo que has hecho, desdichada! Ahora aun, á pesar mio, pensaré siempre en la selva, en la cabaña, y en todo eso que nunca.... nunca hubiera yo soñado.... ¿Y no comprendes que no pudiéndolo olvidar, mi

vida va á ser un eterno suplicio, un infierno.... y todo por tu culpa?... Sí, por tu culpa.

— ¡Tanto mejor, oh, sí, tanto mejor! dijo Flor Celeste.

— ¿Tanto mejor, dices? exclamó la Loba con ojos amenazadores.

— Sí.... tanto mejor.... porque preferireis la vida de que os he hablado, si os parece un infierno la vida miserable que habeis tenido hasta ahora.

— ¿Y qué conseguiré con ello si tampoco he de alcanzarla? ¿De qué sirve que me pese ser una mujer perdida, si he de morir como tal? exclamó la Loba cada vez mas irritada, y apretando con su nervuda mano la delicada muñeca de Flor Celeste. Responde.... responde.... ¿Por qué me has hecho desear lo que jamás podré adquirir?

— Desear una vida honrada y laboriosa, es ya ser digna de ella, os lo repito, contestó Flor Celeste, sin tratar de desprender su mano.

— Pero bien, ¿aun cuando me haya hecho digna de ella, qué beneficio reportaré? ¿Para qué me servirá?

— Para ver realizado lo que considerais como un sueño, dijo Flor Celeste, con acento tan grave y tan lleno de conviccion, que la Loba, nuevamente dominada, soltó la mano de la Guillabaora y permaneció estupefacta.

— Escuchadme, Loba, añadió Flor Celeste con voz compasiva: ¿me creéis tan malvada para despertar en vos esos pensamientos y esas esperanzas, si no estuviese cierta al tratar de haceros avergonzar de vuestra condicion presente, de proporcionaros los medios de salir de ella?...

— ¿Podriais vos hacerlo, Guillabaora?

— No, yo no; mas uno que es bueno, grande y poderoso como Dios, sí.

— ¡Poderoso como Dios!

— Escuchadme , Loba.... Hará tres meses que era yo como vos una pobre criatura , perdida y abandonada.... Un dia , el sér de quien os hablo , con lágrimas de reconocimiento (y enjugó sus ojos), me encontró , y aunque envilecida y despreciable , no dejó por eso de decirme muchas palabras consoladoras.... las primeras que he oido en mi vida.... Habíale contado mis penas , mis miserias y mi vergüenza , sin ocultarle cosa alguna , cual acabais de hacer ahora vos misma , Loba ; y despues de haberme escuchado con bondad , no me vituperó , sino que se condolió de mí.... no me afeó mi abyeccion , sino que me elogió la vida apacible y pura que se tiene en el campo.

— ¿Como vos no ha mucho?...

— Entonces esa abyeccion me pareció tanto mas horrorosa , cuanto mas bello me parecia el porvenir que me pintaba.

— Lo mismo me ha sucedido á mí ; ¡Dios mio!

— Si , y como vos , decia yo tambien : ¿De qué sirve hacerme entrever ese paraíso , á mí , que estoy condenada á vivir en el infierno?... Mas hacia mal en desesperarme.... porque aquel de quien os hablo , es como Dios , soberanamente justo , eminentemente bueno , é incapáz de hacer brillar una falsa confianza á los ojos de una débil criatura , que no demandaba á nadie ni compasion , ni felicidad , ni esperanza.

— ¿Y qué hizo por vos?

— Tratóme como á una niña enferma , que estaba sumida cual vos en una atmósfera corrompida , y me envió á respirar un aire saludable y vivificador. Vivía entre séres asquerosos y criminales , y confióme á otros , hechos imágen suya.... que purificaron mi alma y elevaron mi espíritu.... porque , como

Dios tambien , comunica á todos cuantos le aman y respetan , un destello de su celeste inteligencia.... Si , si mis palabras os conmueven , Loba , y si mis lágrimas hacen correr las vuestras , es porque su espíritu y su pensamiento me inspiran. Si os hablo de un porvenir mas feliz , que obtendriais por medio de vuestro arrepentimiento , es porque puedo prometéroslo en su nombre , aunque ignore en este momento la palabra que os doy. Por último , si os digo: Esperad.... es porque escucha siempre la voz de los que ansian entrar en el camino de la virtud.... pues Dios lo ha enviado á la tierra, para hacer tener fé en la Providencia....

Al hablar asi , la fisonomía de Flor Celeste tomó un aspecto radiante é inspirado ; sus pálidas mejillas se cubrieron de un ligero encarnado , y sus hermosos ojos azules , brillaron dulcemente. Conmovió tanto á la Loba , ya afectada por esta entrevista , la noble y atractiva hermosura que brillaba en su rostro , que contempló á su compañera con una respetuosa admiracion , y exclamó:

— ¡Dios mio!... ¿en dónde estoy? ¿es esto un sueño? nunca he oido ni visto cosas semejantes.... Esto no es posible.... ¿Pero quién sois vos? ¡Oh, bien decia yo que perteneciais á otra clase diferente de la nuestra!... Mas siendo asi , que hablais tan bien y teneis tanto poder , y conoceis personas tan poderosas.... ¿cómo es que os hallais aqui.... reclusa cual nosotras? Será para tentarnos.... ¡Entonces sois para el bien.... lo que el demonio para el mal!

Iba á contestar Flor Celeste , cuando entró la señora Armand para llevársela á ver á la marquesa de Harville.

La Loba permaneció estupefacta , y la inspectora la dijo:

— Veo con placer que la presencia de la Guilla-

baora en la prision, os ha devuelto la dicha á todas, y ha producido una mudanza notable y feliz en vuestros sentimientos y vuestras acciones.... Sé que habeis hecho una suscripcion para la pobre Juanona, y eso os honra, Loba, y me complace, y se os tendrá en cuenta.... Estaba cierta de que valiais mas de lo que pretendiais parecer; y en recompensa de vuestra buena accion, creo poderos prometer que se disminuirán mucho los dias que os quedan de reclusion....

Y salió seguida de Flor Celeste.....

Creemos no causará admiracion el language casi elocuente de Flor Celeste, si se observa que su naturaleza, tan maravillosamente dotada, se habia rápidamente desarrollado, á beneficio de la educacion, y de las lecciones que recibió en la granja de Bouqueval.

Ademas, servíale de mucho su esperiencia.

Los sentimientos que habia despertado en el corazon de la Loba, los habia despertado tambien en ella Rodolfo en circunstancias á corta diferencia análogas.

Creyendo reconocer algunos buenos instintos en su compañera, habia tratado de volverla al camino de la virtud, probándola (segun la teoria de Rodolfo aplicada á la quinta de Bouqueval), que tenia un *interés* en ser honrada, y pintándola su rehabilitacion bajo risueños y atractivos colores.... Y esto nos induce á repetir que se procede de un modo incompleto, y segun nuestro parecer, absurdo é ineficaz para inspirar á las clases pobres y desgraciadas el horror al mal y el amor al bien.

Con el objeto de desviarles de su mal camino, se les amenaza incesantemente con los castigos divinos y humanos, se hace siempre resonar en su

oído el siniestro ruido de las llaves, cerrojos, grillos y cadenas de los calabozos, mostrándoles por último, en medio de una horrorosa oscuridad y á lo lejos, en el horizonte extremo del crimen, el hacha del verdugo que brilla al resplandor de las eternas llamas.

Vése, pues, que la intimidacion es incesante, formidable y terrible.... Al que comete una accion mala, le aguarda el cautiverio, la infamia y el cadalso.

Eso es muy justo: ¿Mas premia acaso la sociedad las acciones buenas con honoríficas y gloriosas distinciones?

No.

¿Inspira, acaso, la sociedad con bienhechoras remuneraciones la resignacion, el orden y la probidad á esas inmensas masas de artesanos, condenados á un eterno trabajo, á las privaciones y casi siempre á una profunda miseria?

No.

¿Junto al patíbulo adonde sube el delincuente, hay algun carro triunfal dó se siente el hombre honrado?

No.

Estraño y fatal símbolo es ese que representa á la justicia ciega, sosteniendo con una mano la espada que castiga, y con la otra la balanza donde se pesan la acusacion y la defensa.

Eso no es la imágen de la justicia: es la de la ley, ó mas bien, la del hombre, que condena ó obsuelve segun su conciencia.

La JUSTICIA debería llevar en una mano una espada y en la otra una corona; la primera para castigar á los malos, y la segunda para premiar á los buenos.

Entonces veria el pueblo que si existen terribles

castigos para el mal, no faltan triunfos gloriosos para el bien, mientras que en la actualidad, en su sencilla y ruda inteligencia, busca en vano el reverso de los tribunales, de la cárcel, de los presidios y de los cadalsos.

Vé el pueblo una *justicia criminal*, compuesta de hombres rígidos, íntegros é ilustrados, ocupados en indagar, descubrir y castigar á los malvados; mas no vé una *justicia virtuosa* (1) compuesta de hombres rígidos, íntegros é ilustrados, ocupados en indagar, descubrir y recompensar á los hombres de bien.

Todo le dice: ¡Tiembra!

Nada le dice: ¡Espera!

Todo le amenaza.

Nada le consuela.

El estado gasta anualmente muchos millones para el estéril castigo de los crímenes, y con esta enorme suma sostiene cárceles y presidios, verdugos y cadalsos.

Esto es necesario, está bien; ¿pero cuánto gasta el estado en la remuneracion saludable y fecunda de las gentes honradas?

(1) Algunos dias despues de haber escrito estas líneas, repasábamos el *Memorial de Santa Elena*, ese libro inmortal que nos parece un sublime tratado de filosofía práctica; y observamos el siguiente párrafo que se nos habia pasado hasta entonces por alto.

«Uno de mis sueños, (habla el Emperador) para cuando hubiese llevado á cabo y consolidado nuestros grandes planes de guerra, vuelto al interior, y gozando de algun reposo y libertad, era el de buscar una docena de verdaderos filántropos, de esos hombres honrados que no viven mas que para el bien, y que solo existen para practicarlo, y los hubiera diseminado por todo el imperio, que hubieran recorrido en secreto para venir luego á darme cuenta á mí mismo de sus descubrimientos, siendo los *espías de la virtud*. Hubieran venido directamente á mí, y sido mis confesores y directores espirituales, y mis decisiones hubieran formado mis buenas obras secretas. Mi grande ocupacion, en mis momentos de completo descanso, hubiera sido la de mejorar desde la cumbre de mi poder, la condicion de toda la sociedad, llegando hasta á los goces individuales. (*Memorial* t. V., página 100, edit. 1824).

Nada....

Hay mas aun , como lo demostraremos cuando el curso de esta relacion nos conducirá á las cárceles de hombres : una muchedumbre de artesanos , de irreprehensible probidad , se tendrian por muy felices , si estuviesen seguros de gozar algun dia de la condicion material de los presidiarios que poseen con seguridad un buen alimento , una buena cama y un buen cuarto.

Y sin embargo , la dignidad de hombres honrados , ruda y estensamente puesta á prueba , no les concede el derecho de aspirar al bienestar de que disfrutan los malvados , á aquellos que , como Morel el lapidario , habrán vivido durante veinte años siendo laboriosos , probos y resignados en medio de la miseria y de las tentaciones.

¿No son estos , acaso , acreedores á que la sociedad se tome el trabajo de buscarlos , si ya no para recompensarles con gloria de la humanidad , cuando menos para sostenerlos en el camino penoso y difícil que recorren animosamente?

¿El hombre de bien , por modesto que sea , se oculta mas que el ladron ó el asesino?... ¿y la justicia criminal no descubre siempre á los malhechores?

¡Ay! esto es una utopia que ofrece algo de halagüeño. Imaginémonos una sociedad organizada de modo tal , que tenga , por decirlo asi , tribunales para la virtud como los tiene para el crimen , y un ministerio público para señalar las acciones nobles , denunciándolas al reconocimiento general , como se denuncian los crímenes á la vindicta de las leyes.

Hé aqui dos ejemplos , dos justicias : dígasenos cuál es mas fecunda en lecciones , consecuencias y resultados positivos.

Un hombre asesina á otro para robarle : al ama-

necer se coloca sordamente la guillotina en un desierto extremo de París, y se hace rodar la cabeza del asesino ante la híz del populacho, que se mofa del juez, del paciente y de los verdugos.

Hé ahí la última palabra de la sociedad; el mayor crimen que se puede cometer, y su mas grande castigo.... la leccion mas terrible y saludable que puede dar al pueblo.

Y la única.... pues nada sirve de contrapeso al tajo que está chorreando sangre.

No.... la sociedad no tiene espectáculo alguno dulce y benéfico que oponer á ese otro fúnebre espectáculo.

Continuemos nuestra utopia.

¿No sucederia lo contrario, si diariamente tuviese el pueblo á la vista el ejemplo de algunas virtudes altamente ensalzadas, y materialmente remuneradas por el Estado?

—¿No seria un estímulo para obrar bien el ver á un tribunal augusto, imponente y reverenciado, presentando á los ojos de la muchedumbre un pobre y honrado artesano, cuya vida honrada, inteligente y laboriosa se relataria, diciéndole:

«Durante veinte años habeis trabajado cual ninguno, sufrido y luchado animosamente contra el destino: vuestra familia ha sido educada por vos en los principios de la mas acrisolada rectitud y honor: vuestras virtudes superiores os han distinguido altamente.... haciéndoos acreedor á la mas elevada distincion y recompensa.... Vigilante, justa y omnipotente, la sociedad no echa jamás en olvido ni el mal ni el bien.... recompensa á cada cual segun sus obras.... y el Estado os concede una pension suficiente para satisfacer vuestras necesidades.... Rodeado de la consideracion pública terminareis, en medio de la comodidad y del descanso, vuestra

vida, que debe servir de lección á todos.... y así son y serán remunerados siempre todos los que, como vos, hayan perseverado en el bien por espacio de muchos años, y dado pruebas de poseer raras y grandes cualidades morales. Vuestro ejemplo animará á los demás á imitaros.... la esperanza aligera la pesada carga que la suerte les impone en su carrera, y animados de una saludable emulación, lucharán con energía en el cumplimiento de los deberes mas difíciles, á fin de verse un dia distinguidos entre todos y premiados cual vos....»

Preguntamos ahora nosotros, ¿cuál de esos dos espectáculos, el del delincuente guillotinado, ó el del hombre de bien recompensado, obrarán de un modo mas fecundo y saludable sobre el pueblo?

Estamos seguros de que muchas personas delicadas, se indignarán á la sola idea de esas bajas remuneraciones materiales, á lo que existe en el mundo de mas espiritual. ¡LA VIRTUD!

Nos presentarán en contra de ese proyecto infinitas razones mas ó menos filosóficas, platónicas, teológicas, y especialmente económicas, y nos dirán, por ejemplo:

«Las buenas obras, llevan en sí mismas la recompensa.»

«La virtud es una cosa que no tiene precio....»

«La satisfaccion de la conciencia, es la mas noble de las recompensas.»

Y por último, la siguiente objecion triunfante y que no tiene réplica:

«LA FELICIDAD ETERNA QUE ESPERA A LOS JUSTOS EN LA OTRA VIDA DEBE SER SUFICIENTE PARA ALENTARLOS A SER BUENOS.»

Nosotros contestaremos á eso, que la sociedad no parece descansar exclusivamente en la venganza di-

vina que les puede alcanzar en la otra vida, para intimidar y castigar los criminales.

La sociedad preludia el juicio de Dios con el juicio humano.

Mientras llega la hora inexorable de los arcángeles, con escudos de diamantes, retumbantes trompetas y espadas de fuego, se contenta modestamente.... con los gendarmes.

Lo repetiremos:

Para aterrar á los malvados se han materializado, ó por mejor decir, se han reducido á proporciones humanas, perceptibles y visibles, los efectos anticipados de la cólera celeste.

¿Por qué no ha de hacerse lo mismo con los efectos de las recompensas divinas, respecto á los hombres de bien?.....

Mas dejemos á un lado estas utopias locas, absurdas, estúpidas é impracticables, como verdaderas utopias.

¡La sociedad se halla bien así!!! informaos sino de todos esos que con las piernas trémulas, la vista incierta, y estúpida risa, salen de un alegre banquete.



CAPÍTULO VII.

—NON—

LA PROTECTORA.

Flor Celeste, acompañada de la inspectora entró en el gabinete en que la aguardaba Clementina. El rostro naturalmente pálido de la jóven, se habia cubierto de un ligero sonrosado, de resultas de su viva conversacion con la Loba.

— La señora marquesa, prevenida en vuestro favor, por los escelentes informes que de vos la he dado, dijo la señora Armand á Flor Celeste, desea hablaros, y quizás se digne interponer su valimiento para que salgais de aqui, antes de que espire el término de vuestra condena.

— Os doy mil gracias, señora, respondió tímidamente Flor Celeste á la señora Armand, que la dejó sola con la marquesa.

Esta, conmovida de la cándida espresion de las

facciones de su protegida, y de su porte lleno de gracia y modestia, no pudo dejar de acordarse de que se habia oido pronunciar en sueños el nombre de Rodolfo, y que la inspectora creia que la desgraciada reclusa, encerraba en su pecho una pasion profunda, vehemente y oculta.... Aunque del todo convencida, de que no podia existir amor de ninguna especie, entre la Guillabaora y el gran duque Rodolfo; sin embargo, era preciso confesar que la jóven merecia por su belleza el cariño de un príncipe....

Flor Celeste sintió una gran simpatía hácia su protectora, debida á la encantadora bondad que hemos dicho ya, respiraban todas sus facciones....

— Hija mia, la dijo Clementina, si bien la señora Armand elogia en extremo la bondad de vuestro carácter, y la prudencia ejemplar de vuestra conducta, se queja no obstante de vuestra falta de confianza con ella.

Flor Celeste bajó los ojos sin contestar.

— El traje de aldeana que vestiais cuando os prendieron, y vuestra tenacidad en callar el parage que habitabais antes de ser traída aqui, prueban que nos ocultais algunas circunstancias....

— Señora....

— No tengo derecho alguno á vuestra confianza, hija mia, y no quisiera dirigiros pregunta alguna, que os fuese molesta; sin embargo, se me ha ofrecido, que si pedia vuestra libertad, se me concederia tal vez esta gracia, y antes de verificarlo deseaba hablar con vos para que me enteraseis de vuestros proyectos, y de los recursos de que podeis disponer para el porvenir. ¿Qué pensais hacer cuando os hayan puesto en libertad? Si, cual no lo dudo, deseais continuar en el nuevo camino que habeis comenzado, confiad en mí, y yo me encargo

de proporcionaros los medios de ganaros la vida honrosamente....

La Guillabaora se conmovió con el interés que le manifestaba la señora de Harville, hasta el punto de saltarle las lágrimas, y despues de haber vacilado por un momento, la dijo:

— Puesto que os dignais mostrarme tanto cariño y generosidad, creo, señora, deber romper el silencio que he guardado hasta ahora, sobre los sucesos de mi vida pasada.... Un juramento me lo impedia....

— ¿Un juramento?

— Sí señora; juré ocultar á la justicia y á las personas empleadas en esta casa, la série de acontecimientos que me han conducido aqui.... mas si tuvieseis la bondad de hacerme una promesa....

— ¿Cuál?

— La de guardarme el secreto, podria, merced á vos, sin faltar á mi juramento, tranquilizar á unas personas respetables, que sin duda se interesan mucho por mí.

— Contad con mi discrecion, no diré mas de lo que vos querais.

— ¡Oh! gracias, señora, temia que mis bienhechores no calificasen de ingratitud mi silencio.

El dulce acento de Flor Celeste y su relato, le causaron nueva admiracion á la señora de Harville.

— No puedo ocultaros, la dijo ella, que vuestra compostura y vuestras palabras me tienen llena del mayor asombro: ¿cómo con una educacion tan distinguida pudisteis...?

— ¡Degradarme tanto! ¿no es eso señora? dijo la Guillabaora con amargura. ¡Ay! esa educacion, por desgracia, no hace mucho tiempo que la he recibido. Debo ese beneficio á un protector generoso, que, cual vos, sin conocerme, ni aun tener los fa-

vorables informes que os han dado de mí, se compadeció de mi estado....

— Y ese protector.... ¿quién es?

— Lo ignoro, señora.

— ¿Lo ignorais?

— Solo se dá á conocer por su inagotable bondad; gracias al cielo tuve la dicha de encontrarle en mi camino.

— ¿Cómo empezaron vuestras relaciones con él?

— Una noche.... en la Cité, señora, dijo la Guillabaora bajando los ojos, queria pegarme un hombre, y ese bienhechor desconocido me defendió valerosamente: tal fué nuestro primer encuentro.

— ¿Era, pues, un hombre del pueblo?

— La primera vez que le ví, su trage y modales lo demostraban asi.... mas despues....

— ¿Despues, qué...?

— El modo con que me habló, y el profundo respeto que le manifestaron las personas á quienes me entregó, todo me dió á comprender que aquel hombre habia tomado el trage y maneras de uno de los que frecuentan la Cité, de cuya clase distaba mucho.

— ¿Mas no sabeis con qué objeto?

— Lo ignoro....

— ¿Ni tampoco el nombre de ese protector misterioso?

— ¡Oh! sí señora, respondió la Guillabaora con entusiasmo; á Dios gracias, lo sé, y puedo bendecirlo y adorarlo continuamente.... Mi salvador se llama el señor Rodolfo....

El rostro de Clementina se cubrió de un vivo sonrosado.

— ¿Y es ese su único nombre? preguntó con interés á Flor Celeste.

— Ignoro si tiene otro alguno, señora.... En la

granja á que me condujo , le llamaban señor Rodolfo , y nada mas.

— ¿Y qué edad tendrá?

— ¡Oh! es jóven aun....

— ¿Y buen mozo?

— ¡Oh! sí.... buen mozo y noble.... como su corazon....

Pronunció Flor Celeste estas últimas palabras con acento tan reconocido y apasionado , que hicieron una dolorosa impresion en la señora de Harville.

Un presentimiento invencible é inesplicable le decia que se trataba del príncipe.

Las observaciones de la inspectora eran fundadas , decia entre sí Clementina. La Guillabaora ama á Rodolfo , su nombre era el que habia ella pronunciado en sueños.... ¿Mas cuáles eran las estrañas circunstancias que habian puesto en contacto al príncipe con aquella desgraciada? ¿Qué causas las que habian obligado á Rodolfo á ir disfrazado á la Cité?

En vano trataba la marquesa de resolver estas cuestiones. Acordábase únicamente de lo que Sarah le habia indicado varias veces , pérfida y falsamente , acerca de las pasiones escéntricas y caprichosas de Rodolfo , y sus supuestos y estraños amores.... ¿No era en efecto muy raro , decia ella sin saber dar solucion á esa particularidad , que haya sacado del cieno á esa criatura de una hermosura tan hechicera y de una inteligencia tan poco comun?

Clementina estaba adornada de nobles cualidades ; pero era muger y amaba profundamente á Rodolfo , si bien se habia propuesto tener siempre oculto en lo mas recóndito de su corazon este secreto.

Sin reflexionar que no se trataba mas que de

una de esas acciones generosas que Rodolfo acostumbraba á hacer de incógnito; sin considerar que confundia, tal vez el amor, con un sentimiento de gratitud exaltado, y sin pensar, por último, que por mas tierno que fuese ese sentimiento, podia Rodolfo ignorarlo, la marquesa, en el primer momento de su injusta amargura, no pudo menos de mirar á la Guillabaora como á su rival. Exaltado su orgullo al reconocer que se avergonzaba, á pesar suyo, de tener tan inferior rivalidad, dijo con un tono duro, que contrastaba cruelmente con la afectuosa benevolencia de sus primeras palabras:

— ¿Y cómo es, señorita, que vuestro protector deja que os prendan? ¿cómo permite que permanezcáis aquí?

— ¡Dios mio! señora, dijo tímidamente Flor Celeste, afectada de aquel brusco cambio de lenguaje, ¿os he disgustado en algo?...

— ¿Y en qué podeis disgustarme vos? preguntó con altanería la señora de Harville.

— No sé, mas me parece que me hablabais poco ha con mas cariño.... señora....

— Creo, señorita, que no estoy obligada á pesar una por una mis palabras.... Puesto que me he propuesto interesarme por vos, me parece que tengo el derecho de dirigiros ciertas preguntas.

Clementina sintió al instante haberse espresado con tanta dureza por muchas razones. Ante todo por un laudable sentimiento de generosidad, y luego conocia que agriando á su rival, nada sabria de lo que deseaba. En efecto, la fisonomía de la Guillabaora, al principio ingénua y franca, tomó de repente una espresion de temor y recelo.

Del mismo modo que la sensitiva cierra sus delicadas hojas, replegándose sobre sí misma, al menor contacto.... asi el corazon de Flor Celeste, se

comprimió dolorosamente á las últimas palabras de la marquesa.

Temiendo Clementina despertar las sospechas de su protegida con un cambio tan repentino, la dijo con mas dulce acento:

— En verdad, os repito, que no comprendo cómo siendo vuestro bienhechor tan digno de elogio como decís, consiente en que permanezcais aquí.... ni cómo habiendo entrado sinceramente en el camino de la virtud, os han prendido de noche en un paseo que os estaba prohibido frecuentar.... Todo esto, os lo confieso, me parece extraordinario.... Hablais de un juramento que os ha impuesto hasta aquí el silencio.... mas esta es una circunstancia tambien tan extraña....

— He dicho la verdad, señora....

— Estoy persuadida de ello.... basta veros y oiros, para conocer que sois incapáz de mentir; mas vuestra incomprendible situacion aumenta y escita mi curiosidad, y á esto debeis únicamente atribuir la vivacidad de mis palabras. Vamos.... confieso que he hecho mal en hablaros de aquel modo, pues no tengo mas derecho á vuestra confianza que el vivo deseo de seros útil; me habeis ofrecido decirme lo que habeis callado á todo el mundo, y me ha conmovido esa prueba de agradecimiento al interés que os tengo.... Asi vuelvo á prometeros, que guardaré escrupulosamente vuestro secreto si me lo confiais, haciendo al propio tiempo cuanto esté en mi mano para llegar al logro de vuestros deseos.

Gracias á esta ingeniosa soldadura (permitasenos esta trivialidad), la señora de Harville ganó de nuevo la confianza de la Guillabaora, que habia perdido por un momento; y Flor Celeste, reprendiéndose, en su cándida ingenuidad, el haber in-

terpretado mal las palabras que la habian herido, dijo á la marquesa:

— Perdonad , señora , sin duda he hecho mal en no deciros al momento lo que deseabais saber, mas me habeis preguntado el nombre de mi salvador.... y no he podido resistir al placer de hablar de él.

— Eso es muy laudable, pues prueba cuán reconocida le estais.... ¿Pero cuáles son las razones que tuvisteis para abandonar á las honradas gentes á quienes os habia confiado? ¿Vuestro juramento tiene relacion con este suceso?

— Sí , señora , pero gracias á vos , creo , podré ahora , sin faltar á mi promesa , tranquilizar á mis bienhechores sobre mi desaparicion....

— Vamos , hija mia , decid , ya os escucho.

— Hará como cosa de tres meses , que el señor Rodolfo me colocó como ya os he dicho en una granja situada á cuatro ó cinco leguas de París....

— ¿El mismo os condujo á ella?...

— Sí señora , confióme á una muger tan buena como digna de respeto.... á quien amé pronto como á una madre.... Ella y el párroco de la aldea, por recomendacion del señor Rodolfo , se encargaron de mi educacion....

— ¿Iba muy á menudo á la granja el señor Rodolfo.

— No señora , durante el tiempo que permanecí allí , solo vino tres veces.

Clementina no pudo ocultar un estremecimiento de alegría.

— ¿Y experimentabais una gran felicidad cuando iba á veros.... ¿no es cierto?

— ¡Oh , sí señora! mas que felicidad.... era una sensacion mezclada de reconocimiento, de respeto, de admiracion y aun de un poco de temor....

— ¿De temor?

— ¡Es tan grande la distancia que media de mí y aun de todos los demas á él!...

— ¿Cuál es entonces su clase?

— ¿Su clase?... Ignoro si la tiene, señora.

— ¿No hablais de la distancia que existe entre él.... y los demas?...

— ¡Oh! señora.... lo que le hace superior á todo el mundo, es la elevacion de su carácter.... su inagotable generosidad con los desgraciados.... el entusiasmo que á todos inspira.... Los mismos malvados, no pueden oír su nombre sin temblar, y le respetan tanto como le temen.... Mas perdonad, señora, si vuelvo á hablar de él.... debo callar.... en vano intentaria daros una idea ni aun incompleta de aquel á quien se debe uno limitar á adorar en silencio.... Seria tan imposible como si quisiese espresaros con palabras la grandeza de Dios.

— Esta comparacion....

— Es sacrilega quizás, señora.... ¿Mas es acaso hacer una ofensa á Dios, el compararle aquel que me ha dado el conocimiento del bien y del mal, que me sacó de un abismo, y que por fin, me ha dado una nueva existencia?

— No critico vuestras nobles exaltaciones, hija mia, porque las comprendo. ¿Mas cómo habeis abandonado esa granja en que debiais consideraros tan dichosa?

— ¡Ah! no fué voluntariamente, señora.

— ¿Quién os forzó, pues, á ello?

— Una tarde, hace algunos dias, dijo Flor Celeste estremeciéndose al recuerdo de aquella aventura, me dirigía á la iglesia de la aldea, cuando una infame muger, que me habia atormentado durante mi niñez, y un hombre cómplice suyo, que estaban escondidos en la hondonada de un camino,

se arrojaron sobre mí, y despues de haberme atado me metieron en un coche.

— ¿Y con qué objeto?

— Lo ignoro, señora. Mis raptores cumplian, á lo que creo, órdenes de personas poderosas.

— ¿Y qué aconteció despues?

— En cuanto el coche echó á andar, aquella malvada muger de que os he hablado, que se llama la Mochuelo, exclamó: «Aqui traigo vitriolo, vamos á frotarle el rostro para desfigurarla.»

— ¡Qué horror!... ¡desdichada niña!... ¿Quién os salvó de ese peligro?

— El cómplice de esa muger.... un ciego llamado el Dómine.

— ¿Tomó vuestra defensa?

— Sí señora, en dos ocasiones diferentes me defendió; esta vez empeñóse una fuerte lucha entre él y la Mochuelo, mas valiéndose de su fuerza el Dómine, la obligó á arrojar por la ventanilla del coche la botella del vitriolo. Este es el primer servicio que me hizo, no obstante que habia contribuido á mi robo. La noche era oscurísima.... al cabo de una hora y media de viage, paróse el coche, segun me pareció, en la carretera que atraviesa la estensa llanura de San Dionisio. Un hombre á caballo que nos esperaba en aquel sitio, dijo: — ¡Y bien! ¿Viene ahí? — Sí, aqui viene, contestó la Mochuelo, que estaba furiosa de que la hubiesen impedido desfigurarme. Si quereis libraros de esta chicuela, voy á proponeros un escelente medio, la tenderé en el suelo y la haré pasar las ruedas del carruage por encima de la cabeza.... asi se creerá que un accidente casual la ha aplastado.

— ¡Semejante intencion era horrible!...

— ¡Ah! señora, la Mochuelo era muy capáz de

llevarla á efecto. Afortunadamente el hombre del caballo le contestó que no queria que se me hiciese daño alguno; que era preciso tan solo tenerme encerrada durante dos meses, en un parage del que no pudiese salir ni escribir á nadie. Entonces la Mochuelo propuso llevarme á casa de un hombre llamado Zurdillo, dueño de una taberna de los Campos Elíseos. En esa taberna, dijo la Mochuelo, hay una porcion de cuartos subterráneos, en uno de los cuales podrá metérsela. El hombre del caballo aceptó el plan, y me prometió luego que en cuanto hubiesen pasado los dos meses me pondrian en libertad, asegurándome un porvenir que me haria olvidar completamente la dicha que disfrutaba en la granja de Bouqueval.

— ¡Qué extraño misterio!

— Aquel hombre dió algun dinero á la Mochuelo, y la prometió mayor cantidad el dia en que me sacasen de casa del Zurdillo, y desapareció á galope. Nuestro coche siguió su camino hácia París. Poco antes de llegar á la barrera, el Dómine dijo á la Mochuelo: «¿Tratas de encerrar á la Guillabaora en uno de los sótanos de la casa del Zurdillo, cuando sabes que estando junto al rio esos sótanos están llenos de agua en el invierno? ¿Es decir que quieres ahogarla? — Sí, contestó la Mochuelo.»

— ¡Dios mio! ¿De qué procedia el encono que os tenia esa infame muger?

— No sé, señora; desde mi infancia se mostró siempre así, encarnizada conmigo.... El Dómine la contestó: «No quiero que la Guillabaora muera ahogada; por consiguiente, no irá á casa del Zurdillo.» Admirada estaba la Mochuelo, lo mismo que yo, de ver que aquel hombre me defendiese. Encolerizóse entonces terriblemente, y juró que me

conduciría á casa del Zurdillo por mas que se opusiese el Dómine. «Te desafío á que lo hagas, dijo este, la tengo cogida por el brazo, no la soltaré, y si te acercas á ella, te ahogaré entre mis uñas.— ¿Cuál es, pues, entonces tu intencion? exclamó la Mochuelo, ¿siendo como es preciso que desaparezca por espacio de dos meses, y que se ignore donde esté? — Un medio queda, dijo el Dómine; nos dirigiremos á los Campos Eliseos, haremos parar el coche á cierta distancia de un cuerpo de guardia, irás á buscar al Zurdillo á su taberna, son las doce de la noche, y le encontrarás; te le traerás contigo, cogerá á la Guillabaora y la conducirá al cuerpo de guardia, declarando que es una mozueta de la Cité, que ha encontrado rondando al rededor de su taberna. Como tienen tres meses de reclusion por castigo las que se encuentran en los Campos Eliseos, y la Guillabaora está aun inscrita en la policia, la encerrarán en San Lázaro, en donde estará tan bien guardada y oculta como en los sótanos del Zurdillo. — Pero la Guillabaora no se dejará prender, repuso la Mochuelo. En cuanto se vea en completa seguridad entre los soldados, nos denunciará, dirá que la hemos robado, y aun cuando no sea creida y la encierren, escribirá á sus protectores y quedará todo descubierto. — No; irá de buena gana á la cárcel, dijo el Dómine, y va á jurar ahora mismo que no nos acusará mientras permanezca en San Lázaro, ni tampoco despues: tiene que estarme agradecida, porque he impedido que la desfigurases el rostro y que muriese ahogada en casa del Zurdillo; mas si despues de haber jurado callar, no cumpliese su palabra, pasariamos á sangre y fuego la granja de Bouqueval. Despues, dirigiéndose á mí el Dómine, me dijo: Decidete: haz el juramento que te he dicho,

y te librarás con dos meses de encierro; al paso, que de lo contrario, te abandono á la Mochuelo, que te conducirá á los sótanos del Zurdillo, en donde morirás anegada. Vamos.... decidete.... Yo estoy seguro de que si me das tu palabra la cumplirás.»

— ¿Y jurasteis?

— ¡Ay, señora! ¿qué habia de hacer? ¡Era tan terrible morir ahogada, ó que la Mochuelo me desfigurase el rostro!.... Otra muerte cualquiera hubiera sido para mí menos horrorosa.... tal vez me hubiera conformado á ella, sin tratar de escaparme.

— ¡Qué idea tan siniestra para una muchacha joven!... dijo la señora de Harville, mirando á la Guillaora con sorpresa. ¿No hubierais vuelto á estar en compañía de vuestros bienhechores? ¿No habeis borrado con el arrepentimiento vuestras pasadas faltas?

— ¿Acaso se borra lo pasado? ¿Acaso se olvida? ¿El arrepentimiento ahoga la memoria, señora? exclamó Flor Celeste con tan desesperado acento, que hizo estremecer á Clementina.

— ¿Pero no sabeis, desgraciada niña, que no hay falta alguna que no pueda expiarse?

— ¿Y el recuerdo de la deshonra.... señora, no se hace cada vez mas terrible, á medida que el alma se purifica, y que el entendimiento se eleva?... ¡Ay! cuanto mas se sube.... mas profundo parece el abismo de que se acaba de salir!...

— ¿Segun eso renunciáis á toda esperanza de rehabilitacion y de perdon?

— Por parte de los demas.... no señora. Vuestras bondades prueban que el delincuente puede confiar en la indulgencia.

— ¿Entonces vos sois la única implacable con vos misma?...

— Los otros podrán ignorar , perdonar ú olvidar lo que he sido.... Mas yo , señora.... nunca lo olvidaré.

— ¿Y algunas veces deseareis morir?

— ¡Algunas veces! dijo la Guillabaora con amarga sonrisa, y repitió un momento despues: algunas veces , sí señora.

— Sin embargo , temiais que esa muger os desfigurase el rostro , ¿luego estimais en algo vuestra belleza? Esto quiere decir que la vida tiene algun atractivo para vos. ¡Valor, pues, hija mia, valor!...

— Será, tal vez, una debilidad; mas si fuese hermosa.... como vos decís.... quisiera morir tal, pronunciando el nombre de mi bienhechor....

Los ojos de la señora de Harville se cubrieron de lágrimas.

Flor Celeste habia dicho con tan sencillo acento estas últimas palabras ; sus facciones angélicas, pálidas y abatidas, y su dolorosa sonrisa, estaban de tal modo en armonía con su acento , que no se podia dudar de la realidad de su funesto deseo. La señora de Harville tenia demasiada delicadeza para no conocer cuán fatal é inexorable era este pensamiento de la Guillabaora.

«No olvidaré jamás lo que he sido....»

Idea fija , incesante , que debía dominar y atormentar la vida de Flor Celeste.

Avergonzada Clementina de haber desconocido, aunque por un instante , la generosidad siempre desinteresada del príncipe , sentia al propio tiempo haberse dejado arrastrar por un movimiento de absurdos celos contra la Guillabaora , que espresaba con tan sencilla exaltacion su reconocimiento hácia su protector. La viva admiracion que esa pobre reclusa sentia hácia Rodolfo , aumentaba aun quizás el amor profundo que Clementina debía

ocultarle siempre. Para desvanecer los pensamientos que la agitaban, dijo á la Guillabaora:

— Espero que con el tiempo disminuirá la severidad con que os juzgais á vos misma. Mas prosigamos nuestra conversacion. Comprendo ya la causa de vuestro silencio.... ¿no queriais denunciar á esos culpables?

— Aun cuando el Dómine hubiese tomado parte en mi robo, me habia sin embargo defendido dos veces.... y hubiera temido ser ingrata con él.

— ¿Así, pues, os prestasteis á los designios de aquellos mónstruos?

— Sí señora.... ¡estaba tan asustada! La Mochuelo fué á buscar al Zurdillo, quien me condujo al cuerpo de guardia, diciendo que me habia encontrado rondando por las cercanías de su taberna; no lo negué, me prendieron, y me condujeron aqui.

— ¡Cuán grande y terrible debe ser la inquietud de vuestros amigos de la granja!

— ¡Ay, señora! en el primer momento de mi susto, no habia reflexionado que un secreto me impedía tranquilizarles.... ahora esa idea me apesadumbra.... Mas creo que sin faltar á mi palabra, ¿no es verdad? puedo rogaros que escribais á la señora Jacinta, en la granja de Bouqueval, disipando los temores que haya podido tener por mi suerte, ocultándola, sin embargo, el parage en que me hallo, pues he prometido callarlo.

— Hija mia, lo considero inútil si, como es de esperar, mi influencia alcanza vuestra libertad: en este caso, mañana volveréis á la quinta, sin haber faltado por esto á vuestro juramento; luego consultareis á vuestros bienhechores, para saber hasta qué punto os liga esa promesa arrancada á la fuerza.

— ¿Creeis que , gracias á vuestras bondades , señora, pueda confiar en salir pronto de aqui?

— Mereceis tanto interés, que no dudo conseguiré mi objeto, pudiendo ir vos misma en persona pasado mañana á tranquilizar á vuestros bienhechores.

— ¡Dios mio! ¿A qué debo tanta bondad por parte vuestra? ¿cómo podré manifestaros mi agradecimiento?

— Continuando en portaros como ahora.... Lo único que siento es no poder hacer nada para vuestro porvenir, felicidad es esa que se han reservado para sí vuestros amigos....

De repente entró la señora Armand con semblante consternado.

— Señora marquesa, dijo á Clementina con acento indeciso: el recado que vengo á daros me es en extremo sensible.

— ¿Qué quereis decir, señora?

— El señor duque de Lucenay está abajo.... viene de vuestra casa.

— ¡Dios mio! me asustais, ¿qué sucede?

— Lo ignoro, señora; mas el señor de Lucenay tiene el encargo, dice, de comunicaros una noticia tan triste como imprevista.... Ha sabido por su señora la duquesa que estabais aqui, y ha venido corriendo....

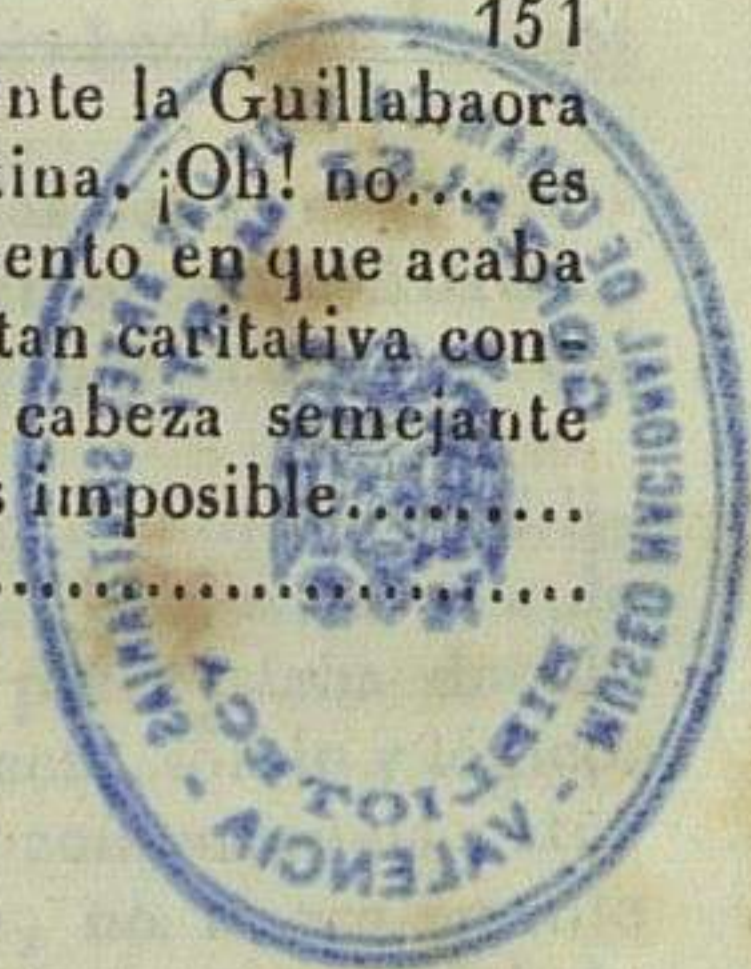
— ¡Una noticia triste! dijo la señora de Harville. Luego de repente exclamó con un acento desolador: Hija mia.... mi hija.... tal vez.... ¡ah, señora, hablad, hablad!

— Nada puedo deciros.

— ¡Oh! por favor, por favor, acompañadme á donde está el señor de Lucenay, gritó la señora de Harville saliendo desatinada seguida de la inspectora.

— Infeliz madre , dijo tristemente la Guillabaora siguiendo con la vista á Clementina. ¡Oh! no... es imposible.... ¡en el mismo momento en que acaba de mostrarse tan bondadosa y tan caritativa conmigo , habia de caer sobre su cabeza semejante desgracia! No , no , lo repito ; es imposible.....

.....





CAPÍTULO VIII.

-KOH-

UNA ENFERMEDAD FORZOSA.

Conduciremos al lector á la casa de la calle del Temple, el dia en que se suicidó el señor de Harville, á eso de las tres de la tarde. El señor Pipplet, trabajador concienzudo é infatigable, se hallaba solo en su cuarto, y se ocupaba en remendar la bota, que mas de una vez se le habia caido de las manos, cuando tuvo lugar la última y audáz broma de Cabrion. La fisonomía del casto portero estaba mucho mas melancólica y abatida que de costumbre.

Cual un soldado que ha sufrido la humillacion de ser derrotado, pasa tristemente la mano por encima de las cicatrices de sus heridas; el señor Pipplet lanzaba un profundo suspiro, y pasaba su trémulo índice por la hendidura trasversal que la

insolente mano de Cabrion habia hecho en su venerable sombrero de campana.

Despertábanse entonces todas las penas, todas las inquietudes y todos los temores de Alfredo, acordándose de las incesantes persecuciones del pintor.

El señor Pipelet no poseía un talento muy sublime, ni muy cultivado; su imaginacion no era de las mas vivas ni mas poéticas; pero estaba dotado en cambio, de un juicio muy recto, sólido y lógico.

Desgraciadamente, por una consecuencia natural de esas buenas propiedades, no le era posible comprender el extravagante y loco capricho de lo que en lenguaje de taller se llama una carga, y se esforzaba el señor Pipelet en buscar motivos razonables y justos, que esplicasen la conducta insufrible de Cabrion, y proponíase con este objeto una porcion de preguntas y cuestiones imposibles de resolver.

Asi, algunas veces, cual nuevo Pascal, veíase acometido de un poderoso vértigo al sonar el abismo sin fondo que el genio infernal del pintor habia abierto bajo sus pies....

En cuantas ocasiones, herido en sus desahogos, veíase precisado á replegarse en sí mismo, gracias al estremado pirronismo de la señora Pipelet, que fijándose únicamente en los hechos, y desdeñando profundizar las causas, consideraba groseramente la conducta incomprensible de Cabrion, respecto á Alfredo, como una simple farsa; el portero, hombre formal y grave, no podia admitir semejante interpretacion: desconsolábale la ceguedad de su muger; y la idea de que podia ser el juguete de una combinacion tan vulgar ¡una farsa!... esto heria su dignidad de hombre.... Asi es que estaba íntimamente convencido de que la inaudita con-

ducta de Cabrion, ocultaba una tenebrosa trama bajo una frívola apariencia.

Ya lo hemos dicho, en la solución de ese funesto problema, agotaba el hombre del memorable sombrero su poderosa dialéctica.

Me dejaré llevar al cadalso, decía aquel hombre austero, cuya imaginación exageraba las cuestiones de un modo asombroso, me dejaré llevar al cadalso antes que admitir que Cabrion se encarnice tan tenazmente conmigo, con el solo objeto de hacerme una estúpida chanza. Cuando se da alguna broma es para escitar al ridículo: ahora bien, esa malévola criatura no tenía testigo alguno en su última fechoría; obró solo en la sombra, cual de costumbre, se introdujo clandestinamente en mi solitaria vivienda para estampar en mi frente indigna su inmundo beso. Ahora preguntaría yo á cualquiera persona desinteresada, que me dijese qué objeto podía guiarle en esto. No podía ser por baladronada... pues nadie le veía; no por ningún lúbrico deseo.... las leyes de la naturaleza se oponen á ello; ni tampoco por amistad... porque solo un enemigo tengo en el mundo y es él. Es, pues, preciso convenir, en que hay aquí un misterio que mi razón no puede penetrar. En este caso, ¿cuál es el fin de ese diabólico plan, concertado tanto tiempo ha, y perseguido con una perseverancia que me horroriza? Eso es lo que no llego á comprender; y la imposibilidad en que me hallo de levantar ese velo, es la que poco á poco mina mi existencia y me consume.

Tales eran las penosas reflexiones del señor Pipplet en el momento en que vamos á presentarle al lector.

Acababa aun de avivar el honrado portero sus sangrientas llagas, llevando melancólicamente su

mano á la rotura del sombrero, cuando una chillona voz, procedente de uno de los pisos superiores de la casa, hizo resonar las siguientes palabras en la sonora caja de la escalera.

— Corred, corred, señor Pipelet, subid.... daos prisa.

— No conozco ese acento, dijo Alfredo despues de un momento de reflexiva atencion, y dejó caer sobre sus muslos su antebrazo calzado con la bota que estaba remendando.

— ¡Despachaos, señor Pipelet! repitió la voz con tono de afliccion.

— Repito que ese acento me es enteramente extraño. Es de hombre, me llama.... Eso es lo que hay de positivo.... Pero esa no es una razon suficiente para que abandone mi porteria.... Dejarla sola.... abandonarla en ausencia de mi esposa.... nunca, exclamó heróicamente Alfredo.... ¡Nunca!

— Subís, ó no, señor Pipelet.... le ha dado un accidente á vuestra muger.

— ¡Anastasia! exclamó Alfredo alzándose de su asiento; despues volvió á caer sobre él, diciéndose: ¡Qué niño soy! es imposible, mi muger ha salido hace una hora: sí, ¿mas no pudiera ser tambien que hubiese entrado sin verla? Esto parece poco regular, mas no puedo negar que pudiera ser....

— ¿Qué no subís, señor Pipelet? ¡tengo á vuestra muger en mis brazos!...

— ¡Tener á mi esposa en los brazos! dijo el señor Pipelet levantándose bruscamente.

— Yo solo no puedo desabrochar el vestido de la señora Pipelet, dijo la voz.

Estas palabras causaron un efecto mágico en Alfredo; encendiósele el rostro, su castidad se sobresaltó.

— Esa voz varonil y desconocida me habla de des-

abrochar á Anastasia, exclamó, añadiendo: Pues no señor, ¡me opongo á ello, lo prohibo!

Y se lanzó fuera de la portería, mas detúvose en el umbral. Hallábase el señor Pipelet en una de estas situaciones terriblemente críticas y eminentemente dramáticas, esplotadas á menudo por los poetas. El deber le detenía por una parte en la portería, y por otra su púdica y conyugal susceptibilidad le llamaba al piso superior de la casa.

Estando en esta terrible perplegidad, continuó la voz:

— ¿Conque no subís, señor Pipelet? tanto peor: romperé los corchetes, y cerraré luego los ojos.

Esta amenaza decidió al señor Pipelet.

— ¡Caballerooo!... exclamó con estentórea voz, saliendo desordenadamente de su portería; en nombre del honor, os conjuro que no rompáis nada, y dejéis intacta á mi esposa!... Ya subo....

Y Alfredo se lanzó por la tenebrosa escalera, dejándose en medio de su turbacion abierta la portería.

Apenas habia puesto los pies fuera de ella, cuando entró rápidamente un hombre, cogió el martillo del zapatero, y por medio de cuatro tachuelas, fijadas anticipadamente en los ángulos de un grueso carton que tenia en la mano, lo clavó en la oscura alcoba del señor Pipelet, desapareciendo en seguida. Esta operacion fué ejecutada con tanta velocidad, que habiéndose acordado el portero, casi en aquel instante mismo que habia dejado abierta la portería, volvió á bajar precipitadamente, la cerró, se llevó la llave, y volvió á subir sin tener lugar de sospechar que nadie hubiese entrado en aquella. Tomada esta medida de precaucion, voló el portero á socorrer á Anastasia, gritando con todas sus fuerzas:

— ¡Caballeroooo!... no rompais nada; subo, aqui estoy, pongo á mi esposa bajo la salvaguardia de vuestra delicadeza.

Estaba de Dios que el portero habia de pasar de asombro en asombro.

Apenas habia subido nuevamente los primeros tramos de la escalera, cuando oyó la voz de Anastasia, no en lo alto, sino en el portal, y mas aguda y chillona si cabe, que otras veces, gritó:

— Alfredo, ¿qué es esto, cómo es que dejas sola la portería? ¿En dónde estás, viejo correton?

En aquel momento el señor Pipelet iba á poner su pie derecho sobre el descanso del primer piso, quedóse petrificado con la cabeza hácia la parte inferior de la escalera, la boca abierta, los ojos fijos, y la pierna levantada.

— ¡Alfredo! gritó de nuevo la señora Pipelet.

— ¡Anastasia está abajo!... ¿entonces no se halla arriba, y no se ha puesto enferma?... dijo el señor Pipelet, fiel á su acostumbrada lógica á machamartillo. Pero entonces ¿qué voz es esa, fuerte y desconocida, que me amenazaba con que iba á desabrocharla?... ¿Quién es? ¡Aqui se trata de alguna cosa extraordinaria.... sírveles de cruel diversion mi inquietud! ¿Qué designio es el suyo!... Aqui sucede alguna cosa que no puedo comprender.... no importa. Haz bien, y no mires á quién. Bajaré lo primero de todo á ver á mi esposa, y en seguida subiré á aclarar este misterio, y á reconocer esa voz.

Hecho esto, bajó el señor Pipelet con suma inquietud, y se encontró cara á cara con su muger.

— ¡Eres tú!! la dijo.

— Sí, yo soy, ¿no lo ves? ¿quién quieres que sea?...

— Sí, tú eres, la vista no me engaña.

— Vamos, ¿por qué me miras con esos ojazos de loco, que parece que me vas á tragar?

— Es que tu presencia me revela que pasan aquí cosas grandes.... cosas grandes.

— ¿Qué cosas? Vamos, dame la llave de la portería; ¿por qué la dejas sola? Vengo del despacho de las diligencias de Normandía, adonde he ido á llevar en un coche el equipaje del señor Bradamanti, porque no quiere que se sepa que se marcha esta noche, y no se fia del pilluelo de Jorobeta, y tiene razon.

Diciendo estas palabras, la señora Pipelet tomó la llave, que tenia su marido en la mano, abrió la puerta y entró seguida de este. Apenas estaban dentro, cuando bajando ligeramente la escalera un personage desconocido, pasa por delante de la portería sin ser visto. Era Cabrion, que con su voz varonil y misteriosa, habia causado á Alfredo tan viva inquietud.

Dejóse caer este sobre su banquillo, y dijo á su muger con voz conmovida:

— Anastasia, no sé lo que me sucede.... pasan aquí unas cosas.... ¡unas cosas!

— Vamos tú chocheas: ¿qué es lo que pasa? explícate.... ¿Pero qué es lo que tienes? estás sudando á mares.... acabas de hacer algun violento esfuerzo.... ¿chorreando, mi querido viejecito?

— Motivo tengo para ello.... contestó el señor Pipelet, pasando la mano por su frente bañada en sudor: suceden aquí cosas capaces de trastornar el cerebro mejor organizado.

— ¿Pero vamos dí, qué es lo que ha sucedido? Si te estuvieses quieto en tu asiento guardando la portería en vez de andarte de ceca en meca como un gato hambriento, no seria eso.

— Anastasia, eres muy injusta en lo que estás di-

ciendo : has de saber, que por causa tuya he salido de aqui.

— ¿Por mí?

— Sí.... para evitarte un ultraje, que nos hubiera cubierto de vergüenza, y que ambos hubiéramos llorado, he abandonado mi puesto que considero tan sagrado como un soldado la garita.

— ¿Dices que querian ultrajarme?

— A tí no era, pues que el ultraje de que te hablo, debia verificarse arriba, y tú habias salido.... pero....

— Lléveme el diablo si comprendo nada de cuanto estás hablando. ¡Va! está visto, tú vas á perder la chabeta.... Llegaré á creer que tienes visiones.... y todo por culpa de ese pícaro Cabrion, que Dios confunda.... Desde su treta del otro dia estás desconocido.... Está visto, ese hombre será tu eterna pesadilla....

Apenas habia pronunciado Anastasia estas palabras cuando aconteció una cosa estraña.

Alfredo estaba sentado, con el rostro vuelto hacia la cama, y el cuarto, iluminado por la pálida luz de un dia de invierno y por una vacilante lámpara. Al resplandor de estas dos luces dudosas, el señor Pipelet en el momento que su muger pronunció el nombre de Cabrion, creyó ver aparecer en la sombra de la alcova, la cara inmóvil y zumbona del pintor.

Era él, él mismo, con su sombrero puntiagudo, su larga cabellera, su cara enjuta, su risa burlona y satánica, su espesa barba y su mirada fascinadora.... Por un momento el portero creyó soñar, se pasó la mano por los ojos, pensando ser juguete de alguna vision.... Mas no lo era.... siendo realidad aquella aparicion terrible que no tenia cuerpo

alguno.... y si solo una cabeza de carne viva que se destacaba del fondo de la alcoba.

A tal vista, echóse Pipelet bruscamente hácia atrás sin pronunciar una sola palabra; levantó el brazo derecho hácia la cama, y señaló la terrible vision con un gesto de terror tan grande, que la señora Pipelet se volvió para inquirir la causa de un espanto que compartió muy pronto á pesar de su habitual indiferencia.

Retrocedió dos pasos, apretó con fuerza la mano de Alfredo, y exclamó:

— ¡CABRION!!!

— ¡Sí!... murmuró el señor Pipelet con voz apagada y cavernosa, cerrando los ojos.

El estupor de los dos esposos, hacia el mayor honor al talento del artista que habia pintado sobre el papel las facciones de Cabrion. Desvanecida la primera sorpresa, Anastasia, intrépida como una leona, se abalanzó hácia el lecho, subió á él, y no sin un cierto estremecimiento, arrancó de la pared el carton clavado en ella.

La amazona coronó su valiente empresa, lanzando como grito de guerra su exclamacion favorita:

— ¡Arrrrre allá!

Alfredo, con los ojos siempre cerrados y las manos tendidas hácia adelante, permanecia inmóvil, como tenia de costumbre, en las circunstancias críticas de su vida. La oscilacion convulsiva de su campanudo sombrero, descubria solo de cuando en cuando la violencia continua de sus emociones interiores.

— Vamos, abre los ojos, viejo querido, dijo la señora Pipelet con aire triunfante; no es nada.... no es mas que una pintura.... el retrato de ese malvado de Cabrion.... ¡Mira cómo lo pisoteo! Y Anas-

tasia, en medio de su indignacion, arrojó la pintura al suelo y la pisoteó, exclamando: Asi quisiera hacer con la suya en carne y hueso, ¡infame! Después, recogiendo el retrato, añadió: ¡Vamos, ahora ya lleva la impresion de mis pies.... mira hombre!

Alfredo hizo con la cabeza una señal negativa, indicando á su muger que apartase lejos de él aquella imágen aborrecida.

— ¡Se ha visto desvergüenza como esta! Y hay mas aun, ha escrito aqui bajo en letras encarnadas: *Cabrion á su buen amigo Pipelet, por toda la vida*, dijo la portera examinando el carton á la luz. *Su buen amigo.... por toda la vida*, y levantó las manos al cielo como para tomarle por testigo de aquella nueva y ultrajante ironía.

— Mas dime: ¿cómo ha sucedido esto? dijo Anastasia; este retrato no estaba aqui esta mañana cuando he arreglado la cama, estoy segura de ello.... Tú te habias llevado ahora la llave de la portería; por consiguiente, nadie ha podido entrar.... ¿Cómo pues, repito, se halla aqui este retrato?... ¡Ah, picarillo! vamos, dí, tú has sido quien lo has puesto alli.

A tan monstruosa hipótesis, Alfredo dió un salto sobre su silla, y abrió unos ojos furiosos y amenazadores.

— ¡Yo.... yo.... clavar en mi alcoba el retrato de ese mónstruo que, no satisfecho con perseguirme con su odiosa presencia, lo verifica aun de noche en sueños y de dia en efigie! ¿Quereis que me vuelva loco, Anastasia?...

— Vamos, ¿y qué tendria de particular, que por gozar sosiego hubieses hecho las paces con Cabrion durante mi ausencia?

— ¡Yo hacer las paces con él...! ¡oh, Dios mio...!

— En este caso.... te habria dado su retrato en prenda de buena amistad.... eso es.... vamos, no lo niegues....

— ¡Anastasia!...

— Si asi ha sucedido, es preciso convenir en que eres caprichoso como una coqueta....

— ¡Esposa!...

— Vamos, ¿quién puede ser sino tú, el que haya clavado ese cuadro?

— ¡Yo.... Dios mio.... Dios mio!...

— Pues entonces, si no has sido tú, ¿quién ha sido?

— Tú....

— ¡Yo!...

— Si, exclamó el portero con aire irritado; tú has sido y nadie mas. Esta mañana, yo estaba vuelto de espaldas, y tú has podido ponerlo sin ser vista.

— ¡Pero.... querido mio!

— Te digo que has sido tú.... sino creeré que es el diablo.... puesto que yo no he salido de la portería; y cuando he subido contestando al llamamiento de la voz varonil, me llevé la llave: la puerta estaba bien cerrada, y tú eres quien la ha abierto.... ¡Niégalo tambien!

— No, eso es verdad, á fé mia.

— ¿Luego confiesas?

— Confieso que no comprendo una jota de lo que pasa.... Es preciso conocer que ha sido una burla, y hecha con chiste.... seamos justos.

— ¡Una burla! exclamó Pipelet con una indignacion delirante. Ya no sabes salir de eso.... te digo que todo esto oculta alguna trama abominable.... aqui hay un complot.... bajo estas flores se esconde un abismo.... tratan de atolondrarme para que no vea el precipicio en que voy á hundirme.... no me queda mas recurso que ponerme bajo la proteccion

de las leyes.... Afortunadamente Dios protege la Francia.

Y el señor Pipelet se dirigió hácia la puerta.

— ¿A dónde vas , querido mio?

— A casa del comisario.... á presentar mi queja.... y ese retrato , como prueba de las persecuciones de que soy víctima.

— ¿Y de qué te quejarás?

— ¿De qué? ¿Conque mi mas encarnizado enemigo , con sus medios fraudulentos y sus engaños.... me ha de obligar á tener su retrato en mi casa , hasta en mi lecho nupcial , y los magistrados no me tomarán bajo su proteccion? ¡Dame ese retrato , Anastasia.... dámelo.... pero del revés , porque su sola vista me hace poner malo! Ahora no podrá negarlo ese infame.... ha escrito de su propio puño: *Cabrion á su amigo Pipelet , por toda la vida.* ¡Por toda la vida! Sí , creo que si.... me persigue para quitarme la vida , y acabará por conseguirlo. Voy á vivir en una continua alarma; creeré siempre que ese ser infernal.... está ahí , en el techo , en la pared , en el suelo.... que de noche me ve dormir en brazos de mi muger , y de dia está en pie detrás de mí , con su sonrisa satánica.... ¿Y quién me asegura que no se halle aqui tambien en este momento , escondido en algun rincon como un insecto venenoso? ¡Veamos!... ¿Estás ahí , monstruo , estás ahí? exclamó el señor Pipelet , acompañando esta imprecacion furibunda de un movimiento circular de cabeza , como si hubiese querido interrogar con su mirada todos los ángulos de la habitacion.

— ¡Sí , aqui estoy , mi buen amigo! dijo afectuosamente la voz harto conocida de Cabrion.

Estas palabras , pareció que salian del fondo de la alcoba , gracias á un simple efecto de ventrilo-

quía, porque el infernal pintor estaba oculto detrás de la puerta, gozándose en los menores detalles de aquella escena; sin embargo, después de haber pronunciado estas últimas palabras, se escurrió prudentemente, no sin dejar antes, como veremos luego, un nuevo objeto de cólera, de asombro, y de meditacion, á su víctima.

La señora Pipelet, siempre animosa y escéptica, miró debajo de la cama, y registró hasta los menores escondrijos del cuarto, sin descubrir nada; tampoco fué mas feliz en la pesquisa que hizo del portal, mientras que el señor Pipelet, aterrado por este postrer golpe, habia vuelto á caer sobre su silla, en un estado de desesperada postracion.

-- No es nada, Alfredo, dijo Anastasia, que queria siempre echarlas de espíritu fuerte; ese estafalario estaria oculto detrás de la puerta, y mientras que le buscábamos por un lado, se ha escapado por el otro. Paciencia, yo lo atraparé algun dia.... y entonces, ¡ay de él! le he de hacer comer la escoba hasta el mango.

Abrióse la puerta en este momento, y entró en la portería la señora Serafina, ama de llaves del escribano Santiago Ferrand.

— Felices, señora Serafina, dijo la señora Pipelet, que tratando de ocultar á una estraña sus pesares domésticos, tomó un aire risueño y afable: ¿qué se os ofrece?

— Ante todo decidme: ¿qué significa vuestra nueva inscripcion?

— ¿Nuestra nueva inscripcion?

— El cartelito.

— ¿Un cartelito?

— Si, negro, con letras encarnadas, que está colgado sobre la puerta de la calle.

— ¿Cómo? ¡en la calle!

— Sí, en la calle, ya lo he dicho, cabalmente encima de vuestra puerta.

— Mi querida señora Serafina, quisiera que los perros se me comiesen la lengua, si entiendo una palabra de cuanto estais hablando; ¿y tú, viejo querido?

Alfredo permaneció mudo.

— Verdad es que esta es cosa del portero, dijo la señora Serafina, y él me lo explicará.

Alfredo despidió una especie de gemido sordo é inarticulado, agitando su sombrero.

Esta pantomima significaba que Alfredo se reconoció incapáz de explicar cosa alguna á los demás, pues se hallaba preocupado por una infinidad de problemas, á cual mas difícil de resolver.

— No hagais caso, señora Serafina, repuso Anastasia; este pobre Alfredo no las tiene todas consigo. Pero vamos, ¿qué dice ese rótulo de que nos hablais?... ¿tal vez es el del licorista que está al lado?

— No señora, ¿no os he dicho ya dos veces, que está colgado sobre vuestro portal?

— Toma, os chanceais....

— Os aseguro que no; acabo de verlo al entrar: está escrito en letras muy gordas que dicen: *Pipelet y Cabrion tienen comercio de amistad y otros géneros. El portero dará razon.*

— ¡Dios mio! ¿eso hay escrito sobre nuestro portal?... ¿lo oyes, Alfredo?

El portero miró á la señora Serafina con aire espantado, sin comprender ni querer comprender nada.

— ¿Eso dice el rótulo que hay en la calle? dijo la señora Pipelet confundida por tan nueva audacia.

— ¡Vaya, como que acabo de leerlo! Entonces he dicho para mí: ¡Qué cosa mas particular! el señor Pipelet, que es zapatero de oficio, avisa á los tran-

seuntes por medio de un cartel que *tiene comercio de amistad* con un tal Cabrion.... ¿Qué significará esto?... aquí hay algun misterio.... la cosa no está clara. Mas como un poco mas abajo dice: *El portero dará razon*, he dicho: La señora Pipelet me lo esplicará.... Mas por Dios mirad, exclamó de repente la señora Serafina, interrumpiéndose, vuestro marido parece que se pone enfermo.... Tened cuidado; va á caerse hácia atrás.

La señora Pipelet recibió á Alfredo en sus brazos medio desmayado....

Este último golpe habia sido demasiado violento; el hombre del célebre sombrero perdió casi el conocimiento, murmurando al caer estas palabras:

— ¡Infame, me ha puesto en ridículo con todo el mundo!

— Ya os lo decia yo, señora Serafina; Alfredo tiene su ataque del estómago al mismo tiempo que un tunante desenfrenado le atormenta el cuerpo y alma; temo que no pueda resistirlo. Felizmente tengo ahí unas gotas de agenjo, que le suelen sentar muy bien....

Efectivamente, merced al infatigable remedio de la señora Pipelet, Alfredo recobró poco á poco sus sentidos; mas ¡ay! apenas habia vuelto en sí, cuando tuvo que sufrir una nueva y cruel prueba.

Un personaje de edad madura, decentemente vestido, y de una fisonomía tan cándida, ó mas bien dicho tan simple, que no era dable sospechar la menor intencion zumbona en aquel tipo de *papamoscas* parisiense, abrió la vidriera, y dijo con acento notablemente turbado:

— Acabo de leer en un rótulo colocado encima de la puerta: *Pipelet y Cabrion tienen comercio de amistad y otros géneros. El portero dará razon.* Querria que tuvieseis la bondad de decirme,

si gustais , ¿qué significa ese anuncio , vos que sois al parecer el portero de la casa?

— Eso quiere decir.... exclamó el señor Pipelet con voz atronadora , dando libre rienda á sus resentimientos por tanto tiempo comprimidos ; eso quiere decir que Cabrion es un infame impostor.... caballerooo....

El papamoscas dió un paso hácia atrás , asustado de aquella súbita y furiosa irritacion , y Alfredo , exasperado , con los ojos chispeantes y la cara encendida , tenia la mitad del cuerpo fuera de la portería , y las encrespadas manos apoyadas en el cuarteron inferior de la puerta , mientras que las caras de las señoras Serafina y Anastasia se dibujaban vagamente en el segundo término , en la oscuridad de la habitacion.

— Sabed , señoor , exclamó el remendon , que no tengo comercio alguno con ese tunante de Cabrion , y de amistad menos que otro alguno.

— Asi es , y es preciso que tengais hace mucho tiempo el cerebro muy obtuso , viejo tonto , para venir á hacer semejantes preguntas , dijo ásperamente la señora Pipelet , asomando su rostro hurano por encima del hombro de su marido.

— Señora , dijo gravemente el papamoscas , retrocediendo otro paso : los carteles se fijan para ser leidos : vos anunciais , yo leo , y estoy en mi derecho ; mas no asi vos , contestándome una grosería.

— El grosero sois vos.... mal hombre , contestó Anastasia enseñándole los puños.

— Vos sois un animal....

— Alfredo , dame el tirapié , y yo le ajustaré la cuenta á ese viejo insolente para quitarle las ganas de andarse haciendo el gracioso á su edad.... ¡viejo chocho!...

— Cuando vengo á pedirlos la esplicacion de vues-

tro anuncio con toda urbanidad, me contestais con injurias.... yo os aseguro que esto no quedará así....

— Pero caballeroooo.... exclamó el desdichado portero.

— Pero, señor, replicó el curioso exasperado, tened tanta amistad como gustéis con vuestro señor Cabrion; pero pardiez, no lo anuncieis en letras gordas á cuantos pasan por la calle.... y os participo que puesto que sois un vejestorio de tan malos modos, voy á quejarme al comisario.

Y fuese muy enojado el papamoscas.

— Anastasia, dijo el portero con doliente voz, yo no sobreviviré á tan duro golpe; lo conozco; estoy herido de muerte.... No tengo esperanza de librarme de él. Mi nombre anda públicamente unido al de ese miserable.... Se atreve á anunciar que yo tengo comercio de amistad con él, y el público le da crédito.... se lo dice, se lo comunica.... semejante proceder, lo digo y lo repito, es monstruoso, es enorme, es infernal; por consiguiente, es preciso que concluyamos de una vez, la medida ha llegado á su colmo.... ¡es indispensable que uno de los dos sucumba en esta lucha!

Venciendo su habitual apatía el señor Pipelet, y decidiéndose á hacer una vigorosa resolucion, cogió el retrato de Cabrion, y se lanzó hácia la puerta.

— ¿A dónde vas, Alfredo?

— A casa del comisario.... Voy á arrancar al propio tiempo ese infame cartel, y entonces con ambas cosas en la mano gritaré á aquel funcionario: ¡Defendedme, vengadme, libradme de Cabrion!

— Bravo, viejo querido, despáchate, y haz que le apliquen la ley á ese tunante: si tú solo no puedes apoderarte del rótulo, dí al licorista que te ayude y que te preste su escalerilla de mano.... ¡Pícaro Cabrion, oh, si pudiese cogerle y freirle en mi sar-

ten, qué gusto tendria en verle sufrir!... Sí, gentes hay que van á la horca que no lo merecen tanto como él.... ¡infame! quisiera verle guillotinar.

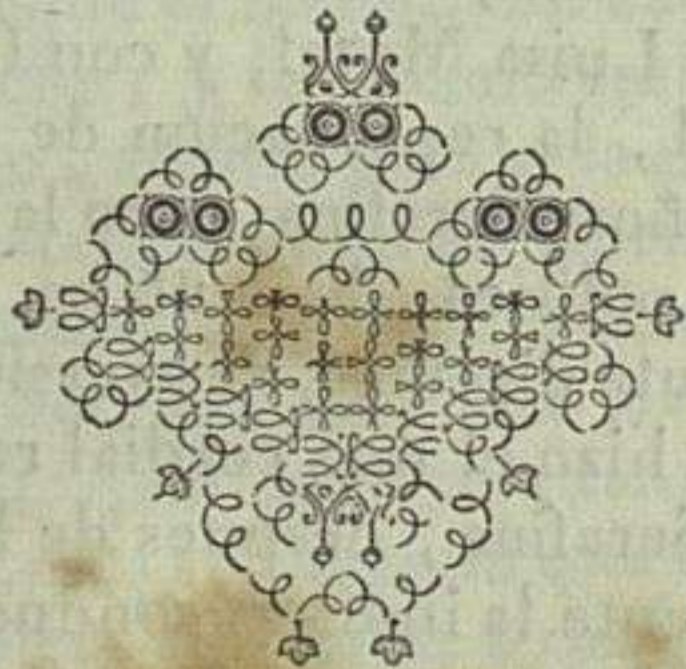
Alfredo dió en aquella ocasion una prueba de una sublime longanimidad.... A pesar de sus fuertes motivos de encono contra Cabrion, tuvo aun la generosidad de manifestar algunos sentimientos nobles y compasivos con el pintor.

—No, dijo, no, aun cuando pudiese no pediria su cabeza....

—Pues yo sí.... sí.... que vaya al infierno, exclamó la implacable portera.

—No, replicó el portero, no soy amigo de sangre; pero tengo el derecho de reclamar la reclusion perpétua de ese bribon.... mi reposo lo exige, mi salud lo manda.... y la ley me debe esa reparacion.... de lo contrario.... abandonaré la Francia, mi querida Francia. Eso es lo que ganarán con ello.


Y Alfredo, abismado en su dolor, salió magestosamente de la portería, como una de esas víctimas imponentes de la fatalidad antigua.



CAPÍTULO IX.

—NON—

CECILIA.

ntes que asista el lector á la entrevista de la señora Serafina con la portera , deberemos advertirle que , sin que Anastasia sospechase de modo alguno de la virtud y devocion del escribano, vituperaba , no obstante, la severidad que habia desplegado contra Luisa Morel, y con German ; y como era natural , la reprobacion de la portera , alcanzaba á la señora Serafina; pero la señora Pipelet, á fuer de hábil política , disimulaba, por las razones que mas adelante diremos, su aversion hácia el ama de llaves, y le hizo el mas cordial recibimiento.

La señora Serafina , despues de haber desaprobado formalmente la indigna conducta de Cabrion, dijo á la portera:

— ¡Vamos! ¿dónde está el señor Bradamanti (Po-

lidori)? Ayer noche le escribí, y no me contestó; esta mañana he venido á buscarle, y ya no estaba.... espero que ahora habré sido mas feliz.

La señora Pipelet dió á su fisonomía la espresion de un vivo sentimiento, y contestó:

— ¡En verdad, que es preciso tener mucha desgracia!

— ¿Qué quereis decir?

— Que el señor Bradamanti no ha vuelto aun.

— ¡Esto es imposible!

— Es un fastidio.... mi querida señora Serafina....

— ¡Yo que tengo tantas cosas que decirle!...

— ¡Pues es un chasco!

— Y tanto mas, cuanto que es necesario que ande siempre inventando pretextos para venir aqui; porque si el señor Ferrand llegase á sospechar que conozco á un charlatan, él que es tan devoto.... y tan escrupuloso.... ¡pobre de mí.... frescos estábamos!...

— Lo mismo es mi Alfredo: es tan sencillote, que todo le azora.

— ¿Y no sabeis cuándo volverá el señor Bradamanti?

— Tiene dada una cita para las siete; pues me ha encargado que hiciese pasar adelante á la persona que espera, aunque él no hubiese vuelto.... Conque volved á la noche, y le encontrareis de fijo.... Sí, échale un galgo, añadió para sí la portera, dentro de una hora, estará camino de Normandía.

— ¿Qué le hemos de hacer? volveré á esa hora, dijo la señora Serafina con aire de incomodidad. Despues añadió: ¡Ah! otra cosa tenia que deciros, señora Pipelet.... ¿Ya sabeis lo que nos ha sucedido con esa linda pieza de Luisa, á quien todo el mundo creía tan honrada?

— No me hableis de eso, contestó la señora Pi-

pelet con aire compungido y levantando los ojos al cielo, se me erizan los cabellos.

— Pues bien; con ese motivo nos hemos quedado sin criada; y si supieseis alguna jóven prudente, honrada y trabajadora, os agradecería mucho que me la enviaseis. Son tan difíciles de encontrar las que ofrecen esas condiciones, que es preciso encargarlas por veinte lados diferentes....

— Descansad, señora Serafina.... si sé de alguna os avisaré.... Los buenos amos son tan escasos como las buenas criadas. Y añadió para sí: No tengas cuidado que te envíe yo ninguna muchacha para que la mateis de hambre. Tu amo es demasiado avaro, pícaro y malvado; en un solo día ha denunciado al pobre German, y á esa desgraciada Luisa.

— Inútil es deciros, replicó la señora Serafina, que nuestra casa es muy pacífica; es una suerte para una jóven el entrar en ella, y solo una muchacha tan desenvuelta como Luisa ha podido perderse, á pesar de los buenos y saludables consejos que le daba el señor Ferrand.

— Yo lo creo.... no os dé cuidado; si oigo hablar de alguna jóven que reúna las cualidades que deseais, os la mando allá al instante.

— ¡Ah! debo haceros otra advertencia, repuso la señora Serafina: El señor Ferrand desearía, si fuese posible, que esa criada no tuviese familia.... ya entendeis por qué.... de ese modo saldría menos de casa, y no sería tan fácil que se perdiese.... una huérfana, por ejemplo.... en primer lugar por lo que os he dicho, y en segundo, porque así haría una obra de caridad. Esa miserable Luisa ha sido una gran lección para el señor.... y ahora teme el elegir mal.... En una casa tan religiosa como la nuestra, semejante escándalo.... ¡qué horror! Conque hasta las siete, y entonces entraré de paso en

el cuarto de la señora Celestina , al subir al del señor Bradamanti.

— Sí.... á esa hora le encontrareis de seguro, señora Serafina.

Y esta salió.

— ¡Qué empeño tiene en ver á Bradamanti! dijo la señora Pipelet; ¿para qué diablos le querrá? Pues él está empeñado en no verla antes de su salida para la Normandía. Estaba en ascuas porque no se iba : podia haber venido la señora que estuvo ayer noche aqui, y que espera hoy.... ayer no pude verla bien, pero lo que es hoy no se me escapará.... aun cuando tenga que valerme de mis mañas, como el otro dia con la querida de ese comandante de cuatro al cuarto. Y en verdad que él no ha vuelto á poner los pies aqui.... pues voy á gastarle su leña, para darle una leccion. ¿Mas quién será esa señora que viene á buscar al señor Bradamanti? ¿A qué clase pertenecerá? daria cualquiera cosa por saberlo, pues soy curiosa como una marica.... pero no es culpa mia; Dios me ha hecho así.... ese es mi carácter, ¿qué le haremos?... ¡Diantres, qué idea tan famosa se me ha ocurrido para averiguar su nombre!... Será preciso ponerla en práctica.... Pero, ¿quién anda ahi? ¡Ah! es el rey de los inquilinos.... ¡Dios os guarde, señor Rodolfo! dijo llevando la señora Pipelet, misteriosamente, el inverso de su mano izquierda á la peluca.

Efectivamente, el que entraba era Rodolfo, ignorante aun de la muerte del señor de Harville.

— Buenos dias, señora Pipelet, ¿sabeis si Rigollette está en su cuarto? porque tengo que hablarla.

— ¿Acaso sale nunca de él esa pobre muchacha? ¿No sabeis que nunca huelga, y que su trabajo es lo primero de todo?

— ¿Y qué tal sigue la muger de Morel, va cobrando fuerzas?

— Sí, señor Rodolfo; gracias á vuestros beneficios, ó á los del protector de quien sois agente, no les falta nada de lo necesario; están como los peces en el agua; tienen fuego, aire, buenas camas, buen alimento, y una muger que los cuida; eso sin contar con la señorita Rigolette, que sin darlo á entender, nunca los pierde de vista, á pesar de su activo trabajo.... Además, ha venido de parte vuestra á visitar á la muger de Morel un médico negro.... que he dicho yo entre mí, ese será el médico de los carboneros, pues podrá tomarles el pulso sin mancharse los dedos. Pero vaya, eso es igual, el caso es que curen, y ese á decir verdad, parece que lo entiende, pues la ha dado una bebida que la ha aliviado mucho.

— ¡Pobre muger, debe estar muy triste!

— ¡Oh! sí, señor Rodolfo, cómo quereis que no sea así.... con el marido loco y la hija en la cárcel.... Para una familia honrada una desgracia como la de Luisa es un agudo clavo.... Y cuando recuerdo, que no hace un instante que la ama de llaves del escribano, la señora Serafina, ha venido aquí á decir mil pestes de ella.... ¡Oh! si no hubiera tenido que hacerle tragar un anzuelo, ya le hubiera dicho cuántas son cinco.... ¡pues no ha tenido valor para decirme que si sabia alguna criada para reemplazar á Luisa!... Son lo mas mezquinos y avaros que podais pensar.... Figuraos que buscan una huérfana para que les sirva, si puede hallarse. ¿Sabeis por qué, señor Rodolfo?.... Dicen ellos que no teniendo parientes, no saldrá tanto de casa, y vivirán mas tranquilos acerca de su conducta; mas no es eso, á mí no me la pegan, lo que ellos quisieran seria atrapar una muchacha inocentona,

que no tuviese nadie que la aconsejase, para de este modo escatimarla su salario.... ¿No os parece que es así, señor Rodolfo?

— Sí.... sí, contestó este con aire preocupado.

Al saber que la señora Serafina buscaba una huérfana, que reemplazase á Luisa, como criada en casa del escribano Ferrand, entrevió Rodolfo en esta circunstancia un medio seguro quizás de lograr el castigo del escribano. Así, mientras que la señora Pipelet continuaba hablando, modificaba él poco á poco el papel que hasta entonces habia destinado en su imaginacion á Cecilia, principal instrumento del justo castigo que pensaba imponer al verdugo de Luisa Morel.

— Estaba cierta de que pensariais del mismo modo que yo, repuso la señora Pipelet; sí, lo repito, buscan una jóven aislada para sacarla el jugo.... pero conmigo tienen el pleito perdido: no conozco en la actualidad ninguna; mas aun cuando conociese, no se la enviaria; mas aun, haria lo posible para que no fuese.... ¿No es cierto que haria bien, señor Rodolfo?

— Señora Pipelet, ¿quereis hacerme un gran favor?

— ¿Qué si quiero?... Señor Rodolfo, ¿deseais que me arroje al fuego, que bañe mi peluca con aceite hirviendo, que muerda á alguno? Hablad.... no espero mas que vuestras órdenes.... mi corazon y yo somos esclavos vuestros.... como no sea para cosa que ataque al honor de mi Alfredo....

— Tranquilizaos, señora Pipelet; no se trata mas que de una huérfana á quien quisiera dar colocacion.... es estrangera.... no ha estado nunca en París, y desearia que entrase en casa del señor Ferrand.

— ¡Me pasmais!... ¿cómo, en la casucha de ese viejo avaro?

— Por de pronto siempre es una colocacion.... Si la jóven de que os hablo no se encuentra bien en esa casa, podrá mas adelante y con mas espacio buscarse otra; el caso es que pueda ganarse al instante el sustento.... y que yo esté tranquilo sobre ella.

— Son cuentas vuestras, señor Rodolfo; hareis lo que mejor os parezca; yo ya os he dicho lo que hay en el asunto.... Si con lo dicho creéis buena la colocacion, eso es ya cuenta vuestra.... Con todo, es preciso confesar tambien que si la casa del escribano tiene su contra, tiene igualmente su pro.... El señor Ferrand es avaro como un perro, duro como un asno, santurron como un sacristan, es cierto; pero es honrado como él solo.... da poco salario, pero lo paga religiosamente.... La comida es mala y escasa, pero siempre la misma.... Por último, es una casa en la que es preciso trabajar como una acémila; pero no haya miedo que una jóven se ande en ella en malos pasos.... Luisa es una rara excepcion.

— ¡Señora Pipelet! voy á confiar un secreto á vuestro honor.

— A fé de Anastasia Pipelet, nacida en Galimard, lo que es tan cierto como que hay un Dios en los cielos.... y que Alfredo no lleva mas que mucha honra.... seré muda como un poste....

— Es que es menester que Pipelet no sepa nada....

— Juro por la cabeza de mi querido viejo, que así será.... como el motivo sea honesto.

— ¡Pues no ha de ser!...

— Entonces corre de mi cuenta; yo le haré ver lo blanco negro; no temais, nada sabrá.... él es sencillo é inocenton como un niño de teta.

- Tengo confianza en vos. Escuchad pues.
- Ya os podeis ir recto al asunto.... la cosa no saldrá de entre los dos, ni en vida ni en muerte.
- La jóven, pues, de que os hablo, ha cometido un deslíz....
- ¡Ya entiendo!... ¡si no me hubiese casado con mi Alfredo á los quince años, hubiéralos cometido yo tal vez á docenas ó á centenares! Tal, cual me veis, era como un polvorin. Felizmente, Pipelet, apagó mi ardor en su virtud.... A no haber sido asi, creo que hubiera hecho locuras por los hombres.... Por eso os diré que si esa jóven solo ha cometido una falta.... quedan aun esperanzas....
- Asi lo creo. Esa jóven estaba en clase de criada en Alemania, en casa de un pariente mio, y su hijo ha sido el cómplice del deslíz: ¿me entendeis?
- ¿Qué si entiendo? vaya, como si hubiese pasado por mí.
- La madre despidió á la criada; pero el jóven, loco de amor por la niña, abandonó la casa paterna, y se ha venido con ella á París.
- ¿Qué quereis?... ¡cosas de muchachos!...
- Tras la calaverada han entrado las reflexiones, tanto mas precisas, cuanto que se les iba concluyendo el poco dinero que habian traído; en ese apuro, se ha dirigido á mí, y le he dado dinero para que se volviese á su casa, bajo condicion de dejar aqui esa muchacha, de cuya suerte me encargaría yo.
- No hubiera yo hecho mas por un hijo mio.... si Pipelet hubiese tenido á bien hacerme....
- Me es muy agradable vuestra aprobacion: ahora bien, como esa muchacha no tiene quien responda por ella, pues ya sabeis que es estrangera, es muy difícil hallarla una colocacion.... y quisiera que vos dijeseis á la señora Serafina, que uno de

vuestros parientes establecidos en Alemania os ha dirigido y recomendado esa jóven; el escribano la recibirá tal vez en su casa, y yo tendria eso mas que agradeceros. Cecilia, que asi se llama la jóven, seguramente se corregirá en una casa de costumbres tan puras y severas.... Esta es la principal razon que me mueve á desear ver establecida esa jóven en casa del señor Santiago Ferrand. Escusado es decir que presentada por una persona tan respetable como vos....

— Señor Rodolfo, me confundís....

— Tan apreciable....

— Basta, basta, quereis avergonzarme....

— Digo, que con vuestra recomendacion, es casi seguro que Cecilia será recibida; mientras que si yo la presentára....

— Es claro.... seria lo mismo que si yo presentase un jóven.... Vamos quedamos entendidos.... me place eso de engañar á la señora Serafina.... Cabalmente le guardo una.... os respondo del asunto, estad seguro que le haré ver volar las estrellas en medio del dia. Se dice que no sé cuanto tiempo hace tenia una prima establecida en Alemania, oriunda de Galimard; la cual acaba de morir asi como su marido, dejando una hija huérfana, que va á caer sobre mis costillas dentro de poco.

— Muy bien.... Y luego, vos misma, conduciréis á Cecilia á casa del señor Ferrand, sin volver á hablar á la señora Serafina. Como hace veinte años que no habeis visto á vuestra prima, no tendreis mas que decir, sino que desde su partida para Alemania, no habeis recibido noticia alguna de ella.

— Corriente; ¿pero y si la chicuela no sabe mas que el guirigay aleman?

— No os dé cuidado; habla perfectamente el francés; y además, yo la diré lo que debe hacer, eso es cuenta mía; vos no teneis que hacer mas que recomendarla con instancia á la señora Serafina.... Pero no, mejor será que no insteis mucho, no crean que teneis gran interés en ello, ya sabeis que basta muchas veces rogar una cosa para que no la concedan.

— ¡A mí con esas!... Vaya, pues porque he dado siempre pasaporte á los aduladores... Si no me hubiesen pedido nada.... no digo que no....

— Eso es lo que sucede siempre.... Asi, pues, no hagais proposicion alguna directa á la señora Serafina.... y dejadla que se explique.... La direis únicamente que Cecilia es huérfana, estrangera, muy jóven, muy linda, que va á ser para vos una carga muy pesada, que no la teneis grande cariño, pues que no corriais muy en armonía con vuestra prima, y que os estraña que os haya hecho semejante regalo....

— ¡Caramba, y qué endiablado sois! Pero no os dé cuidado, formamos los dos una escelente pareja. ¡Dios mio, que bien nos entendemos entrambos! Si hubieseis sido de mi edad, cuando yo era jóven y vivaracha.... se me figura que yo.... y vos....

— ¡Chiton!... si Pipelet....

— Teneis razon.... ¡pobrecito mio, si vieseis cuán afligido está! Ese pícaro Cabrion le ha jugado otra mala pasada.... mas luego hablaremos de eso.... En cuanto á vuestra jóven, podeis quedar tranquilo.... Apuesto la cabeza á que obligo á la señora Serafina á suplicarme que coloque á mi parienta en su casa.

— Si lo conseguís os regalo cien francos, mi querida Pipelet. Yo no soy rico, pero....

— Vamos, ¿os burlais, señor Rodolfo? ¿Creeis

que yo sea capaz de hacer eso por interés? ¡Válgame Dios! yo solo lo hago por amistad.... ¡Cien francos!

— No lo creais : si tuviese que mantener mucho tiempo en mi casa á esa muchacha , ya me costaria mas.

— Vaya , tomaré los cien francos por complaceros. Señor Rodolfo , bien podemos decir que nos ha caido la lotería con venir vos á esta casa.... Puedo gritar hasta las nubes que sois el rey de los inquietos.... ¡Calle , un coche! ¡Ah! ya sé lo que será.... la señora que viene en busca de Bradamanti.... ayer vino y no pude verla ; mas hoy no será así , he intentado un medio asombroso para saber su nombre.... Vais á verme maniobrar , y os divertireis.

— No , no , señora Pipelet , poco me importan el nombre y rostro de esa dama , dijo Rodolfo retirándose al fondo de la portería.

— ¡Señora! gritó Anastasia , poniéndose delante de la persona que entraba , ¿señora , á dónde vais?

— A casa del señor Bradamanti , dijo la señora , visiblemente incomodada de que se le impidiese el paso.

— No está....

— Es imposible , tengo cita con él aqui.

— Pues no está.

— Sin duda os equivocais.

— No tanto como os parece , dijo la portera maniobrando hábilmente á fin de distinguir las facciones de la señora. El señor Bradamanti ha salido.... ha salido.... ha salido ... para todos.... menos para una señora.

— Pues bien ; esa soy yo.... me haceis impacientar , dejadme pasar.

— ¿Cómo os llamais? Primero es preciso que sepa

si sois la persona que el señor Bradamanti me ha dicho que permitiese entrar.... si no lo sois, tendreis que pasar por encima de mi cuerpo si quereis subir....

— ¡Os ha dicho mi nombre! exclamó la señora con tanta sorpresa como inquietud.

— Sí señora....

— ¡Qué imprudencia! murmuró la jóven. Luego, tras un corto momento de vacilacion, añadió con impaciencia y en voz baja, como si temiese ser oida: Pues bien, me llamo la señora de Orbigny.

Estremecióse Rodolfo al oír este nombre.... que era el de la madrastra de la señora de Harville.

En lugar de permanecer en el fondo de la portería, se adelantó, y á favor de la claridad del dia y de la lámpara, reconoció fácilmente á aquella muger, gracias al retrato que de ella le habia hecho Clementina mas de una vez.

— La señora de Orbigny, repitió la portera, sí, efectivamente ese es el nombre que me ha dicho el señor Bradamanti: podeis subir....

La madrastra de la señora de Harville pasó rápidamente por delante de la portería.

— ¡Bueno! dijo la portera con aire triunfante: ya sabemos su nombre, se llama la señora de Orbigny.... el medio no ha sido malo, ¿eh, señor Rodolfo? Pero ¿qué es lo que teneis, estais muy pensativo?

— ¿Esa señora ha estado ya otra vez aqui á ver al señor Bradamanti? preguntó Rodolfo á la portera.

— Si, ayer noche; y en cuanto se marchó, salió apresuradamente el señor Bradamanti, á tomar asiento en la diligencia, á lo que creo, pues al volver me encargó que esta mañana llevase su equipaje á la casa de postas, no fiándose de ese pícaro de Jorobeta.

— ¿Y sabéis á dónde va el señor Bradamanti?

— A Normandía.... por el camino de Alenzon.

Rodolfo recordó que la hacienda de Aubieres, que habitaba el señor de Orbigny, estaba situada en Normandía, y ya no le quedaba duda de que el charlatan se dirigía á casa del padre de Clementina, forzosamente con intenciones siniestras.

— ¡Pues la partida del señor Bradamanti no le va á dar mucho gusto á la señora Serafina! continuó la portera. Está enfurecida al ver que el señor Bradamanti la huye el cuerpo cuanto puede; pues este me encargó que le ocultase que se marchaba á las seis.... así cuando venga se encontrará con que el pájaro ya voló. Aprovecharé esta circunstancia para hablarla de vuestra recomendada. A propósito, ¿cómo me habeis dicho que se llamaba?.... ¿Cecilia?

— Cecilia.

— ¡Ah! Cecilia. Será preciso que ponga en mi caja un papelito con su nombre para acordarme.... Ceci.... Cecil.... ¡Ah! Cecilia: bueno, bueno, bueno, ya me acordaré.

— Yo me subo á ver á la señorita Rigolette, dijo Rodolfo á la Pipelet saliendo de la portería.

— ¿Y qué.... cuando bajareis no entrareis á ver á mi pobre vejete? ¡Está tan triste! ya os lo contará él todo. Ese mónstruo de Cabrion ha hecho con él de las suyas.

— Ya sabéis que siempre tomaré parte en los disgustos de vuestro marido, señora Pipelet.

Y Rodolfo extraordinariamente preocupado con la vista de la señora de Orbigny á Polidori, subió al cuarto de Rigolette.



CAPÍTULO X.



EL PRIMER PESAR DE RIGOLETTE.

En el cuarto de Rigolette, reinaba el mismo aseo y coqueta limpieza de siempre.: el gran reloj de plata, colocado encima de la chimenea, señalaba las cuatro: en atención á que el rigor del frío habia cesado, la económica trabajadora no habia encendido su chimenea.

Desde la ventana apenas se veía un ángulo de cielo azul, á través de la masa irregular de techos, buhardillas y altas chimeneas, que por el lado opuesto de la calle, cerraban el horizonte.

De repente, un rayo solar, por decirlo así, perdido, deslizándose por entre dos elevadas paredes, entró á teñir por algunos instantes de una refulgente púrpura, los ladrillos del aposento de la jóven.

Rigolette trabajaba sentada junto á la ventana: el suave claro-oscuro de su hechicero perfil se destacaba en aquel momento sobre la transparencia luminosa de las vidrieras, como un camafeo de una rosada blancura sobre un fondo encarnado. Brillaba con reflejo su negra cabellera, trenzada en la parte posterior de su cabeza, y sus pequeñas y móviles manos de marfil que manejaban la aguja con incomparable agilidad, estaban teñidas de un cálido color de ámbar. Los largos pliegues de su vestido oscuro, recortado por los picos de un delantal verde, ocultaban á medias el asiento de paja de su silla, y tenia sus dos lindos pies, siempre perfectamente calzados, sobre el borde de un taburete colocado delante de ella.

Cual un gran señor se divierte algunas veces, por capricho, en cubrir las paredes de una cabaña con brillantes tapicerías, así el sol poniente iluminó por un instante aquel cuartito de mil rayos, atornasoló de dorados reflejos las cortinas de india-verde abigarradas, hizo relucir el bruñido de los muebles de nogal, y el enladrillado del suelo como rojo latón, y cercó de una reja de oro la jaula de los pájaros de la griseta.

Mas ¡ay! á pesar de la provocadora alegría de ese rayo luminoso, los dos canarios macho y hembra, revoloteaban con aire inquieto, y contra su costumbre, ni aun cantaban; porque Rigolette, contra su costumbre, estaba muda también.

Ninguno de los tres gorgeaba sin que los otros gorgeasen, y casi siempre el canto fresco y matutino de la jóven despertaba los trinos de aquellos, que mas perezosos no abandonaban tan temprano su nido. Entonces empezaban los desafíos, las luchas de notas claras, sonoras, glosadas y variadas, en que no siempre los pájaros salían vencedores.

Rigolette no cantaba ya.... porque por primera vez experimentaba un *pesar*. Hasta entonces la miseria de la familia de Morel la habia afectado á menudo, pero semejantes cuadros son demasiado familiares á las clases pobres, para causarles sensaciones muy duraderas.

Despues de haber socorrido casi diariamente á aquellos infelices hasta donde alcanzaban sus cortos haberes, y llorado sinceramente con ellos, la jóven se sintió á la vez conmovida y satisfecha.... Conmovida de sus desgracias.... satisfecha de haberse compadecido de ellas.

Pero esto no era una pena.

Pronto la alegría natural del carácter de Rigolette recobraba su imperio.... Y despues, no por egoismo, sino por una simple comparacion, se consideraba tan feliz en su cuartito al salir del horrible chiribitil de Morel, que su efímera tristeza se disipaba al momento.

Esa movilidad de impresion estaba tan destituida de toda idea de individualismo, que discurriendo con patética delicadeza, la griseta consideraba casi como un deber el socorrer á otros mas desgraciados que ella, para poder gozar sin escrúpulo de una situacion muy precaria por cierto, y enteramente adquirida con su trabajo, pero que puesta en parangon con los terribles apuros de la familia del lapidario, le parecia casi lujosa.

«Para cantar sin remordimientos, cuando existen junto á sí unas personas tan desgraciadas, decia ella sencillamente, es preciso haberse mostrado caritativa con ellos todo lo posible.»

Antes de enterar al lector de la causa del primer pesar de Rigolette, deseamos tranquilizarle, y hacerle desaparecer toda duda acerca de la virtud de esa jóven.

Sentimos emplear la palabra virtud, voz grave, pomposa, solemne, que arrastra casi siempre tras sí las ideas de sacrificio doloroso, lucha penosa contra las pasiones y austeras meditaciones sobre el fin de las cosas terrenas.

No era esa la virtud de Rigolette.

Ella no había luchado ni meditado.

Solo había trabajado, reído y cantado.

Su honestidad, como decia ella sincera y sencillamente á Rodolfo, era una cuestion de tiempo.... no le quedaba lugar para entregarse á amoríos. Ante todo, alegre, laboriosa y ordenada, el orden, el trabajo y la alegría, la habían, sin haberse apercebido de ello, defendido, sostenido y salvado.

Esta moral parecerá tal vez ligera, fácil y alegre; ¿mas qué importa la causa cuando subsiste el efecto?

¿Qué importa la direccion de las raices de la planta, con tal que su flor se abra pura, brillante y perfumada?...

A propósito de nuestra utopia acerca los estímulos, los socorros y las recompensas que la sociedad debería conceder y prodigar á los artesanos que sobresaliesen por sus eminentes cualidades sociales, hemos hablado de ese *ESPIONAGE DE LA VIRTUD*, uno de los proyectos del Emperador.

Supongamos realizado por un momento ese pensamiento fecundo del grande Hombre.... y que uno de aquellos verdaderos filántropos encargados por él de buscar las personas buenas, ha descubier-to á Rigolette.

Abandonada á sí misma, sin consejos, sin apoyo, espuesta á todos los peligros de la pobreza, á todas las seducciones que rodean á la juventud y la hermosura, esa muchacha ha conservado toda su

pureza ; su vida honrada y laboriosa podria servir de leccion y ejemplo. ¿No merece esa jóven, cuando no una recompensa ó un socorro, siquiera algunas afectuosas palabras de aprobacion y de estímulo, que la darán la conciencia de su valor, que lo realcen á sus propios ojos, y que la obliguen aun para el porvenir?

Porque, al menos, sabrá que velan por ella con protectora solicitud, en el difícil camino que recorre con valor y serenidad. Porque sabrá que si llega un dia en que la falta de trabajo ó de salud amenaza romper el equilibrio de esa vida pobre y ocupada, que descansa por entero sobre esas dos indispensables circunstancias, el trabajo y la salud, vendrá en su ayuda un ligero socorro, debido á sus méritos pasados.

Sin duda se argüirá fuertemente con la imposibilidad de ejercer esa vigilancia tutelar de que estarían rodeadas las personas especialmente dignas de interés por sus superiores antecedentes.... mas á nosotros nos parece que la sociedad ha resuelto ya ese problema.

¿No ha inventado y puesto en accion la vigilancia de la alta policia con el objeto ciertamente muy útil de fiscalizar incesantemente la conducta de las personas peligrosas señaladas por sus detestables antecedentes?

¿Por qué razon, pues, la sociedad no ha de ejercer tambien una vigilancia de alta caridad moral?.....

.....

Pero descendamos de la esfera de las utopias, y sepamos cuál fué el primer pesar de Rigollette.

Si esceptuamos á German, jóven cándido y grave, todos los demas vecinos de la griseta habian to-

mado en seguida su original familiaridad y sus ofertas de buena vecindad, por arrumacos muy significativos; pero estos señores se habian visto precisados pronto á reconocer, con tanta sorpresa como despecho, que encontraban en Rigolette una alegre y amable compañera, para sus recreaciones domingueras, una vecina servicial y bondadosa; pero no una querida.

Pero esa sorpresa y despecho, muy vivos al principio, cedian luego poco á poco ante la franqueza y buen humor de la griseta; y ademas, como ella lo habia indicado juiciosamente á Rodolfo, sus vecinos se llenaban de orgullo el domingo, llevando del brazo una linda jóven que les hacia honor bajo mas de un aspecto (Rigolette hacia poco caso de las apariencias) y que no les costaba mas que la parte que tomaba en sus modestos placeres, cuyo precio duplicaban su presencia y gentileza.

Por otra parte, ¡se contentaba la jóven tal fácilmente!... ¡En los dias de escaséz comia tan bien y con tanto gusto un pedazo de galleta caliente, en la que hincaba con toda su fuerza sus blancos dientes!... y luego, ¡era para ella tan divertido un paseo por los boulevards ó por las calles!... Si nuestros lectores sienten alguna simpatía hácia Rigolette, convendrán en que hubiera sido preciso ser muy fátuo ó muy bárbaro para rehusar una vez á la semana, esas modestas distracciones á una criatura tan graciosa, que, por lo demás, no teniendo el derecho de ser celosa, no impedia nunca á sus compañeros que se consolasen de sus rigores con otras bellas menos crueles.

Unicamente Francisco German fué á quien no hizo concebir ninguna loca esperanza la familiaridad de la jóven; ya fuese instinto del corazon ó delicadeza de espíritu, entrevió desde el primer

dia cuanto encerraba de hechicero la confraternidad familiar que le ofrecia Rigolette.

Lo que fatalmente debia acontecer aconteció: German se enamoró apasionadamente de su vecina, sin atreverse á declarárselo.

Lejos de imitar German á sus predecesores, que, muy convencidos de la vanidad de sus pretensiones, habian procurado consolarse con otros amores, sin dejar por eso de vivir en buena inteligencia con su vecina, habia gozado deliciosamente con la sola intimidad de la jóven, pasando á su lado no solo el domingo, si que tambien todas las veladas que tenia libres. Durante esas largas horas, Rigolette se habia mostrado cual siempre, contenta y alegre; German, tierno, atento, serio y aun á menudo un poco triste.

Esa tristeza era la única falta que tenia; porque sus modales, naturalmente finos, no podian ser puestos en comparacion con las ridículas pretensiones del comisionista Girandeaú, ni con las turbulentas escentricidades de Cabrion; pero el primero con su interminable locuacidad, y el segundo con su hilaridad incansable, tambien tenian una ventaja sobre German, cuya dulce gravedad imponia un poco á su vecina.

Hasta entonces ninguno de los tres amantes habia alcanzado una preferencia marcada de Rigolette.... Mas como esta no carecia de juicio, conocia que solo German reunia todas las cualidades necesarias para hacer feliz á una muger razonable.

Sentados estos antecedentes, diremos ahora la razon porque estaba apesarada Rigolette, y porque no cantaban ella y sus pájaros. Su redondo y lozano rostro estaba un poco pálido; sus grandes ojos negros, comunmente alegres y brillantes, ligeramente caidos y empañados; sus facciones revela-

ban una fatiga no acostumbrada. Habia pasado una gran parte de la noche en vela trabajando.

De rato en rato dirigia tristemente la vista á una carta abierta , colocada encima de una mesa que estaba á su lado : esa carta que acababa de recibir, era de German , y contenia lo siguiente:

«Cárcel de la Consergeria.

«SEÑORITA.

«El lugar desde donde os escribo , os hará conocer la enormidad de mi desgracia. He sido encerrado en la cárcel como ladron.... ¡A los ojos del mundo soy culpable , y sin embargo , me atrevo á escribiros!

«Mas sabed que seria para mí muy terrible que me miraseis como un sér criminal y desgraciado. ¡Ah , por favor no me condeneis hasta haber terminado la lectura de esta carta!... Si vos me rechazais.... no podré resistir ese último golpe.

«Hé aqui la fiel relacion de lo sucedido:

«Hacia ya algun tiempo que no habitaba en la calle del Temple ; pero sabia por la pobre Luisa, que su familia , por la que tanto nos interesábamos vos y yo , era cada dia mas desgraciada , y su estado mas miserable. ¡Ay , mi compasion hácia esas buenas gentes me ha perdido! No me arrepiento por ello ; mas es preciso confesar que mi suerte es muy cruel.

«Ayer , algunas escrituras muy urgentes, me habian detenido en casa del señor Ferrand, hasta una hora avanzada. En el cuarto en que yo trabajaba habia un escritorio , en el que mi patron guardaba cada dia mis trabajos. Por la noche parecia estar agitado é inquieto , y me dijo:— No os vayais sin

dejar arregladas esas cuentas, y las guardareis en el escritorio, en que queda puesta la llave, y salió.

«Luego de finalizada mi tarea, abrí el cajon para encerrarla en él, y maquinalmente fijé la vista en una carta abierta, en que leí el nombre de Gerónimo Morel el lapidario.

«Lo confieso, viendo que versaba sobre este desgraciado, cometí la indiscrecion de leerla, y supe que ese artesano debia ser llevado á la cárcel el dia siguiente, por una letra de cámbio de mil y trescientos francos, á peticion del señor Ferrand, bajo nombre supuesto.

«Esa carta era del agente de negocios de mi principal. Conocia suficientemente la situacion de la familia de Morel para prever las horribles consecuencias del encarcelamiento de su único apoyo. Tan grande fué mi sentimiento como mi indignacion. Desgraciadamente ví en el mismo cajon una caja abierta con dinero; habia en ella dos mil francos. En aquel momento ví á Luisa que subia la escalera: sin reflexionar en la gravedad de mi accion, aprovechando la coyuntura que me ofrecia la casualidad, tomé mil y trescientos francos, esperé á Luisa al paso, se los puse en la mano, y la dije: Mañana al amanecer irán á prender á vuestro padre por una deuda de mil trescientos francos; mas aqui los teneis, salvadle; pero no digais que yo os he dado este dinero.... el señor Ferrand es un malvado....

«Ya lo veis, señorita, mi intencion era buena, pero culpable mi accion; no quiero ocultároslo.... sin embargo, hé aqui lo que la escusaba.

«Hace mucho tiempo que á fuerza de economías habia recogido y colocado en casa de un banquero la corta suma de mil y quinientos francos; y hace ocho dias me avisó que, habiendo terminado el

plazo de sus obligaciones conmigo, tenia aquella cantidad á mi disposicion para el caso de que yo no quisiese dejarla en su poder.

«Poseía, pues, mas de lo que tomaba al escribano, y podia al dia siguiente recoger mis mil y quinientos francos; pero el cajero del banquero no iba á casa de su principal hasta al medio dia, y Morel debia ser arrestado al amanecer. Era, pues, necesario que proporcionase á este los medios de pagar muy temprano; pues de lo contrario, aun cuando en el discurso del dia hubiese ido á sacarle de la cárcel, ya habria sido preso y conducido á ella á presencia de su muger, á quien este último golpe podia costar la vida. Además, hubiera sido preciso pagar los considerables gastos de prision. ¡Desgracias é inconvenientes que podia yo evitar, tomando los mil y trescientos francos que creía poder volver á la caja al dia siguiente, antes que lo hubiese reparado el señor Ferrand! ¡Por desdicha me equivoqué!

«Cuando salí de casa del señor Ferrand, no estaba ya bajo el dominio de la impresion de enojo y piedad que me habia hecho obrar.... Calculé todo el peligro de mi posicion: mil funestos temores vinieron á asaltarme; me era conocida la severidad del escribano; podia despues de mi salida volver á registrar su escritorio.... descubrir el robo, porque á sus ojos y á los de todo el mundo... es un robo.

«Este tropel de ideas me trastornaban; aun cuando ya era muy tarde, fui corriendo á casa del banquero para suplicarle que me entregase mis fondos al instante. Hubiera podido dar un pretesto plausible para esa peticion extraordinaria, y vuelto en seguida á casa el señor Ferrand á reponer el dinero que habia tomado.

«Por una funesta casualidad, hacia dos dias que el banquero estaba en Belleville en una casa de campo, en donde dirigia unos plantíos: esperé la llegada del dia con una angustia que iba en aumento: por fin, llegué á Belleville. Todo pareció conjurarse contra mí: hacia un momento que el banquero acababa de volverse á París: retrocedo precipitadamente, y recibo finalmente mi dinero: me presento en casa del señor Ferrand.... mas todo estaba ya descubierto....

«Empero esa no es mas que una pequeña parte de mis infortunios; el escribano me acusa ahora de haberle robado quince mil francos en billetes de banco, que estaban, dice él, en el cajon del escritorio con los dos mil francos en oro, acusacion infame é indigna. Me confieso culpable de la primera sustraccion; pero por lo mas sagrado que existe en el mundo os juro, señorita, que soy inocente de la segunda.... No he visto billete alguno de banco en el cajon: solo habia los dos mil francos en oro, de los que tomé mil y trescientos que volvia á llevar.

«Esta es la pura verdad, señorita: soy víctima de una terrible acusacion, y sin embargo, vos sabeis que soy incapáz de mentir.... ¿Pero me creereis?... ¡Ay! como me dijo el señor Ferrand, el que roba una cantidad pequeña puede robar otra mayor, y sus palabras no merecen crédito alguno.

«Os habeis mostrado siempre tan buena y tan caritativa con los desgraciados, sé que vuestro corazon es tan leal y tan franco, que no dudo os convencerá de la verdad de lo que os digo.... Prestad fé á mis palabras, y vereis que soy tan digno de lástima como de censura; pues os lo repito, mi intencion era buena, pero circunstancias imposibles de prever me han perdido.

«¡Ah! señorita Rigolette.... ¡muy infeliz soy!... ¡Si supieseis entre qué gentes estoy destinado á vivir hasta el dia de mi juicio!

«Ayer me condujeron á un sitio que se llama el Depósito de la prefectura de policía. No puedo explicaros las sensaciones que experimenté, cuando despues de haber subido una sombría escalera, llegué ante una puerta con rejilla de hierro, que abrieron, y que se cerró en seguida tras de mí.

«Tan turbado estaba, que por de pronto nada distinguí. Un aire cálido y mofético me dió en el rostro; oí un gran ruido de voces mezclado de siniestras risotadas, de impíos juramentos, de soeces palabras y de impúdicas canciones; permanecí inmóvil junto á la puerta, mirando las baldosas de ese aposento, no atreviéndome á dar un paso ni á levantar los ojos, creyendo que todos me miraban.

«Mas era un error, nadie se acordaba de mí; un preso mas ó menos es cosa de poca entidad para esta gente; por fin, me atreví á levantar la cabeza. ¡Dios mio, qué caras tan horrorosas! ¡qué vestidos tan andrajosos! ¡cuántos harapos consumidos y manchados por el lodo! ¡todo cuanto de mas asqueroso y repugnante presenta el vicio y la miseria! Habia alli unos cuarenta ó cincuenta hombres en pie, sentados ó tendidos en unos bancos clavados en la pared: vagabundos, ladrones, asesinos, en una palabra, cuantos habian sido cogidos por la noche ó durante el dia.

«Cuando repararon en mí, sentí un triste consuelo al ver que conocian que yo no pertenecia á su clase. Algunos me miraron con una espresion insolente y burlona; despues hablaron entre sí un rato en voz baja, y en un lenguaje asqueroso que no comprendia. Al cabo de un momento, el mas atrevido de ellos vino á tocarme en la espalda, pi-

diéndome dinero para pagar mi bienvenida.

«Díles algunas monedas, esperando que por este medio lograría me dejasen en paz; mas no les bastó, y exigieron mayor cantidad, que les negué. Entonces me rodearon una porción de ellos dirigiéndome un sin fin de amenazas é injurias: iban á echarse sobre mí, cuando felizmente entró un carcelero atraído por el tumulto; quejéme, y les obligó á que me devolviesen el dinero que les habia dado, diciéndome á mí, que si quería se me proporcionaría un cuarto solo por una módica suma. Acepté con reconocimiento su oferta, y salí de entre aquellos bandidos en medio de una nube de amenazas; porque decian que debíamos volvernos á encontrar, y entonces no podría moverme.

«El carcelero me condujo á un cuarto, donde he pasado el resto de la noche, y desde donde os escribo, señorita Rigolette: dentro de poco, despues de mi interrogatorio, me conducirán á otra cárcel que llaman la Fuerza, en donde temo hallar muchos de los facinerosos del Depósito.

«El carcelero, movido por mis lágrimas y mi dolor, me ha prometido que hará que llegue á vuestras manos esta carta, aun cuando se le hayan prohibido muy severamente semejantes condescendencias.

«Espero, señorita Rigolette, que no me negareis el postrer servicio que voy á pedir á vuestra antigua amistad, si es que no os avergonzais de ella. En el caso que tengais á bien acceder á mi súplica, se reduce á lo siguiente: Recibireis con esta carta una llavecita y una esquila para el portero de la casa en que vivo, Boulevard de San-Dionisio, núm. 11, en la que le prevengo que podeis disponer como yo mismo de todo cuanto me pertenece, y que cumpla vuestras órdenes.... Os acompañará

á mi cuarto, y tendreis la bondad de abrir con la llavecita un escritorio, en donde hallareis un legajo que contiene varios papeles que os suplico me guardéis: uno de ellos estaba destinado para vos, como vereis por el sobre.... Otros han sido escritos pensando en vos en tiempos mas felices.... No os enojeis por esto... vos no debiais tener jamás noticia de tales papeles. Os suplico tambien que recojais el poco dinero que hay en aquel mueble, asi como una bolsita de raso, dentro de la cual hay un pañuelito de seda de color de naranja, que llevabais en nuestros últimos paseos festivos, y que me regalasteis el dia que me mudé de la calle del Temple. Por último, desearia que escepto un poco de ropa blanca que quisiera me enviaseis á la Fuerza, hagais vender los muebles y efectos que poseo: libre ó perdonado, de todos modos mi honor queda ajado, y me veré obligado á salir de París.... ¿A dónde iré?... ¿con qué recursos podré contar?... ¡Dios lo sabe! La señora Bouvard, la revendedora del Temple, que me ha vendido y comprado ya muchos objetos, se quedará, tal vez, con ellos; es una muger honrada, y de este modo saldriais mas pronto del paso, pues sé cuán preciso es vuestro tiempo....

«Tengo pagado el cuarto por adelantado, y asi os ruego solamente que deis una gratificacion al portero: espero me disimulareis, señorita, que os importune con todos esos minuciosos detalles, mas sois la única persona del mundo á quien me atrevo y puedo dirigirme. Hubiera podido pedir este favor á uno de los escribientes del señor Ferrand, con quien median relaciones de amistad bastante íntimas; mas hubiera temido su indiscrecion acerca diferentes papeles; muchos os conciernen como ya os he dicho; otros tienen relacion con ciertos

acontecimientos desgraciados de mi vida. Creedme, señorita Rigolette, esa última prueba de vuestro antiguo afecto, que no dudo me dareis, á pesar de lo ocurrido, será mi único consuelo en la gran desventura que pesa sobre mí. Os pido tambien el permiso de escribiros alguna vez.... ¡Me seria tan dulce, tan grato, comunicar á un corazon benévolo y compasivo la tristeza que me oprime!

«¡Ah! hálleme solo en el mundo; nadie se interesa por mí.... ¡Este aislamiento me era ya muy penoso.... juzgad cuánto mas lo será ahora!... Y sin embargo, soy honrado; tengo la convicción de no haber hecho mal á nadie; antes bien, con esposicion de mi vida, he mostrado mi aversion á todo lo malo.... como vereis por los papeles que os he suplicado que guardéis y que podeis leer.... Mas aun cuando presentase eso en mi abono, ¿quién me creeria? Todo el mundo respeta al señor Ferrand, por la reputacion de probidad que hace mucho tiempo goza: hay un motivo que le autoriza á obrar contra mí.... me confundirá.... lo sé, y por esto me resigno anticipadamente á mi suerte. Por último, señorita Rigolette, si habeis dado crédito á mis palabras, espero que no me despreciareis, y que os compadecereis de mí, acordándoos alguna vez de un sincero amigo.... entonces, si me teneis mucha.... mucha compasion, tal vez llevareis vuestra generosidad hasta el extremo de venir un dia.... un domingo (¡Ah, qué recuerdos despierta en mí ese nombre!) á verme en el locutorio de mi prision.

«¡Mas qué digo, veros en semejante parage! No.... no me atrevería nunca.... Sin embargo, sois tan buena.... que.... pero me veo precisado á concluir mi carta para podéros la remitir, asi como la llave y la esquelita para el portero, que voy á escribir de prisa y corriendo. El carcelero acaba

de avisarme que voy á ser conducido á presencia del juez.... Adios, adios, amiga Rigolette.... no me menospreciéis.... ¡mi única esperanza la cifro en vos sola!....

«*Francisco German.*»

«P. D. Siteneis la bondad de contestarme, dirigid la carta á la cárcel de la Fuerza.»

Ahora se comprenderá ya la causa del primer pesar de Rigolette.

Su escelente corazon se habia conmovido profundamente á la lectura de un infortunio que hasta entonces no habia sospechado pudiese sobrevenir. Daba ciegamente crédito á la entera veracidad de la relacion de German, este desgraciado hijo del Dómine.

Poco rigorista, parecíale aun que su antiguo vecino exageraba enormemente su falta. Para salvar á un desgraciado padre de familia, habia tomado una cantidad que sabia podia devolver: hasta aqui la griseta no veía mas que un acto de generosidad.

Por una de esas contradicciones naturales en las mugeres, y especialmente en las de su clase, aquella jóven, que hasta entonces solo habia sentido por German, como por los demas vecinos, una alegre y cordial amistad, dióle entonces una viva preferencia. Desde que supo que era infeliz.... injustamente acusado y preso.... su memoria borró la de sus antiguos rivales.

En Rigolette ese sentimiento no era aun amor: era un afecto vivo, sincero, lleno de compasion, noble y resuelto: sentimiento muy nuevo, en razon de la amargura que encerraba.

Tal era la situacion moral de Rigolette, cuando

Rodolfo entró en su cuarto despues de haber llamado á la puerta.

—Buenos dias , vecina , dijo Rodolfo á Rigolette; ¿no os estorbo?

—No , vecino ; al contrario , me alegro mucho de veros , porque estoy muy apesadumbrada.

—En efecto , estais pálida.... parece que habeis llorado.

—Yo lo creo que he llorado.... y no sin motivo.... ¡pobre German! Tomad.... leed.... y le entregó á Rodolfo la carta del preso; ¡mirad si no es capáz esto de partir el corazon! Me habeis dicho que os interesabais por él.... pues bien ; ahora se presenta la ocasion de probarlo , añadió ella , mientras que Rodolfo leía atentamente. ¡Ese pícaro de Ferrand se ha declarado enemigo de todo el mundo! Primero la tomó con la pobre Luisa.... ahora con German. ¡Oh! no soy capáz de querer mal á nadie ; pero aun estoy por decir que me alegraría si sucediese alguna desgracia á ese escribano.... ¡Acusar á un muchacho tan honrado de haberle robado quince mil francos! él.... la probidad personificada.... y despues tan metódico , tan compasivo , tan triste.... ¡Dios mio! ¡cuán digno de compasion va á ser , metido entre tantos malvados , en su cárcel!... ¡Ah , señor Rodolfo!... desde hoy conozco que el camino de la vida no está todo sembrado de rosas.

—¿Y qué pensais hacer , vecina?

—¿Qué?... cuanto German me pide , y lo mas pronto que sea posible. Ya estaria fuera de casa.... á no ser por esta labor muy urgente que estoy concluyendo , y que voy á llevar al instante á la calle de Saint-Honoré ; yéndome despues , en seguida , á buscar los papeles de que German me habla. He trabajado una gran parte de la noche para adelantar algunas horas de trabajo.... Voy á tener que hacer

tantas cosas , que es preciso que á horas extraordinarias avance algo.... ante todo , la señora Morel quisiera que yo pudiese ver á Luisa en su cárcel.... esto es tal vez muy difícil.... pero , en fin , yo procuraré alcanzarlo.... desgraciadamente no sé á quién dirigirme.

—Ya hé pensado yo en eso.

—¿Vos , vecino?

—Sí , aqui teneis un pase.

—¡Qué dicha!... ¿No podreis proporcionarme otro tambien para poder ver á ese desgraciado German? ¡Estaria tan contento!...

—Sí , tambien os facilitaré los medios de ver á German.

—¡Oh! gracias , señor Rodolfo.

—¿No os asusta , pues , ni os da vergüenza el ir á su cárcel?

—Cierto que el corazon me latirá muy fuerte la primera vez.... pero aunque así sea.... ¿acaso cuando German era dichoso , no le encontraba siempre dispuesto á adivinar y cumplir mis menores deseos.... á llevarme al teatro ó al paseo.... á leerme un rato de noche.... á ayudarme á arreglar mis macetas de flores.... y pintar mi cuarto?... Pues bien ; ahora es desgraciado , y me toca hacer á mí lo que pueda por él.... no será gran cosa.... lo sé.... mas , en fin , todo lo que pueda lo haré.... que cuente con ello.... ya verá si soy ó no buena amiga. Mirad , una cosa me da pena ; su desconfianza. Créeme capaz de despreciarle.... Y pregunto yo : ¿por qué? Ese viejo avaro de escribano le acusa de haber robado.... ¿y qué fuerza me hace á mí eso?... Yo sé bien que no puede ser verdad. Aunque la carta de German no me hubiese probado á todas luces que es inocente , no le hubiera creido culpable ; basta verle , conocerle , para estar ciertos

de que es incapáz de una accion infame. Es preciso ser un malvado , como el señor Ferrand, para sostener semejantes falsedades.

—¡Bravo, vecina!... me gusta vuestra indignacion....

—¡Oh! mirad....quisiera ser hombre para poder ir á buscar á ese escribano , y decirle : ¡Ah! sostenéis que German os ha robado , viejo impostor.... pues bien ; tomad.... seguro es que esto no os lo robará; y pim , pum , pam.... le sacudiría que seria un contento.

—Teneis una justicia muy ejecutiva , dijo Rodolfo sonriéndose de la animacion de Rigolette.

—¡Oh! es que estas cosas la sacan á una de quicio; y como dice German en su carta , todo el mundo estará de parte de su principal , porque es rico y bien reputado.... mientras que German es un pobre jóven sin proteccion.... á menos que vos no le socorrais , señor Rodolfo, vos que conocéis personas tan bienhechoras.... decid : ¿no podria hacerse algo por él?

—Es preciso que espere que se sigan los trámites de la causa. Cuando haya sido absuelto , y lo será segun creo , se le prodigarán numerosas pruebas de interés , os lo aseguro.... Pero escuchad , vecina ; sé , por esperiencia , que se puede contar con vuestra discrecion.

—¡Oh! sí , señor Rodolfo.... nunca he sido lenguaráz.

—Pues bien ; es preciso que todo el mundo ignore , incluso el mismo German , que tiene amigos que velan por él.... pues los tiene.

—¿De veras?

—Muy poderosos.... y que le tienen un grande afecto.

—Si supiese esto, ¡cuánto ánimo cobraría!

—Sin duda; mas tal vez no sabría disimularlo ni callar, y entonces el señor Ferrand, asustado, estaría alerta, se despertaría su desconfianza, y como es tan astuto, sería muy difícil cogerle, lo que me sería muy sensible; pues es preciso, no solo que se haga patente la inocencia de German, sino que se le arranque la máscara á su calumniador.

—Os comprendo, señor Rodolfo.

—En el mismo caso se halla Luisa; os traigo este pase para que vayais á verla, á fin de que la rogueis que no hable á nadie de lo que me ha revelado.... Ya entenderá lo que quiero decir.

—Basta, señor Rodolfo.

—En una palabra; es muy importante que Luisa ponga un gran cuidado en no quejarse en la cárcel de la infamia de su amo.... pero no deberá ocultar cosa alguna á un abogado que irá de mi parte á entenderse con ella para su defensa; no os olvidéis de recomendarle bien lo que os digo.

—No paseis cuidado por eso, vecino; no olvidaré nada; tengo buena memoria.... Mas, ¿sabéis que sois muy bueno y generoso?... En cuanto á alguien le sucede alguna desgracia, allí estais vos al momento.

—Ya os he dicho, vecina, que no soy mas que un pobre dependiente de comercio; mas cuando, corriendo por uno y otro lado, encuentro algunas buenas gentes que merecen ser protegidas, instruyo de ello á una persona benéfica, que tiene depositada en mí toda su confianza, y se las socorre.... Ya veis que esto no tiene gran mérito.

—¿Y en dónde vivís desde que habeis cedido vuestro cuarto á Morel?

—Vivo en una posada.

—¡Oh.... cómo me incomodaría eso! Estar donde todo el mundo ha estado, es como si todo el mundo hubiese estado en vuestra casa.

—Como no paso allí mas que la noche....

—Ya entiendo.... así es menos desagradable. Sin embargo, ¿qué es de nosotros, señor Rodolfo? El tener mi casa me hacia ayer ser tan feliz.... me habia formado una vida tan tranquila, que no hubiera creído nunca posible tener pesar alguno.... y no obstante, ¡ya lo veis! No es posible que os espese el sentimiento que me ha causado la desgracia de German. He visto á los Morel y á otros muchos muy dignos de lástima, es verdad; pero, en fin, la miseria es miseria; entre pobres ya se sabe lo que es eso, no sorprende, y uno á otro se da la mano.... Hoy es este, mañana aquel. En cuanto á uno mismo, con valor y alegría se sale siempre del paso.... ¡pero ver á un pobre jóven, honrado y bueno, que ha sido amigo durante mucho tiempo, acusado, preso y confundido con asesinos!... ¡Caramba, señor Rodolfo, no tengo valor para sufrirlo.... es una desgracia que nunca me habia ocurrido.... me trastorna!...

Y los grandes ojos de Rigolette se llenaron de lágrimas.

—¡Animo, ánimo!... cuando vuestro amigo esté en libertad, estareis otra vez alegre.

—¡Oh! sí, sin duda será puesto en libertad. Bastará leer á los jueces la carta que me ha escrito; ¿no es cierto, señor Rodolfo?

—En efecto, esa carta sencilla y patética rebosa verdad; tendreis que dejarme sacar copia de ella, porque será muy necesario para la defensa de German.

—Ciertamente, señor Rodolfo. Si no escribiese tan mal, á pesar de las lecciones que me dió ese

buen German , os propondria que me dejaseis copiarla.... pero mi letra es tan desigual , tan confusa.... y luego , ¡cometo tantas faltas de ortografía!

—No , no hay necesidad ; hacedme solo el favor de dejármela hasta mañana.

—Tomadla , vecino ; mas tened cuidado de no perdérmela : he quemado todos los billetes amorosos que el señor Cabrion y el señor Girandeaú me escribian al principio de nuestras relaciones , con corazones llenos de llamas y palomas en el anverso del papel , cuando creían que me dejaria engatusar por sus zalamerías.... pero esa pobre carta de German la conservaré cuidadosamente , y tambien las otras que me escriba.... porque , en fin , es una prueba de amistad el que German me pida esos cortos favores , ¿no es cierto , señor Rodolfo?

—Sin duda ; eso prueba que sois la mejor amiguita que se puede desear. Pero ahora que me ocurre.... ¿quereis que en vez de ir ahora sola á casa de German , os acompañe yo?

—Con mucho gusto , vecino. Va á ser de noche , y á tales horas no me gusta mucho andar sola por las calles , sin contar que tengo de llevar alguna labor á Port-Royal , y siempre me detendrán. Pero para vos será una incomodidad ir tan lejos quizás.

—No lo creais.... tomaremos un coche de alquiler.

—¿De veras? ¡Oh , cómo me divertiria eso de ir en coche , si no estuviese tan apesadumbrada!... y preciso es que lo esté mucho , porque hoy es el primer dia , desde que vivo aqui , que no he cantado.... mis pájaros están admirados de ello.... ¡pobrecillos!... no saben lo que significa ; dos ó tres veces Papá Crestudo ha cantado un poco para provocarme ; he querido contestarle , pero al cabo de un segundo me he puesto á llorar.... Ramoneta ha

vuelto á comenzar , pero tampoco he podido responderla.

—¡Qué nombres tan originales habeis puesto á vuestros pájaros! Papá Crestudo y Ramoneta.

—Señor Rodolfo, esas avecillas forman las delicias de mi soledad ; son mis mejores amigos , y por eso les he puesto los nombres de las honradas personas que fueron la alegría de mi niñez, é igualmente mis mejores amigos ; y para que la semejanza fuese completa , es preciso añadir que Papá Crestudo y Ramoneta estaban siempre placenteros , y cantaban como los ángeles del cielo.

—¡Ah! sí.... en efecto.... ahora me acuerdo.... esos eran los nombres de vuestros padres adoptivos.

—Sí , vecino ; esos nombres son muy ridículos para unos pájaros , lo sé ; pero esto solo son cuentas mías.... Mirad , en eso conocí tambien que German tenia buen corazon.

—¿Cómo?

—Ciertamente ; el señor Girandeaun y el señor Cabrion , este último especialmente , se burlaban siempre de los nombres de mis pájaros ; llamar á mi canario Papá Crestudo , era cosa que no podia entrarle al señor Cabrion , y de ahí tomaba pie para sus interminables rechiflas. «Si fuese un gallo , decía él , pase , podrias llamarle Crestudo ; pues no digo nada.... ¡llamar á su hembra Ramoneta! parece que lea.» Por último , tanto me enfadó , que estuve dos domingos sin querer salir con él , para enseñarle.... y le dije muy formalmente que si repetia sus burlas , que me daban que sentir , no volveríamos á ir jamás juntos.

—¿Qué resolucion tan animosa!

—Pues mirad , señor Rodolfo , mucho me costó.... yo que esperaba el paseo del domingo como la venida del Mesías , el corazon se me partia de tener que

quedarme sola en casa con un tiempo hermoso; pero sin embargo, preferia sacrificar mi domingo, á oír reirse continuamente al señor Cabrion de lo que yo respetaba. Es verdad que á no ser por la idea que en ello me llevaba, hubiera preferido dar otros nombres á mis pájaros.... hay uno sobre todo que me hubiera gustado en extremo.... el de Colibri.... pues á pesar de eso no se lo puse, porque he decidido que los pájaros que tenga se llamarán todos Crestudo y Ramoneta, pues de lo contrario me parecería que sacrificaba, que olvidaba á mis buenos padres adoptivos: ¿no hago bien, señor Rodolfo?

— ¡Muy bien.... muy bien!... ¿Y German no se burlaba de esos nombres?

— Al contrario..... Tan solo la primera vez que los oyó, le parecieron muy extravagantes, así como á todo el mundo; esto era muy natural, pero cuando le espliqué las razones que habia tenido.... como habia hecho tambien con Cabrion, los ojos se le llenaron de lágrimas. Desde aquel dia me dije á mí misma: El señor German tiene buen corazon, no hay en su contra mas que su tristeza. Y mirad, señor Rodolfo, ahora conozco cuán mal hice en afearle ese sentimiento.... entonces no concebía que se pudiese estar triste.... ahora lo comprendo demasiado.... Pero ya tengo mi labor concluida y mi paquete arreglado: ¿quereis hacerme el favor, vecino, de darme ese chal? Me parece que el frio no es tanto, que sea menester ponerme pañuelo grande, ¿no es cierto?

— Iremos en coche, y os volveré á traer aqui....

— Es verdad; así iremos y volveremos mas pronto: siempre economizaré algun tiempo.

— Pues ahora me haceis acordar: ¿y cómo lo vais á hacer? ¿vuestro trabajo se va á resentir de esas visitas á las cárceles?

— ¡Oh, no, no!... ya me he echado mis cuentas. En primer lugar tengo los domingos de que disponer, los cuales emplearé en ir á ver á Luisa y á German, esto me servirá de distraccion y de paseo; luego, entre semana, volveré una ó dos veces mas; en cada una siempre invertiré tres horas largas, ¿no es cierto? Pues bien, para recuperarlas trabajaré una hora mas cada dia; me acostaré á las doce en vez de verificarlo á las once; esto me proporcionará siempre un aumento de siete ú ocho horas por semana, que podré emplear en ir á ver á Luisa y á German.... ¿Veis? soy mas rica de lo que parezco, añadió Rigolette sonriéndose.

— ¿Y no temeis que eso os fatigue?

— ¡Bah! ya me acostumbraré.... á todo se acostumbra una.... luego, esto no puede durar siempre.

— Aquí teneis vuestro chal, vecina.... No seré tan indiscreto como ayer; no acercaré demasiado mis labios á ese cuello hechicero.

— ¡Ah, vecino! ayer era ayer; podíamos reirnos.... pero hoy es muy diferente.... tened cuidado.... no me pincheis.

— Es que.... este alfiler no vale nada, está torcido.

— ¡Pues tomad otro! allí los hay en el acerico.... ¡Ah! me olvidaba de una cosa: ¿quereis hacerme un favor, vecino?

— Ya sabeis que estoy á vuestras órdenes.

— Cortadme bien una pluma.... que vaya muy gruesa.... á fin de que cuando vuelva pueda escribir á German que he cumplido con sus encargos.... Asi estará mi carta temprano en la cárcel: ese será un buen desayuno....

— ¿Y dónde teneis vuestras plumas?

— Ahí encima de la mesa.... el cortaplumas lo

hallareis en el cajon. Esperad, voy á encenderos una vela, pues ya se va haciendo oscuro.

— Efectivamente, no estará de mas para cortar la pluma.

— Y ademas, es preciso que yo me pueda poner mi gorro.

Rigolette hizo arder un fósforo, y encendió un cabo de bugía puesto en un reluciente candelero.

— ¡Diantres!.... una bugía.... vecina.... ¡qué lujo!

— Para la que gasto, me cuesta poco mas que una vela, y es mas decente y mas limpio....

— ¿No es mas caro?

— ¡Quiá! no. Compro esos cabos de bugía á libras, y media me dura casi todo un año.

— Pero, dijo Rodolfo esmerándose en cortar la pluma mientras la griseta se ponía su gorro delante del espejo, ¿no veo preparativo alguno para vuestra comida?

— No tengo ni pizca de gana.... He tomado esta mañana una taza de leche.... tomaré otra esta noche con un poco de pan.... y me bastará....

— Vamos, sin cumplimientos, vecina, ¿quereis veniros á comer conmigo al salir de casa German?

— Os lo agradezco, vecino, tengo el corazon muy triste.... otro dia.... con mucho gusto.... Mirad: la víspera del dia en que ese pobre German deba salir de la cárcel.... me convidó desde ahora, y despues me llevareis al teatro. ¿Quereis?

— Corriente, vecina, os prometo que no olvidaré este empeño.... ¿Pero me desairareis hoy?

— Si, señor Rodolfo; mi compañía seria hoy poco agradable, sin contar que gastaríamos tiempo, y ahora es cuando mas debo economizarlo y no hacer la perezosa.

— Vamos, renunciaré á ese placer.... por esta tarde....

— Tomad , aqui teneis mi paquete , vecino , pasad adelante , yo cerraré la puerta.

— Aqui os dejo una pluma escelente.... Venga vuestro paquete ahora....

-- Cuidado no lo machuqueis , es paño de seda doble , y conserva el dobléz.... llevadlo en la mano.... asi.... ligeramente.... bien.... dejadme pasar.... os alumbraré.

Y bajó Rodolfo precedido de Rigolette.

En el momento en que el vecino y la vecina pasaban por delante de la portería , vieron al señor Pipelet , que con los brazos colgando , se adelantaba hácia ellos desde el portal ; en una mano llevaba el rótulo que anunciaba al público que tenia *comercio de amistad* con Cabrion , y en la otra el retrato del condenado pintor. Era tan grande la desesperacion de Alfredo , que su barba le rozaba el pecho , y solo se veía el inmenso círculo de la copa de su sombrero de campana. Al verle ir á asi , con la cabeza baja , hácia Rodolfo y Rigolette , se le hubiera tomado por un carnero ó un novillo , preparándose al combate....

Presentóse entonces Anastasia en el umbral de la portería , y exclamó al ver á su marido:

— ¡Hola , viejo mio!... gracias á Dios , ya estás de vuelta. ¿Y qué es lo que te ha dicho el comisario? Alfredo.... Alfredo.... ten cuidado , hombre , que vas á derribar á mi rey de los inquilinos.... ¿llevas vendados los ojos?... Perdonad , señor Rodolfo ; ese pícaro de Cabrion es el que tiene la culpa de que cada vez sea mas animal.... acabará por convertirlo en un asno.... á mi querido viejo.... Alfredo , ¿no respondes?

A esta voz tan cara á su corazon , el señor Pipelet levantó la cabeza ; en sus facciones veíase impresa una sombría amargura.

—¿Qué es lo que te ha dicho el comisario? repitió la portera.

—Mira, Anastasia, será preciso reunir lo poco que poseemos, estrechar á los amigos entre nuestros brazos, y espatriarnos de París.... de la Francia.... de la hermosa Francia.... porque seguro ahora el mónstruo de quedar impune, es capaz de perseguirme por todas partes, en todos los departamentos del reino.

—¿Cómo! ¿el comisario...?

—¡El comisario! exclamó el señor Pipelet con indignacion; el comisario se me ha reido en las barbas.

—¡De tí.... de un hombre anciano, con un semblante tan respetable que parecerias tan tonto como un ganso, si no fuesen conocidas tus virtudes!

—Pues bien; á pesar de todo, luego que hube espuesto respetuosamente mi queja, y referido la multitud de picardías de ese Cabrion.... ese magistrado, despues de haber mirado riendo.... sí, riendo.... y me atrevo á decirlo, riendo indecentemente.... el rótulo y el retrato que presentaba como piezas justificativas, me contestó: «Buen hombre, ese Cabrion es un pícaro en eucrpo y alma, un maligno bufon; no hagais caso de sus chanzas. Os aconsejo que buenamente os riais, porque no falta razon para ello.» Que me ria, señor, exclamé yo, que me ria, cuando el pesar me devora.... cuando ese tunante emponzoña mi existencia.... me pone en ridículo.... me hará perder la razon.... Pido que se le encierre, que se le destierre.... á lo menos de mi calle. A estas palabras, el comisario ha vuelto á sonreirse, y me ha señalado cortésmente la puerta.... Yo he comprendido la indicacion del magistrado.... y héme aqui.

—¡Imbécil comisario! exclamó la señora Pipelet.

— ¡Todo está concluido, Anastasia, todo está concluido!... ¡no hay ya esperanza!... ¡en Francia ya no hay justicia.... he sido bárbaramente sacrificado!...

Y como por remate de su arenga, el señor Pipelet arrojó con todas sus fuerzas al fondo del portal retrato y rótulo: Rodolfo y Rigolette se habían furtivamente sonreído de la desesperación de Pipelet. Después de haber dirigido algunas palabras de consuelo al portero, que Anastasia hacía lo posible para calmar, el rey de los inquilinos salió de la casa de la calle del Temple con Rigolette, y subieron en un coche de alquiler para trasladarse á casa de Francisco German.



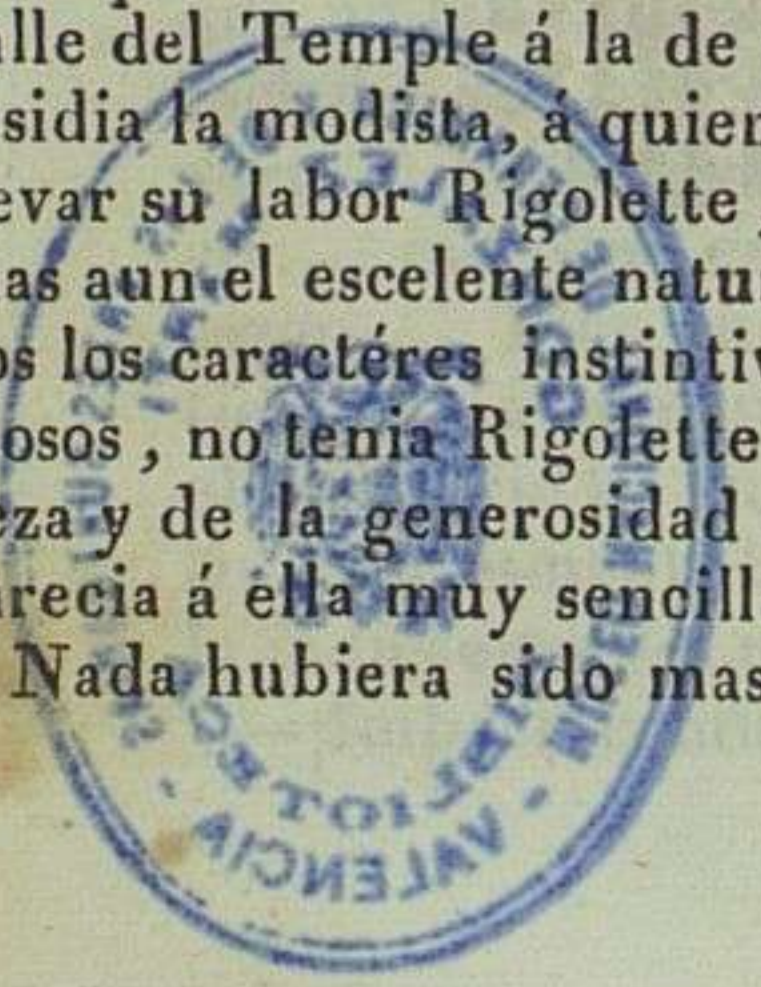
CAPÍTULO XI.



EL TESTAMENTO.

Francisco German vivia en el boulevard de San Dionisio, núm. 11. Recordaremos al lector, que sin duda lo ha olvidado, que la señora Mathieu, la corredora de diamantes, de que hemos hablado á propósito de Morel el lapidario, vivia en la misma casa que German. Durante el largo trecho de la calle del Temple á la de Saint-Honoré, en donde residia la modista, á quien ante todo habia querido llevar su labor Rigolette, Rodolfo pudo apreciar mas aun el escelente natural de la jóven. Como todos los caracteres instintivamente buenos y afectuosos, no tenia Rigolette conciencia de la delicadeza y de la generosidad de su conducta, que le parecia á ella muy sencilla.

Nada hubiera sido mas fácil á Rodolfo que ase-



gurar liberalmente el presente y el porvenir de Rigollette, y ponerla así en estado de poder socorrer caritativamente á Luisa y á German, sin tener que calcular y desquitar el tiempo que sus visitas debían robar á su trabajo, su único recurso; pero el príncipe temía atenuar el mérito del sacrificio de la griseta, disminuyendo las dificultades. Decidido á recompensar las cualidades raras y encantadoras que había descubierto en ella, quería seguirla hasta el término de esa nueva é interesante prueba.

Es escusado decir que en el caso en que la salud de la jóven se hubiese alterado en lo mas mínimo por el exceso de trabajo que se imponía para consagrar algunas horas cada semana á la hija del lapidario y al hijo del Dómine, Rodolfo hubiera en seguida corrido al auxilio de su protegida.

Estudiaba con tanto placer como emoción aquel carácter, tan naturalmente dichoso y tan poco acostumbrado al pesar, que de vez en cuando un rayo de alegría venía á iluminarlo aun.

Al cabo de una hora á corta diferencia, el coche, de vuelta de la calle de Saint-Honoré, paró en el boulevard de San Dionisio, núm. 11, delante de una casa de modesta apariéncia. Rodolfo dió la mano á Rigollette para bajar: esta entró en el cuarto del portero, y le comunicó las intenciones de German, sin olvidar la de la gratificación. Gracias á la amenidad de su carácter, el hijo del Dómine era amado en todas partes. Consternóle al *cofrade* del señor Pipelet la noticia de que la casa iba á perder un inquilino tan honrado y tan tranquilo.... estas fueron sus espresiones. La griseta, provista de una luz, subió con su compañero, habiendo encargado antes al portero que subiese al cabo de un rato para recibir sus últimas instrucciones. El aposento de German estaba situado en el cuarto piso.

Al llegar delante de la puerta, Rigolette dijo á Rodolfo dándole la llave:

—Tomad, vecino, abrid vos; la mano me tiembla demasiado.... vais á reiros de mí; mas al pensar que ese pobre German no volverá ya jamás aquí, se me figura que voy á entrar en un sepulcro....

—Dejaos de tonterías, vecina, no tengais ideas tan lúgubres.

—Hago mal, lo conozco, mas no sé sobreponerme á mí misma.

Y enjugó una lágrima que rodaba por su mejilla.

Sin estar tan conmovido Rodolfo como su compañera, experimentaba sin embargo una impresion penosa al penetrar en aquel modesto cuarto. Sabiendo los detestables martirios con que los cómplices del Dómine habian perseguido y perseguian aun tal vez á German, presentia las tristes horas que aquel desgraciado debia haber pasado en tal soledad. Rigolette puso la luz en la mesa. Sencilísimo era el mueblaje de aquel aposento de un jóven soltero: componíase de un catre, una cómoda, un escritorio de nogal, cuatro sillas con asientos de paja y una mesa. Unas cortinas de percal blanco cubrian las ventanas y la alcoba; y por único adorno habia sobre la chimenea una garrafa y un vaso. Por el ligero desórden de la cama, que no se habia desecho aun, se conocia que German se habia echado en ella vestido, por algunos instantes, la noche que precedió á su arresto.

—¡Pobre muchacho! dijo tristemente Rigolette examinando con interés el interior del aposento; bien se vé que le falta su antigua vecina. Está arreglado, pero no limpio; todo está lleno de polvo; las cortinas ennegrecidas, los cristales empañados y sucios, el suelo sin ajofifar.... ¡Ah, qué diferencia! en la calle del Temple no estaba mas hermo-

so, pero sí mas alegre, porque todo respiraba limpieza como en mi cuarto....

—Es que allí estabais vos.... para dar vuestros consejos.

—¡Pero mirad, exclamó Rigolette señalando la cama, la otra noche no se acostó, tan grande era su inquietud! Ese pañuelo que dejó ahí, sin duda está empapado en sus lágrimas, bien se vé.... Y lo tomó, añadiendo: German guardó uno mio de seda de color de naranja que le regalé cuando éramos felices; pues bien; yo conservaré ahora este en memoria de sus desgracias: estoy segura que no se enfadará....

—Al contrario, le será muy grata esta prueba de vuestro afecto.

—Pensemos ahora en lo que le interesa; haré en seguida un paquete de la ropa blanca que encuentre en la cómoda para llevársela á la cárcel; la señora Bouvard, á quien enviaré aqui mañana, se quedará con todo lo demas. Voy á abrir primero el escritorio para recoger los papeles y el dinero que German me ha rogado le guardase.

—Ahora que me acuerdo, dijo Rodolfo, Luisa Morel me entregó ayer los mil trescientos francos en oro que German la habia dado para pagar la deuda del lapidario, que yo habia satisfecho ya; este dinero pertenece á German, pues que devolvió al escribano el suyo; voy á entregároslo para que lo unais á la cantidad de que vais á ser depositaria.

—Como gustéis, señor Rodolfo, aunque á decir verdad no quisiera tener en mi casa una suma tan considerable: ¡corren tantos ladrones!... Papeles, corriente.... no tiene una nada que temer; pero dinero.... eso ya es peligroso....

—Tal vez tengais razon, vecina: ¿quereis que me encargue yo de ella? Si German necesita algo, me

lo mandais á decir en seguida; yo os daré las señas de mi casa, y os mandaré lo que pida.

—Como gustéis, vecino; no me hubiera atrevido á pedirlos que nos hicieseis ese favor; vale mas así; os entregaré tambien el producto de la venta de estos efectos.... Veamos, pues, esos papeles, dijo abriendo el escritorio y muchos cajones. ¡Ah! probablemente será esto.... ¡qué legajo tan voluminoso!... ¡Dios mio!... Mirad, señor Rodolfo, cuán triste es lo que ha escrito aqui encima.

Y leyó con voz conmovida:

En el caso de que yo feneciese de muerte violenta ó de otra cualquiera, suplico á la persona que abra este escritorio, que lleve estos papeles á la señorita Rigolette, costurera, calle del Temple núm. 17.

—¿Puedo romper esta cubierta, señor Rodolfo?

—Sin duda, ¿no os dice German que entre los papeles que contiene hay una carta particularmente dirigida á vos?

La jóven rompió aquella carpeta que encerraba diferentes papeles, uno de los cuales, con el sobre: *A la señorita Rigolette*, decia así:

«Señorita: cuando leereis esta carta, habré dejado de existir. Si, como temo, fenezco de muerte violenta, cayendo en una asechanza, semejante á la de que escapé el otro dia, algunas noticias adjuntas aqui, bajo el título de *Notas sobre mi vida*, podrán poner en camino de descubrir mis asesinatos....»

—¡Ah, señor Rodolfo! dijo Rigolette interrumpiendo su lectura, ¡ya no me admira ahora que estuviese triste!... ¡Pobre German, acosado siempre por tales ideas!...

—Sí, muy afligido debia de estar; pero sus dias de desgracia han pasado ya.... creedme....

— ¡Ay! así lo deseo, señor Rodolfo; mas sin embargo, preso.... acusado de robo....

— Tranquilizaos: cuando haya sido reconocida su inocencia, en vez de caer en su anterior aislamiento.... encontrará amigos.... Vos, en primer lugar, luego una madre adorada, de la que está separado desde su infancia.

— ¡Su madre! ¿Tiene madre aun?

— Sí.... ella creía que no le vería ya en su vida.... Juzgad de su alegría cuando le volverá á ver.... pero absuelto de la indigna acusación dirigida contra él. Ya veis, pues, que tenía razón en deciros, que se habían acabado para él los días de desgracia. Mas no le habéis á él de su madre. Os confío ese secreto, porque os interesais tanto por él, que no hay necesidad que á vuestro sacrificio se unan inquietudes demasiado crueles sobre su suerte futura.

— Os lo agradezco, señor Rodolfo, podeis estar tranquilo, guardaré vuestro secreto.

Y Rigolette continuó la lectura de la carta de German.

« Si os dignais, señorita, echar una ojeada sobre esas apuntaciones, vereis que toda la vida he sido muy desgraciado.... escepto el tiempo que he pasado á vuestro lado.... Lo que nunca me hubiera atrevido á deciros de palabra, lo hallareis escrito en una especie de memoria intitulada: *Mis únicos días de felicidad*.

« Cada noche, al dejaros, daba así libre curso á las consoladoras ideas que vuestro afecto me inspiraba, únicas que dulcificaban la amargura de mi vida.... Lo que en vos era amistad, en mí era amor.... Os he ocultado que os amaba, hasta este momento, en que para vos solo soy ya un triste recuerdo.... Mi destino era tan desgraciado, que

nunca os hubiera confiado este sentimiento, que aunque sincero y profundo, hubiera causado vuestra desgracia....

« Un postrer voto me queda que hacer, que espero cumplireis.

« He visto la admirable constancia con que persistís en vuestro trabajo, y cuánto método, economía y prudencia necesitáis, para vivir con el módico jornal que tan penosamente ganáis; á menudo, sin decíroslo, hacíame temblar la idea de que una enfermedad cualquiera, causada por el exceso de vuestro trabajo, podia reduciros á una posicion tan horrorosa, que solo el imaginarla me hacia estremecer.... Me es muy dulce pensar que podré á lo menos ahorraros en gran parte los tormentos, y tal vez.... las miserias que vuestra confiada juventud no prevé fácilmente.»

— ¿Qué quiere decir con esto, señor Rodolfo? dijo Rigolette admirada.

— Proseguid.... vamos á verlo....

Rigolette continuó:

« Sé cuán poco necesitáis para vivir, y qué recurso tan grande seria para vos, en tiempos desgraciados, la mas módica cantidad; yo, aunque muy pobre, he ahorrado mil y quinientos francos, que he depositado en casa de un banquero; eso es todo cuanto poseo. Por un testamento que encontrareis adjunto, me he atrevido á legaros esta cantidad; aceptad ese don de un amigo, de un hermano.... que no existe ya.»

— ¡Ah, señor Rodolfo! dijo Rigolette llorando y dando la carta al príncipe, esta carta me entristece.... ¡Buen German, ocuparse así de mi porvenir! ¡Ah, qué corazon, Dios mio, qué corazon tan escelente!

— ¡Esceleste jóven! repuso Rodolfo con emocion;

mas tranquilizaos hija mía; gracias á Dios, German no ha muerto, y este testamento anticipado, habrá reportado el beneficio de daros á conocer cuánto os amaba y cuánto os ama.

— ¡Oh, señor Rodolfo, ya lo recelaba yo! dijo Rigolette enjugando sus lágrimas. Al principio de ser vecinos, el señor Girandeu y el señor Cabrion me hablaban siempre de su *pasion inflamada*, como decian ellos; pero viendo que nada conseguian con ello, habian perdido la costumbre de decirme esas cosas; German, al contrario, nunca me hablaba de amor. Cuando le propuse que fuésemos buenos amigos, aceptó francamente, y despues siempre hemos vivido con fraternidad. Pero mirad, ahora ya puedo confesarlo, ciertamente me gustaba que German no me hubiese dicho como los otros que me amaba....

— ¿Pero, en fin, vos estabais admirada?

— Sí, yo pensaba que su tristeza.... era la que le hacia ser asi....

— ¿Y le teniais un poquito de rabia.... por esa tristeza?

— Era para mí su único defecto, dijo sencillamente la costurera; pero ahora le escuso.... hasta siento habérsela reprochado.

— ¿En primer lugar, porque sabeis que desgraciadamente tenia muchos motivos para estar triste, y luego.... tal vez porque, en fin, ahora estais cierta de que á pesar de esa tristeza.... os amaba? añadió Rodolfo sonriéndose.

— Es verdad.... es muy lisongero verse amada por un jóven tan bello como ese.... ¿no es asi, señor Rodolfo?

— ¿Y algun dia, tal vez, participareis de ese amor?

— ¡Quién sabe! señor Rodolfo, esto tentaria á

cualquiera : ¡ese pobre German es tan digno de lástima! Me pongo en su lugar.... si en el momento en que me creyese abandonada y despreciada de todo el mundo, una persona amiga me diese pruebas de amistad más tierna de lo que esperaba, ¡sería tan feliz! Después de un momento de silencio, Rigolette continuó dando un suspiro: Pero por otra parte.... los dos somos tan pobres, que casi sería un disparate.... Mirad, señor Rodolfo, no quiero pensar en esto, tal vez me equivoco; lo que hay de positivo es que haré por German cuanto esté en mi mano mientras se halle preso. Cuando le hayan puesto en libertad, quedará tiempo para saber si es amor ó amistad lo que siento por él.... entonces si es amor.... ¿qué quereis, vecino?... será amor.... Hasta que llegue ese momento, es inútil, y me daría pena pensar en ello.... Pero se va haciendo tarde, señor Rodolfo; ¿quereis recoger esos papeles, mientras arreglo el paquete de ropa?... ¡Ah! olvidaba la bolsita que encierra el pañuelo que le di.... sin duda está en este cajón. Sí, helo aquí. ¡Oh, qué linda es! y toda ella bordada.... ¡Pobre German, guardaba este pañuelo como una reliquia!... Me acuerdo muy bien de la última vez que me lo puse; y cuando se le di.... ¡estuvo tan contento, tan contento!...

En este momento llamaron á la puerta del aposento.

— ¿Quién llama? preguntó Rodolfo.

— ¿No está la señora Mathieu? contestó una voz chillona y ronca á la vez, con el acento particular que distingue á la hez del populacho. (La señora Mathieu era la corredora de diamantes de que hemos hablado ya).

El tono particular de aquel acento, despertó un vago recuerdo, una reminiscencia en las ideas de

Rodolfo, y queriendo aclararlo, cogió la luz, y fué á abrir él mismo la puerta.

Encontróse cara á cara con uno de los parroquianos del Conejo blanco, que reconoció al momento, en tal grado, aquella fisonomía imberbe y juvenil, llevaba fatalmente impreso en sus facciones el sello del vicio: era Barbillon.

Barbillon, el supuesto cochero que habia conducido al Dómine y á la Mochuelo al camino hon-do de Bouqueval; Barbillon, el asesino del marido de la desdichada lechera, que habia amotinado contra la Guillabaora á los labradores de la quinta de Arnauville.

Ya sea que este miserable hubiese olvidado las facciones de Rodolfo, á quien habia visto una vez en el Conejo blanco, ó bien la diferencia de vestido le impidiese conocer al vencedor del Terrible, no manifestó sorpresa alguna.

—¿Qué se ofrece? le dijo Rodolfo.

—Traigo una carta para la señora Mathieu, que debo poner en sus propias manos, respondió Barbillon.

—No vive aquí.... preguntad en la puerta de enfrente, dijo Rodolfo.

—Gracias, paisano; me habian dicho en la puerta de la izquierda, y me he equivocado.

Rodolfo no se acordaba del nombre de la corredora de diamantes, que Morel el lapidario solo habia pronunciado una ó dos veces. Asi, pues, no tenia ningun motivo para interesarse por la muger á quien iba á buscar Barbillon. Sin embargo de eso, y aun cuando ignorase los crímenes del bandido, su rostro ofrecia un aspecto tal de perversidad, que permaneció en el umbral de la puerta, deseando conocer la persona á quien llevaba Barbillon la carta.

Apenas hubo llegado este á la puerta opuesta, abrióse, y apareció la corredora, muger rechoncha, de cincuenta años, con una luz en la mano.

—¿La señora Mathieu? dijo Barbillon.

—Yo soy, mozo.... ¿qué quereis?

—Aqui teneis esta carta.... que exige contestacion.

Y Barbillon dió un paso para entrar en casa de la corredora; mas esta le hizo una señal de que no pasase adelante: abrió la carta sin soltar la luz, leyó, y contestó con aire satisfecho:

—Direis que está muy bien, muchacho; llevaré lo que me piden; iré á la misma hora que la otra vez; muhas espresiones á esa señora.

—Está muy bien.... no olvidéis al portador.

—Vé á pedir á los que te envian, que son mas ricos que yo.... dijo y cerró la puerta.

Rodolfo se entró tambien en el aposento de German, viendo á Barbillon bajar rápidamente la escalera.

El bandido se juntó en el Boulevard con un hombre de corta estatura y cara feróz, que lo esperaba delante de una tienda.

Aun cuando muchas personas pudiesen oirle, si bien, á decir verdad, contase con no ser comprendido, Barbillon parecia tan satisfecho, que no pudo contenerse, y dijo á su compañero:

—Vén á beber peñascáró, Nicolás; la vieja ha caido en el lazo, é irá á casa de la Mochuelo; tu madre nos ayudará á quitarla á la fuerza sus pedrerías, y luego llevaremos el cadáver á tu batel.

—Entonces es preciso que llegue temprano á Asnieres.... temo que no sospeche algo mi hermano Marcial.

Y los dos malhechores, despues de haber tenido esa conversacion, casi inintiligible para los que hu-

biesen podido ó querido escucharles , se dirigieron hácia la calle de San Dionisio.....

.....
 Un momento despues , Rigolette y Rodolfo salieron de casa German , subieron al coche , y llegaron á la calle del Temple , donde paró.

En el momento de abrirse la portezuela , vió Rodolfo , á favor de la luz de los quinqués del licorista , á su fiel Murph , que le esperaba en la puerta de la calle.

La presencia del squire indicaba siempre alguna novedad grave ó inesperada , pues solo él sabia en donde debia hallar al príncipe.

—¿Qué hay? preguntó vivamente Rodolfo, mientras que Rigolette sacaba muchos paquetes del coche.

—¡Una terrible desgracia , señor!

—Habla.... en nombre del cielo.

—El señor marqués de Harville....

—¡Me asustas!

—Habia convidado á una porcion de sus amigos á almorzar.... Habian comido , bromeado y reídose mucho , especialmente él , que estaba de buen humor cual nunca.... cuando una fatal imprudencia....

—Acaba.... acaba por Dios.

—Jugando con una pistola, que no creia estuviese cargada....

—¿Se ha herido gravemente?

—¡Monseñor!

—Y bien....

—¡Peor que eso!

—¿Qué dices?

—¡Se ha muerto!

—¡Harville , qué desgracia! ¡Ah , esto es horroroso! exclamó Rodolfo con acento tan desesperado,

que Rigolette , que bajaba entonces del coche con los paquetes , exclamó:

— ¡Dios mio!... ¿qué teneis , señor Rodolfo?

— Acabo de darle á mi amigo una noticia muy triste , señorita , dijo Murph á la jóven , porque el príncipe , postrado , no tenia fuerzas para contestar.

— ¿Segun eso es una gran desgracia? dijo Rigolette temblando.

— Sí , una gran desgracia , contestó el *squire*.

— ¡Ah , esto es horrible! dijo Rodolfo despues de algunos minutos de silencio ; despues acordándose de Rigolette , la dijo : Disimulad , hija mia , el que no os acompañe á vuestro cuarto.... Mañana os enviaré las señas de mi casa , y un permiso para entrar en la cárcel de German.... Pronto nos volveremos á ver.

— ¡Ah , señor Rodolfo! creed que siento en extremo la desgracia que os ha sobrevenido.... Os agradezco que me hayais acompañado.... ¿Conque nos volveremos á ver pronto , no es asi?

— ¡Sí , hija mia , sí!

— Buenas noches , señor Rodolfo , añadió tristemente Rigolette , que se entró en el portal con los diferentes objetos que habia traído de casa German.

— El príncipe y Murph subieron en el coche , que les condujo á la calle de Plumet.

En seguida , Rodolfo escribió á Clementina el siguiente billete:

SEÑORA:

«Acabo de saber en este momento el golpe terrible é inesperado que habeis recibido , y que me arrebató uno de mis mejores amigos ; renuncio á pintaros mi asombro y mi pena.

«Es preciso, sin embargo, que os hable de intereses estraños á este fatal suceso.... hace poco ha llegado á mi noticia que vuestra madrastra, que sin duda hacia algunos dias estaba en París, ha salido otra vez para Normandía, acompañada de *Polidori*.

«Esto es decirnos que amenaza á vuestro padre algun peligro: permitidme daros un consejo que creo saludable. Despues de la horrorosa desgracia acaecida esta mañana, á nadie estrañará que hayais creido necesario ausentaros por algun tiempo de París.... así, creedme, partid, partid al instante para Aubieres, á fin de llegar, sino antes que vuestra madrastra, á lo menos al mismo tiempo que ella. Permaneced tranquila, señora: de lejos como de cerca velo sobre vos.... los abominables proyectos de vuestra madrastra quedarán burlados....

«Adios, señora; os escribo estos cortos renglones apresuradamente.... el alma se me hace pedazos cuando recuerdo la velada de ayer, en que *le dejé á él*, mas tranquilo y mas feliz de lo que habia sido desde mucho tiempo á esta parte.

«Admitid, señora, mi afecto profundo y sincero.»

RODOLFO.

Siguiendo los consejos del príncipe, la señora de Harville, tres horas despues de haber recibido este billete, partia para la Normandía, acompañada de su hija.

Una silla de posta, salida del palacio de Rodolfo, seguia el mismo camino.

Desgraciadamente en la turbacion en que la sumieron tan complicados acontecimientos y su precipitada marcha, se olvidó Clementina de avisar al príncipe que habia encontrado á Flor Celeste en San Lázaro.

El lector se acordará tal vez que el día anterior la Mochuelo había ido á amenazar á la señora Serafina que descubriría la existencia de la Guillabaora, afirmando que sabía (y decia la verdad) el parage en que se hallaba.

Se acordará quizás igualmente que despues de aquella conversacion, el escribano Santiago Ferrand, temiendo la revelacion de sus criminales amaños, creyó que le interesaba sobre manera el hacer desaparecer á la Guillabaora, cuya existencia, una vez conocida, podia comprometerle peligrosamente.

Habia, pues, hecho escribir á Bradamanti, uno de sus cómplices, que fuese á verle para tramar con él una nueva maquinacion, cuya víctima debia ser Flor Celeste.

Bradamanti, ocupado en los intereses no menos urgentes de la madrastra de la señora de Harville, que tenia siniestros motivos para llevar al charlatan á la quinta del señor de Orbigny, considerando sin duda mas ventajoso servir á su antigua amiga, no cedió á la invitacion del escribano, y partió para Normandía sin ver á la señora Serafina.

La tempestad tronaba sobre la cabeza de Santiago Ferrand: en el decurso del día había vuelto la Mochuelo á reiterar sus amenazas, y para probar que no eran vanas, había declarado al escribano que la niña, en otro tiempo abandonada por la señora Serafina, se hallaba á la sazón presa en San Lázaro, bajo el nombre de la Guillabaora, y que si no la entregaba diez mil francos en el término de tres días, esa jóven recibiría papeles que la instruirían de que en su infancia había sido confiada á los cuidados de Santiago Ferrand.

Segun tenia de costumbre, este último negó esos hechos con audacia, y despidió á la Mochuelo como

á una desvergonzada embustera, aun cuando estuviese convencido y asustado del peligroso resultado que podían tener tales amenazas.

Gracias á sus numerosas relaciones, el escribano halló el medio de averiguar en el mismo dia (durante la entrevista de Flor Celeste con la señora de Harville) que la Guillabaora estaba presa en San Lázaro, y tan apreciada por su conducta ejemplar, que se esperaba que se la pondría en libertad de un dia á otro.

Provisto de esas noticias, Santiago Ferrand, habiendo concebido maduramente un proyecto diabólico, conoció que para ejecutarlo, le era cada vez mas indispensable el auxilio de Bradamanti: de ahí los frecuentes é inútiles pasos de la señora Serafina para encontrar al charlatan.

Recibiendo el escribano aquella misma noche la noticia de la partida de este último, y urgiéndole el obrar por la inminencia del peligro, se acordó de la familia de Marcial, aquellos piratas de agua dulce establecidos cerca del puente de Asnieres, á cuya casa le habia propuesto Bradamanti enviar á Luisa Morel, para librarse de ella impunemente.

Siéndole, pues, absolutamente necesario un cómplice para llevar á ejecución sus siniestros desig-
nios contra Flor Celeste, tomó las mas hábiles precauciones para no ser comprometido, en el caso de que se realizase el nuevo crimen, y al dia siguiente de la partida de Bradamanti á Normandía, la señora Serafina se dirigió á casa de Marcial.



CAPÍTULO XII.

—NON—

LA ISLA DEL DEVASTADOR.

Las siguientes escenas suceden durante la velada del día en que la señora Serafina, siguiendo las órdenes del escribano Santiago Ferrand, se había trasladado á casa de los Marcial, *piratas de agua dulce*, establecidos en la punta de un islote del Sena, no lejos del puente de Asnieres.

El viejo Marcial, muerto en el cadalso como su padre, había dejado una viuda, cuatro hijos y dos hijas.

El segundo de estos hijos había sido condenado ya á presidio perpétuo. De esa numerosa familia permanecían, pues, en la isla del Devastador (nombre que daban en el país á aquella guarida, ya diremos el por qué) las personas siguientes: la viuda de Marcial y tres hijos; el mayor (amante de la

Loba) tenia veinticinco años, el otro veinte y el mas pequeño doce ; y dos hijas, la una de diez y ocho años , y la otra de diez y nueve.

Demasiado frecuentes son los ejemplos de esas familias, en quienes se perpetua una especie de aterradoras sucesion en el crimen, y no puede menos de suceder asi.

No nos cansemos de repetirlo : la sociedad pone todo su conato en castigar los crímenes , nunca en evitarlos.

Un criminal será arrojado á una mazmorra por toda su vida.... otro será decapitado.... Estos condenados dejarán hijos jóvenes. ¿La sociedad tomará bajo su proteccion á esos huérfanos?... ¿De esos huérfanos que ella ha hecho.... al herir á su padre de muerte civil , ó al cortarle la cabeza?... ¿Le sustituirá ella con una tutela saludable y preservadora á la proscripcion de aquel , á quien la ley ha declarado indigno , infame.... de aquel.... al que la ley ha muerto?

No.... *Muerto el perro.... muerta la rabia....* dice la sociedad.

Mas ella se engaña. El veneno de la corrupcion es tan sutil , tan corrosivo y contagioso , que casi siempre se vuelve hereditario ; empero combatido á tiempo , nunca será incurable.

¡Estraña contradiccion!

¿La autopsia demuestra que un hombre ha muerto de una enfermedad trasmisible? Entonces seguro es que á fuerza de cuidados y medios preservativos se pondrá á los descendientes de aquel hombre al abrigo de la afeccion que él ha padecido.

Sigase , pues , igual conducta en el órden moral.

Queda demostrado que un criminal lega casi siempre á su hijo el gérmen de una perversidad precóz.

¿Se hará para la salvacion de esa jóven alma, lo

que el médico para el cuerpo, cuando se trata de luchar contra un vicio hereditario? No....

En vez de curar á ese desgraciado, se le dejará gangrenar hasta que muera. Y entonces, así como el pueblo conceptúa al hijo del verdugo forzosamente verdugo.... se considerará al hijo del criminal necesariamente criminal. Y entonces se mirará como el resultado de una herencia, inexorablemente fatal, una corrupción ocasionada por la egoísta desidia de la sociedad.

De manera que, si á pesar de funestas lecciones, el huérfano que la ley ha hecho vive siendo, por casualidad, laborioso y honrado, una bárbara preocupación hará refluir sobre él la mancha paterna. Blanco de una reprobación no merecida, apenas hallará quien le dé algún día trabajo.

En vez de ayudarle, de librarle del desaliento, de la desesperación, y especialmente de los peligrosos resentimientos de la injusticia, que impelen á veces á los caracteres mas generosos á la rebeldía y al mal.... dirá la sociedad:

«Dejadle que se incline al mal.... ya veremos.... ¿No tengo ahí á mi disposición carceleros, capataces y verdugos?»

Así, pues (cosa tan rara como bella) se deja sin apoyo y sin protección al que se conserve puro, á pesar de detestables ejemplos.

¿De ese modo no queda esperanza alguna de curación para el que, sumido al nacer en un foco de depravación, se vé viciado desde jóven?

Sí.... sí.... yo, yo curaré á ese huérfano que he hecho, contesta la sociedad; pero en su tiempo y lugar.... á mi modo.... y mas tarde....

Para estirpar un pólipo, para sacar la postema.... es preciso que estén á punto.

Un criminal solicita que se le atienda, y la so-

ciudad contesta : «Cárceles y galeras , estos son mis hospitales.... para los casos incurables.... tengo ademas el hacha.»

En cuanto á la cura de mi huérfano , ya pensaré en ella ; en el ínterin es preciso tener paciencia.... dejemos madurar el gérmen de corrupcion hereditaria que incuba en su seno; esperemos que crezca; permitámosle que estienda profundamente sus raíces.... Paciencia, pues, paciencia.... Cuando nuestro hombre estará podrido hasta el corazon; cuando rezumará el crimen por todos sus poros; cuando un gran robo, ó un violento asesinato, le habrán sentado en el banco de la infamia que ya ocupó su padre.... ¡oh! entonces sanaremos al heredero del mal.... como sanamos al que le contagió.... En la mazmorra ó en el cadalso encontrará aun caliente el hijo el lugar del padre....

Si , en ese caso , así raciocina la sociedad....

¡Y se pasma , se indigna , se asusta de ver tradiciones de robo y asesinato, fatalmente perpetuadas de generacion en generacion!...

El sombrío cuadro que va á esponerse, (*los piratas de agua dulce*) tiene por objeto demostrar lo que puede producir en una familia *la herencia del mal*, cuando la sociedad , ya legal, ya oficiosamente, no preserva á *los desgraciados huérfanos de la ley* de las terribles consecuencias del decreto fulminado contra su padre....

El lector nos escusará el que hagamos preceder á este nuevo episodio una especie de introduccion.

Las razones que nos mueven á obrar así, son las siguientes:

A medida que avanzamos en la publicacion de esta obra, su fin moral es tan encarnizadamente atacado , y segun nuestro modo de pensar , con tanta injusticia , que creemos se nos permitirá insistir en

el pensamiento sério y honrado que hasta ahora nos ha guiado y sostenido.

Habiendo querido muchas personas graves, agudas é ilustradas alentarnos en nuestras tentativas, y darnos lisongeras pruebas de su adhesion, debemos tal vez á esos amigos conocidos y desconocidos el responder por última vez á recriminaciones ciegas y obstinadas que han resonado, segun se dice, hasta en el seno de la asamblea legislativa.

Proclamar la odiosa inmoralidad de nuestra obra, es proclamar implícitamente, á nuestro entender, las tendencias odiosamente inmorales de las personas que nos honran con su simpatía.

En nombre, pues, de esas simpatías, tanto como en el nuestro, trataremos de probar por medio de un ejemplo, escogido entre otros muchos, que esta obra no se halla del todo desprovista de ideas generosas y prácticas.

El año pasado, en uno de los primeros capítulos de este libro, hicimos la descripción de una *granja-modelo*, fundada por Rodolfo, *para estimular, enseñar y remunerar á los labradores pobres, probos y laboriosos.*

A este propósito, añadimos:

Las gentes honradas y desgraciadas merecen cuando menos tanto interés como los criminales; sin embargo, existen numerosas sociedades destinadas al socorro de los jóvenes presos ó que han cumplido sus condenas, y ninguna que tenga por objeto sócorrer á los pobres cuya conducta haya sido siempre ejemplar.... De manera que es indispensable haber cometido un delito.... para poder gozar del beneficio de esas instituciones, por otro lado tan meritorias y laudables.

Y ponemos en boca de un labrador de la granja de Bouqueval estas palabras:

«Es humano y benéfico el hacer que no desesperen jamás los malvados; pero seria muy conveniente dejar tambien esperar á los buenos. Un jóven robusto y laborioso, animado del deseo de obrar bien, se presenta en esa quinta de jóvenes ex-ladrones, quienes le dicen: — ¿Mozo, has sido ladron, ó vagabundo? — No. — Entonces, no hay plaza para tí aqui.»

Esta discordancia ha llamado la atencion á otros talentos mejores que el nuestro. Merced á ellos, lo que nosotros considerábamos como una utopia, acaba de realizarse.

Bajo la presidencia de uno de los hombres mas eminentes, mas ilustres de la época, el señor conde Portalis, y dirigida por Mr. Allier, verdadero filántropo de generoso corazon, de inteligencia práctica é ilustrada, acaba de fundarse una sociedad con objeto de socorrer á los jóvenes pobres y honrados del departamento del Sena, y emplearlos en colonias agrícolas.

Este solo y sencillo hecho, basta para dar una prueba del pensamiento moral de nuestra obra.

Nos llenamos de placer, y nos consideramos por muy felices, en habernos hallado en un mismo centro de ideas, de votos y de esperanzas, con los fundadores de esa nueva obra de proteccion; puesto que somos unos de los propagadores mas oscuros, pero tambien de los mas convencidos de estas dos grandes verdades; que es un deber de la sociedad el precaver el mal, y alentar y recompensar el bien en cuanto esté de su parte.

Puesto que hemos mencionado esa nueva obra de caridad, cuyo pensamiento justo y moral debe ejercer una accion saludable y fecunda, esperamos que sus fundadores pensarán quizás en llenar otro vacío, estendiendo mas tarde su caritativa tutela,

ó cuando menos su oficiosa solicitud á los jóvenes, cuyo padre haya sido llevado al suplicio, ó condenado á una pena infamatoria de las que acarrean la muerte civil, y que, lo repetimos, quedan huérfanos por la mera aplicación de la ley.

Aquellos de entre esos desgraciados hijos, que fuesen dignos de interés por sus sanas tendencias y por su miseria, merecen aun un cuidado particular, en razón de su posición excepcional, penosa, difícil y peligrosa.

Sí, penosa, difícil y peligrosa. Repitémoslo de nuevo: casi siempre, víctima de crueles preocupaciones, á menudo, la familia de un sentenciado solicita en vano un mísero trabajo, y se ve precisada, para librarse de la reprobación general, á abandonar los lugares en donde hallaba medios de subsistencia.

Agriados é irritados entonces por la injusticia; ajados al igual de los criminales por faltas de que son inocentes.... faltos algunas veces de recursos honrosos, ¿no se hallarán muy á orillas del precipicio, si han permanecido siendo honrados?

Al contrario, supongamos que hayan sufrido una influencia casi inevitablemente corruptora, ¿no se debe procurar salvarlos cuando aun hay tiempo?

La presencia de esos huérfanos de la ley, en medio de los demás jóvenes recogidos por la sociedad de que hablamos, sería además para todos una lección útil.... Ella demostraría que, si bien el culpable es inexorablemente castigado, su familia no pierde nada, antes gana el aprecio del mundo, si á fuerza de valor y de virtud, logra rehabilitar un nombre deshonrado.

¿Se dirá que el legislador ha querido hacer mas terrible el castigo, hiriendo al padre criminal en el porvenir de su hijo inocente?

Esto sería bárbaro, inmoral, insensato.

¿No es, al contrario, una alta moralidad, probar al pueblo que no hay en el mal ningún cargo hereditario, que la mancha original no es indeleble?

Osamos esperar que estas reflexiones parecerán dignas de algún interés á la nueva sociedad de proteccion.

Doloroso, sin duda, es el pensar que nunca el Estado toma la iniciativa en todas estas cuestiones palpitantes, que llegan al vivo de la organizacion social.

¿Puede ser de otro modo?

En una de las últimas sesiones legislativas, un orador, afectado de la miseria y sufrimientos de las clases pobres, ha propuesto, entre otros expedientes para ponerles remedio, la fundacion de casas de inválidos, destinadas á los trabajadores.

Este proyecto, defectuoso sin duda en su forma, pero que encerraba á lo menos una alta idea filantrópica, en cuanto se adhiere á la inmensa cuestion de la organizacion del trabajo, este proyecto, decimos, ha sido acogido con una risa general y prolongada.....

Dicho esto, volvamos á los piratas de agua dulce, y á la isla del Devastador.

El gefe de la familia Marcial, que fué el primero que se estableció en esta pequeña isla, mediante un módico alquiler, era *devastador*. Los devastadores, asi como los descargadores y partidores de buques, permanecen durante todo el dia, metidos en el agua hasta la cintura para ejercer su oficio. Los descargadores desembarcan la madera conducida en las balsas. Los partidores deshacen las balsas que han traído la madera.

La industria de los devastadores, tan acuática

como las precedentes, tiene un objeto diferente. El devastador adelantándose dentro del agua tan lejos como le es posible, saca con el auxilio de una larga pala, la arena del rio de debajo el limo; despues, recogiénndola en unas grandes artesas de madera, la laba como si fuese un mineral ó un casqui-jo aurífero, y retira de este modo una gran cantidad de particulillas metálicas de todas clases: hierro, cobre, bronce, plomo y estaño, procedentes de los restos de una multitud de utensilios. A menudo, encuentran tambien los devastadores, fragmentos de joyas de oro ó plata, conducidas al Sena, ya por los sumideros, ya por las masas de nieve y hielo recogidas en las calles, y que en el invierno se arrojan al rio.

No sabemos en virtud de qué tradicion ó costumbre, se bautizó con tan formidable nombre á esos industriales, generalmente honrados, pacíficos y laboriosos.

Siendo Marcial el padre, el primer habitante de la isla, hasta entonces inhabitada, devastador (sensibile escepcion), los moradores del rio la denominaron la isla del Devastador.

La habitacion de los piratas de agua dulce, está situada á la parte meridional de esa tierra.

Todavía puede leerse sobre un cartel que se balancea sobre la puerta:

ESTABLECIMIENTO DE LOS DEVASTADORES.

Buen vino, buen potage, y pescado frito.

Se alquilan lanchas para pasearse.

Como se vé, á sus oficios, patentes ú ocultos, el gefe de esa familia maldita habia unido los de tabernero, pescador y batelero.

La viuda del ajusticiado continuaba teniendo

abierta su casa; gente sin modo de vivir conocido, vagabundos, contraventores á la ley, los devastadores y charlatanes nómadas, iban allí á pasar el domingo y otros dias *no feriados* para divertirse. Marcial (el amante de la Loba) primogénito de la familia, y el menos culpable de todos, pescaba fraudulentamente, y en caso necesario, tomaba á guisa de verdadero *bravo*, y mediante el competente salario, el partido de los débiles contra los fuertes. Otro de sus hermanos, Nicolás, el futuro cómplice de Barbillon para el asesinato de la señora Mathieu, era en apariencia devastador, pero en el hecho se entregaba á la piratería de agua dulce en el Sena y sus orillas. Por último, Francisco, el mas jóven de los hijos del ajusticiado, conducia á los curiosos que querian pasearse en lancha. Solo haremos memoria, aunque de paso, de Ambrosio Marcial, condenado á galeras por robo nocturno, con fractura y conato de homicidio. La hija mayor, denominada *Calabaza*, ayudaba á su madre á guisar y servir á los huéspedes; su hermana Amandina, de edad de nueve años, se ocupaba de los cuidados caseros, hasta donde se lo permitian sus fuerzas.

Esta noche, el cielo está sombrío; pesadas nubes grises y opacas, impelidas por el viento, dejan ver á trechos, y por entre sus caprichosas aberturas, algunos trozos de lúgubre azul sembrado de brillantes estrellas. El perfil de la isla, orlada de altos álamos deshojados, se dibuja vigorosamente en la oscuridad diáfana del cielo, y sobre la transparencia blanquizca del rio.

La casa, de forma irregular, está completamente sepultada en la sombra; solo se vé luz en dos ventanas del piso bajo al través de sus vidrios, y sus rojos resplandores se reflejan como dos largas

cabelleras de fuego sobre las lánguidas olas que vienen á espirar en el desembarcadero, situado cerca de la habitacion.

Las cadenas de las barcas amarradas á él producen un siniestro crugido, que se mezcla tristemente á las ráfagas del cierzo que agitan las ramas de los árboles, y al sordo mugido de las aguas....

Una parte de la familia está reunida en la cocina de la casa.

Esta pieza es vasta y baja; frente de la puerta hay dos ventanas, bajo de las cuales se vé un ancho fogon: á la izquierda una elevada chimenea; á la derecha una escalera que conduce al piso principal; al lado de esta escalera la entrada de una sala, en que están colocadas una porcion de mesas destinadas para los parroquianos del figon. La luz de una lámpara, unida á las llamas del hogar, hace relucir un gran número de cacerolas y otros utensilios de cobre, colgados á lo largo de las paredes, ó dispuestos sobre vasares, con diferentes cacharros de barro; una gran mesa ocupa el centro de esta pieza.

La viuda del ajusticiado, rodeada de tres de sus hijos, está sentada á una esquina del hogar.

Esta muger, alta y flaca, parece de unos cuarenta y cinco ó cincuenta años; va vestida de negro; un pañuelo de luto, atado en su cabeza, cubre sus cabellos, y rodea su frente chata y pálida, surcada ya de arrugas; su nariz es larga, recta y afilada; sus pómulos prominentes; sus megillas hundidas; su téz, biliosa y descolorida, presenta las señales profundas de la viruelas; los ángulos de su boca, siempre deprimidos, hacen mas dura aun la espresion de ese rostro frio, siniestro, impasible, como una máscara de mármol; sus ojos, de un azul empañado, están sombreados por sus cejas grises.

La viuda del ajusticiado, así como sus dos hijas, se ocupan en coser.

La mayor, seca y de alta estatura, se parece mucho á su madre.... es su fisonomía calmosa, dura y maligna; su nariz puntiaguda; su boca adusta; su *mirada pálida*, con la sola diferencia que su color térreo, amarillo, cual el de un membrillo, le ha valido el apodo de *Calabaza*. No lleva luto: su vestido es oscuro; su gorra de tul negro permite ver dos mechones de cabellos claros de un rubio mate y sin brillo.

Francisco, el mas jóven de los hijos de Marcial, acurrucado sobre un escabel, recompone las mallas de una red de pescar destructora, severamente prohibida en el Sena.

La téz de este muchacho, á pesar de estar curtida y ennegrecida del sol y el aire, es florida; una espesa cabellera roja cubre su cabeza; sus facciones son redondeadas; sus labios gruesos; su frente saliente; sus ojos vivos y penetrantes: no se parece ni á su madre, ni á su hermana mayor: tiene un aire disimulado miedoso; de tanto en tanto, á través de la especie de crin que cae sobre su frente, lanza oblicuamente sobre su madre una mirada de desconfianza, ó cruza con su pequeña hermana Amandina una mirada de inteligencia y afecto....

Esta, sentada al lado de su hermano, se ocupa, no en marcar, sino en *desmarcar* lienzo robado la noche anterior. Tiene nueve años; se asemeja tanto á su hermano, como *Calabaza* á su madre; sus facciones, sin ser mas regulares, son menos groseras que las de Francisco; su cara, aunque cubierta de pecas, es de una admirable lozania; sus lábios son rollizos, pero de un vivo encarnado; sus cabe-

llos rojos, pero finos, sedosos y brillantes; sus ojos pequeños, pero de un azul puro y dulce.

Cuando la mirada de Amandina encuentra la de su hermano, le señala ella la puerta; á este signo contesta Francisco con un suspiro, y despues, llamando la atencion de su hermana por medio de un rápido gesto, le cuenta distintamente y con el cabo de su pasador diez mallas de la red.

Esto indica en el lenguaje simbólico de los niños, que su hermano Marcial no estará de vuelta hasta las diez.

Al ver á esas dos mugeres silenciosas, de aspecto sombrío, y esas dos pobres criaturas inquietas, mudas, temerosas, se concibe que hay alli dos verdugos y dos victimas.

Observando Calabaza que Amandina dejaba por un momento de trabajar, la dice con acento duro:

—¿Acabarás de quitar la marca á esa camisa?...

La muchacha bajó la cabeza sin contestar, y con auxilio de sus dedos y de sus tijeras, acabó de quitar apresuradamente los hilos de algodón encarnado que dibujaban unas letras sobre el lienzo.

Al cabo de algunos instantes, Amandina, dirigiéndose tímidamente á la viuda, le presentó su trabajo.

—Madre, ya he acabado, la dice.

La viuda, sin contestarla, la tira otra pieza de lienzo. La niña no llega á tiempo de cogerla, y se le cae al suelo: entonces su hermana, con su mano dura como un guijarro, le sacude un fuerte golpe, gritando:

—¡Bestia!!!!

Amandina se vuelve á su sitio, y se pone á trabajar activamente, despues de haber trocado con

su hermano una mirada, por la que rodaba una lágrima.

Quedó la cocina en el mismo silencio. Al exterior seguía gimiendo el viento, y agitaba la muestra del figon.

Este triste rechinamiento, y el sordo hervor de una marmita, colocada delante del fuego, eran los únicos ruidos que se oían.

Los dos muchachos observaban con secreto terror que su madre no hablaba.

Aunque habitualmente fuese silenciosa, esa completa mudéz y cierta mordedura de sus labios les anunciaban que la viuda se hallaba en los momentos que ellos llamaban sus *cóleras blancas*; es decir, acometida de una irritación concentrada.

El fuego iba á extinguirse por falta de leña.

—Francisco, trae un tronco, dijo Calabaza.

El jóven remendador de redes prohibidas miró detrás del pilar de la chimenea, y contestó:

—No hay mas....

—Ves á la leñera, repuso Calabaza.

Francisco murmuró algunas palabras ininteligibles, y no se movió.

—¿Qué es eso, Francisco, no me oyes? dijo ásperamente Calabaza.

La viuda del ajusticiado puso sobre sus rodillas una servilleta, á la que le estaba también quitando la marca, y lanzó una mirada sobre su hijo.

Este tenía la cabeza inclinada; pero sintió pesar sobre él, por decirlo así, la terrible mirada de su madre. Temiendo dar con su rostro temible, el muchacho permaneció inmóvil.

—¡Ah! ¿eres sordo, Francisco? dijo Calabaza irritada; ¿madre.... lo vés?

Parecía que la hermana mayor tenía por oficio el

acusar á los dos hermanos, y requerir las penas que la viuda aplicaba sin piedad.

Amandina, cuidando de que no fuese observado su movimiento, tocó suavemente con el codo á su hermano, para determinarle tácitamente á que obedeciese á su hermana.

Francisco se mantuvo quieto.

La hermana mayor miró á su madre solicitando el castigo del culpable: entendióla la viuda. Con su largo y descarnado índice le señala una varita de sauce recia y flexible, colocada en el esconce de la chimenea. Calabaza se inclinó hácia atrás, cogió el instrumento de correccion, y lo entregó á su madre.

Francisco habia seguido con la vista el gesto de su madre; levantóse bruscamente, y de un salto se puso fuera del alcance de la amenazadora varilla.

—¿Quieres, pues, que madre te doble á golpes? gritó Calabaza.

La viuda, con la vara en la mano, mordiéndose cada vez mas sus pálidos lábios, miraba fijamente á Francisco, sin pronunciar una sola palabra.

En el ligero temblor de las manos de Amandina, cuya cabeza miraba al suelo, en el encarnado que cubrió de repente su cuello, se veía bien que, aunque habituada aquella niña á escenas de igual naturaleza, le asustaba la suerte que le aguardaba á su hermano.

Este, refugiado en un rincon de la cocina, parecia estar temeroso y airado.

—¡Cuidado! la madre va á levantarse, y entonces ya no será tiempo, dijo la hermana mayor.

—Lo mismo se me dá, repuso Francisco poniéndose pálido; prefiero ser apaleado como antes de ayer.... mas bien que ir á la leñera.... y de noche, menos aun.

—¿Y por qué? replicó Calabaza con impaciencia.

—Tengo miedo en aquel sitio, dijo el chico, temblando á pesar suyo.

—¿Tienes miedo, imbécil.... y de qué?

Francisco bajó la cabeza sin responder.

—¿Hablarás?... ¿de qué tienes miedo?

—No sé.... pero tengo miedo....

—¿No has ido mil veces, y aun anoche mismo?

—Pues ahora no iré mas....

—¡Mira á la madre que se levanta!

—¡Tanto peor!... exclamó el muchacho; que me pegue, que me mate, pero no me hará ir á la leñera.... de noche.... sobre todo.

—Pero vamos, ¿por qué? repuso Calabaza.

—Pues bien; porque....

—¿Por qué?

—Porque hay alguien....

—¿Alguien?

—Enterrado allí.... murmuró Francisco tiritando.

La viuda del ajusticiado, sin embargo de su impasibilidad, no pudo reprimir un brusco estremecimiento; y lo propio sucedió á su hija; hubiérase dicho que habia herido á estas dos mugeres un mismo sacudimiento eléctrico.

—¿Hay alguien enterrado en la leñera? dijo Calabaza encogiéndose de hombros.

—Sí, dijo Francisco con voz tan baja que apenas se le oyó.

—¡Embustero!... exclamó Calabaza.

—Te digo que no ha mucho, arreglando leña, he visto en el rincon negro de la leñera un hueso de muerto.... salia un poco de la tierra que estaba húmeda.... al alrededor.... repuso Francisco.

—¿Le oyes, madre?... ¡qué bestia! dijo Calabaza haciendo un signo de inteligencia á la viuda; son

huesos de carnero que pongo allí para hacer la legía....

—No era un hueso de carnero, replicó el muchacho con pavor; eran.... huesos enterrados.... huesos de muerto.... un pie que salía de la tierra.... lo he visto bien.

—¿Y has ido en seguida á contar esa bella patraña.... á tu hermano.... á tu buen amigo Marcial, no es eso? dijo Calabaza con una ironía salvaje.

Francisco no contestó.

—¡Malvado *buhó!* (1) exclamó furiosa Calabaza; porque es poltron como una vaca, sería capáz de hacernos *filimichar* (2) como filimicharon á su padre....

—Puesto que me llamas buho, exclamó Francisco exasperado, se lo diré todo á mi hermano.... no se lo habia dicho, porque todavía no le habia visto desde entonces.... mas cuando volverá esta noche.... yo....

El muchacho no se atrevió á concluir. Su madre se dirigia hácia él con aire sosegado, pero inexorable.

Aunque naturalmente fuese un poco encorvada, su estatura era muy alta para muger; teniendo la viuda en una mano su vara, cogió con la otra por el brazo á su hijo, y á pesar del miedo, resistencias, súplicas y lloros del chico, arrastrándole trás sí, le obligó á subir la escalera del fondo de la cocina.

Al cabo de un momento se oyeron sobre el techo sordos pateamientos, acompañados de gritos y gemidos.

Algunos minutos despues cesó el ruido. Cerróse

(1) Espía.

(2) Guillotinar.

violentamente una puerta, y la viuda del ajusticiado bajó.

Despues, continuando en su impasibilidad, volvió á colocar la vara en su puesto, se sentó junto al hogar, y tomó su costura sin pronunciar una palabra.



CAPÍTULO XIII.

—NON—

EL PIRATA DE AGUA DULCE.

Trás unos momentos de silencio, la viuda del ajusticiado dijo á su hija:

— Vé á buscar leña; esta noche arreglaremos la leñera.... así que vuelvan Nicolás y Marcial.

— ¿Marcial? ¿Quereis decirle tambien que...?

— Leña.... repuso la viuda interrumpiendo bruscamente á su hija.

Esta, acostumbrada á doblegarse á su voluntad de hierro, encendió una linterna, y salió.

En el momento de abrirse la puerta, vióse la lobreguéz de la noche, oyóse el crugido de los altos árboles azotados por el viento, el rechinamiento de las cadenas de las barcas, los silbidos del céfiro, y el mugido del rio....

Esos ruidos eran en extremo tristes.

Durante la precedente escena , Amandina , penosamente conmovida de la suerte de Francisco , á quien amaba tiernamente , no se habia atrevido á levantar los ojos , ni enjugar sus lágrimas , que caían gota á gota sobre sus rodillas. Sus sollozos , contenidos , la sofocaban , y procuraba reprimir hasta los latidos de su corazón palpitante de temor. Las lágrimas oscurecían su vista. Al apresurarse á desmarcar la camisa que le habian dado , se habia clavado las tijeras en la mano : brotaba mucha sangre de la punzada ; pero la pobre niña pensaba menos en su dolor que en el castigo que se la esperaba por haber manchado con su sangre aquella pieza de lienzo. Felizmente , la viuda , absorta en una profunda reflexion , nada habia reparado.

Calabaza , entró con un seron lleno de leña , y á una mirada de su madre , contestó con un signo de cabeza afirmativo.

Esto queria decir , que efectivamente el pie del muerto salia de la tierra.

La viuda se mordió los labios , y continuó trabajando , solo que parecia mover con mas precipitacion la aguja.

Calabaza reanimó la lumbre , atendió al hervor de la marmita , que cocia en el rincon del hogar , y despues se sentó junto á su madre.

— Nicolás no llega , dijo ella. Me temo que la vieja de esta mañana , al darle una cita con un paisano de parte de Bradamanti , no le haya envuelto en alguna red. ¡Tenia un aire tan solapado! No ha querido esplicarse , ni decir su nombre , ni de dónde venia.

La viuda se encogió de hombros.

— ¿Creeis que Nicolás no corra peligro alguno , madre? Bien mirado todo , tal vez teneis razon.... La vieja le dijo que se hallase á las siete de la no-

che en el malecon de Billy, frente al rejado, y que esperase allí á un hombre que queria hablarle y que le daria por santo la palabra *Bradamanti*.... En el fondo, esto no es muy peligroso.... Si Nicolás tarda, será porque haya hallado quizás algo por el camino.... como antes de ayer.... ese lienzo.... que *apandó* (1) sobre el *lavadero* (2) de una lavandera; y señaló una de las piezas que desmarcaba Amandina. Despues, dirigiéndose á esta, continuó: ¿Qué quiere decir *apandar*?

— Quiere decir.... tomar.... contestó la niña sin alzar los ojos.

— Quiere decir robar, tontuela, ¿lo oyes?... robar....

— Sí, hermana....

— Y cuando, como Nicolás, se sabe *apandar* bien, siempre se presenta ocasion de ganar.... La ropa que hurtó ayer nos ha remontado, y no nos costará mas hechuras que las del desmarque.... ¿no es cierto, madre? añadió Calabaza con una risotada, que puso al descubierto una dentadura descarnada y amarillenta como su tez.

La viuda permanecia impasible á esta chocarrería.

— A propósito de rehacer nuestro ajuar doméstico gratis, añadió Calabaza, tal vez podremos proveernos en otra tienda. Ya sabes que hace algunos dias, que un hombre viejo ha venido á establecerse en la casa de campo de Mr. Griffon, el médico del hospicio de París.... esa casa aislada que está á cien pasos de la orilla del rio, frente del horno del yeso....

La viuda bajó la cabeza.

— Decia ayer Nicolás, que podria tal vez darse

(1) Hurtó.

(2) Llámense así unos barcos chatos que hay en el Sena, y que sirven para lavar la ropa.

alli un buen golpe de mano, continuó Calabaza, y desde esta mañana sé yo que hay botín seguro; sería conveniente enviar á Amandina á olfatear al rededor de la casa; nadie reparará; fingirá jugar; observará bien por todas partes, y luego vendrá á decirnos lo que haya visto. ¿Oyes lo que te digo? añadió Calabaza acremente, dirigiéndose á Amandina.

— Sí, hermana, iré, contestó la niña temblando.

— Siempre dices haré, y nunca haces, solapada. Cuando te mandé que cogieses cien sueldos del mostrador del especiero de Asnieres, mientras que le entretenia yo en otro lado de la tienda, lo que era bien fácil, pues nadie desconfia de una niña, ¿por qué no me obedeciste?

— Hermana, me faltó valor.... no me atreví....

— Bien lo tuviste el otro dia para hurtar un pañuelo del fardo del buhonero, mientras vendia él en la taberna.... ¿Notólo, acaso, imbécil?

— Hermana, tú me obligaste, el pañuelo era para tí; y ademas eso no era dinero....

— ¿Qué mas tiene?

— ¡Oh!... tomar un pañuelo no es tan malo como coger dinero.

— Dí la verdad, Marcial es el que te enseña esas gazmoñerías: ¿no es cierto? repuso Calabaza con ironía, ¡tú vas á contárselo todo, soplonzuela!... ¿Crees que tememos que tu Marcial nos coma?... Luego, dirigiéndose á la viuda, añadió: Lo ves, madre, esto acabará mal para él.... quiere dar la ley aqui.... Nicolás está furioso contra él.... yo tambien.... Escita á Amandina y á Francisco contra nosotros y contra tí. ¿Puede esto durar?

— No, dijo la madre con tono breve y duro.

— Especialmente desde que su Loba está en San Lázaro, está como desencadenado contra todo el

mundo.... ¿Es culpa nuestra si está en la cárcel.... su querida? En cuanto salga no tiene mas que venirse.... y la serviré.... en un todo.... aunque sea una malvada....

La viuda, despues de un momento de reflexion, dijo á su hija:

—¿Crees que puede darse un golpe de mano á ese viejo que habita en la casa del médico?

—Sí, madre.

—¿Tiene una facha de pordiosero!

—Eso no impide que sea un noble.

—¿Un noble?

—Sí, y que lleve oro en su bolsillo.... aun cuando vaya á París á pie todos los dias, y vuelva del mismo modo, con su grueso baston por coche.

—¿Qué sabes tú si tiene oro?

—No hace mucho estuve en el despacho de correos de Asnieres para ver si habia carta de Tolon....

A estas palabras, que le recordaban la permanencia de su hijo en el presidio, la viuda del ajusticiado frunció las cejas, y ahogó en su pecho un suspiro.

—Esperaba que me llegase el turno, cuando hete aqui que entró el viejo ese; conocíle en su barba blanca como su cabello.... en su rostro de color de box.... y en sus cejas. No tiene visos de ser muy tratable.... A pesar de su edad, debe de ser un viejo determinado. Dijo al que despachaba, —¿Hay cartas de Angers para el conde de Saint-Remy? — Sí, le contestó aquel; una. — Es para mí, repuso; hé aqui mi pasaporte. Mientras que el oficial de correos lo examinaba, el viejo sacó para pagar el porte su bolsillo de seda verde, y en el fondo de él vi relucir el oro al través de las mallas, abultado como un huevo.... ¡lo menos habia cuarenta ó

cincuenta luises! exclamó Calabaza, cuyos ojos brillaban de codicia.... y sin embargo, va como un pordiosero.... Es uno de esos viejos avaros, llenos de tesoros.... ¡Vamos, madre! sabemos su nombre.... esto podrá sernos útil.... para introducirnos en su casa.... en cuanto Amandina nos haya dicho si hay criados.

Unos violentos ladridos interrumpieron á Calabaza.

—¡Ah! ladran los perros, dijo ella; oyen alguna lancha; será Marcial ó Nicolás....

Al nombre de Marcial, las facciones de Amandina espresaron una alegría comprimida.

Trás algunos minutos de espera, durante los cuales fijaba una mirada impaciente é inquieta sobre la puerta, vió la niña, con gran pesar suyo, entrar á Nicolás, el futuro cómplice de Barbillon.

La fisonomía de Nicolás era á la vez innoble y feroz; pequeño, delgado y raquítico; no se concebía cómo le era dable ejercer su peligroso oficio. Desgraciadamente una salvaje energia moral suplía en este miserable á la fuerza física de que estaba privado. Por encima de su chaleco azul llevaba una especie de casaca sin mangas, hecha de una piel de macho cabrío de largos pelos negros; al entrar, arrojó al suelo una barra de cobre que habia llevado penosamente sobre las espaldas.

—¡Buenas noches, y buen botin, madre! exclamó con una voz honda y ronca, despues de haberse desembarazado de aquel peso; hay todavía otras tres barras iguales á esta en mi barca, un paquete de ropas, y una caja llena de no sé qué, pues no me he entretenido en abrirla. Tal vez he sido engañado.... veremos.

—¿Y el hombre del malecon de Billy? preguntó

Calabaza, mientras que la madre miraba silenciosamente á su hijo.

Este solo contestó metiendo la mano en el bolsillo del pantalon, y meneándola, hizo sonar un gran número de monedas de plata.

—¿Todo eso le has cogido?... exclamó Calabaza.

—No, ha vomitado por sí mismo doscientos francos, y vomitará ochocientos mas cuando habré.... ¡pero basta! Ante todo descarguemos la barca, luego charlaremos.... ¿Marcial no está?

—No, dijo la hermana.

—¡Tanto mejor! encerraremos sin su auxilio el botin.... con tal que no lo sepa....

—¿Le tienes miedo, cobarde? dijo ágriamente Calabaza.

—¿Miedo á él?... ¡yo! Y se encogió de hombros. Lo que temo es que nos venda. En cuanto á tenerle miedo.... mi cuchillo tiene la lengua bastante bien afilada.

—¡Oh! cuando él no está aqui.... la echas de fanfarron.... pero en cuanto llega, cierras el pico.

Nicolás pareció recibir con insensibilidad este reproche, y dijo:

—¡Vamos, pronto! ¡pronto!... ¡á la barca!... ¿En dónde está Francisco, madre? ¿podrá ayudarnos?

—La madre le ha encerrado arriba, despues de haberle sacudido el polvo; esta noche se irá á la cama sin cenar, dijo Calabaza.

—Bueno; pero que venga tambien á ayudarnos á descargar la barca, ¿no es eso madre? Entre Calabaza, él y yo lo entraremos todo de una vez....

La viuda levantó el dedo hácia el techo. Calabaza la comprendió, y subió á buscar á Francisco.

El sombrío rostro de la madre de Marcial habia perdido algo de su adusto ceño desde la llegada

de Nicolás; amábale mas que á Calabaza, aunque menos que á su *hijo de Tolon*, como decia ella.... pues que el cariño maternal de esa feróz muger se elevaba en proporcion directa de la criminalidad de sus hijos.

Esta preferencia perversa esplica suficientemente la indiferencia de la viuda hácia sus dos jóvenes hijos que no anunciaban disposiciones malignas, y su profundo odio á Marcial, su primogénito, que sin llevar una vida irreprochable, podia pasar por un hombre honrado, si se le comparaba con Nicolás, Calabaza, ó su hermano el presidiario de Tolon.

—¿En dónde has picado esta noche? dijo la viuda á Nicolás.

—Al volver del malecon de Billy, donde hallé al paisano á quien habia dado cita para esta noche, he visto cerca del puente de los Inválidos, un lanchon amarrado al muelle. La noche estaba oscura, y dije para mí: En la cámara no hay luz.... los marineros están en tierra.... abordo.... Si hallo algun curioso, pido un cabo de cuerda con objeto de asegurar mi remo.... Entro en el camarote.... no habia nadie.... Entonces arramblé con lo que pude; vestidos, una gran caja, cuatro barras de cobre, pues hice dos viages: el falucho estaba cargado de hierro y cobre. ¡Mas ya están aqui Francisco y Calabaza!... Vamos tambien tú, Amandina; tú cargarás con los vestidos.... Aqui es necesario que todos apliquen el hombro....

Solo la viuda ocupóse en los preparativos de la cena de la familia; colocó sobre la mesa vasos, botellas, platos de losa y cubiertos de plata.

En el momento en que terminaba sus preparativos, entraron sus hijos pesadamente cargados.

Francisco parecia aplastado bajo el peso de dos

barras de cobre que llevaba sobre sus espaldas. La mitad del cuerpo de Amandina desaparecía bajo el monton de vestidos robados que llevaba sobre su cabeza; finalmente, Nicolás, con el auxilio de Calabaza, llevaba una caja de madera blanca, sobre la que habian colocado la cuarta barra de cobre.

— ¡La caja, la caja! ¡despanzurremos la caja! exclamó Calabaza con salvaje impaciencia.

Las barras fueron arrojadas al suelo.

Armóse Nicolás con el macizo hierro de la hachuela que llevaba colgada al cinto, y la introdujo por bajo la tapadera de la caja, colocada en medio de la cocina, á fin de levantarla.

El rojizo y trémulo resplandor del hogar, iluminaba aquella escena de pillaje; los silbidos del viento adquirian cada vez mayor violencia al exterior.

Nicolás, vestido con su piel de chivo, y encorvado sobre el cofre, procuraba romperlo, y partian de su boca horribles blasfemias, al ver á la fuerte tapadera resistir á sus vigorosos empujes y golpes.

Con los ojos brillantes de avaricia, y las mejillas coloradas por el entusiasmo de la rapiña, Calabaza, reclinada sobre la caja, dejaba caer sobre ella todo el peso de su cuerpo, á fin de facilitar un punto de apoyo mas seguro á la accion de la palanca de Nicolás.

La viuda, separada de este grupo por la anchura de la mesa, por lo que alargaba su largo talle, se inclinaba tambien hácia el objeto robado, con una mirada ardiente de codicia febril.

Finalmente, ¡cosa cruel, y desgraciadamente asáz humana! los dos muchachos, cuyos buenos instintos naturales habian triunfado á menudo de aquella abominable corrupcion doméstica, olvi-

dando sus escrúpulos y sus temores, cedían al atractivo de una curiosidad fatal....

Apretados el uno contra el otro, con los ojos chispeantes, la respiración anhelosa, no eran Francisco y Amandina los que menos ansiaban ver el contenido del cofre, ni á quienes menos irritaba la lentitud de la fracción de Nicolás.

Por último, la tapadera saltó hecha astillas.

—¡Ah!... exclamó la familia con unánime voz jadeante y alegre.

Y todos, desde la madre hasta la hija pequeña, se encorvaron y precipitaron con salvaje ardor hácia la abierta caja.... Espedida sin duda de París á un mercader de modas de algun pueblo de la ribera, contenía una gran cantidad de piezas de tejidos para señoras.

—¡Nicolás ha hecho buena caza! exclamó Calabaza desarrollando una pieza de muselina de lana.

—No, repuso á su vez el bandido, desplegando un paquete de pañuelos de pita; he hecho buen negocio....

—¡Pañuelos! esto se venderá como pan.... dijo la viuda hundiendo también la mano en la caja.

La encubridora del Zurdillo, que vive en la calle del Temple, comprará los tejidos, añadió Nicolás, y el señor Micou, posadero del cuartel de San Honorato, se quedará con el cobre.

—Amandina, dijo por lo bajo Francisco á su hermanita, ¡qué bien estaría para una corbata uno de esos pañuelos de seda.... que Nicolás tiene en la mano!...

—También se podría hacer de ellos una linda ceferina, añadió la niña con admiración.

—Es preciso confesar que ha sido una feliz ocurrencia el subir á aquella embarcación, Nicolás, dijo

Calabaza, ¡mira, bravo!... hé ahí chales.... tres hay; verdadera filosedada.... ¡Mira, madre!

— La señora Celestina dará, á lo menos, quinientos francos, dijo la viuda despues de un detenido exámen.

— Entonces, todo esto debe valer, cuando menos, mil quinientos francos, dijo Nicolás; mas como se suele decir, todo encubridor es un robador.... ¡Bah! tanto peor; yo no sé regatear; seré aun bastante tonto esta vez para pasar por lo que quiera la señora Celestina y el señor Micou tambien; sin embargo, este es un amigo.

— Lo mismo da; ese viejo revendedor de herraje es un ladron como todos los demas, dijo Calabaza poniéndose uno de los chales; esos canallas de encubridores saben que se les necesita, y abusan de ello.

— No hay nada mas, dijo Nicolás llegando al fondo de la caja.

— Ahora es preciso guardarlo todo, dijo la viuda.

— Yo me guardo este chal, repuso Calabaza.

— ¡Te guardas.... te guardas! exclamó bruscamente Nicolás; te lo quedarás, si yo te lo doy; siempre echas la mano.... tú.... madama *sin pena*.

— ¡Toma! ¿y no coges tú lo que te da la gana?

— Yo.... arriesgando el pellejo. No es á tí á quien se hubieran llevado, si me hubiesen agazapado en el falucho.

— Pues bien; ahí tienes tu chal, para nada lo necesito, dijo acremente Calabaza, arrojándolo dentro de la caja.

— No hablo por el chal.... no soy tan cicatero para escatimar un chal; por uno mas ó menos, la Celestina no alterará el precio; ella compra siempre por junto, añadió Nicolás; pero en vez de decir que te quedabas el chal, pudisteis pedirme que te lo

diese.... Vamos, toma, guárdalo.... ó lo arrojo al fuego para que haga hervir la marmita.

Estas palabras calmaron el mal humor de Calabaza, y tomó el chal sin enfado.

Nicolás estaba sin duda generoso aquel día, porque desgarrando con sus dientes el cabo de una pieza de sedería, separó dos pedazos, y se los tiró á Amandina y á Francisco, que no habian apartado los ojos de aquella tela con espresion de deseo.

—¡Ea.... para vosotros, rapazuelos!.... este bocado os hará entrar en ganas.... comiendo se cobra apetito.... ahora á la cama.... tengo que garlar con vuestra madre.... ya os subirán la cena.

Los dos muchachos palmotearon alegremente, y agitaron triunfalmente los pedazos robados que les habian dado.

—Y bien, zamacucos, dijo Calabaza, ¿hareis todavía caso de Marcial?... ¿os ha dado él nunca cosas tan bonitas como esa?

Francisco y Amandina se miraron; despues bajaron la cabeza sin contestar.

—Vamos, hablad, añadió ásperamente Calabaza; ¿Marcial os ha hecho regalos alguna vez?

—¡Diantres! no; nunca nos ha hecho ninguno, repuso Francisco mirando gozoso su pañuelo de seda encarnado.

Amandina añadió con muy bajo acento:

—Nuestro hermano Marcial no nos regala.... porque no tiene qué....

—Si hurtase, tendria, dijo duramente Nicolás; ¿no es cierto, Francisco?

—Sí, hermano, respondió Francisco; despues añadió: ¡qué hermoso pañuelo!... ¡qué linda corbata para el domingo!

—Y yo.... ¡qué hermosa ceferina! añadió la niña.

—Sin contar que los hijos del calero del horno de

yeso , rabiarán de envidia al veros pasar , dijo Calabaza , y examinó la fisonomía de los niños para ver si comprendían el malvado fin de estas palabras. Aquella abominable criatura llamaba en su auxilio á la vanidad para ahogar los últimos escrúpulos de los desgraciados. Los hijos del calero, continuó ella, parecerán unos mendigos , y rebentarán de rabia; porque vosotros, con vuestros hermosos pañuelos de seda , os asemejareis á unos señoritos.

—Y es verdad , replicó Francisco ; entonces estoy mucho mas contento con mi preciosa corbata, pues que los caleros rabiarán de no tener una igual.... ¿No es cierto , Amandina?

—Yo estoy contenta con tener mi bonita ceferina.... hélo ahí todo....

—De ese modo tú nunca serás mas que una tonta, dijo desdeñosamente Calabaza; en seguida , tomando de encima de la mesa pan y un pedazo de queso, se lo dió á los muchachos , diciéndoles : Subíos á vuestro cuarto.... aquí teneis una luz.... cuidado con pegar fuego.... apagalda bien antes de dormiros....

—¡Ah! venid aquí , añadió Nicolás ; acordaos bien que si teneis la desgracia de hablar á Marcial de la caja , de las barras de cobre ó de los vestidos , os haré bailar que será un gusto , sin contar con que os quitaré lo que os he dado.

Despues de haberse marchado los dos muchachos , Nicolás y su hermana escondieron los vestidos , la caja de los géneros y las barras de cobre en el fondo de un pequeño sótano , al que se bajaba por unos cuantos escalones, y que daba á la cocina, no lejos de la chimenea.

—¡Vamos , madre , de beber.... y de lo bueno!... gritó el bandido; ¡vino y aguardiente!... he ganado bien mi jornal.... saca la cena , Calabaza.... Mar-

cial roerá los huesos.... para él buenos son.... Garlemos ahora del paisano del malecon de Billy, pues mañana ó pasado es preciso que eso se arregle, si quiero embolsar el dinero que me ha prometido. Voy á contártelo, madre.... pero dadme de beber.... ¡ira de Dios! de beber.... yo soy el que pago la fiesta.

Y Nicolás hizo sonar de nuevo las piezas de cien sueldos que tenia en el bolsillo; despues, arrojando su piel de macho cabrío y su gorra de lana negra, se sentó á la mesa delante de un enorme plato de guisado de carnero, un pedazo de ternera fiambre y una ensalada. Asi que Calabaza hubo traído vino y aguardiente, la viuda, siempre impasible y sombría, se sentó á un lado de la mesa, teniendo á Nicolás á la derecha, y á su hija á la izquierda; enfrente de ella estaban los sitios vacíos de Marcial y de los dos muchachos. El bandido sacó de su bolsillo un ancho y largo cuchillo catalán, de mango de ásta y de afilada hoja. Contemplando aquella arma con una especie de feróz satisfaccion, dijo á la viuda:

—¡Corta siempre bien!... dame el pan, madre.

—A propósito de cuchillo, Francisco ha observado aquello.... en la leñera.

—¿El qué? dijo Nicolás sin comprenderla.

—Ha visto uno de los pies.

—¿Del hombre? exclamó Nicolás.

—Sí, dijo la viuda, poniendo un pedazo de carne en el plato de su hijo.

—¡Cosa rara! sin embargo, la hoya era bien profunda, dijo el salteador; pero, con el tiempo... la tierra habrá bajado.

—Será preciso echarlo todo al rio esta noche, dijo la viuda.

—Eso es lo mas seguro, contestó Nicolás.

—Le ataremos una piedra con un pedazo de cadena vieja, dijo Calabaza.

—¡Bien pensado!... repuso Nicolás llenándose el vaso; y despues, dirigiéndose á la viuda con la botella levantada: Vamos, bebed con nosotros, esto os distraerá, madre.

La viuda retiró su vaso, y dijo á su hijo:

—¿Y el hombre del malecon de Billy?

—Voy á contároslo.... dijo Nicolás sin dejar de comer y beber.... Al llegar al recodo, he atado mi barca, y he subido al muelle; las siete daban en la panadería militar de Chaillot; nada se veía á cuatro pasos de distancia. Paseábame á lo largo del parapeto hacia ya un cuarto de hora, cuando sentí que andaban trás de mí lentamente; aflojé el paso; un hombre envuelto en una capa se acerca á mí tosiedo; me paro, se para.... Lo único que sé de su rostro es, que su capa le cubria la nariz, y su sombrero los ojos....

Recordaremos al lector que este personaje misterioso era Santiago Ferrand el escribano, que queriendo deshacerse de Flor Celeste, habia enviado aquella misma mañana á la señora Serafina á casa de los Marcial, esperando convertirles en instrumento de ese nuevo crimen.

—Bradamanti, me dijo el paisano, continuó Nicolás; este era el santo convenido con la vieja para reconocernos. Devastador, contestéle yo, como habíamos convenido tambien. — ¿Os llamais Marcial? me dijo. — Sí, paisano. — Esta mañana ha ido una muger á vuestra isla: ¿qué os ha dicho? — Que teniais que hablarme de parte de Mr. Bradamanti. — ¿Quereis ganar dinero? — Sí, paisano.... mucho. — ¿Teneis una barca? — Cuatro tenemos; somos bateleros y devastadores de padre á hijo, y estamos á vuestra disposicion. — Hé aqui lo que se-

ria preciso hacer.... si no teneis miedo.... — Miedo.... ¿de qué? — De ver anegarse alguno por casualidad.... Solo que se deberia ayudar á la casualidad.... ¿entendeis?— ¡Ah! ya ; ¿se tiene que hacer beber á un particular hasta rebentar en el Sena, como por casualidad? Corriente. Pero como es un manjar delicado , costará caro el condimento.— ¿Cuánto.... por dos?... — Por dos.... ¿Se tendrán que poner en escabeche en el rio dos personas?— Sí....— Quinientos francos por cabeza.... paisano... ¡no es caro! — Conforme : mil francos. — Pagados anticipadamente. — Doscientos antes ; el resto despues.— ¿Desconfiais de mí?— No ; mirad , podeis embolsaros mis doscientos francos sin cumplir nuestro convenio. — Y vos , paisano , luego de dado el golpe , cuando os pida los otros ochocientos, podeis contestarme: ¡Id con Dios, que nada os debo!—Es un albur, como otro cualquiera; ¿os conviene esto, sí ó no? Doscientos francos en la mano, y pasado mañana por la noche , aqui , á las nueve, os entregaré los ochocientos.— ¿Y quién os dirá que habré hecho atracar de agua á las dos personas? — Ya lo sabré ; esto son cuentas mias.... ¿Estamos conformes?— Conformes, paisano.— Aqui teneis doscientos francos.... Ahora escuchadme: ¿Reconocereis á la muger que ha ido á buscaros esta mañana? — Sí.— Mañana, ó pasado mañana , á mas tardar, la vereis llegar hácia las cuatro de la tarde , frente á vuestra isla , con una jóven rubia ; la vieja os hará una señal agitando el pañuelo.— Bien , paisano.— ¿Cuánto tiempo se necesita para ir de la orilla á vuestra isla? — Veinte minutos largos.— ¿Vuestras barcas son de fondo plano?— Como la palma de la mano.— Haréis con maña una válvula en el fondo de una de esas barcas , á fin de que abriéndola, podais en un momento echarla á pique cuando os

plazca.... ¿Comprendéis? — Perfectamente, paisano: ¡lo entendéis á las mil maravillas!... tengo á propósito una barca medio podrida que queria deshacer; pero será buena para este último viage. — Partís, pues, de vuestra isla con esa barca; otra buena os sigue, conducida por alguno de vuestra familia. Atracais, recibís á bordo de la lancha agujereada á la muger vieja y á la jóven rubia, y os dirigís hácia vuestra isla; pero á una distancia razonable de la orilla, fingís bajaros para arreglar alguna cosa, abris la válvula, y saltáis con ligereza en la otra, mientras que la vieja y la jóven.... — Beben en la misma taza.... entendidos.... paisano. — ¿Mas estais seguro de que no tendreis estorbos?... ¿Si fuesen algunos parroquianos á vuestra taberna...? — No tiene que daros temor eso. A esa hora, y especialmente en invierno, nunca vienen.... es nuestra estacion muerta; y aun cuando viniesen, no serian muy incómodos.... al contrario.... casi toda es gente segura. — ¡Muy bien! Además, vos no os comprometéis en nada; se reputará que la barca, de puro vieja, se ha ido al fondo, y la vieja que habrá conducido á la jóven, desaparecerá con ella. Finalmente, para aseguraros bien de que ambas se habrán ahogado (siempre por casualidad), podreis, si volviesen á salir sobre el agua, ó se agarrasen á la barca, hacer como que poneis todos vuestros esfuerzos en socorrerlas y.... — Ayudarlas.... á hundirse. ¡Bien, paisano! — Será conveniente tambien que el paseo se verifique despues de puesto el sol, á fin de que sea ya oscuro cuando caigan en el agua. — No paisano; pues si no se vé claro, ¿cómo se sabrá si las dos mugeres han apagado su sed, ó si tienen mas ganas aun de agua? — Tienes razon; entonces la desgracia tendrá lugar antes de ponerse el sol. — Sea así, paisano; ¿mas la vieja no sospe-

chará nada?— No.... Al llegar os dirá al oído: «Es preciso ahogar á la chica: un poco antes de hundir la barca, hacedme una seña para que esté pronta á salvarme con vos.» Contestareis á la vieja de modo que disipeis todas sus sospechas.—¿De manera, que creerá llevar á la rubita á beber?...— Y beberá ella con la rubita.— El plan está sesudamente arreglado, paisano.— Sobre todo, que la vieja nada pueda presumir.— No os dé cuidado; tragará la píldora como si fuese miel.— ¡Vamos, buena suerte, mozo! Si quedo contento, tal vez os emplearé en alguna otra cosa.— A vuestra disposicion, paisano.— Despues, dijo el asesino, terminando su relacion, dejé al hombre de la capa, entré en mi barca, y al pasar por delante del falucho, atrapé el botin que habeis visto.

Se vé por la narracion de Nicolás, que el escribano queria, por medio de un doble crimen, desembarazarse á la vez de Flor Celeste y de la señora Serafina, haciendo caer á esta en la red que creía tendida únicamente á la Guillabaora. Creemos deber repetir, que temiendo, con sobrado fundamento, que la Mochuelo no enterase de un momento á otro á Flor Celeste de que habia sido abandonada por la señora Serafina, Santiago Ferrand consideraba serle de sumo interés el hacer desaparecer á esta jóven, cuyas reclamaciones hubieran podido herirle mortalmente en su fortuna y en su reputacion. En cuanto á la señora Serafina, el escribano, sacrificándola, se deshacia de uno de los dos cómplices (Bradamanti era el otro) que no podian perderle sin perderse á sí mismos, es verdad; pero Santiago Ferrand creía que sus secretos estarian mejor guardados por la tumba, que por el interés personal.

La viuda del ajusticiado y Calabaza habian es-

cuchado atentamente á Nicolás, que no habia interrumpido su relacion mas que para beber con esceso; asi es, que empezaba ya á hablar con una exaltacion singular.

—Aun hay mas, repuso; he urdido otro negocio con la Mochuelo y Barbillon de la calle de Febes. Es un famoso golpe, juiciosamente arreglado, y si no lo damos en vago, espero que habrá que chupar: se trata de aligerar á una corredora de diamantes que á veces suele llevar por valor de cincuenta mil francos en pedrerías en su caja portátil.

—¡Cincuenta mil francos! exclamaron madre é hija, cuyos ojos brillaron de codicia.

—Sí.... nada menos que eso.... el Zurdillo entra en el negocio. Ayer ha envuelto en la red á la señora Mathieu por una carta que le llevamos Barbillon y yo á la calle de San Dionisio. ¡Es un hombre famoso el Zurdillo! Como ha puesto cebo, no desconfia de él. Para atraer á la señora Mathieu le ha comprado ya un diamante de cuatrocientos francos. No tendrá desconfianza en venir, al caer el dia, á su taberna de los Campos Elíseos; y nosotros estaremos alli ocultos. Calabaza vendrá tambien, y guardará mis barcas á lo largo del Sena. Si es necesario embalar á la corredora muerta ó viva, será ese un carruage cómodo, y que no deja rastro. ¡Eso se llama un plan!... ¡El tunante del Zurdillo, tiene una cabeza!

—Desconfio siempre del Zurdillo, dijo la viuda; porque despues de la ocurrencia de la calle de Montmartre, tu hermano Ambrosio ha ido á parar á Tolon, y el Zurdillo ha sido puesto en libertad.

—Porque no habia pruebas contra él: ¡es tan sátrapa! pero hacer traicion á los demas.... ¡eso no puedo creerlo!

La viuda meneó la cabeza como si no hubiese quedado del todo convencida de la probidad del Zurdillo.

Trás algunos momentos de reflexion, añadió:

—Prefiero el negocio del malecon de Billy de mañana ó pasado mañana.... él despachará esas dos mugeres.... Pero Marcial nos estorbará como siempre....

—¡No se irá al infierno con dos mil diablos! exclamó Nicolás medio borracho, clavando con furor su largo cuchillo en la mesa.

—He dicho á la madre que ya estamos hartos, que esto no podia durar, repuso Calabaza. Mientras él esté aqui, nada se podrá sacar de los chicos....

—Yo os digo que es capáz de denunciarnos un dia ú otro: ¡infame! dijo Nicolás. ¿Ves, madre?... ¡si tú me hubieses creido.... añadió con aire feróz y significativo mirando á su madre, todo estaria concluido!...

—Hay otros medios.

—¡Este es el mejor! dijo el bandido.

—Ahora.... no; respondió la viuda con un tono tan absoluto, que Nicolás se calló, dominado por la influencia de su madre que sabia era tan criminal, tan perversa, y aun mas determinada que él.

La viuda añadió:

—Mañana dejará la isla para siempre.

—¡Cómo! exclamaron á la vez Calabaza y Nicolás.

—Va á venir; le buskais la lengua.... pero atrevidamente, á la cara, como nunca habeis osado hacerlo.... Llegad á pegaros si es preciso.... El es fuerte.... pero vosotros sereis dos.... y yo os ayudaré.... Mas sobre todo nada de cuchillo.... nada de sangre.... apaleado sí, pero no herido.

—¿Y despues, madre? preguntó Nicolás.

—Despues entraremos en esplicaciones.... Le di-

remos que mañana deje la isla.... que de lo contrario la escena de esta noche se repetirá todos los días.... Le conozco , y estas continuas riñas le disgustarán.... Hasta ahora se le ha dejado vivir demasiado tranquilo....

—Pero es testarudo como un mulo, y es capaz de querer permanecer aquí á pesar de todo, á causa de los chicos.... dijo Calabaza.

—Es un pícaro rematado; mas una riña no le hace miedo, dijo Nicolás.

—Una.... no, dijo la viuda ; pero todos los días, todos los días.... en un infierno.... cederá....

--¿Y si no cediese?

—Entonces tengo otro medio seguro de precisarle á partir esta noche, ó mañana por la mañana á mas tardar, replicó la viuda con estraña sonrisa.

—¿De veras, madre?

—Sí; pero preferiría asustarle por medio de las riñas: si no lo lograse, entonces.... recurriría al otro.

—¿Y si tampoco el otro tenia buen éxito, madre? dijo Nicolás.

—Hay uno final que lo tiene siempre, respondió la viuda.

Abrióse de pronto la puerta, y entró Marcial.

Era tan fuerte el viento, que no habian oido los ladridos de los perros anunciar la vuelta del primogénito de la viuda del ajusticiado.



CAPÍTULO XIV.

-NON-

LA MADRE Y EL HIJO.

Marcial, ignorando los malvados designios de su familia, entró lentamente en la cocina.

Algunas palabras de la Loba, en su conversacion con Flor Celeste, han dado ya á conocer la singular existencia de este hombre. Dotado de buenos instintos naturales, incapáz de una accion positivamente baja ó infame, no por eso era su conducta del todo regular. Pescaba fraudulentamente, y su fuerza y su audacia inspiraban bastante temor á los guarda-rios, para hacerles cerrar los ojos sobre ese punto.

A esa industria, ya poco legal, Marcial reunia otra muy ilícita. Cual temido bravo, encargábase gustoso, aun mas por exceso de valor y por mala cabeza, que por avaricia, de vengar en luchas de

pugilato ó palo, las víctimas de adversarios de una fuerza demasiado desigual: es preciso decir, que Marcial elegía por otra parte con bastante rectitud las causas que defendía á puñetazos; generalmente tomaba el partido del débil contra el fuerte.

El amante de la Loba se parecía mucho á Francisco y Amandina; era de estatura regular, pero robusto y de anchas espaldas; sus espesos cabellos rojos, rapados como puntas de cepillo, formaban cinco picos sobre su ancha frente; su barba espesa, fuerte y corta; sus megillas grandes; su nariz larga y achatada; sus ojos azules y atrevidos, daban á aquella fisonomía una espresion singular de resolucion. Cubria su cabeza un viejo sombrero de hule; á pesar del frio que hacia, no llevaba mas que una mala blusa azul por encima de su chaqueta y de su pantalon de gruesa pana raída. Llevaba en la mano un fuerte baston nudoso, que colocó junto á sí en la mesa. Un grueso perro, de piernas torcidas, y de pelo negro, con manchas de color de fuego muy vivas, habia entrado con Marcial; pero se habia quedado cerca de la puerta, no atreviéndose á acercarse al fuego ni á la mesa, pues la esperiencia habia probado al viejo Miron (este era el nombre del perro, antiguo compañero de fraudulencia de Marcial) que, cual su amo, era muy poco simpático á la familia.

— ¿En dónde están los niños?

Estas fueron las primeras palabras de Marcial en cuanto se sentó á la mesa.

— Están, dónde están, contestó ágriamente Calabaza.

— ¿En dónde están los niños, madre? repitió Marcial sin hacer caso de la respuesta de su hermana.

— Se han acostado, contestó secamente la viuda.

— ¿No han cenado, madre?

— ¿Qué te importa á tí eso? exclamó con acento brutal Nicolás, despues de haberse bebido un gran vaso de vino para aumentar su audacia; pues que el carácter y fuerza de su hermano, le imponian mucho miedo.

Marcial, tan indiferente á los ataques de Nicolás, como á los de Calabaza, dijo de nuevo á su madre:

— Siento mucho que estén ya acostados.

— Tanto peor.... respondió la viuda.

— ¡Si, tanto peor!... pues recibo un gran placer en tenerlos á mi lado cuando ceno.

— Y nosotros, como nos fastidian, les hemos despedido, exclamó Nicolás: si esto no te gusta, vete con ellos.

Marcial, sorprendido, miró fijamente á su hermano.

Luego, como si hubiese reflexionado lo vano que era armar una disputa, se encogió de hombros, cortó un pedazo de pan, y se puso en su plato una tajada de carne.

El perro se habia aproximado á Nicolás, aunque á muy respetuosa distancia: irritado el bandido de la desdeñosa indiferencia de su hermano, y esperando hacerle perder la paciencia pegando á su perro, dió un furioso puntapié á Miron, que arrojó lamentables gritos.

Subiéronle los colores á la cara á Marcial; apretó entre sus manos contraídas el cuchillo que tenia en ellas, y dió un violento golpe sobre la mesa; pero conteniéndose aun, llamó á su perro, y le dijo con tono suave:

— ¡Vén aquí, Miron!

El perro fué á acostarse á los pies de su amo.

Esta moderacion contrariaba los proyectos de

Nicolás, que deseaba apurar á su hermano para promover la riña.

Así añadió:

—No me gustan los perros.... no quiero que tu perro esté aquí.

La única respuesta de Marcial fué llenarse un vaso de vino, y beber lentamente.

Dando una rápida mirada á Nicolás, animóle la viuda, con un signo, á continuar sus hostilidades contra Marcial, confiando, como ya hemos dicho, en que una violenta querrela produciría un rompimiento y una completa separacion.

Nicolás fué á coger la vara de que se habia servido la viuda para pegar á Francisco, y dirigiéndose hácia el perro, le pegó rudamente, diciendo:

—¡Hé, fuera de ahí, Miron!

Hasta entonces, Nicolás se habia presentado siempre solapadamente agresivo contra Marcial; pero nunca se habia atrevido á provocarlo con tanta audacia y persistencia.

El amante de la Loba pensó que se trataba de irritarle con algun oculto fin, y redobló su moderacion.

Al oír los aullidos de su perro, apaleado por Nicolás, levantóse Marcial, abrió la puerta de la cocina, echóle fuera, y volvió á sentarse para continuar su cena.

Esta increíble paciencia, tan poco en armonía con el carácter de Marcial, confundió á sus agresores.... miráronse unos á otros profundamente sorprendidos.

Parecia él del todo extraño á cuanto pasaba á su alrededor; comia maravillosamente, y guardaba un profundo silencio.

—Calabaza.... llévate el vino, dijo la viuda á su hija.

Esta se disponia con presteza á obedecer, cuando Marcial dijo:

—Aguarda.... no he concluido de cenar.

—¡Tanto peor! dijo la viuda quitando por sí misma la botella.

—¡Ah! ¡bah, lo mismo da! repuso el amante de la Loba.

Y echándose un gran vaso de agua, se lo bebió; hizo chocar su lengua contra el paladar, y dijo:

—¡Soberbia agua!

Esta imperturbable sangre fria irritó la rencorosa cólera de Nicolás, ya exaltada por numerosas libaciones; sin embargo, retrocedia aun ante la idea de un ataque directo, porque conocia la fuerza poco comun de su hermano; de pronto, admirado de su inspiracion, exclamó:

—Has hecho bien en ceder en cuanto al perro, Marcial; debes acostumbrarte á ello; pues te resta ver cómo arrojemos á puntapiés á tu querida, como lo hemos ejecutado con tu perro.

—¡Oh! sí.... porque si la Loba tuviese la desgracia de venir á la isla al salir de la cárcel, dijo Calabaza que comprendió la intencion de Nicolás, yo soy quien la daria lindos bofetones.

—Y yo la daria una zambullida en el embarco cerca la barraca de la punta de la isla, añadió Nicolás; y si salia de él, la volveria á hundir á patadas.

Este insulto dirigido á la Loba, que amaba con salvaje pasion, triunfó de las pacíficas resoluciones de Marcial; arrugó sus cejas, subiósele la sangre á la cabeza, hincháronse las venas de su frente, y se pusieron tensas como cuerdas; sin embargo, conservó aun bastante imperio sobre sí mismo para decir únicamente á Nicolás, con voz ligeramente alterada por una cólera reprimida:

— ¡Andate con cuidado!... buscas una disputa.... y darás con la horma de tu zapato.

— ¿Quién.... yo?

— Sí.... acuérdate de la última.

— ¡Cómo, Nicolás! dijo Calabaza con sardónica admiración; ¿Marcial te ha pegado?... decid, madre, ¿lo oís?... ya no me estraña que Nicolás le tenga tanto miedo.

— Si me pegó.... fué porque me cogió á traicion, exclamó Nicolás poniéndose pálido de furor.

— Mientes; tú me habias atacado primero, y te arrojé sin embargo al suelo, mas te tuve compasion: empero si te atreves aun á hablar de mi querida.... óyelo bien, de mi querida.... esta vez no habrá perdon.... llevarás por mucho tiempo la señal de de mis manos.

— ¿Y si quiero hablar yo de la Loba? dijo Calabaza....

— Te daré un par de cachetes para avisarte, y si lo repites, comenzaré de nuevo.

— ¿Y si hablo yo? dijo pausadamente la viuda.

— ¿Vos?

— ¡Sí.... yo!

— ¿Vos? dijo Marcial haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo; ¿vos?

— ¿Me pegarás tambien, no es eso?

— No; mas si hablais de la Loba apalearé á Nicolás: ahora, id.... ya lo teneis entendido.... y él tambien....

— ¿Tú? exclamó furioso el bandido levantando su temible cuchillo catalán; ¿tú me pegarás?

— Nicolás.... ¡nada de cuchillo! exclamó la viuda levantándose velozmente para apoderarse del brazo de su hijo; mas embriagado de vino y cólera, se levantó, repelió rudamente á su madre, y se precipitó sobre su hermano.

Marcial retrocedió vivamente, cogió su robusto baston nudoso, y se preparó á defenderse.

— ¡Nicolás, nada de cuchillo! repitió la viuda.

— ¡Dejadle hacer! gritó Calabaza armándose con la hachuela del devastador.

Nicolás, blandiendo siempre su formidable cuchillo, espiaba el momento propicio de arrojarse sobre su hermano.

— Te digo, exclamaba, que á tí y á tu canalla de Loba, á ambos os he de matar; y empiezo ya.... ¡A mí, madre!... ¡A mí, Calabaza!... ¡Enviémosle con su padre, pues ya vive demasiado!....

Y creyendo llegada la ocasion favorable del ataque, se lanzó sobre su hermano con el cuchillo levantado.

Marcial, esperto jugador de palo, hizo un brusco movimiento hácia atrás con el cuerpo, y alzó su baston, que rápido como un rayo, describió silbando un 8, y cayó tan pesadamente sobre el antebrazo derecho de Nicolás, que este, acometido de un entorpecimiento repentino y doloroso, soltó su cuchillo.

— ¡Asesino.... me has roto el brazo! exclamó cogiéndose con la mano izquierda su brazo derecho que colgaba á su lado.

— No; he sentido rebotar mi baston.... repuso Marcial arrojando con un puntapie el cuchillo bajo el armario.

Despues, aprovechándose del sufrimiento que experimentaba Nicolás, le cogió por el cuello, le impelió rudamente hácia atrás hasta la pequeña puerta del sótano de que hemos ya hablado, abrióla con una mano, y con la otra arrojó y encerró en él á su hermano, aturdido aun de tan repentino ataque.

Volviendo en seguida hácia donde estaban las dos mugeres, cogió á Calabaza por las espaldas, y

á pesar de su resistencia, de sus gritos y de un golpe de hachuela que le hirió ligeramente en la mano, la encerró en la sala baja de la taberna que comunicaba con la cocina.

Luego, dirigiéndose á la viuda, estupefacta de aquella maniobra tan diestra como inesperada, díjola Marcial friamente:

— Ahora, madre.... es ya cosa de nosotros dos....

— Pues bien; sí.... nosotros dos.... gritó la viuda, y su rostro impasible se animó; su pálida téz se coloró; un fuego sombrío iluminó sus pupilas hasta entonces apagadas, y la cólera y el odio dieron á sus facciones una espresion terrible; ¡sí.... nosotros dos!... repitió con voz amenazadora; aguardaba con ansia este momento, y vas á conocer por fin lo que encierra mi corazón.

— También yo voy á deciros lo que siento.

— Aun cuando vivas cien años, te acordarás de esta noche.

— ¡Ciertamente me acordaré!!... Mi hermano y mi hermana han querido asesinarme, y vos nada habeis hecho para impedirselo. Mas veamos.... hablad.... ¿qué es lo que teneis contra mí?

— ¿Lo que tengo?...

— Sí....

— Desde que murió tu padre.... no has hecho mas que cobardías.

— ¿Yo?

— ¡Sí, cobarde!... En vez de permanecer á nuestro lado para sostenernos, te has marchado á Ramboillet á cazar furtivamente en los bosques, con ese vendedor de caza que habias conocido en Bercy.

— Si me hubiese quedado aqui, estaria ya ahora en presidio, como Ambrosio, ó próximo á ir á él,

como Nicolás ; no he querido ser ladrón como vosotros.... de ahí nace vuestro odio.

— ¿Y cuál es tu oficio? robas caza , robas pescado; robo sin peligro , robo de cobardes!...

— La caza y la pesca no pertenecen á nadie; hoy en una parte , mañana en otra , son de quien mejor sabe cogerlo.... Yo no robo.... En cuanto á ser cobarde....

— ¡Sacudes por el dinero á otros mas débiles que tú!

— Porque habian antes dado de golpes á otros mas débiles que ellos.

— ¡Ocupacion de cobardes!... ¡ocupacion de cobardes!...

— Las hay mas honradas , lo sé : pero no sois vos quien debe decírmelo.

— Entonces , ¿por qué no las has buscado en vez de venir aqui á holgazanear , y vivir á mis espensas?

— ¡Os doy el pescado que cojo , y el dinero que tengo!... Verdad es que esto no es mucho , pero sí lo suficiente.... nada os cuesta. He tratado de ser cerrajero para ganar mas.... empero , cuando desde la niñez se ha acostumbrado uno á vagabundear por el rio y por los bosques , no sabe acostumbrarse á otra cosa alguna ; es negocio concluido.... para toda la vida.... Y luego.... añadió Marcial con un aire sombrío , he preferido siempre vivir solo en el agua ó en una selva.... allí nadie me pregunta nada. En vez de que en cualquiera otra parte , si me hablan de mi padre , debo contestar.... ¡ha sido guillotinado! si de un hermano.... ¡que está en presidio! si de mi hermana.... ¡ladrona!

— ¿Y de tu madre qué dices?

— Digo....

— ¿Qué?

— Que ha muerto.

— Y haces bien; es lo mismo que si.... ¡Te repudio, cobarde! ¡Tu hermano está en presidio! ¡Tu padre y tu abuelo han terminado valerosamente sus días sobre el cadalso, mofándose del sacerdote y del verdugo! y tú, en lugar de vengarles... tiembles.

— ¿Vengarles?

— Sí, de mostrarte verdadero Marcial; escupir en el hacha del verdugo y sobre la túnica roja, y acabar como tu padre y tu madre, tu hermano y tu hermana.

A pesar de estar acostumbrado Marcial á las feroces exaltaciones de su madre, no pudo menos de estremecerse al ver la fisonomía de la viuda del ajusticiado, que al pronunciar estas últimas palabras, estaba espantosa, y continuó con un furor que iba en aumento:

— ¡Oh, cobarde.... y aun mas infame que cobarde!... ¡Tú quieres ser honrado!... ¡Honrado! ¿Acaso no serás siempre despreciado, repelido, rechazado como hijo de un asesino, y hermano de un presidiario? pero tú, en lugar de encerrar en tu pecho la rabia y la venganza, te llenas de miedo; en vez de morder, te pones en salvo; y cuando guillotinan á tu padre.... nos abandonas.... ¡cobarde! Y sabias que no podíamos salir de la isla para ir á la ciudad sin que nos aullasen, persiguiéndonos á pedradas como perros rabiosos.... ¡Oh, mira, ya nos lo pagarán todo eso! ¡ya nos lo pagarán!

— Un hombre, diez hombres, no me hacen miedo; pero ser rechazado por todo el mundo como hijo y hermano de criminales.... Pues bien; ¡no! no he podido.... he preferido irme á cazar en vedado con Pedro, el vendedor de caza.

— Entonces debias haberte quedado.... en tus bosques.

— He vuelto á causa de mi contienda con el guarda, y especialmente por los muchachos.... porque estaban en edad de inclinarse al mal, por el ejemplo....

— Y eso, ¿qué te importa?

— Me importa.... porque no quiero que se vuelvan unos pícaros como Ambrosio, Nicolás y Calabaza....

— Pues es claro.

— Y solos, con todos vosotros, no hubieran dejado de serlo. Me habia hecho aprendiz para procurar ganar lo suficiente para llevarme conmigo.... á los muchachos.... y abandonar la isla.... Pero en París todo se sabe.... siempre era hijo de guillotinado.... hermano de presidiario.... todos los dias tenia pependencias.... lo que me llegó á cansar.

— Y de ser honrado no te has cansado.... ¡te aprovechaba tanto el serlo!... en vez de tener el valor de volver con nosotros para hacer lo que nosotros... lo que harán los chicos... sí, á pesar tuyo... Crees engatuzarlos con tus sermones.... pero nosotros estamos aqui. Francisco es ya nuestro.... ó poco menos.... asi que se presente una ocasion.... será como los demas de la familia....

— Os digo que no....

— Ya verás que sí.... soy diestra en la materia.... El muchacho, en el fondo, tiene disposicion para el vicio; pero tú lo estorbas.... En cuanto á Amandina, luego que tenga quince años irá sola.... ¡Ah, nos han apedreado, nos han perseguido como canes rabiosos!... ya verán lo que es nuestra familia.... Excepto tú.... ¡cobarde!... porque aqui tú solo nos haces vergüenza (1).

(1) Estas terribles lecciones no son, por desgracia, exageradas. Hé aqui lo que se lee en la excelente relacion de Mr. de Bretiguères,

— Es una lástima....

— Y como te echarias á perder junto á nosotros.... mañana saldrás de aqui para no volver á entrar jamás....

Marcial miró á su madre con aire de sorpresa, y despues de un momento de silencio, la dijo: —

— ¿Me habeis buscado la lengua durante la cena, para llegar á este estremo?

— Sí, para hacerte ver lo que te se espera, si quieres permanecer aqui contra nuestra voluntad: un infierno, ¿lo oyes?... un infierno; cada dia una riña, golpes, alborotos, y no estaremos solos como esta noche; tendremos amigos que nos ayudarán.... no podrás resistirlo ocho dias.

— ¿Creeis hacerme miedo?

— ¡No te digo mas que te sucederá!...

— No importa.... me quedo aqui....

— ¿Te quedarás aqui?...

— Sí.

— ¿A pesar nuestro?

— ¡A pesar vuestro, á pesar de Calabaza, á pesar de Nicolás, y de todos los pillos de su calaña!

sobre la colonia penitenciaria de Hettray (sesion del 12 de mayo de 1843):

«Es importante dar á conocer el estado civil de nuestras colonias; entre ellos contamos: treinta y dos hijos naturales; treinta y cuatro, cuyos padres y madres se han vuelto á casar; cincuenta y uno, cuyos padres están encarcelados, y ciento veinticuatro, cuyos padres no han sido objeto de las persecuciones de la justicia, pero que están sumidos en la mas profunda miseria.

Estos números son elocuentes y provechosos; permiten subir de los efectos á las causas, y hacen concebir la esperanza de contener los progresos de un mal, cuyo origen es conocido.»

El número de los padres criminales permite apreciar la educacion que han debido recibir los hijos, bajo la tutela de semejantes guías. Instruidos en el mal por sus padres, los hijos han delinquido bajo sus órdenes, y han creido obrar bien siguiendo su ejemplo. Condenados por la justicia, se resignan á participar en la cárcel del destino de su familia, no llevan á ella la emulacion del vicio; y verdaderamente es indispensable que exista aun un rayo de la gracia divina en el fondo de esas naturalezas rudas y groseras para que no queden estinguídos todos los gérmenes de honradéz.

— Mira.... me das ganas de reir.

En la boca de aquella muger de rostro siniestro y feróz , estas palabras eran horribles.

— Os digo que permaneceré aqui hasta tanto que halle los medios de ganarme la subsistencia en otra parte con los muchachos ; solo , no tendria grandes dificultades , me volveria á los bosques ; pero por ellos , necesitare mas tiempo para encontrar lo que busco.... En el ínterin me quedo aqui.

— ¡ Ah ! ¿ con que te quedas.... hasta el momento en que puedas llevarte á los chicos ?

— ¡ Eso mismo !

— ¡ Llevarse los chicos !

— Cuando les diré : venid.... vendrán.... y corriendo.... os respondo de ello.

La viuda se encogió de hombros , y dijo :

— Escucha : no ha mucho te digé que aunque vivieses cien años , te acordarías de esta noche ; voy á explicarte el por qué ; mas ante todo , ¿ estás bien resuelto á quedarte aqui ?

— Sí.... sí.... mil veces sí.

— Vas á decir al instante no.... mil veces no.... escúchame bien.... ¿ Sabes qué oficio ejerce tu hermano ?

— Lo sospecho , mas no quiero saberlo.

— Lo sabrás.... roba....

— Tanto peor para él.

— Y para tí....

— ¡ Para mí !

— Roba de noche con fractura ; nosotros ocultamos sus robos ; si se le descubre , y es encarcelado , nosotros seremos condenados á igual pena , como encubridores , y tú tambien ; cogen á la familia , y los chicos quedarán abandonados por las calles , en que aprenderán el oficio de tu padre y de tu abuelo tan bien como aqui.

—¡Yo preso como encubridor y como cómplice vuestro! ¿bajo qué prueba?

—No tienes modo de vivir conocido; tú eres un vagabundo por el agua; tienes fama de mal hombre; vives con nosotros; ¿á quién harás creer que ignoras nuestros robos y nuestros encubrimientos?

—Yo probaré que no.

—Nosotros te denunciaremos.... como cómplice nuestro.

—¡Denunciarme! ¿y por qué?

—Para recompensarte de haber querido permanecer aquí contra nuestra voluntad.

—Hace un momento querías hacerme miedo de un modo, ahora es de otro; pero eso no surte ningún efecto; yo probaré que no he robado nunca.... me quedo.

—¡Ah, te quedas!... escucha, pues, todavía: ¿te acuerdas el año pasado.... lo que sucedió aquí la noche de Navidad?

—¡La noche de Navidad! dijo Marcial, tratando de recoger sus ideas.

—Piensa bien.... piensa.

—No recuerdo.

—¿No recuerdas que Zurdillo condujo aquí por la noche á un hombre bien vestido, que tenía necesidad de ocultarse?

—Sí, ya me acuerdo; subí á acostarme, y le dejé cenando con vosotros.... pasó la noche aquí, y antes de amanecer le condujo Nicolás á Saint-Ouen....

—¿Estás cierto que le condujo Nicolás á Saint-Ouen?

—Vos me lo digisteis la mañana siguiente.

—¿La noche de Navidad estabas tú aquí?

—Sí.... y bien, ¿qué?

—Aquella noche.... ese hombre, que llevaba mucho dinero encima.... fué asesinado en esta casa.

—¡El.... aquí!...

—Y robado.... y enterrado en la leñera.

—Esto no es cierto, dijo Marcial palideciendo de terror, y no queriendo dar crédito á ese nuevo crimen de su familia. Quereis asustarme.... os lo repito, no es cierto.

—Pregúntale á tu protegido Francisco qué es lo que ha visto esta mañana en la leñera.

—¿Francisco? ¿y qué es lo que ha visto?

—Uno de los pies de ese hombre que salia de la tierra.... Toma la linterna, vé allí para cerciorarte de ello.

—No, dijo Marcial enjugando su frente de un sudor frio; no, no os creo.... decís eso para....

—Para probarte que si permaneces aquí, contra nuestra voluntad, peligras ser tenido á cada instante como cómplice de robo y asesinato; tú estabas aquí la noche de Navidad; diremos que tú nos ayudastes á dar el golpe; ¿y cómo probarás lo contrario?

—¡Dios mio.... Dios mio! dijo Marcial ocultando el rostro entre sus manos.

—¿Y ahora te irás? dijo la viuda con una risa sardónica.

Marcial habia quedado aterrado; desgraciadamente no dudaba de lo que su madre le habia dicho: su vida ociosa, su mansion con una familia tan criminal, debian en efecto hacer recaer sobre él terribles sospechas, y estas sospechas podian cambiarse en certeza á los ojos de la justicia, si su madre, su hermano y su hermana le designaban como su cómplice.

Gozábase la viuda en el abatimiento de su hijo.

—Tienes un medio de salir de apuros.... denunciarnos....

—Deberia hacerlo.... pero no lo haré.... ya lo sabeis....

—Por eso te lo he dicho todo.... ¿te irás ahora?

Marcial quiso probar á enternecer aquella furia del infierno, y con voz menos áspera la dijo.

—Madre, no os creo capáz de ese asesinato.

—Como quieras.... pero véte.

—Me iré.... pero con una condicion.

—¡Nada de condiciones!

—Pondreis de aprendices á los muchachos lejos de aqui.... en cualquiera ciudad....

—Permanecerán aqui....

—Veamos, madre.... cuando serán semejantes á Calabaza, á Nicolás, á Ambrosio, á mi padre.... ¿qué utilidad reportareis?

—Daré buenos golpes de mano con su auxilio.... porque la familia ha disminuido demasiado.... Calabaza se queda aqui conmigo para tener cuidado de la taberna.... Nicolás es solo.... Cuando Francisco y Amandina estén adiestrados, le ayudarán; tambien á ellos, aunque pequeños, les han arrojado piedras.... y es preciso que se venguen.

—Madre, vos amais á Calabaza y á Nicolás, ¿no es cierto?

—¿Y qué?

—Si los muchachos les imitan.... si vuestros crímenes y los suyos se descubren....

—¿Qué?

—Irán todos al cadalso como su padre.

—¿Pero qué?

—¿No os atemoriza su suerte?

—Su suerte será la mia.... ni mejor ni peor.... Yo robo.... ellos roban.... yo asesino.... ellos asesinan: el que cogera á la madre.... cogera tambien á los hijos.... Nosotros no nos separaremos. Si nuestras cabezas ruedan, irán á caer en el mismo saco....

en donde se dirán adios.... Nosotros no retrocederemos.... en la familia no hay ningun cobarde mas que tú.... por eso te arrojamos.... ¡véte!

—¿Pero y mis hermanos.... mis hermanitos?

—Crecerán; ya te digo que , á no ser por tí , estarían formados.... á Francisco poco le falta.... y en cuanto tú te hayas marchado , Amandina recuperará el tiempo perdido.

—Madre , os lo suplico ; consentid en enviar á los chicos de aprendices lejos de aqui.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que ya tienen aqui su aprendizaje?

La viuda del ajusticiado pronunció estas últimas palabras con tono tan inexorable , que Marcial perdió la esperanza de ablandar aquella alma de bronce.

—Puesto que es asi , replicó con acento breve y resuelto , escuchadme á vuestra vez , madre.... me quedo.

—¡Ja.... ja.... ja!...

—No en esta casa.... donde seria asesinado por Nicolás , ó envenenado por Calabaza ; pero como no tengo con qué irme á vivir en otra parte , los chicos y yo habitaremos en la barraca del extremo de la isla ; su puerta es sólida , y yo la reforzaré mas aun.... Metido alli , bien amurallado , con mi fusil , mi baston y mi perro , no temo á nadie. Mañana por la mañana me llevaré á los chicos ; de dia vendrán conmigo , sea en mi barca ó fuera de ella.... de noche dormirán á mi lado en la cabaña.... viviremos de mi pesca.... esto durará hasta que encuentre donde colocarlos.... y encontraré.

—¡Ah! ¿eso has determinado?

—Ni vos , ni mi hermano , ni Calabaza , podeis impedírmelo , ¿no es cierto?... Si se descubren vuestros robos ó vuestro asesinato , durante mi per-

manencia en la isla.... corro el peligro de ser envuelto en vuestra causa. No importa; explicaré que he vuelto, que he permanecido por los muchachos, para impedir que se volviesen unos pícaros.... mas aplásteme un rayo si salgo de la isla, y si los chicos permanecen un día mas en esta casa.... Sí, y os desafío á vos y á los vuestros á que me arrojeis de la isla.

Conocia la viuda la resolución de Marcial; los hijos amaban á su hermano mayor tanto como le temian, y le seguirian sin vacilar en cuanto él lo exigiese. En cuanto á él, bien armado, resuelto, siempre en guardia durante el día, encerrado y barricado en la cabaña de la isla durante la noche, nada tenia que temer de los malvados designios de su familia.

El proyecto de Marcial podia realizarse en todas sus partes.... Empero la viuda tenia muchos motivos para tratar de impedir su ejecucion.

En primer lugar, asi como los artesanos honrados consideran algunas veces el número de sus hijos como una riqueza, en razon del servicio que les hacen, asi la viuda contaba con Francisco y Amandina para que la ayudasen en sus crímenes.

Ademas, cuanto habia dicho acerca del deseo de vengar á su marido y á su hijo, era verdad. Ciertos seres, nutridos, envejecidos y endurecidos en el crimen, se ponen en lucha abierta, en encarnizada guerra con la sociedad, y creen vengarse con nuevos crímenes del justo castigo que les ha impuesto á ellos ó á los suyos.

Finalmente, los siniestros planes de Nicolás contra Flor Celeste, y despues contra la Mathieu, podian ser estorbados por la presencia de Marcial. La viuda habia confiado promover una separacion inmediata entre ella y Marcial, ya suscitándole la

riña con Nicolás, ya revelándole que, si se obstinaba en permanecer en la isla corria, el peligro de pasar por cómplice de muchos crímenes.

Tan astuta la viuda como sagáz, viendo que se habia engañado, conoció que tenia necesidad de recurrir á la perfidia para hacer caer á su hijo en una sangrienta red.... Continuó, pues, trás un rato de silencio y con afectada amargura:

—Vislumbro tu plan; no quieres denunciarnos tú mismo; pero quieres hacerlo por medio de los chicos.

—¡Yo!

—Saben en la actualidad que hay aqui un hombre enterrado; saben que Nicolás ha robado.... En cualquiera parte donde entrasen de aprendices, hablarian, nos cogeria, y todos seríamos condenados, tú lo mismo que nosotros; eso es lo que sucederia si te escuchase, si te permitiese realizar tu intento.... Y sin embargo, dices que no nos quieres mal.... No te pido que me quieras; mas no apures el momento en que debemos ser cogidos.

El acento dulce de la viuda, hizo creer á Marcial que sus amenazas habian producido sobre ella un efecto saludable, y cayó en la horrible red.

—Conozco á los muchachos, repuso él, y estoy seguro de que encargándoles el secreto, callarán.... Además, de un modo ó de otro yo estaré siempre con ellos, y respondo de su silencio.

—¿Acaso se puede responder de las palabras de un niño?... y especialmente en París, en donde todos son tan curiosos y parlanchines. Quiero que permanezcan aqui, tanto para que nos ayuden en nuestras empresas, como para que no nos vendan.

—¿No van ellos algunas veces al pueblo y á París? ¿quién les impediria hablar.... si quisiesen?... Si estuviesen lejos de aqui.... entonces es otra co-

sa.... lo que pudiesen decir no encerraria peligro.

—¿Lejos de aqui?... ¿y dónde? dijo la viuda mirando fijamente á su hijo.

—Dejad que me los lleve.... lo demas no os importa.

—¿Cómo vivireis tú y ellos?

—Mi antiguo amo cerrajero es un hombre de bien; le diré lo que sea menester decirle, y tal vez me prestará algo en atencion á mis hermanos; con eso iré á colocarlos de aprendices lejos de aqui. Dentro de dos dias nos marchamos, y no oireis hablar mas de nosotros....

—No ciertamente.... quiero que estén á mi lado; estaré mas segura de ellos.

—Entonces mañana me establezco en la barraca de la isla, mientras se presenta una ocasion mejor.... Ya sabeis que tengo una cabeza....

—Sí, lo sé. ¡Oh! ¡cuánto desearía verte lejos de aqui!... ¿por qué no permaneciste en tus bosques?

—Os ofrezco desembarazaros de mí y de mis hermanitos....

—¿Dejarás, pues, aqui á la Loba, á quien tanto amas? dijo de pronto la viuda.

—Esas son cuentas mias: yo sé lo que debo hacer; tengo mis ideas.

—¿Si te dejase llevar contigo á Amandina y Francisco.... no volverias á poner nunca los pies en París?

—Antes de tres dias habríamos partido; y para vos lo mismo que si hubieramos muerto.

—Prefiero esto á verte aqui, y tener que desconfiar siempre de ellos.... Vamos, pues que es forzoso convenir en ello, llévatelos.... y marchaos cuanto antes sea posible.... ¡que no os vuelva á ver jamás!

—¿Quedamos asi?

— Quedamos así. Ahora devuélveme la llave del sótano para que abra á Nicolás.

— No, que duerma su zorra: os la entregaré mañana.

— ¿Y Calabaza?

— Eso es otra cosa; abridla cuando haya subido; me dá horror el verla.

— ¡Vé, confúndate el infierno!

— ¿Son estas vuestras buenas noches, madre?

— Sí....

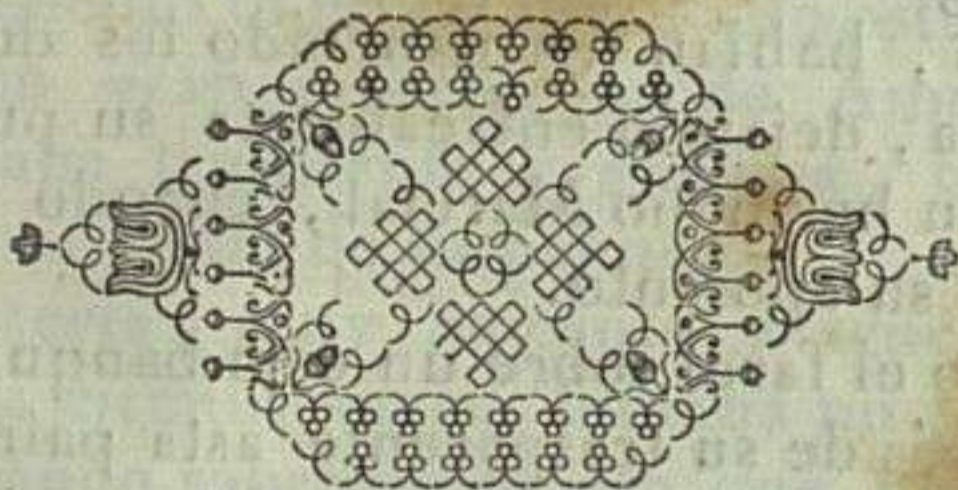
— Esta será la última felizmente, dijo Marcial.

— La última, repitió la viuda.

Su hijo encendió una vela, despues abrió la puerta de la cocina, silbó á su perro, que entró gozoso de afuera, y siguió á su amo al piso superior de la casa.

— ¡Vé.... no sabes lo que te espera! murmuró la madre mostrando el puño á su hijo que acababa de subir la escalera; tú te lo has querido.

Luego, auxiliada de Calabaza, que fué á buscar un manojo de llaves falsas, forzó la cerradura de la puerta del sótano en que se hallaba encerrado Nicolás, y le puso en libertad.



CAPÍTULO XV.

NON

Francisco y Amandina.

Francisco y Amandina dormían en un aposento situado inmediatamente encima de la cocina, á la estremidad de un corredor, en el que se abrían otros muchos cuartos que servían de salas de recreo á los parroquianos del bodegon.

Despues de haberse repartido su frugal cena, en vez de apagar la linterna, segun les habia mandado la viuda, habian permanecido los dos muchachos en vela, dejando entreabierta su puerta para acechar á su hermano Marcial, cuando pasase en direccion á su aposento.

Colocado el farol sobre un cojo banquillo, arrojaba al través de su trasparente asta palidos rayos.

Paredes de yeso, listadas de fajas oscuras; una estera y un monton de paja para Francisco; una

vieja cuna de niño en extremo corta para Amandina, y una porcion de restos de sillas y bancos rotos por los turbulentos huéspedes de la taberna de la isla del Devastador: tal era el adorno interior de aquel aposento.

Amandina, sentada en el borde de su cama, estaba ensayando el modo de prenderse en la cabeza su pañuelo robado, regalo de su hermano Nicolás.

Francisco, arrodillado, presentaba un pedazo de espejo á su hermana, la cual, con la cabeza medio vuelta, se ocupaba entonces en ensanchar el grande lazo que se habia hecho, añudando las dos puntas del pañuelo.

Muy atento y admirado de ese adorno, descuidóse Francisco por un momento de presentar el pedazo de espejo, de modo que la imágen de su hermana pudiese reflejarse en él.

— Alza mas el espejo, dijo Amandina: ahora no me veo.... Asi.... bien.... espera un poco.... ya está.... ¡Mira! ¿qué tal te parece?

— ¡Oh, muy bien, muy bien!... ¡Diantres, qué lazo tan bonito!... ¿me harás uno igual en mi corbata, no es verdad?

— Sí, al momento.... mas déjame pasearme un poco. Tú irás, delante de mí, hácia atrás, llevando siempre el espejo levantado.... para que pueda verme andando....

Francisco ejecutó lo mejor que pudo esta difícil maniobra, con gran satisfaccion de Amandina, que se pavoneaba triunfante y gloriosa, bajo las puntas y enorme bollo de su pañuelo.

Esta coquetería, muy inocente y sencilla en cualquiera otra circunstancia, tomaba un carácter culpable, versando sobre un objeto que Francisco y Amandina no ignoraban que era robado. Y esta es otra prueba de la aterradora facilidad con que

los niños, aun de índole naturalmente buena, se corrompen casi sin notarlo, cuando están constantemente sumidos en una atmósfera criminal.

Por otra parte, el único mentor de esos desgraciados, su hermano Marcial, no estaba exento de faltas, como ya hemos dicho, incapáz de cometer un robo ó un asesinato; su vida era, sin embargo, poco regular y ociosa. Sin duda le irritaban los crímenes de su familia; amaba tiernamente á los dos muchachos; los defendía contra los malos tratamientos, é intentaba sustraerlos de la perniciosa influencia de su madre y hermanos; mas no estando apoyados en lecciones de una moralidad rigurosa y absoluta sus consejos, servían de una débil salvaguardia á sus protegidos. Negábanse á cometer ciertas acciones malas, no por honradéz, sino por obedecer á Marcial, á quien amaban, y desobedecer á su madre, á la que temían y odiaban.

Carecían de toda nocion de lo justo é injusto, familiarizados como estaban con los detestables ejemplos que tenían todos los dias á la vista; porque, ya lo hemos dicho, esa taberna campestre, frecuentada por la escoria del mas ruin populacho, era teatro de groseras orgías y de crapulosos desórdenes; y Marcial, aunque muy enemigo del robo y del asesinato, se mostraba asáz indiferente hácia esas inmundas saturnales.

Basta esto para comprender cuán dudosos, vacilantes y precarios eran los instintos de moralidad en aquellos niños, especialmente en Francisco, que habia llegado á ese peligroso término en que el alma perpleja, indecisa.... puede en un momento quedar salvada ó perdida para siempre.....

.....

— ¡Qué bien te sienta ese pañuelo, hermana! dijo Francisco; ¡es muy bonito! Cuando iremos á jugar

á la plaza delante del horno de yeso, te habrás de adornar así, para hacer rabiar á los hijos del cale-ro, que nos tiran siempre piedras y nos llaman guillotizados.... Yo me pondré tambien mi corba-ta, y les diremos: Mejor, mejor: vosotros no te-neis hermosos pañuelos de seda como nosotros....

— Pero dime, Francisco.... repuso Amandina despues de un momento de reflexion: si supiesen que los pañuelos que llevamos son robados.... nos llamarian raterillos....

— Llámennoslo tanto como quieran.

— Cuando no es verdad.... nada importa; pero ahora....

— Puesto que Nicolás nos los ha dado, nosotros no los hemos robado.

— Sí; mas él los ha cogido de un barco, y nues-tro hermano Marcial dice que no debe hurtarse.

— Puesto que Nicolás es quien los ha robado, na-da tenemos nosotros que ver con eso.

— ¿Estás persuadido de ello, Francisco?

— Ciertamente....

— Sin embargo, preferiría que nos los hubiese dado la persona á quien pertenecian.... ¿Y tú, Francisco?

— A mí me es igual.... nos los han regalado.... nuestros son.

— ¿Estás seguro?

— Sí, sí, puedes estar tranquila.

— Entonces.... tanto mejor; no habremos hecho lo que nos ha prohibido Marcial, y tenemos unos lindos pañuelos.

— Dí, pues, Amandina; ¿y si supiese que el otro dia Calabaza te hizo coger del fardo del buho-nero, mientras estaba vuelto de espaldas, aquella pañoleta de cuadros?

— ¡Oh! Francisco, no hables de ello, repuso la

pobre niña , cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Mi hermano Marcial sería capaz de no querernos.... mira.... de dejarnos aqui solos....

— No tengas miedo.... ¿acaso crees que hablaré jamás de eso? Solo ha sido una chanza.

— ¡Oh! no te burles de eso , Francisco ; si supieses cuánta pena me causó ; mas fué preciso ; mi hermana me pellizcó hasta hacerme sangre , y despues me daba unas miradas.... unas miradas.... y sin embargo , dos veces me faltó valor.... Cree que nunca podria.... Por fin, el buhonero nada notó, y mi hermana se guardó la pañoleta. Sin embargo, Francisco, si me hubiesen atrapado, me habrían encerrado.

— No te cogieron , y es lo mismo que si no hubieses hurtado.

— ¿Lo crees?

— Ya se vé que sí.

— ¡Qué desgracia debe ser estar en la cárcel!

— ¡Cá...! al contrario.

— ¿Cómo al contrario , Francisco?

— Mira ¿te acuerdas de aquel gordiflón cojo que vive en París en casa del señor Micou? el revendedor de Nicolás.... que tiene una casa de huéspedes en el pasadizo de la cervecería.

— ¿Un gordiflón cojo?

— Sí, que vino aqui á fines del otoño , de parte del señor Micou , con uno que enseñaba monos, y dos mugeres.

— ¡Ah , sí , sí , uno que gastó mucho , mucho dinero!

— Yo lo creo ; pagaba por todos.... ¿Te acuerdas de los paseos por el rio?... Yo era quien los conducia.... asi como al hombre de los micos, que habia traído su órgano para darnos música en el barco.

—Y por la noche aquellos bonitos fuegos artificiales que hicieron, Francisco.

—Y el cojo no era roñoso.... me dió diez sueldos para mí.... nunca bebia mas que vino generoso.... y comia siempre gallinas.... lo menos le costó la fiesta ochenta francos.

—¿Sí, Francisco?

—¡Oh! sí....

—¿Era, pues, muy rico?

—Todo cuanto gastaba.... era dinero que habia ganado en la cárcel, de donde acababa de salir.

—¿En la cárcel habia ganado todo ese dinero?

—Sí.... decia que le quedaban aun setecientos francos; que en cuanto los hubiese despachado todos.... daria un buen golpe.... y que si le cogian.... lo mismo le daba, porque volveria á reunirse con los buenos camaradas de encierro, como él dice.

—¿Y no tenia miedo á la cárcel?

—Al contrario.... decia á Calabaza que hay allí un monton de amigos y bromistas juntos.... que nunca habia comido ni dormido mejor que cuando estaba allí.... buena carne cuatro veces á la semana, fuego todo el invierno, y una buena suma al salir.... mientras que hay bestias de artesanos honrados que se mueren de hambre y frío por falta de trabajo....

—¿Verdaderamente, el cojo decia eso, Francisco?

—Lo he entendido perfectamente.... pues que yo era quien remaba en la barca mientras él contaba su historia á Calabaza y á las dos mugeres, que decian que lo mismo sucedia en la de que ellas acababan de salir.

—¿Pero entonces, Francisco, preciso es que no sea tan malo robar, pues que tan bien se está en la cárcel?

—¡Toma! yo no sé.... aquí solo nuestro hermano Marcial es el que dice que es malo robar.... tal vez se engaña....

—No importa ; es preciso creerle , Francisco.... ¡nos quiere tanto!

—Nos quiere mucho , es cierto.... cuando está en casa no hay miedo que nos peguen.... si esta noche se hubiese hallado aquí , la madre no me hubiera doblado á golpes.... ¡Vieja maldita!... ¡qué malas entrañas tiene! ¡oh! la odio.... la odio.... quisiera ser grande para devolverla los golpes que nos ha dado.... á tí especialmente , que eres mucho menos fuerte que yo.

—¡Oh , Francisco , cállate.... me da miedo el oírte decir que quisieras pegar á nuestra madre!... exclamó la niña llorando , y arrojando sus brazos al cuello de su hermano , á quien abrazó tiernamente.

—No , es que también es verdad , repuso Francisco rechazando á Amandina con suavidad ; ¿por qué mi madre y Calabaza están siempre tan encarnizadas contra nosotros?

—No sé , contestó Amandina enjugándose las lágrimas con el dorso de su mano ; tal vez será porque han echado á presidio á Ambrosio , y porque han guillotinado á nuestro padre.

—¿Qué tenemos que ver nosotros con eso? ¿acaso es culpa nuestra?

—¡Dios mio! no ; ¿pero qué quieres?

—A fé mia , si tuviese que recibir siempre golpes como ahora , preferiría hurtar como ellos quieren. ¿Qué saco de no hurtar?

—¿Y qué diría Marcial?

—¡Oh! á no ser por él.... hace mucho tiempo que hubiera dicho que sí , porque llega también á cansar el ser aporreado ; mira , nunca había sido tan cruel mi madre como esta noche.... parecía una

furia.... estaba oscuro, oscuro.... no decia una palabra.... no sentia mas que su fria mano que me tenia cogido por el cuello, mientras que con la otra me sacudia.... y despues me parecia ver brillar sus ojos....

—¡Pobre Francisco.... no mas que por decir que habias visto un hueso de muerto en la leñera!

—Sí, un pie que salia de debajo de tierra, dijo Francisco estremeciéndose de terror; estoy seguro de ello.

—Tal vez esto habrá sido en otro tiempo un cementerio, ¿no es verdad?

—Puede ser.... pero entonces, ¿por qué me ha dicho la madre que me volveria á zurrar si hablaba del hueso de muerto á mi hermano Marcial?... Mira, mas bien será alguno á quien habrán muerto en una disputa, y enterrádole aqui para que no se sepa.

—Tienes razon.... porque ¿te acuerdas? ya estuvo á pique de suceder una desgracia semejante un dia.

—¿Cuándo?

—¿No sabes?... aquella vez que Barbillon dió un navajazo á aquel alto que está tan flaco, tan flaco, que se enseña por dinero.

—¡Ah! sí, el *Esqueleto ambulante*, como ellos lo llaman; vino la madre, y los separó.... á no ser por eso, Barbillon hubiera tal vez muerto al alto flaco. ¿Reparaste qué espuma le salia por la boca, y cómo parecian saltársele los ojos á Barbillon?

—¡Oh! no teme pegar un navajazo á la menor palabra.... ¡él sí que es un perdido!

—¡Tan jóven y tan malvado.... Francisco!

—Jorobeta es mas jóven aun, y seria cuando menos tan malvado como él, si fuese bastante fuerte.

—¡Oh! sí, es muy malo.... el otro dia me pegó, porque no quise jugar con él.

—¿Te pegó?... Bueno.... la primera vez que venga....

—No, no; mira, Francisco.... era en broma.

—¿Con formalidad?

—Sí, como lo oyes.

—Corriente.... á no haber sido asi.... mas no sé cómo lo hace ese tunante para tener siempre tanto dinero; ¡es feliz! El dia que vino aqui con la Mochuelo, nos enseñó monedas de oro de veinte francos. Tenia un aire burlesco cuando nos dijo: «Vosotros tambien tendriais, si no fueseis tan chivatos.

—¿Chivatos?

—Sí; en caló eso quiere decir tontos, imbéciles.

—¡Ah! sí, es verdad.

—Cuarenta francos en oro..., ¡cuántas cosas bonitas compraría yo con ellos.... ¿Y tú, Amandina?

—¡Oh! yo tambien.

—¿Qué comprarías tú?

—A ver, déjame pensar, dijo la niña inclinando la cabeza con aire meditativo; en primer lugar, para nuestro hermano Marcial, un chaqueton bien caliente para que no tuviese frio en su barca.

—Pero, ¿y para tí.... para tí?

—Para mí, preferiría un niño Jesus de cera con su cordero y su cruz, como los que tenia el domingo aquel mercader de figuras de yeso.... ¿sabes? bajo el pórtico de la iglesia de Asnieres.

—A propósito.... yo no sé cómo no han dicho á la madre ó á Calabaza.... que nos han visto en la iglesia.

—Es cierto; tanto como nos han prohibido siempre el entrar en ellas.... es una lástima, porque una iglesia es muy bonita por dentro.... ¿no es verdad, Francisco?

—Sí.... ¡qué hermosos candeleros de plata!

—Y el retrato de la Virgen.... ¡qué cara tan dulce tiene!

—¿Y vistas aquellas lámparas tan bellas.... y aquel mantel tan hermoso sobre la grande mesa del fondo, en donde el sacerdote decia la misa con sus dos amigos, vestidos como él.... y que le daban agua y vino?

—Dí, pues: ¿te acuerdas, Francisco, el año pasado, el día del Corpus, cuando vimos desde aquí pasar por el puente á todas aquellas muchachas con sus velos blancos que venian de comulgar?

—Llevaban unos hermosos ramilletes.

—¡Con qué voz tan dulce cantaban, llevando los cordones de su bandera!

—¡Y cómo relucian al sol los bordados de plata de esta!... ¡debían costar mucho!

—¡Dios mio.... qué hermoso era todo eso! ¿no es verdad, Francisco?

—Yo lo creo.... ¿y los niños con sus lazos de raso blanco en el brazo.... y luego sus cirios con empuñaduras de terciopelo rojo y oro?

—Tenian tambien su bandera los muchachos, ¿no es cierto, Francisco?... ¡Ah! ¡Dios mio! ¡aquel día me pegaron tambien, porque pregunté á la madre el por qué no íbamos nosotros á la procesion como los otros muchachos!

—Entonces fué cuando nos prohibió el que entrásemos en la iglesia cuando fuésemos al pueblo ó á París, á menos que no fuese para hurtar las arquillas de los pobres, ó los bolsillos de los parroquianos mientras estuviesen oyendo la misa.... añadió la bestia de Calabaza riendo, y mostrando sus viejos dientes amarillos....

—¡Oh! en cuanto á eso.... robar en una iglesia, primero me matarán.... ¿no tengo razon, Francisco?

—¿Allí ó en otra parte.... qué mas tiene, cuando uno se ha decidido á hacerlo?

—Sin embargo, no sé.... tendria mucho mas temor.... me seria imposible.

—¿Por los sacerdotes?

—No.... ¡tal vez por aquel retrato de la Virgen que tiene el rostro tan dulce, tan bueno!

—¿Qué tiene que ver el retrato? como si te fuera á comer, ¡tontuela!

—Es verdad.... mas, en fin, no podria.... no es culpa mia....

—A propósito de sacerdotes, Amandina: ¿te acuerdas de aquel dia en que Nicolás me dió dos grandes bofetones, porque me habia visto saludar al cura párroco? Habia visto que los demas le saludaban, le saludé tambien, y no creía hacer mal....

—Sí; mas aquella vez, por ejemplo, nuestro hermano Marcial dijo, como Nicolás, que no tenemos necesidad de saludar á los sacerdotes.

En este momento Amandina y Francisco oyeron pasos en el corredor.

Dirigíase Marcial hácia su cuarto sin desconfianza, despues de su conversacion con su madre, creyendo que Nicolás quedaba encerrado hasta el dia siguiente.

Viendo salir un rayo de luz por la rendija de la entreabierta puerta del aposento de sus hermanos, entró.

Corrieron ambos á su encuentro, y los abrazó tiernamente.

—¿Cómo no estais aun acostados?

—No, hermano.... nos aguardábamos para veros entrar en vuestro cuarto, y daros las buenas noches, dijo Amandina.

—Y luego hemos oido hablar muy fuerte abajo.... como si riñesen, añadió Francisco.

—Sí, dijo Marcial, he tenido algunas palabras con Nicolás.... mas no es nada.... Sin embargo, me alegro de encontraros despiertos: tengo una buena noticia que daros.

—¿A nosotros, hermano?

—¿Os alegraríais marcharos de aquí, é ir conmigo á otra parte, lejos, muy lejos?

—¡Oh! ¡sí, hermano mio!...

—Sí, hermano.

—Pues bien; dentro de dos ó tres dias saldremos los tres de la isla.

—¡Qué felicidad! exclamó Amandina palmoteando alegremente.

—¿Y á dónde iremos? preguntó Francisco.

—Ya lo verás, curioso.... ¿qué importa eso? allí donde vayamos, tomarás un buen oficio.... que te pondrá en el caso de ganarte la vida.... esto es lo que hay de positivo.

—¿No iré yo á pescar contigo, hermano?

—No; tú entrarás de aprendiz en casa de un carpintero ó de un cerrajero; eres fuerte, mañoso, con ánimo, y trabajando de firme, al cabo de un año podrás ya ganar algo: ¡Ah! ¡ea! ¿qué tienes?... parece no estás contento.

—Es que.... hermano mio.... yo....

—Vamos, habla.

—Preferiría no separarme de ti, ayudarte á pescar.... y á componer tus redes, á tomar un oficio.

—¿Ciertamente?

—¡Toma! estar encerrado todo el dia en un taller es triste.... y luego ser aprendiz, es fastidioso....

Marcial se encogió de hombros.

—Es mejor ser perezoso, vagabundo, y correca-
lles, ¿no es eso? le dijo severamente, mientras se
llega á ladron.

—No, hermano; pero quisiera vivir contigo en otra parte como vivimos aquí, y no más....

—Sí, esto es; beber, comer, dormir y divertirse en pescar como un señor, ¿no es verdad?

—Preferiría esto....

—Lo creo.... mas tú querrás otra cosa.... Mira, mi pobre Francisco, es ya juiciosamente tiempo de que te saque de aquí; sin pensarlo te volverías tan picaro como los otros. Mi madre tenía razón.... temo no tengas *vicio*.... ¿Y á ti, Amandina, tampoco te gustaria tomar un estado?

—¡Oh! sí, hermano mio.... mucho me gustaria aprender algo: todo lo prefiero á permanecer aquí. ¡Estaría tan contenta de irme contigo y con Francisco!

—¿Pero qué es lo que llevas en la cabeza? dijo Marcial observando el pomposo prendido de Amandina.

—Un pañuelo que Nicolás me ha dado....

—Tambien me ha dado otro á mí, dijo orgullosamente Francisco.

—¿De dónde han salido esos pañuelos? No creo que Nicolás los haya comprado para haceros un regalo.

Los dos muchachos bajaron la cabeza sin contestar.

Al cabo de un segundo, Francisco dijo resueltamente:

—Nicolás nos los ha dado: nosotros no sabemos de dónde proceden: ¿no es verdad, Amandina?

—No.... no.... hermano mio.... añadió Amandina tartamudeando y poniéndose colorada, sin atreverse á mirar á Marcial.

—No mintais.... dijo severamente este.

—No mentimos, replicó atrevidamente Francisco.

—Amandina, hija mia.... dí la verdad, repuso Marcial con dulzura.

—Pues bien; para que lo sepas, contestó tímidamente Amandina, estos hermosos pañuelos son procedentes de una caja de géneros que Nicolás ha traído esta noche en su barca....

—¿Y que ha robado?

—Yo creo que sí, hermano mio.... en una barca.

—¿Lo ves, Francisco? mentías, dijo Marcial.

El muchacho bajó la cabeza sin contestar.

—Dame ese pañuelo, Amandina; dame también el tuyo, Francisco.

La niña se lo quitó, miró por última vez el enorme lazo que no se había deshecho, y entregó el pañuelo á Marcial, ahogando un suspiro de pesar.

Francisco sacó lentamente el suyo del bolsillo, y se lo entregó á Marcial del mismo modo que su hermana.

—Mañana por la mañana, dijo este, devolveré á Nicolás los pañuelos; vosotros no debiais haberlos tomado, hijos míos: aprovecharse de un robo, es lo mismo que si uno robase.

—¡Es una lástima, eran tan bonitos esos pañuelos! dijo Francisco.

—Cuando tendrás un oficio y ganarás el dinero trabajando, comprarás otros tan hermosos como estos. Vamos, acostaos; ya es tarde.... hijos míos.

—¿No estás enfadado, hermano? dijo con timidez Amandina.

—No, no, hija mia, no es culpa vuestra.... Vivís con unos pícaros; les imitais sin saberlo.... Cuando esteis entre gentes honradas, obrareis como ellas, y estareis pronto.... ó el diablo me ha de llevar.... Vamos, buenas noches.

—¡Buenas noches, hermano!

Marcial abrazó á los niños, y marchóse.

— ¿Qué es lo que tienes, Francisco? parece que estás triste, dijo Amandina.

— ¡Toma! Marcial me ha tomado un bonito pañuelo, y luego, ¿no has oído?

— ¿Qué?

— Quiere llevársenos para ponernos aprendices.

— ¿No te alegra esto?

— A fé mia que no.

— ¿Prefieres permanecer aquí para ser zurrado todos los días?

— Me pegan; pero á lo menos no trabajo; me estoy todo el día en la barca, ó pescando, ó jugando, ó sirviendo á los parroquianos, que algunas veces me dan para que beba, como el cojo: esto es mucho mas divertido que estarse desde por la mañana á la noche encerrado en un taller trabajando como un perro.

— ¿No lo has oído acaso?... nuestro hermano ha dicho que si permanecíamos aquí por mas tiempo, nos volveríamos pícaros.

— ¡Ah, bah! lo mismo se me da.... puesto que los otros muchachos nos llaman ya ladroncillos, guillotizados.... Y despues, trabajar es muy enfadoso....

— ¡Pero aquí nos pegan siempre, hermano!

— Nos pegan porque escuchamos mas á Marcial que los otros....

— ¡Es tan bueno para nosotros!

— Es bueno, es bueno, no digo que no.... tambien yo le quiero mucho.... Delante de él no se atreven á hacernos daño.... nos lleva á paseo.... es verdad.... pero aquí se acaba todo.... nunca nos da cosa alguna.

— Pero si no tiene nada; lo que gana, lo da á nuestra madre para su manutencion.

— ¿Tiene algo Nicolás?... A buen seguro que si

le creyésemos, no nos harían pasar una vida tan mala.... nos darian vestidos bonitos como este.... no desconfiarían de nosotros.... y tendríamos dinero como Jorobeta.

— ¡Mas, Dios mio, para esto sería preciso robar! ¡y daríamos tanto sentimiento á nuestro hermano Marcial!

— ¡Y bien; tanto peor!

— ¡Oh! Francisco.... y ademas si nos cogian nos llevarían á la cárcel.

— Estar encerrado en un taller todo el dia, ó en la cárcel, viene á ser lo mismo. Por otra parte, el cojo dijo que se divierte uno allí mucho.

— Pero ¿y el pesar que causaríamos á Marcial? ¿tú no piensas en ello, segun eso? Por último, él ha vuelto por nosotros aquí, y por nosotros permanece; para él solo, pocas dificultades se le ofrecerían; se marcharía otra vez á cazar á los bosques que tanto ama.

— Pues bien; que nos lleve con él á los bosques, dijo Francisco; esto sería lo mejor. Estaría con él, á quien quiero mucho, y no trabajaría en oficios que me disguntan....

Un accidente interrumpió la conversacion de Francisco y Amandina.

Por la parte de afuera cerraron su puerta dando dos vueltas á la llave.

— ¡Nos cierran! exclamó Francisco.

— Ay, Dios mio!... ¿y por qué, hermano? ¿qué es lo que van á hacernos?

— Tal vez es Marcial....

— Escucha.... escucha: ¡cómo ladra su perro!... dijo Amandina prestando el oido.

Al cabo de algunos instantes, añadió Francisco:

— Parece que golpean su puerta con un martillo.... ¡tal vez quieren hundirla!

- Sí, sí, su perro sigue ladrando.
- ¡Escucha, Francisco!... ahora parece como si clavasen alguna cosa.... ¡Dios mio! tengo miedo.... ¿Qué es lo que han hecho á nuestro hermano? ¿Oyes á su perro que aúlla ahora?
- Amandina, ya nadie se oye... dijo Francisco aproximándose á la puerta.

Los dos hermanos, deteniendo la respiracion, escuchaban con ansiedad.

— Ahora vuelven del cuarto de Marcial, dijo Francisco en voz baja; oigo pasos por el corredor.

— Echémonos en la cama, porque la madre nos mataria si nos encontrase levantados, dijo con terror Amandina.

— No, repuso Francisco escuchando siempre; acaban de pasar por delante de nuestra puerta.... bajan la escalera corriendo....

— ¡Dios mio, Dios mio! ¿qué es lo que sucede?...

— ¡Ah! ahora abren la puerta de la cocina....

— ¿Estas seguro?...

— Sí, sí.... he reconocido su ruido....

— El perro de Marcial aúlla todavía.... dijo Amandina escuchando.

De repente exclamó:

— Francisco, nuestro hermano nos llama....

— ¿Marcial?

— Sí, ¿oyes?... ¿oyes?...

Efectivamente, á pesar del espesor de las dos puertas cerradas, la retumbante voz de Marcial, que desde su cuarto llamaba á los dos muchachos, llegó hasta ellos.

— ¡Dios mio! no podemos ir.... estamos cerrados, dijo Amandina; cuando nos llama, es señal de que quieren hacerle daño.

— ¡Oh! en cuanto á eso.... si pudiese impedirlo,

gritó resueltamente Francisco, lo haría, aunque debiesen despedazarme!...

— Mas nuestro hermano no sabe que nos han cerrado la puerta, y va á creer que no queremos socorrerle; grítale, pues, que estamos encerrados, Francisco.

Este iba á seguir el consejo de su hermana, cuando un violento golpe dado por la parte de afuera, conmovió la persiana de la ventanilla del cuarto de los dos chicos.

— Vienen por la ventana para matarnos, exclamó Amandina, y en su espanto arrojóse sobre la cama, y ocultó su cabeza entre las manos.

Francisco permaneció inmóvil, aunque participó del terror de su hermana.

Sin embargo, despues del choque violento de que se ha hablado, la persiana permaneció cerrada, y reinó en la casa el mas profundo silencio.

Marcial habia cesado de llamar á los muchachos.

Un poco confortado, y escitado por una viva curiosidad, atrevióse Francisco á entreabrir la ventana suavemente, y procuró mirar lo que pasaba fuera por entre las tablillas de la ventana.

— ¡Ten cuidado, hermano! dijo en voz baja Amandina, que al oír que Francisco abría la ventana, se habia incorporado. ¿Ves algo? añadió ella.

— No.... la noche está muy oscura.

— ¿No oyes nada?

— No, hace mucho viento.

— Vuélvete.... vuélvete entonces.

— ¡Ah! ahora veo algo.

— ¿Qué?

— El resplandor de una linterna que va y viene.

— ¿Quién es el que la lleva?

— Solo veo el resplandor.... ¡Ah! se acerca.... hablan....

— ¿Quién es?

— Escucha.... escucha.... es Calabaza.

— ¿Qué dices?

— Habla de sostener el pie de la escalera.

— ¡Ah! mira, el gran ruido que oímos no ha mucho lo hacían al tomar la escalera que estaba apoyada en nuestra ventana.

— No oigo nada más.

— ¿Y qué hacen ahora de la escalera?

— No puedo ver....

— ¿No oyes nada más?

— No....

— ¡Dios mío! Francisco, tal vez han cogido la escalera para entrar en el cuarto de Marcial por la ventana.

— Puede ser muy bien.

— Si abrieses un poco la celosía para ver....

— No me atrevo.

— Nada más que un poco.

— ¡Oh! no, no; si la madre lo observase....

— Está tan oscuro.... no hay peligro....

Francisco se rindió, aunque con pesar, al deseo de su hermana; entreabrió la persiana, y miró.

— ¿Qué ves, hermano? dijo Amandina venciendo sus temores, y acercándose á Francisco de puntillas.

— A la claridad de la linterna, dijo este, veo á Calabaza que sostiene el pie de la escalera; la han apoyado á la ventana de Marcial.

— ¿Y luego?

— Nicolás sube por ella con su hacha en la mano; la veo relucir....

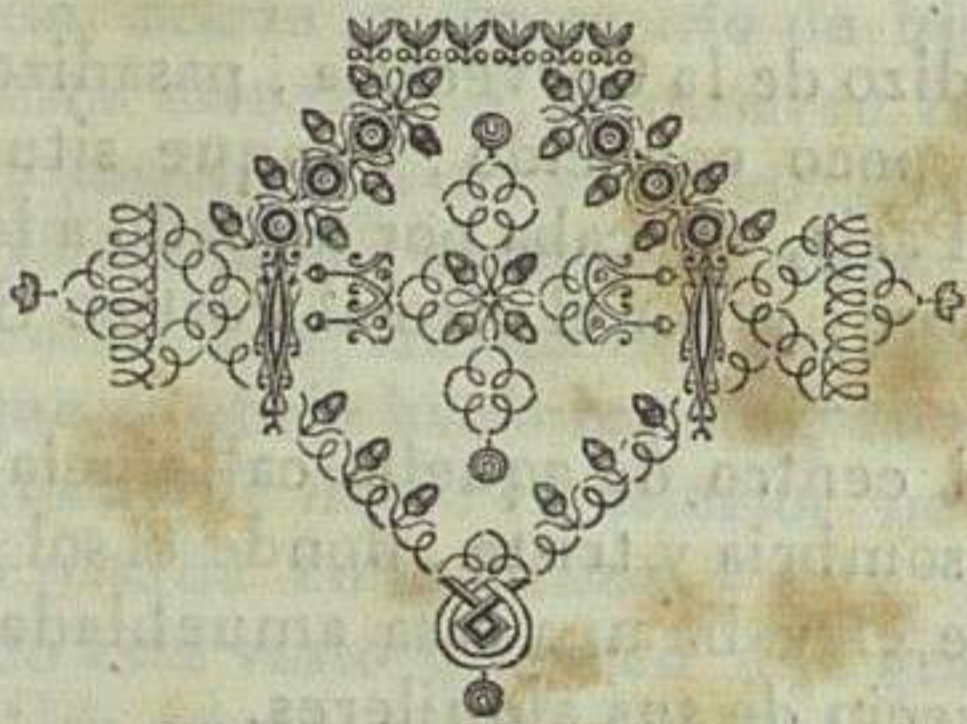
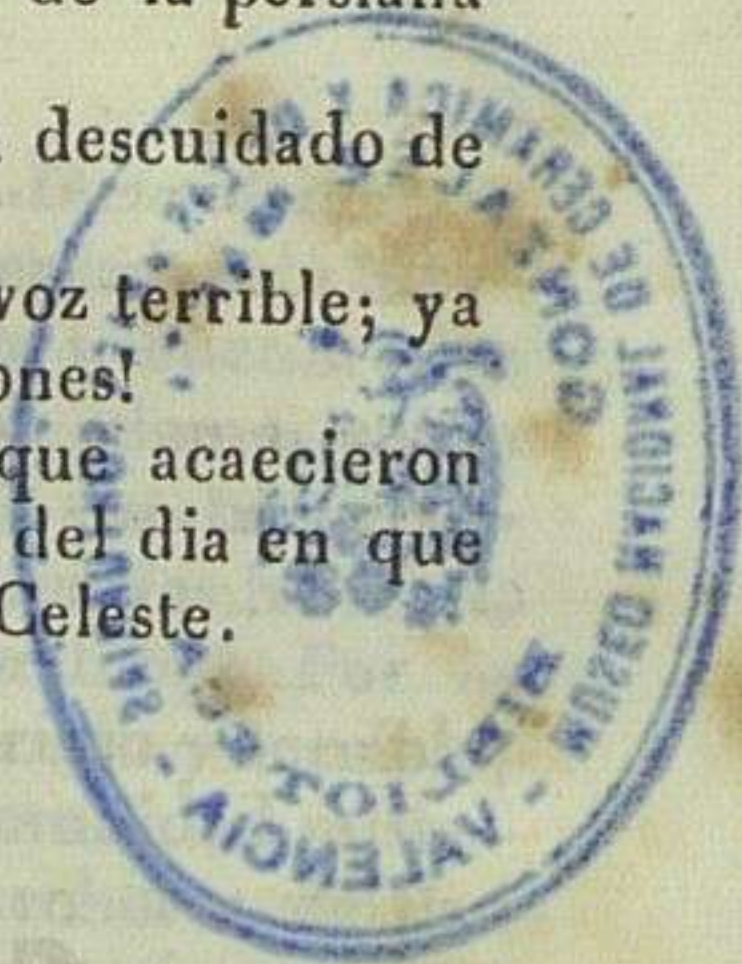
— ¡Hola! ¡no estais acostados! ¡y nos espiais! exclamó de pronto la viuda, dirigiéndose desde la parte de afuera á Francisco y á su hermana. En el momento de volver á entrar en la cocina, acababa de per-

cibir el resplandor que se escapaba de la persiana entreabierta.

Los desgraciados niños se habian descuidado de apagar la luz.

—¡Ya subo, añadió la viuda con voz terrible; ya subo á daros lo que mereceis, bribones!

Tales eran los acontecimientos que acaecieron en la isla del Devastador, la velada del dia en que Serafina debia conducir alli á Flor Celeste.





CAPÍTULO XVI.

-NON-

UNA CASA DE HUÉSPEDES.

El pasadizo de la Cervecería, pasadizo tenebroso, y asáz poco conocido, aunque situado en el centro de París, abocaba por un lado á la Travesía Saint-Honoré, y por el otro al Pórtico Saint-Guillaume.

Hácia el centro de aquella callejuela húmeda, cenagosa, sombría y triste, donde el sol casi nunca penetra, se elevaba una casa amueblada, en razon del bajo precio de sus alquileres.

En una mezquina muestra se leía: *Hay aposentos amueblados*; á la derecha de un lóbrego portal se abría la puerta de un almacén no menos lóbrego, en donde estaba habitualmente el principal inquilino de la casa.

Este individuo, cuyo nombre ha sido pronun-

ciado muchas veces en la *isla del Devastador*, se llama Micou: en la apariencia es mercader de hierro viejo; mas secretamente compra y encubre los metales robados, tales como hierro, plomo, cobre y estaño. Decir que el señor Micou estaba en relaciones de negocios y de amistad con los Marcial, es apreciar suficientemente su moralidad. Por lo demas, existe un hecho á la vez curioso y terrible; y es esa especie de afiliacion, de comunidad misteriosa, que une á casi todos los malhechores de París. Las *prisiones comunes* son los grandes centros á do afluyen y de do refluyen incesantemente esas olas de corrupcion que invaden poco á poco la capital, y dejan en ella tan sangrientas reliquias.

El señor Micou es un hombre grueso, de cincuenta años, de fisonomía ruin y astuta, de nariz granugienta, y megillas de color vinoso: lleva una gorra de piel de nütria, y se emboza en un viejo carrik verde. Sobre el braserillo de hierro colado en que se está calentando, se observa una plancha numerada, suspendida en la pared: alli están colgadas las llaves de los aposentos, cuyos inquilinos están ausentes. Los vidrios de los postigos de la ventana que se abria hácia la calle, estaban pintados de manera que desde el exterior no se pudiese ver lo que pasaba en la tienda.

Reina en este vasto almacén una grande oscuridad: de las negras y húmedas paredes penden enmohecidas cadenas de todos tamaños, y desaparece casi enteramente el suelo bajo de montones de deshechos de hierro y bronce.

Tres golpes dados en la puerta de un modo particular, llamaron la atención del alquilador, revendedor y encubridor.

— Adelante.... gritó Micou; y entró Nicolás, el hijo de la viuda del ajusticiado.

Estaba pálido ; su fisonomía tenia un colorido mas siniestro que la vispera ; y sin embargo verémosle fingir una especie de atronadora alegría durante la siguiente conversacion. (Esta escena tuvo lugar á la mañana siguiente de la querrela de ese bandido con su hermano Marcial.)

— ¡Hola! ¡tú por aquí, buena pieza! le dijo cordialmente el revendedor.

— Sí, señor Micou.... vengo á hacer un trato con vos.

— Entonces, cierra la puerta.... ciérrala.

— Es que mi perro y mi carreton están ahí.... con lo que traigo.

— ¿Qué es lo que me traes?... ¿plomo de tejados tal vez?

— No, señor Micou.

— Seguramente no será cosa de caza ; eres demasiado vagabundo ; ahora ya no trabajas.... ¿tal vez son restos de metales sacados del rio?

— No, señor Micou, es cobre.... cuatro barras.... deben haber unas ciento treinta libras ; mi perro apenas podia con el carreton.

— Vé á buscar el cobre ; lo pesaremos.

— Es necesario que me ayudeis, señor Micou.... tengo el brazo malo.

Y al recuerdo de su lucha con su hermano Marcial, las facciones del bandido espresaron un sentimiento de odio y alegría feróz, como si su venganza hubiese quedado satisfecha.

— ¿Qué es lo que tienes en él, muchacho?

— Nada.... un rascuño.

— Pues mira, haz enrojecer un hierro al fuego, húndele en el agua, y mete en ella, casi hirviendo, tu brazo ; es un remedio del mercader de hierro viejo, pero escelente.

— Gracias, señor Micou.

—Vamos, vamos á buscar el cobre; voy á ayudarte, perezoso.

En dos viages quedaron sacadas las barras de un carretoncillo tirado por un enorme dogo, y entradas en la tienda.

—¡Es una excelente idea tu carreton!.... dijo Micou, equilibrando los platos de madera de unas grandes balanzas colgadas en una de las vigas del techo.

—Sí, cuando tengo que llevar alguna cosa, meto la carreta y mi dogo en la barca, y en abordando, unzo. Un simon se encallaría.... un perro no se encalla.

—¿Y en tu casa todos siguen buenos? pregunté el encubridor pesando el metal; ¿tu madre y tu hermana gozan de salud?

—Sí, señor Micou.

—¿Los muchachos tambien?

—Tambien. ¿Y vuestro sobrino Andrés en dónde está?...

—¡No me hables! estaba ayer de francachela. Barbillon y el cojo gordo se me lo llevaron, y hasta esta mañana no ha vuelto; está ya en camino para la oficina central de correos, calle de Juan-Jacobo-Rousseau. ¿Y tu hermano Marcial.... siempre tan salvaje?

—A fé mia, nada sé de él.

—¿Cómo! ¿no sabes de él?

—No, dijo Nicolás afectando un aire de indiferencia; hace dos dias que no le hemos visto.... Tal vez se habrá vuelto á los bosques á cazar furtivamente, á menos que su barca, que era muy vieja, muy vieja.... no se haya ido al fondo en medio del rio, y él con ella.

—¡No te causaría eso gran pena, bergante, porque no podias sufrir á tu hermano!

—Es verdad.... cada uno tiene sus ideas respecto á otros.... ¿Cuántas libras de cobre hay?

—Tienes un ojo certero.... ciento cuarenta y ocho libras, mocito.

—¿Y me dareis...?

—Treinta francos justos.

—¿Treinta francos, cuando el cobre está á veinte sueldos la libra? ¡treinta francos!

—Pongámoslo á treinta y cinco francos, y calla, ú os envío á todos los diablos á ti, á tu cobre, á tu perro y á tu carretón.

—¡Pero, señor Micou, me robais descaradamente! no teneis conciencia.

—¿Quieres probarme cómo te pertenece este cobre, y te lo pago á quince sueldos la libra?

—¡Siempre la misma canción.... todos os asemejais! ¡atajo de bandoleros! ¡Os parece bien hecho desollar así á los amigos! Pero vamos á ver; si os tomo mercadería en cambio, ¿me dareis á lo menos buena medida?

—Es muy justo. ¿Qué es lo que necesitas? ¿cadenas ó graponés para tus barcos?

—No; he menester cuatro ó cinco tiras de lona muy fuerte, como si dijésemos para cubrir palomares....

—Tengo lo que tú quieres.... cuatro líneas de espesor.... una bala de pistola no lo atravesaría.

—Eso, cabalmente, es lo que deseo....

—¿Y de qué tamaño?

—En total.... unos siete á ocho pies cuadrados.

—¡Bueno! ¿qué más?

—Tres barras de hierro, de tres á cuatro pies de largo, y dos pulgadas de grueso, en cuadro.

—Deshice el otro día una reja de ventana, que te vendrá como un guante.... ¿Y luego?

—Dos fuertes bisagras y un pestillo, para ajustar

y cerrar á voluntad, una válvula de dos pies cuadrados.

— ¿Una trampa, querrás decir?

— No; una válvula.

— No comprendo de qué pueda servirte una válvula.

— Lo creo, pero lo comprendo yo.

— Corriente; no tendrás mas que escoger; ahí tengo un monton de bisagras. Vamos, ¿y qué mas quieres?

— Nada mas.

— No es mucho.

— Preparadme en seguida mi mercadería, señor Micou, y la tomaré á la vuelta; tengo aun algunas cosas que hacer.

— ¿Con tu carreton, eh? Dí, pues, truhan, he visto un fardo en su fondo: ¿es tambien alguna golosina que has cogido en la tienda de todo el mundo, picaruelo?

— Asi es, señor Micou; mas vos no comeis de esa. No me hagais esperar mis herrajes; pues es preciso que antes del medio dia esté en la isla....

— No te dé eso cuidado, son las ocho; si no vas lejos... dentro de una hora puedes volver; todo estará pronto, dinero y provisiones.... ¿Quieres echar un trago?

— Yo lo creo.... ¡bien me lo debeis!...

Micou sacó de un viejo armario una botella de aguardiente, un vaso de vidrio, una taza sin asa, y echó de beber.

— ¡A vuestra salud, señor Micou!

— ¡A la tuya, mozo, y á la de las mugeres de la casa!

— Gracias.... ¿Vuestra posada siempre en popa?

— Asi, asi.... tengo siempre algunos inquilinos

que me hacen temer las visitas del comisario.... pero pagan como es consiguiente....

— ¿Por qué?

— ¡Eres tonto! algunas veces alquilo como compro.... á esos no les pido pasaporte, como no te exijo á tí factura de venta.

— ¡Entendido!... y segun eso á ellos les alquilais tan caro, como á mí me comprais barato.

— Es preciso.... tengo un primo que tiene una hermosa casa amueblada en la calle de Saint-Honoré, aunque su muger es una gran modista, que empleaba hasta veinte trabajadoras, ya en su casa, ya en sus cuartos.

— ¡Decid, viejo reacio, allí dentro habrá algunas muchachas muy bonitas!

— ¡Yo lo creo! dos ó tres hay á quienes he visto llevar sus labores.... ¡Caramba, qué guapas son! especialmente una pequeñita que trabaja en su aposento, que rie siempre, y se llama Rigolette.... ¡Por vida de Dios! ¡qué lástima que no tenga uno sus veinte años!...

— ¡Vamos, vamos.... apagad, ó grito á fuego!...

— Pero es honrada.... mozo.... honrada.

— ¡Zape!... ¿y deciais que vuestro primo....

— Tiene muy bien puesta su casa, y como es del mismo número que esa Rigolette....

— ¿Honrado?

— Eso es.

— ¡Pues ya!

— No quiere recibir en ella mas que inquilinos que vayan en forma con sus pasaportes ó papeles.... mas si se presenta alguno que no los tenga.... como sabe que yo no soy tan escrupuloso.... me los envia á mí....

— ¿Y pagan como es consiguiente?

— Es claro.

— ¡Pero los que no tienen papeles son todos amigos de la *garfiña* (1)!

— ¡Eh! no; mira, cabalmente á propósito de esto, mi primo me envió hace algunos dias unos parroquianos.... que lléveme el diablo si lo entiendo. ¡Vamos, otro traguito!

— Vaya.... el líquido es bueno.... á vuestra salud, señor Micou.

— ¡A la tuya, muchacho! Te decia, pues, que mi primo me envió unos parroquianos que no comprendo. Figúrate tú una madre y su hija que tenían un aire muy miserable y raído, es cierto; llevaban su equipaje en un pañuelo; pues bien; aunque deban ser de lo mas ínfimo, pues no tienen papeles, y satisfacen por quincenas.... desde que viven aqui, están siempre agazapadas en su cuarto como unas marmotas; nunca vienen hombres.... camarada.... nunca.... y sin embargo, si no estuviesen tan flacas y pálidas, serian dos guapas chicas, sobre todo la hija.... tiene unos quince ó diez y seis años á lo mas.... es blanca como un conejo blanco, con unos ojos negros, asi de grandes.... ¡cáspita!... ¡qué ojos aquellos! ¡qué ojos!

— ¡Vais á incendiaros otra vez!... ¿y qué es lo que hacen esas dos mugeres?

— ¡No te digo que no lo entiendo?... Es creible que sean honradas; y no obstante, nada de papeles.... sin contar que reciben cartas sin direccion.... preciso es que su nombre no sea muy bueno para escrito.

— ¿Cómo?

— Han enviado esta mañana á mi sobrino Andrés al despacho de correos para reclamar una carta dirigida á la señorita X Z. La carta debe haber

(1) Del robo.

venido de Normandía, de un pueblo llamado *Aubieres*. Han escrito todo eso en un papel, á fin de que Andrés pueda reclamar la carta dando esas señas.... Ya vés que no tienen visos de ser gran cosa dos mugeres que toman el nombre de una X y de una Z. Pues bien; sin embargo de eso, nunca ni un hombre.

—Me parece que os costará arrancarlas el dinero.

—No es á un viejo como yo á quien se engaña fácilmente. Han tomado un aposento sin chimenea; por él las hago pagar veinte francos por quincenas, y anticipados. Sin duda están enfermas, porque hace dos dias que no han bajado.... En todo caso no será de indigestion, pues no creo que hayan encendido nunca un hornillo para su comida desde que están aqui.... Pero vuelvo siempre á lo mismo.... ni hombres ni papeles....

—Si no teneis otros parroquianos que estos, señor Micou....

—Eso segun y conforme: si recibo gentes sin pasaporte, tambien las alojo de alto copete; tengo en este momento dos comisionistas, un cartero, el director de la orquesta del café de los Ciegos, y una hacendada, gentes todas honradas; ellas son las que salvarían la reputacion de la casa si el comisario quisiese andarse en nimias pesquisas.... no son inquilinos de noche, esos son inquilinos de sol claro.

—¿Cuándo lo hace en vuestro portal, señor Micou?...

—¡Vaya otro vasito, adulador!...

—El último, porque es preciso que me marche.... A propósito; ¿Robin, el cojo gordo, se hospeda aun aqui?...

—En el último piso, en el cuarto que está junto al de la madre y la hija. Está acabándose de comer

el dinero que sacó de la cárcel.... creo que ya le queda poco.

—Mirad, idos con cuidado, porque creo que se escapó de presidio.

—Lo sé; pero no puedo deshacerme de él. Yo creo que está urdiendo algun golpe; Jorobeta, el hijo del Zurdillo, vino á buscarle la otra noche con Barbillon. Temo que no cause algun perjuicio á mis buenosinquiliuos ese condenado de Robin; asi que haya concluido su quincena.... le pongo en la calle, diciéndole que su gabinete está reservado para un embajador, ó para el marido de la señora de San-Ildefonso, mi rentista.

—¿Una rentista?

—Yo lo creo.... tres salas y un gabinete en la parte de adelante, nada menos.... amueblado de nuevo, sin contar un chiribitil para su criada.... ochenta francos al mes.... y pagados anticipadamente por su tio, á quien cede uno de sus aposentos.... cuando viene del campo. Despues de lo dicho, creo que su campo es como si dijésemos calle de Vivienne, calle de Saint-Honoré, ó por las cercanías de esos prados.

—¡Entendido!... es rentista porque el viejo le forma rentas.

—¡Cállate! aqui viene precisamente su niñera.

Una muger, ya entrada en años, con un delantal blanco de limpieza ambigua, entró en el almacén del revendedor.

—¿Qué es lo que tiene que mandar la señora?

—¿No está en casa vuestro sobrino, señor Micou?

—No, está en el correo; pero va á volver al momento.

—El señor Badinot desearía que llevase esta carta adonde espresa su sobre; no exige respuesta.... pero es muy urgente.

—Dentro de un cuarto de hora estará en camino, señora.

—Y que no se entretenga.

—No tengais cuidado.

La criada salió, y Nicolás dijo:

—¿Es esta la niñera de uno de vuestros inquilinos, señor Micou?

—¡Eh! no, Nicolás, es la niñera de mi propietaria; el señor Badinot es su tío, que llegó ayer del campo, dijo el casero que examinaba la carta; después añadió leyendo el sobre: Mira, pues, estos son conocimientos honrosos.... cuando te digo que son gentes de pro.... escriben á un vizconde.

—¡Ah.... bah!

—Toma, lee: *Al señor vizconde de Saint-Remy, calle de Chaillot.... urgentísima.... en sus propias manos.* Me figuro que cuando se hospeda á hacendados que tienen tios que escriben á vizcondes, se puede bien prescindir de reclamar los pasaportes á algunos inquilinos del último piso, ¿no es verdad?

—Yo lo creo.... Vamos, á lo dicho, señor Micou; voy á atar mi perro con su carreta á vuestra puerta; llevaré lo que tengo que llevar á pie.... preparad mi mercancía y mi dinero, que no tengo que detenerme ni un momento.

—No pases cuidado: cuatro buenas tiras de lona de dos pies cuadrados cada una, tres barras de hierro de otros tantos pies, y dos bisagras para válvula. Esa válvula me huele á cosa sospechosa; en fin, es igual.... ¿no es esto todo?

—Sí; ¿y mi dinero?

—¿Y tu dinero?... Pero antes de que te vayas, debo decirte.... que desde que estás aquí.... te examino....

—¿Y qué?

—No sé.... pero tú tienes visos de tener algo.

— ¿Yo?

— Sí.

— ¿Estais loco?... ¡Sí tengo algo!... sí, hambre.

— ¡Tienes hambre, tienes hambre!... puede muy bien ser.... pero cualquiera diria que tratas de fingir que estás alegre, y que en tu interior tienes algo que te pincha y escuece.... te roe la conciencia, como dice el otro.... y para que no te escueza, preciso es que te rasques mucho.... porque tú no eres muy timorato.

— Os digo que estais loco, señor Micou, dijo Nicolás estremeciéndose á pesar suyo.

— Mira, cualquiera diria que acabas de temblar.

— Es mi brazo que me hace daño.

— Entonces no olvides mi receta, que te curará.

— Gracias, señor Micou.... hasta la vuelta.

Y el bandido salió.

El encubridor, despues de haber escondido las barras de cobre detrás de su escritorio, se estaba ocupando en reunir los diferentes objetos que le habia pedido Nicolás, cuando entró en su tienda un nuevo personaje.

Era este un hombre de unos cincuenta años poco mas ó menos, de rostro fino y sagáz, con espesas patillas grises, y con unos anteojos montados en oro; iba vestido con bastante esmero; las anchas mangas de su gaban de color oscuro, con adornos y vueltas de terciopelo negro, permitian ver sus manos con hermosos guantes amarillos; sus botas se conocia que habian recibido la víspera un brillante barniz.

Tal era el señor Badinot, tio de la propietaria, cuya posicion social formaba el orgullo y seguridad del señor Micou.

Tal vez se acordará el lector que el señor Badinot, antiguo abogado, arrojado de su corpora-

cion, y en la actualidad caballero de industria y agente de negocios equívocos, servia de espía al baron de Graun, y habia facilitado á este diplomático numerosos y muy exactos datos acerca de muchos de los personajes de esta historia.

—¿Acaban de entregaros una carta? dijo el señor Badinot al casero.

—Sí señor.... mi sobrino va á volver.... en cuanto llegue, la llevará.

—No, devolvédmela.... lo he pensado mejor; yo mismo iré á casa del vizconde de Saint-Remy, dijo el señor Badinot cargando el acento con intencion y fatuidad sobre ese nombre aristocrático.

—Aquí está, señor.... ¿no teneis otra cosa que mandarme?

—No, señor Micou, dijo el señor Badinot con aire de proteccion; mas tengo que daros algunas quejas.

—¿A mí, señor?

—Sí, quejas muy graves.

—¿Cómo, señor?

—Ciertamente.... la señora de San-Ildefonso.... paga muy caro vuestro primer piso; mi sobrina es una de aquellas inquilinas á quienes se las debe tener las mayores consideraciones; se ha retirado á esta casa por temor al ruido de los carruages: creía estar aquí como en el campo.

—En efecto; esto es casi una cabaña.... Vos mismo podeis juzgarlo; vos, señor, que habitais en el campo.... ¿se vive aquí como en una verdadera cabaña!...

—¿Una cabaña?... ¡Es cosa graciosa!... cuando hay siempre un bullicio infernal....

—No obstante; no es posible hallar una casa mas tranquila: encima del aposento de la señora, está el director de la orquesta del café de los Ciegos, y

un comerciante.... y encima otro comerciante. Mas arriba hay....

— No se trata de esas personas; son muy tranquilas y honradas: mi sobrina conviene en ello; pero hay en el cuarto piso un cojo gordo, que ayer mismo encontró la señora de San-Ildefonso, borracho en la escalera; despedía unos gritos salvajes, que la asustaron tanto, que poco faltó para que la diese una convulsión.... Si creéis que con semejantes vecinos vuestra casa se parece á una cabaña....

— Os juro, señor, que espero se presente la ocasión de poner de patitas en la calle á ese cojo gordo; me ha pagado la última quincena adelantada; y á no ser así, ya estaria fuera.

— No debiais haberle recibido.

— Pero, escepto él, no creo que la señora tenga de qué quejarse. Hay un cartero que es la flor de los hombres de bien; y encima, al lado del cojo gordo, una señora y su hija, que parecen unas marmotas en lo quietas.

— Os lo repito; la señora de San-Ildefonso no tiene quejas mas que del cojo gordo.... ¡Ese tunante es el demonio de la casa!... Os lo prevengo; si le conservais.... hareis desertar á todas las gentes de honor.

— Le despediré; quedad tranquilo.... no tengo que guardarle ninguna consideracion.

— Y hareis bien.... porque nadie se la guardaría á vuestra casa.

— Lo que no me traería ninguna cuenta.... así tened por despedido al cojo, pues solo cuatro dias le quedan que permanecer aqui.

— Mucho es; en fin, es asunto vuestro. A la primera bulla, mi sobrina abandona esta casa.

— Desechad todo cuidado, señor.

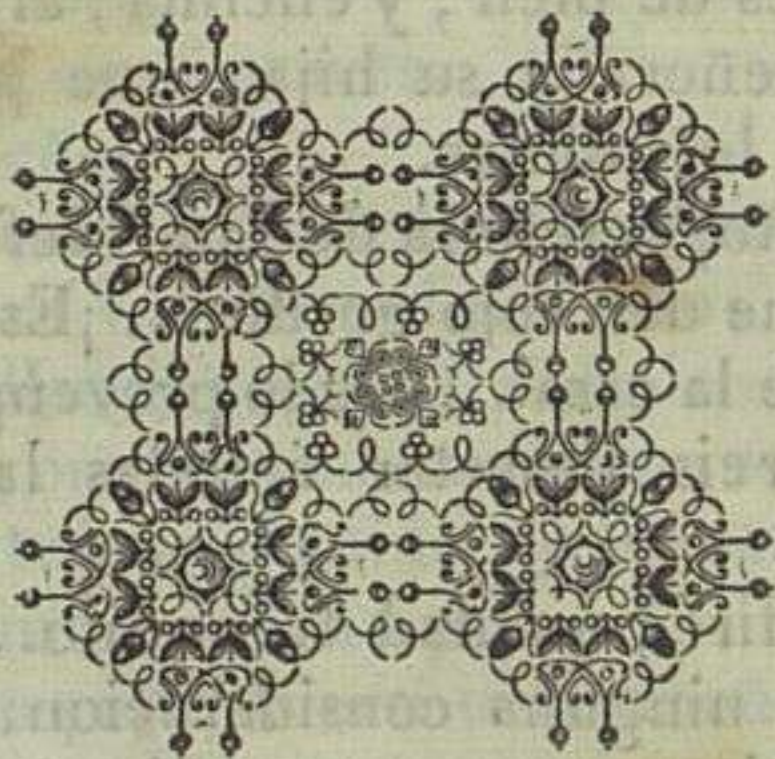
— Todo cuanto os digo es por vuestro interés....

aprovechadlo.... yo con una palabra concluyo, dijo el señor Badinot con aire protector.

Y salió.

¿Necesitamos decir que esa muger y esa jóven que vivian tan solitarias eran las dos víctimas de la codicia del escribano?

Vámonos con el lector al triste aposento que habitan.



CAPÍTULO XVII.



Las víctimas de un abuso de confianza (1).

Figúrese el lector un gabinete, situado en el cuarto piso de la triste casa de la travesía de la Cervezeria. Una claridad pálida y sombría penetra apenas en esta reducida estancia por una ventanilla de un solo postigo, provisto de tres vidrios rajados y sucios; un deteriorado papel de color amarillo cubre las paredes: en los ángulos del agrietado techo cuelgan espesas telarañas. El suelo, desenladrillado en muchos parajes, deja ver aquí y allá las vigas y latas que sostienen el piso.

(1) Cuando se castiga un abuso, el término medio de la pena imponible es: dos meses de cárcel y veinticinco francos de multa, (Art. 406 y 408 del Código penal).

La caridad espiritual con los que sufren, es de tanto valor como la mejor limosna.

Una mesa de pino, una silla, una vieja maleta sin cerradura y un catre de correas con cabecera de madera, provisto de un delgado colchon, de dos sábanas de lienzo casero ordinario y de una vieja manta de lana oscura, tal era el ajuar de ese cuarto.

En la silla está sentada la señora baronesa de Fermont: en la cama descansa la señorita Clara de Fermont (estos eran los nombres de las dos víctimas de Santiago Ferrand).

Como solo podían disponer de una cama, madre é hija se acostaban en ella alternativamente, repartiéndose así las horas de la noche.

Demasiadas inquietudes, demasiadas angustias torturaban el corazón de la madre para que la fuese dable entregarse con frecuencia al sueño; pero la hija disfrutaba en él algunos momentos de reposo y olvido. Este era uno de ellos: dormía. Nada más patético ni más doloroso que el cuadro de esa miseria impuesta por la avaricia del escribano; dos mugeres que habían disfrutado hasta entonces de las dulzuras de la comodidad y de las consideraciones que inspira siempre una familia noble, honrada y digna de atención.

La señora de Fermont tiene unos treinta y seis años: su fisonomía presenta una expresión de afabilidad y nobleza; sus facciones, en otro tiempo estremadamente hermosas, están pálidas y profundamente alteradas; sus negros cabellos divididos sobre la frente y aplastados á manera de una ancha cinta, bajan por sus mejillas, y van á atarse por debajo de las orejas en la parte posterior de la cabeza: los pesares han blanqueado ya algunos de ellos que resaltan como otras tantas hebras de plata. La señora de Fermont, vestida con un traje de luto, remendado en varios parajes, sostiene su frente con una mano, cuyo codo está apoyado en

la miserable almohada de su hija, á quien mira con inesplicable afliccion.

Diez y seis años tiene únicamente Clara: el cándido y suave perfil de su rostro, flaco como el de su madre, se dibuja sobre el color moreno de las sábanas que cubren la almohada henchida de ser-
rin. La téz de la jóven ha perdido su brillante lo-
zanía; sus grandes ojos cerrados estienden hasta las
megillas su doble franja de largas pestañas negras.
En otro tiempo encarnados y húmedos, ahora secos
y pálidos, sus lábios entreabiertos permiten ver el
blanco esmalte de sus dientes; el áspero contacto
de las bastas sábanas y de la manta habian sonrosa-
do en muchos parajes el delicado cutis del cuello,
de las espaldas y de los brazos de la jóven. De vez
en cuando, un ligero estremecimiento aproximaba
sus cejas delgadas y sedosas, como si la persiguiese
un penoso sueño. El aspecto de aquel rostro que re-
fleja una espresion morbosa, es penoso; descúbren-
se en él los siniestros síntomas de una enfermedad
latente y amenazadora.

Hacia mucho tiempo que los ojos de la señora de
Fermont no derramaban ya una lágrima; fijaba
sobre su hija una mirada seca é inflamada por el
ardor de una fiebre lenta que minaba sordamente
su existencia. De dia en dia sentíase la señora de
Fermont mas débil; lo propio que su hija, experi-
mentaba aquel malestar, aquella postracion, pre-
cursores ciertos de una enfermedad grave y lenta;
mas temiendo asustar á Clara, y sobre todo, si lí-
cito es decirlo, no queriendo asustarse á sí misma,
luchaba en silencio y con todas sus fuerzas contra
los primeros síntomas de la enfermedad.

Guiada su hija por motivos de idéntica genero-
sidad, á fin de no alarmar á su madre, procuraba
disimular sus padecimientos. Estas dos desgracia-

das criaturas, heridas por las mismas penas, debian serlo tambien por los mismos males.

Suele llegar un momento estremo en el infortunio, en que el porvenir se presenta bajo un aspecto tan terrible, que las personas mas enérgicas, no atreviéndose á mirarlo de frente, cierran los ojos, y tratan de engañarse á sí mismas con locas ilusiones. Tal era la posicion de la señora de Fermont y de su hija.

Explicar los tormentos de esta muger durante las largas horas en que contemplaba de este modo á su hija dormida, pensando en lo pasado, en el presente y en el porvenir, equivaldria á pintar la parte que los augustos y santos dolores de una madre tienen de mas dislacerante, de mas desesperado, de mas insensato: recuerdos encantadores, temores siniestros, provisiones terribles, amargos pesares, abatimiento mental, raptos de impotente é inútil furor contra el autor de tantos males, súplicas vanas, violentas preces, y por último.... horrorosas dudas sobre la omnipotente justicia del que permanece inexorable á ese grito exhalado de las entrañas maternales.... á ese grito sagrado, cuyo eco debe, sin embargo, llegar hasta el cielo: *¡Piedad para mi hija!*

—¡Qué frio tiene ahora! decia la infeliz madre, tocando ligeramente con su mano helada los no menos brazos helados de su hija; ¡oh; sí... mucho. Hace una hora que quemaba.... ¡es la fiebre! felizmente ignora que la tiene. ¡Dios mio, es mucho el frio que la aqueja!... ¡esta manta es tambien tan delgada!... Yo pondria mi chal viejo sobre la cama... pero si lo quito de la puerta en que lo he colgado.... esos hombres ébrios vendrán tambien como ayer á mirar á través del agujero de la cerradura, ó por entre las rendijas de las tablas desunidas del tabique

de madera. ¡Qué horrible casa, Dios mio! Si hubiese sabido la gente que la habitaba.... antes de pagar nuestra quincena anticipada.... no hubiéramos permanecido aquí.... pero ignoraba.... Cuando no se tienen los papeles necesarios, no quieren admitirle á uno en otras posadas. ¿Podía yo nunca imaginarme que necesitaria pasaporte?... cuando salí de Angers en mi coche, porque no creía decente que mi hija viajase en un carruaje público.... podía creer que....

Despues, interrumpiéndose con un raptó de furor, exclamó:

—¡Pero esto es una infamia! ¡Verme reducida á la mas horrorosa estremidad por la codicia de ese escribano que me ha despojado tan vilmente, y sin poder hacer nada contra él!... ¡nada! Si tuviese dinero, podria reclamar.... ¡reclamar! ¿para qué? ¿para oír arrastrar por el cieno la memoria de mi noble y buen hermano?... ¿para oír decir que nos ha reducido á la última miseria?... ¡oh! ¡nunca! Sin embargo.... si la memoria de mi hermano es sagrada.... la vida.... el porvenir de mi hija.... son tambien sagrados para mí.... empero no tengo pruebas contra el escribano, y solo conseguiria provocar un escándalo inútil.... Pero lo mas terrible aun.... continuó despues de un momento de silencio, es que algunas veces, agriada, irritada, exacerbada por esa suerte atróz, me atrevo á acusar á mi hermano.... dar la razon al escribano contra él.... como si pudiendo maldecir á dos personas, cobrase yo alivio.... y luego me indigno de mis suposiciones injustas, odiosas.... contra el mejor, el mas leal de los hermanos.... ¡Oh! no conoce el escribano las horrendas consecuencias de su crimen.... ha creído únicamente robar dinero, y lo que ha hecho ha sido atormentar á dos almas....

hacer morir á fuego lento á dos mugeres.... ¡Ay! sí; no me atrevo nunca á comunicar á mi pobre hija todos mis temores para no afligirla demasiado.... pero sufro.... tengo calentura.... solo me sostengo á fuerza de energía; siento dentro de mí los síntomas de una enfermedad.... peligrosa quizás.... sí, la siento venir.... se acerca.... mi pecho arde.... mi cabeza se abre.... estos síntomas son mas graves de lo que quiero confesarme á mí misma.... ¡Dios mio! ¡si llegase á caer enferma!... ¡si llegase á morir!... No... no.... exclamó la señora de Fermont con exaltacion; no quiero, no puedo morir.... Dejar á Clara.... á los diez y seis años.... sin recursos, sola y abandonada en medio de París.... ¿es esto acaso posible?... No.... no estoy enferma, al fin y al cabo.... ¿qué es lo que experimento? Un poco de calor en el pecho, algo de pesadéz en la cabeza; esto es efecto de los pesares, del insomnio, del frio y de las inquietudes; cualquiera otra en mi lugar sentiria el mismo abatimiento.... mas esto nada tiene de grave. Vamos, vamos, fuera debilidad.... dejando que se apoderen de una semejantes ideas, dando entrada á ese temor.... es como realmente se cae enferma, y se necesita pensar en otras cosas. Ante todo; es necesario que me ocupe en buscar trabajo para Clara, pues que ese hombre que nos daba grabados para iluminar.... se ha atrevido....

Despues de un momento de silencio, Madama de Fermont añadió con indignacion:

— ¡Oh! ¡eso es una cosa abominable!... ¡poner ese trabajo al precio de la vergüenza de Clara! ¡quitar-nos sin piedad ese precario medio de existir, por haberme negado que mi hija fuese á trabajar sola por la noche á su casa!... Tal vez encontraremos en otra parte labor, de costura ó bordado.... ¡Mas cuando no se conoce á nadie es tan difícil! las úl-

timas tentativas que hice me salieron tambien fallidas.... ¡Cuando se vive en una casa tan miserable, se inspira tan poca confianza! Y sin embargo, ¿qué haremos cuando se nos haya concluido la débil suma que nos resta? ¿Qué será de nosotras?... No nos quedará nada, absolutamente nada sobre la tierra... ni un maravedí.... ¡y no obstante yo era rica! No pensemos en esto.... semejantes ideas me trastornan la cabeza.... me vuelven loca.... Esa es mi falta, fijar demasiado mi imaginacion en ellas, en vez de procurar distraerme.... Eso es lo que me habrá hecho tal vez caer enferma.... pero no, no, yo no estoy enferma.... aun creo que ya tengo menos fiebre, añadió la desdichada madre, tomándose ella mismo el pulso.

Mas ¡ay! las pulsaciones precipitadas, intermitentes é irregulares de sus arterias que sintió latir bajo su piel á la vez árida, seca y fria, hicieron desaparecer todas sus ilusiones. Trás un momento de taciturna y sombría desesperacion, dijo con amargura:

—Señor Dios mio, ¿qué delitos hemos cometido para que caigan sobre nosotras tantas penas? ¿No era mi hija un modelo de candor y de piedad, y su padre el honor mismo? ¿No he cumplido yo siempre fielmente mis deberes de esposa y madre? ¿Por qué permitís, pues, que un miserable nos haga sus víctimas?... ¡sobre todo á esta pobre niña! ¡Cuando considero que sin el robo de ese escribano la suerte de mi hija no me inspiraria temor alguno!... estaríamos ahora en nuestra casa, sin inquietudes sobre nuestro porvenir, llorando únicamente la muerte de mi pobre hermano; dentro de dos ó tres años hubiera hallado un hombre digno de ella. ¡Tan buena, tan hechicera, y tan hermosa!... ¿quién no se hubiera contado por muy feliz en obtener su mano? Por

otra parte yo solo queria, reservándome una corta pensión para vivir á su lado, hacerle cesion de todo cuanto yo poseía.... cien mil escudos cuando menos.... porque aun hubiera podido yo hacer algunas economías; y cuando una jóven tan linda, tan bien educada como mi querida hija, lleva en dote cien mil escudos....

Mas luego, volviendo á fijarse por un doloroso contraste en la triste realidad de su posicion, la señora Fermont exclamó con una especie de delirio: —Pero eso es imposible; pues por ese infame escribano tengo que ver resignadamente á mi hija reducida á la mas espantosa miseria.... ¡á mi hija que tenia derecho á ser tan feliz! Si las leyes dejan impune ese crimen, no lo dejaré yo; porque si la suerte me hace llegar al último extremo.... si no encuentro medio alguno de salir de la atróz posicion en que me ha sumido ese miserable en compañía de mi hija, no sé lo que haré.... seré capáz de matar á ese hombre.... luego harán de mí lo que querrán.... pero tendré en mi favor todas las madres. Sí.... Pero; ¿y mi hija?... ¿y mi hija? Dejarla sola y abandonada, es lo que me asusta, por eso no quiero morir.... por eso no puedo matar á ese hombre. ¿Qué sería de ella? A los diez y seis años.... tan jóven y pura como un ángel.... ¡mas es tan bella!... y luego el abandono, la miseria y el hambre.... ¡qué horroroso vértigo!... ¿Tantas desgracias reunidas no podrán vencer á una niña de su edad?... ¿y entonces.... entonces en qué terrible abismo no puede caer? ¡Oh, esto es espantoso!... cuando mas profundizo esa palabra *miseria*, mas horrorosas ideas me sugiere mi imaginacion.... ¡La miseria!... la miseria es atróz para todos; pero talvez mas aun para los que toda su vida han vivido en el seno de la abundancia.... lo que no puedo

perdonarme es, que á vista de tan inminentes males, no sepa vencer un desdichado sentimiento de orgullo. Seria preciso que viese carecer absolutamente de pan á mi hija para resignarme á mendigar.... ¡qué cobarde soy!... sin embargo....

Y añadió con una sombría amargura:

— Ese escribano me ha reducido á la mendicidad: es, pues, preciso que me doblegue á la necesidad de mi posicion; ya no se debe tratar de escrúpulos ni delicadezas; esto era bueno para otro tiempo; ahora es preciso que alargue la mano por mi hija y por mí; si no encuentro trabajo, preciso será que me resuelva á implorar la caridad pública, pues el escribano lo habrá querido. Se necesita sin duda para ello una maña, un arte que la esperiencia facilita; lo aprenderé.... Es un oficio como cualquier otro, añadió con una exaltacion delirante.... Además me parece que nada me hace falta para interesar.... desgracias terribles.... inmerecidas.... y una hija de diez y seis años.... un ángel.... Sí; mas es preciso saber atreverse á hacer valer esas ventajas: pues bien; lo conseguiré. Bien mirado todo, ¿qué motivo tendría para quejarme? exclamó con una sinestra carcajada. La fortuna es precaria, perecedera.... siquiera el escribano me habrá dado á conocer un oficio....

La señora de Fermont quedó por un momento absorta en sus pensamientos; despues continuó con mas calma:

— He pensado muchas veces en solicitar una colocacion; lo que envidio es la suerte de la criada de esa muger que vive en el primer piso; si tuviese ese destino, quizá con mis salarios.... podria proveer á la subsistencia de Clara.... talvez con la proteccion de esa muger podria encontrar algun trabajo para mi hija.... que permanecería aqui.... De ese modo

no me separaría de ella. ¡Qué felicidad si se pudiese combinar así! ¡Oh! no, no; sería demasiada suerte; un sueño.... Y luego para ocupar esa plaza sería preciso hacer despedir á la criada, y tal vez su suerte sería tan desgraciada como la nuestra.... Pues bien; tanto peor; ¿se ha tenido escrúpulo en despojarme á mí? Mi hija es la primera: veamos cómo podría introducirme en casa de esa muger. ¿De qué medios me valdria para hacer saltar á la criada? pues semejante colocacion sería para nosotras una posicion inesperada.

Dos ó tres violentos porrazos dados á la puerta hicieron estremecer á la señora de Fermont, y despertaron sobresaltadamente á su hija.

—¡Dios mio! ¡qué es esto! exclamó Clara levantándose bruscamente; en seguida, por un movimiento maquinal, echó los brazos al rededor del cuello de su madre, que asustada tambien, estrechó á su hija contra su seno, mirando la puerta con terror.

—¿Qué ocurre, mamá? repitió Clara.

—No sé, hija mia.... tranquilízate... no es nada.... han llamado á la puerta.... tal vez es la contestacion que nos traen del correo.

En aquel mismo instante conmovióse la puerta al choque de muchos y vigorosos puñetazos.

—¿Quién es? dijo la señora de Fermont con trémulo acento.

Una voz ordinaria, ronca y vinosa, contestó:

—¡Hola! ¿estais sordas, vecinas? ¡vaya, vaya con las vecinitas!!!!

—¿Qué se os ofrece? no os conozco.... dijo la señora de Fermont procurando disimular la alteracion de su voz.

—Soy.... Robin vuestro vecino.... dadme un poco de fuego para encender mi pipa. ¡Vamos pronto; no me hagais esperar tanto!

—¡Dios mio! es ese cojo que está siempre borracho.... dijo por lo bajo la madre á su hija.

—¡Ea! me dais fuego, ó lo hundo todo con mil pares de demonios.

—Señor, no tengo fuego....

—Tendreis fósforos, que es cosa que en todas las casas hay.... Abrid.... vamos....

—Señor, idos de aqui....

—¿No quereis abrir? A la una, á las dos....

—Os suplico que os retireis, ó voy á llamar....

—A la una.... á las dos... á las tres.... ¿No?... ¿no quereis? Entonces abajo con ella....

Y el miserable dió tan fuerte porrazo á la puerta, que cedió rota su débil cerradura.

Las dos mugeres despidieron un grito de pavor.

La señora de Fermont, á pesar de su debilidad, se precipitó al encuentro del bandido en el momento en que iba á entrar en el gabinete, y le cerró el paso.

—Señor, esto es una accion vil; no entrareis, exclamóla desdichada madre, empujando y sosteniendo con toda su fuerza la puerta entreabierta. Voy á pedir socorro.

Y temblaba al aspecto de aquel hombre de rostro disforme y vinoso.

—¿Por qué? ¿Por qué?... ¿No hay obligacion de servirse entre vecinos?... Debiais abrirme, y no hubiera estropeado nada....

Despues, con la estúpida obstinacion de la embriaguéz, añadió vacilando sobre sus piernas desiguales.

—Quiero entrar, y entraré; y no saldré hasta que haya encendido mi pipa.

—No tengo fuego, ni fósforos.... En nombre del cielo marchaos.

—Esto no es verdad; lo decís no mas que porque

no vea á la chiquilla que está acostada.... Ayer tapasteis los agujeros de la puerta. Es muy linda á fé mia, quiero verla.... cuidado, que os aplasto la cara si no me dejais entrar.... os digo que veré á la chiquilla en la cama, y que encenderé mi pipa.... ó voy á hacerlo todo pedazos.... y á vos con ello.

—¡Socorro, Dios mio!... ¡socorro!... exclamó la señora de Fermont, que sintió ceder la puerta á un violento golpe, dado con el hombro por el cojo.

Intimidado por estos gritos, el hombre dió un paso atrás, y amenazó con el puño á la señora de Fermont, diciéndola:

—No tengas cuidado, que ya me lo pagarás.... Volveré esta noche, y te pondré una mordaza; veremos á ver si entonces gritas....

Y el cojo bajó la escalera profiriendo horribles amenazas.

La señora de Fermont, temiendo que retrocediese, y viendo la cerradura rota, arrastró la mesa, y la colocó delante de la puerta á fin de atrancarla. Esta horrible escena habia conmovido y trastornado tanto á Clara, que cayó de nuevo sobre su lecho, casi sin movimiento, atacada de una crisis nerviosa. Su madre, olvidando su propio terror, corrió hácia su hija, la estrechó entre sus brazos, la hizo beber un poco de agua, y á fuerza de cuidados y caricias consiguió reanimarla, y no tardó en verla recobrar poco á poco sus sentidos.

—Cálmate.... tranquilízate, hija mia.... Ese malvado se ha marchado ya.... Despues la infeliz madre exclamó con un acento de indignacion y dolor indecibles: ¡ese escribano es la causa primera de todas nuestras desgracias!

Clara miraba en torno suyo con tanto asombro como terror.

—Tranquilízate, hija mia, repitió la señora de

Fermont abrazando tiernamente á su hija ; ese miserable se ha marchado ya....

¡Dios mio, si volviese á subir! Ya lo vés, has gritado socorro, y nadie ha subido.... ¡Oh! te suplico que salgamos de esta casa.... me moriria en ella de miedo....

— ¡Cómo tiemblas!... ¿Tienes calentura?

— No, no, dijo la jóven para tranquilizar á su madre ; no es nada ; es el temor.... ya se pasará.... y tú.... ¿cómo estás? dame tus manos.... ¡Dios mio, cómo queman? Mira, tú eres la que pareces y quieres ocultármelo.

— No lo creas ; me encontraba ya mejor ; la emocion de ese hombre es la que me ha puesto asi ; dormia profundamente sobre la silla, y me desperté al mismo tiempo que tú.

— ¡Sin embargo, mamá, tus ojos están encendidos y muy inflamados!...

— ¡Ah! hija mia, ya puedes pensar que en una silla nunca se descansa bien, ni el sueño puede ser tan completo.

— ¿De veras, no sufres?

— No, no, te lo aseguro.... ¿y tú?

— Tampoco, solo que tiemblo aun de miedo. Te lo suplico, mamá, dejemos esta casa....

— ¿Y á dónde iremos? Ya sabes cuánto trabajo nos ha costado hallar este gabinete.... porque desgraciadamente no tenemos pasaporte, y luego tenemos pagados quince dias anticipados, y no nos devolverian nuestro dinero.... nos queda tan poco, tan poco.... que debemos economizar todo lo posible.

— Tal vez te contestará algun dia de estos el señor de Saint-Remy....

— No confio en ello.... hace tiempo que le escribí.

— No habrá recibido tu carta.... ¿Por qué no le escribes otra vez? Angers dista poco de aquí, y pronto podríamos tener contestacion suya.

— ¡Pobre hija mia, no sabes cuánto me costó!...

— ¡Qué aventuras! ¡Es tan bueno ese sugeto á pesar de su aspereza! ¿No era él uno de los mas antiguos amigos de mi padre?... Y por último, es un pariente....

— Pero tambien él es pobre; su fortuna es muy mediana.... Tal vez no nos contesta por evitarse el pesar de negarnos....

— Pero, ¿y si no hubiese recibido tu carta, mamá?

— ¿Y si la ha recibido, hija mia?... Una de dos.... ó se encuentra en una posicion que no le permite socorrer, ó no siente ningun interés por nosotras: ¿qué sacaríamos de esponernos á una negativa ó á una humillacion?

— Vamos, ánimo, mamá; todavia nos resta una esperanza.... Quizá hoy por la mañana recibiremos una contestacion propicia.

— ¿De quién? ¿del señor de Orbigny?

— Sin duda.... Esa carta cuyo borrador hicisteis, era tan sencilla, tan patética.... esponia tan naturalmente nuestra desgracia, que no dudo se compadecerá de nosotras.... verdaderamente, no sé por qué, me dice el corazón que haceis mal en desconfiar de él.

— ¡Tiene tan pocos motivos para interesarse por nosotras! es verdad que habia en otro tiempo conocido á tu padre, y que oí hablar á menudo á mi pobre hermano del señor de Orbigny, como de un sugeto con quien habia tenido relaciones íntimas, antes de que este abandonase á París, para retirarse á Normandía con su jóven esposa.

— Eso cabalmente es lo que me da confianza: tiene una muger jóven, y creo que será compasi-

va.... Y despues, ¡en el campo se puede hacer tanto bien! Os podria tomar, por ejemplo, por ama de llaves; yo me ocuparia en coserles y componerles la ropa blanca, pues que el señor de Orbigny es muy rico, y tendrá siempre empleos que dar en su casa.

—Sí.... ¡mas tenemos tan pocos derechos á su interés!

—¡Somos tan desgraciadas!

—Es verdad; este es un título á los ojos de las personas caritativas.

—Confiemos en que lo son el señor de Orbigny y su esposa.

—Finalmente, en el caso de que nada pudiésemos esperar de él, venceré mi vergüenza, y escribiré á la señora duquesa de Lucenay.

—¿Aquella señora de quien el señor de Saint-Remy nos hablaba con tanta frecuencia, y cuyo buen corazon y generosidad elogiaba siempre?

—Sí, la hija del príncipe de Noirmont. La conoció siendo niña, y despues la trataba como á hija, pues estaba íntimamente ligada con el príncipe. La señora de Lucenay debe tener muchos conocimientos; tal vez la seria fácil encontrarnos colocacion.

—Sin duda, mamá; pero comprendo tu reserva; tú no la conoces mucho, mientras que mi padre y mi pobre tio estaban en relaciones con el señor de Orbigny.

—Por último, en el caso de que la señora de Luce-nay no pudiese hacer nada en favor nuestro, echaría mano de un postrer recurso.

—¿Cuál, mamá?

—Uno muy débil.... una loca esperanza quizás: ¿pero por qué no probarla?... El hijo del señor de Saint-Remy es....

—¿El señor de Saint-Remy tiene un hijo? exclamó

Clara interrumpiendo á su madre con asombro.

— Sí, querida mia, tiene un hijo....

— Nunca hablaba de él.... jamás venia á Angers.

— Efectivamente, y por razones que no te es dado comprender, habiendo abandonado el señor de Saint-Remy á París hace quince años, no ha vuelto á ver á su hijo desde aquella época.

— ¡Quince años sin ver á su padre!... ¿es posible, Dios mio?

— ¡Ah! sí.... ya lo vés.... te diré, sin embargo, que el hijo del señor de Saint-Remy, estando muy metido en el mundo, y muy rico....

— Muy rico.... ¿y su padre es pobre?

— Toda la fortuna que posee el señor de Saint-Remy, hijo, la heredó de su madre....

— Aunque así sea.... ¿cómo abandona á su padre?

— Su padre no hubiera aceptado nada de él.

— ¿Por qué?

— Es también una pregunta á que no puedo contestarte, mi querida hija; empero oí decir á mi pobre hermano que se alababa mucho la generosidad de ese jóven. Jóven y generoso debe ser bueno. Así, sabiendo por mí que mi esposo era íntimo amigo de su padre, tal vez se interesará por nosotras, encargándose de buscarnos trabajo ó alguna colocación.... tiene tan brillantes y tan numerosas relaciones, que le será fácil....

— Y luego sabríamos si el señor de Saint-Remy, su padre, salió por casualidad de Angers antes de que vos le escribieseis; lo que explicaría su silencio.

— Hija mia, yo creo que Saint-Remy no ha conservado relación alguna con su padre. En fin, nada se pierde por probar.

— A menos que el señor de Orbigny no os conteste de un modo favorable.... os lo repito, no sé por qué, á pesar mio, espero sea así.

—Sin embargo, ya hace una porcion de dias que le escribí, hija mia, manifestándole las causas de nuestra desgracia, y nada.... nada aun.... Una carta echada al correo antes de las cuatro de la tarde, llega el siguiente dia á Aubieres.... Hace cinco dias que podríamos tener contestacion.

—Tal vez está pensando el modo cómo podrá servirnos antes de contestarnos.

—¡Dios te oiga, hija mia!

—¡Me parece tan sencillo eso, mamá!... si no pudiese hacer nada en favor nuestro, te lo hubiera participado en seguida.

—A menos que no quiera hacer ni uno ni otro.

—¡Ah, mamá!... ¿seria posible?... ¿se desdeñaría de contestarnos, y nos dejaría esperar cuatro dias, ocho tal vez?... porque cuando uno es desgraciado, siempre espera....

—¡Ay, hija, inspiran á veces tan poca simpatía las desgracias que no se conocen!

—Mas vuestra carta....

—Mi carta no puede darle una idea de nuestras inquietudes, de nuestros sufrimientos continuos: ¿le pintará ella, acaso, nuestra vida tan desdichada, nuestras humillaciones de todo género, nuestra existencia en esta horrible casa, el terror que acabamos de experimentar.... y por último, le dará á comprender el porvenir horroroso que nos aguarda? sí.... Mas, mira.... hija mia, no hablemos de eso. ¡Dios mio!... tiemblas.... ¿tienes frio?

—No, mamá.... no hagas caso; pero dime: supongamos que todos esos socorros nos falten, que se nos concluya el poco dinero que tenemos ahí en esa maleta.... ¿seria posible que en una ciudad tan grande como París.... nos muriésemos de hambre... por falta de trabajo, y porque un hombre infame se ha apoderado de lo que tú poseías?

— ¡Cállate por Dios, hija mia!

— Pero en fin, mamá, ¡esto es imposible!

— ¡Ay!

— Pero Dios que todo lo sabe, que todo lo puede.... ¿cómo nos abandona en tal estado, siendo así que nunca le hemos ofendido?

— Por favor te lo pido, no tengas ideas tan desconsoladoras.... prefiero verte confiada, aunque sin grande motivo tal vez.... Vamos, tranquilízame mas bien con vanas ilusiones; ya sabes que demasiado soy propensa al desaliento naturalmente.

— Sí.... sí.... esperemos.... es mejor. El sobrino del portero volverá hoy, sin duda, del correo con carta.... Otro gasto que pagar de vuestro pequeño tesoro.... y por culpa mia.... Si no hubiese estado tan débil ayer y hoy, nosotras mismas hubiéramos ido al correo como antes de ayer.... pero vos no habeis querido ir sola por no dejarme aquí....

— ¡Debia hacerlo.... hija mia!... Acuérdate de lo que acaba de suceder ahora mismo.... de ese miserable que ha hundido la puerta.... ¡si hubieses tenido la desgracia de estar sola aquí...!

— ¡Oh! mamá, cállate.... todo menos eso; solo el pensarlo me asusta.

En aquel momento llamaron, asáz bruscamente, á la puerta.

— ¡Cielos.... es él! exclamó la señora de Fermont, dominada aun por su primera impresion de terror, y empujó con todas sus fuerzas la mesa contra la puerta.

Disipáronse sus temores cuando oyó la voz del señor Micou.

— Señora, mi sobrino Andrés acaba de llegar del correo, y trae una carta con una X y una Z por sobre.... viene de lejos.... cuesta ocho sueldos de portes, y la comision.... entre todo veinte.

—Mamá.... una carta de provincia; estamos salvadas.... será del señor de Saint-Remy, ó del de Orbigny. ¡Pobre madre! ¡ya no sufrirás, ya no te apesadumbrarás por mí, serás feliz!... ¡Dios es justo.... Dios es bueno!... exclamó la jóven, y un rayo de esperanza brilló sobre su suave y hechicero rostro.

—¡Ah, señor, gracias.... dádmela.... dádmela en seguida! dijo la señora de Fermont separando apresuradamente la mesa, y entreabriendo la puerta.

—Son veinte sueldos, señora, dijo el encubridor entregándole la carta tan impacientemente deseada.

—Voy á pagaros.

—¡Ca! señora, no corre prisa.... subo ahora al terrado; dentro de diez minutos volveré á bajar, y tomaré de paso el dinero.

Dijo, y desapareció.

—La carta es de Normandía. El sello es de los Aubiers.... ¡es del señor Orbigny! exclamó la señora de Fermont examinando el sobre: *A la señora de X. Z., en Paris* (1).

—¿Vés, mamá, como decia bien yo? ¡Dios mio, cómo me late el corazon!

—Sin embargo, no sabemos si lo que encierra es nuestra buena ó mala suerte.... dijo la señora de Fermont con voz alterada, mostrando la carta.

Por dos veces metió sus trémulos dedos en el sobre para romper la oblea, mas no tuvo valor para ello.

(1) Habiendo escrito la señora de Fermont la carta de que se ha hablado en su último domicilio, é ignorando entonces á dó iria á vivir, habia rogado al señor de Orbigny que dirigiese la contestacion al *correo permanente*; pero no teniendo pasaporte, le era imposible sacar su carta de la estafeta; asi habia indicado uno de esos sobres de iniciales que basta designar para que se entreguen las cartas que los llevan.

¿Es imposible describir la terrible angustia de que son presa los que, como la señora de Fermont, aguardan de una carta la esperanza ó la desesperacion?

La ardiente y febril emocion de un jugador que ha aventurado en una carta su último dinero, y que con la respiracion oprimida y los ojos inflamados espera de un golpe decisivo su ruina ó su salvacion; esa emocion, decimos, tan violenta, apenas podria dar una idea de la terribleagonia de que hablamos.

En un segundo el alma se eleva hasta la mas radiante esperanza, ó se hunde en un desaliento mortal. A medida que cree ser socorrido ó despreciado un desdichado, pasa alternativamente por las emociones mas opuestas, ya inefables raptos de felicidad y de reconocimiento hácia el sér generoso que se ha compadecido de nuestra suerte infeliz, ya amargos y dolorosos resentimientos contra la indiferencia egoista.

Cuando se trata de infortunios beneméritos, los que dan á menudo, darian siempre quizás.... y los que se niegan siempre, darian tal vez á menudo si supiesen ó vieses lo que la esperanza de un apoyo bienhechor, ó el temor de una desdeñosa negativa, lo que su voluntad, en una palabra, puede escitar de inefable ó de horrible en el corazon de los que les imploran.

— ¡Qué debilidad! esclamó la señora de Fermont con una triste sonrisa, sentándose en la cama de su hija; lo repito, mi pobre Clara, nuestra suerte está aqui.... Y señaló la carta. Ardo en deseos de saber lo que dice, y no me atrevo.... Si es una negativa, ¡ay! siempre será demasiado pronto....

— ¿Y si es una promesa de auxilio? dí, mamá.... si esta carta contiene buenas y consoladoras pala-

bras, que nos tranquilicen sobre nuestro porvenir prometiéndonos una modesta ocupacion en casa del señor de Orbigny, cada minuto que tardamos, ¿no es un minuto de felicidad perdida?

— Sí, hija mia; ¿mas y si fuese lo contrario?

— No, mamá; os equivocais; estoy cierta. Cuando yo os decia que el señor de Orbigny habia tardado tanto en contestaros solo para poderos dar alguna seguridad favorable.... Dejadme ver la carta, mamá; estoy cierta de adivinar únicamente por la letra, si la noticia es buena ó mala. Mirad, ahora estoy segura de ello, dijo Clara tomando la carta: basta ver el carácter de esa letra sencilla, derecha y firme, para adivinar que una mano leal y generosa, acostumbrada á ofrecerse á los que sufren....

— Por favor, Clara, no concibas locas esperanzas, sino aun me atreveré menos á abrirla.

— ¡Dios mio! Sin abrirla, mi querida mamá, puedo decirte á corta diferencia lo que contiene, escuchame: «Señora: vuestra suerte y la de vuestra hija es tan digna de interés, que os ruego vengais al instante á mi lado, si quereis encargaros del cuidado de mi casa....»

— Por favor, hija mia, vuelvo á suplicártelo.... deja esos sueños insensatos.... al despertar la realidad, será horrorosa.... Vamos, ánimo, dijo la señora de Fermont, tomando la carta de manos de su hija, y disponiéndose á abrirla.

— ¿Animo? Para vos acaso.... dijo Clara sonriéndose, y arrastrada por uno de esos excesos de confianza tan naturales á su edad: yo no le necesito; estoy segura de lo que he dicho. Mirad, ¿quereis que abra yo la carta? ¿que la lea? Dadme, miedosa....

— Sí, lo prefiero; toma. Mas no, no; mas vale que sea yo.

Y la señora de Fermont rompió el sobre con terrible opresion del corazon.

Su hija, profundamente conmovida tambien, á pesar de su aparente confianza, apenas podia respirar.

— Lee alto, mamá, la dijo.

— La carta no es larga; es de la señora condesa de Orbigny, dijo la señora de Fermont mirando la firma.

— Tanto mejor; eso es buena señal.... Mira, esa escelente señora habrá querido contestarte ella misma.

— Vamos á ver.

Y la señora de Fermont leyó con voz trémula lo que sigue:

SEÑORA:

«El señor conde de Orbigny, muy enfermo hace algun tiempo, no ha podido contestaros durante mi ausencia.»

— ¿Lo ves, mamá? no ha sido falta suya.

— ¡Escucha, escucha!...

«Habiendo llegado esta mañana de París, me apresuro, señora, á escribiros, despues de haber hablado de vuestra carta con el señor de Orbigny. Acuérdate este muy confusamente de las relaciones que suponeis haber existido entre él y vuestro señor hermano. En cuanto al nombre de vuestro esposo, señora, no es desconocido al señor de Orbigny; mas no le es posible acordarse en qué circunstancias ha oido pronunciarlo. La pretendida espoliacion de que tan ligeramente acusais al señor Santiago Ferrand, á quien felizmente tenemos por escribano, es á los ojos del señor de Orbigny una cruel calumnia, cuyas consecuencias no habeis, sin duda, calculado. Lo mismo que yo, señora, mi marido co-

noce y admira la pública probidad del hombre respetable y piadoso que tan ciegamente atacais. Por último, debo deciros, señora, que mi esposo, tomando sin duda parte en la desagradable posición en que decís hallaros, y cuya verdadera causa no le pertenece á él indagar, se vé en la imposibilidad de socorremos.

«Recibid, señora, la espresion de todo el sentimiento del señor de Orbigny, y la seguridad del distinguido aprecio de vuestra segura servidora,

Condesa de Orbigny.

Madre é hija se miraron con una especie de estupor doloroso, sin poder pronunciar una sola palabra.

El señor Micou llamó á la puerta, y dijo:

— Señora, ¿puedo entrar para recibir el importe de la carta y de la comision? son veinte sueldos.

— ¡Ah! es muy justo; tan buena noticia.... bien merece que demos por ella lo que hubiera bastado para subsistir dos dias.... dijo la señora Fermont con una sonrisa amarga; y dejando la carta sobre la cama, se dirigió hácia la maleta que estaba sin candado, se bajó, y la abrió.

— ¡Nos han robado! exclamó la infeliz madre con espanto: nada, no hay absolutamente nada, añadió con acento de desesperacion.

Y anonadada, apoyóse en la maleta.

— ¿Qué dices, mamá?... ¿el bolsillo del dinero?...

Pero la señora de Fermont, levántandose vivamente, salió del cuarto; y dirigiéndose al revenedor que se encontró así con ella sobre el dintel de la puerta,

— Señor, le dijo, con los ojos chispeantes y las mejillas encendidas por la indignacion y el espanto:

tenia un bolsillo de dinero en esta maleta.... antes de ayer me lo robaron sin duda , porque estuve fuera con mi hija por espacio de una hora.... Es preciso que este dinero parezca.... ¿lo oís? sois responsable de él.

— ¡Os han robado! ¡eso no es cierto! mi casa es la pura honradéz , dijo insolente y brutalmente el encubridor ; decís eso para no pagarme el porte de la carta y mi comision.

— Os digo , señor , que ese dinero , que es lo único que poseía en el mundo , me lo han robado : es preciso encontrarlo , ó iré á dar parte á los tribunales. ¡Oh! no tendré consideracion alguna ; no respetaré nada....

— ¡Seria cosa de ver! vos , que ni aun teneis papeles con que acreditar quien sois.... id pues á dar parte.... id en seguida.... yo os desafío á ello.

La desgraciada muger quedó aterrada.

No podia salir y dejar á su hija sola en la cama despues del terror que le habia ocasionado el cojo , y sobre todo tras las amenazas que le dirigia el revendedor.

Este continuó:

— Esto es una farsa ; aqui no bay tal bolsillo de dinero: lo que buskais es no pagarme el porte de la carta , ¿no es eso? ¡Bueno! tanto se me dá.... cuando paseis por delante de mi puerta , os arrancaré vuestro viejo chal negro.... de las espaldas; ya está muy usado , pero los veinte sueldos siempre los valdrá.

— ¡Ah , señor! exclamó la señora de Fermont llorando. Por favor , tened compasion de nosotras.... Esa corta suma es lo único que poseíamos mi hija y yo ; robado esto , ¡Dios mio! nada nos queda , nada ; ¿lo entendeis?... nada.... mas que morir de hambre....

— ¿Qué quereis que yo le haga? Si es cierto que os han robado.... (lo que me parece algo dudoso) hace tiempo que estará ya fundido.... el dinero....

— ¡Dios mio! ¡Dios mio!

— El atrevido que ha dado el golpe no habrá sido tan inocenton para marcar las piezas, y guardarlas aquí para que le echasen el guante, si es alguno de la casa, y no lo creo; porque, como le decia esta mañana al tío de la señora del primer piso, esto es una verdadera cabaña; si os han robado, confieso que es una desgracia. Mas aun cuando depusieseis cien mil quejas, nada adelantariais con eso; no recobrariais ni un céntimo.... os lo digo eso.... creedme.... Y bien, exclamó el encubridor, interrumpiéndose al ver á la señora de Fermont bambolearse: ¿qué es lo que teneis? ¿os poneis pálida? Tened cuidado.... señorita; ¿le dá alguna cosa á vuestra madre?... añadió el revendedor adelantándose muy á tiempo para sostener á la desgraciada madre, que, herida por este último golpe, cayó desfallecida; la energía ficticia que la habia sostenido por tanto tiempo, cedió á ese nuevo golpe.

— ¡Madre mia!... ¡Dios mio! ¿qué teneis? dijo Clara sin moverse de la cama.

El encubridor, vigoroso aun á pesar de sus cincuenta años, movido por un sentimiento de pasajera compasion, cogió á la señora de Fermont entre sus brazos, impelió con la rodilla la puerta para entrar en el cuarto, y dijo:

— Señorita, perdonad si entro estando vos acostada; mas ha sido preciso traeros á vuestra madre, que está desmayada.... pero pronto se le pasará....

Al ver entrar Clara á quel hombre, despidió un grito de terror, y la desgraciada niña ocultó la cabeza entre las sábanas.

El revendedor sentó á la señora de Fermont en la silla junto al lecho , y se retiró dejando solo entornada la puerta , por haber roto el cojo, como ya hemos dicho mas arriba , la cerradura.....

Una hora despues de esta última desgracia estalló la violenta enfermedad que hacia largo tiempo llevaba en su seno, y amenazaba á la señora de Fermont.

Acometida de una fiebre ardiente y de un espantoso delirio, aquella desgraciada muger estaba acostada en la cama de su hija, que sola, desatinada, asustada, y casi tan enferma como su madre, carecia de dinero y de todo recurso, y temia á cada instante ver entrar el bandido, cuyo cuarto estaba situado en el mismo piso.....



CAPÍTULO XVIII.



LA CALLE DE CHAILLOT.

Nos adelantaremos algunas horas al señor Bardinot, que desde la travesía de la Cervecería se dirigia apresuradamente á casa del vizconde de Saint-Remy. Este último, como ya se ha dicho, vivia en la calle de Chaillot, en una linda casita edificada entre patio y jardin en ese cuartel solitario; aunque muy próximo á los Campos Elíseos, paseo el mas frecuentado por las gentes de tono.

Es inútil enumerar las ventajas que el señor de Saint-Remy, hombre especialmente de buenas fortunas, sacaba de la posicion de esta morada tan sábiamente elegida. Diremos únicamente, que una muger podia entrar con el mayor secreto en su casa, por una puertecita de su vasto jardin que daba á una callejuela absolutamente desierta, que iba de

la calle Marbeuf á la de Chaillot. Por último, por una milagrosa casualidad, uno de los mas bellos establecimientos de horticultura de París, tenia tambien una salida poco frecuentada á ese pasadizo; y las misteriosas visitadoras de Saint-Remy estaban provistas, en caso de sorpresa ó de encuentro imprevisto, de un pretesto del todo plausible y bucólico para aventurarse en la callejuela fatal; pues podian decir que iban á escoger flores raras á casa de un jardinero afamado por sus invernaderos.

Estas bellas visitadoras, por otra parte, solo hubieran mentido á medias, pues el vizconde, aficionado en extremo á todos los caprichos de un lujo delicado y esquisito, tenia tambien un hermoso invernadero, que se estendia en parte á lo largo de la callejuela de que hemos hablado. La puertecita secreta daba á este delicioso jardin de invierno, que iba á parar á su retrete, situado en el piso bajo de la casa.

Seríanos, pues, lícito decir, sin necesidad de usar de ninguna metáfora, que la muger que pasaba aquel umbral peligroso para entrar en casa del señor de Saint-Remy, corria á su pérdida por un sendero florido; pues que, en el invierno especialmente, esa elegante calle estaba orlada de verdaderas alfombras de flores vistosas, brillantes y perfumadas. La señora de Lucenay, celosa como toda muger apasionada, habia exigido una llave de esta puertecita.

Si queremos dar una idea del carácter general de esta singular habitacion, es porque reflejaba, por decirlo así, una de esas existencias degradantes que de dia en dia van felizmente haciéndose mas raras; pero debe señalarse como una de las particularidades de la época; hablamos de esos hombres que son á las mugeres lo que las cortesanas á los

hombres: y á falta de una palabra especial para designar á esos individuos, les denominaríamos *hombres-cortesanas*, si nos fuese permitido.

El interior de la casa del señor de Saint-Remy ofrecia, bajo este punto de vista, un aspecto curioso, pues estaba separada en dos zonas muy distintas: la del piso bajo, en donde recibia las mugeres; el primer piso, donde recibia á sus compañeros de juego, de mesa y de caza; en una palabra, lo que se llaman amigos....

Asi es que en el piso bajo habia un dormitorio cubierto por todas partes de oro, espejos, flores, raso y encages; un gabinete de música, en el que se veía una arpa y un piano (el señor de Saint-Remy era un excelente músico); otro gabinete de cuadros y curiosidades; el retrete que comunicaba con el invernadero; un comedor para dos personas, servido por medio de un torno; una sala de baños, modelo perfecto de lujo y refinamiento oriental, y junto á ella, una pequeña biblioteca formada por el catálogo que La-Mettrie habia escogido para el gran Federico.

Inútil es decir que todas estas piezas, amuebladas con un gusto esquisito, y con un esmero verdaderamente sardanapalesco, tenian por adornos floreros poco conocidos, pinturas lascivas, pagadas á muy buen precio; mas lejos habia grupos libertinos de China ó barro de Clodio, y sobre sus zócalos de pórfido ó jaspe algunas preciosas copias de las mas lindas bacanales del museo secreto de Nápoles, tallados en mármol de Paros ó de Carrara. Añadiase á esto la deliciosa perspectiva del verano, las verdes profundidades de un jardin frondoso, solitario, lleno de flores, poblado de pájaros, y un arroyo de agua de fuentes que, antes de deslizarse sobre el verde musgo, cae de lo alto de una roca

negra y agreste, brillante como una ligera gasa de plata, que se convierte en una hoja de nácar en un límpido estanque, do se mecen graciosamente unos blancos cisnes.

Cuando llegaba la noche suave y serena, ¡qué sombra, qué perfume, qué silencio en los olorosos bosquecillos, cuyo espeso follage servia de dosel á los rústicos sofás, formados de juncos y de esteras indianas!

Durante el invierno, al contrario, escepto la puerta de cristal que daba entrada en el invernadero, todo estaba herméticamente cerrado: la seda trasparente de las cortinillas y los encages de las colgaduras, todo contribuía á hacer mas misteriosa aun la luz que penetraba en aquella estancia, y en todos los muebles: parecian nacer de grandes jarros resplandecientes de oro y esmalte, mil grupos de vegetales exóticos.

En esa morada silenciosa, llena de olorosas flores y de cuadros voluptuosos, se aspiraba una especie de atmósfera de amor, embriagadora y lasciva, que sumia el alma y los sentidos en ardiente languidez....

Finalmente, hace los honores de ese templo, que parecia elevado al antiguo Amor, ó las desnudas divinidades de la Grecia un hombre, jóven y hermoso, elegante y distinguido, fino, alternativamente sentimental ó tierno, novelesco ó libertino, burlon y alegre hasta rayar en loco, lleno de hechizo y gracia, músico escelente, dotado de una de esas voces vibrantes y apasionadas que las mugeres no pueden escuchar sin sentir una impresion profunda.... casi física; en una palabra, un hombre amoroso sobre todo.... enamorado siempre.... tal era el vizconde.

En Atenas hubiera sido, sin duda, admirado,

exaltado , divinizado á par de Alcibiades; en nuestros dias , y en la época de que hablamos , el vizconde no era mas que un innoble falsario , un miserable petardista.

El primer piso de la casa del señor de Saint-Remy tenia , por lo contrario , un aspecto enteramente varonil.

Alli es donde recibia á sus numerosos amigos , pertenecientes todos á la alta sociedad.

Nada se veía alli de coquetismo , nada de afeminacion , un mueblage sencillo y sério ; sus adornos eran hermosas armas , y retratos de caballos de carrera con que habia ganado el vizconde una infinidad de magníficos vasos de oro y plata , que se veían colocados sobre las mesas : el gabinete para fumar y la sala de juego estaban inmediatos á un alegre comedor , en el que ocho personas (número de convidados estrictamente fijo , cuando se trataba de una comida bien dirigida) habian muchas veces apreciado la escelencia del cocinero , y el no menos escelente mérito de la bodega del vizconde , antes de armar alguna acalorada partida de whist de 5 á 600 luises.

Manifestado el notable contraste de la habitacion del señor de Saint-Remy , el lector tendrá bien seguirmos á otras regiones mas ínfimas ; entrar en el patio de las cocheras , y subir la escalerilla que conducia al aposento de Edwards Patterson , caballero mayor del señor vizconde.

Este ilustre *coachman* (1) habia convidado á almorzar al señor Boyer , ayuda de cámara y persona de confianza del vizconde. Despues de haberse retirado una linda criada inglesa , que habia

(1) Voz inglesa : cochero.

llevado una tetera de plata, quedaron solos nuestros dos personajes.

Edwards representaba unos cuarenta años; nunca cochero mas hábil ni mas gordo hizo gemir su pescante bajo el peso de una obesidad mas imponente, y pocos le igualaban en la elegancia de su peluca blanca de un rostro mas rubicundo, ni reunió nadie con mayor gracia en su mano izquierda las cuádruples riendas de un *four-in hand*; tan inteligente en caballos como Tatersell de Lóndres; y habiendo sido en su mocedad tan buen *conductor* como el célebre viejo Chiffney, el vizconde habia hallado en Edwards ¡cosa rara! un escelente cochero, y un hombre muy capáz de dirigir la educacion de algunos caballos de carrera que habia comprado para hacer apuestas.

Cuando Edwards no sacaba á relucir su suntuosa librea negra con cabos de plata sobre la cubierta blasonada de su pescante, se parecia mucho á un honrado arrendatario inglés; bajo este último aspecto le presentaremos al lector; añadiendo, sin embargo, que sobre este rostro ancho y colorado se traslucia la implacable y diabólica astucia de un chalan.

El señor Boyer, su convidado, ayuda de cámara de confianza del vizconde, era un hombre alto y delgado, de cabellos grises y lacios, de calva frente, de mirada sutil, de fisonomía fria, discreta y reservada; esplicábase en términos escogidos, con pulidos y sueltos modales; tenia algunos conocimientos, opiniones políticas legitimistas, y podia muy bien sostener su papel de primer violin en un quarteto de aficionados; de tanto en tanto tomaba, con la mayor gracia del mundo, un polvo de una caja de oro guarnecida de ricas perlas.... despues de lo cual sacudia negligentemente con la mano,

tan cuidada como la de su amo, los pliegues de su camisa de esquisita batista.

— ¿Sabeis, mi querido Edwards, dijo Boyer, que vuestra criada Betty es una cocinera muy regular?... Os aseguro que de cuando en cuando es un gusto probar lo que ella guisa.

— A fe mia, es una buena chica, dijo Edwards que hablaba perfectamente el francés; y me la llevaré á mi establecimiento, si es que me decido á plantearlo; y á propósito de esto, pues que estamos solos, mi querido Boyer, hablemos de negocios, puesto que vos lo entendéis muy bien.

— Sí, un poco, dijo modestamente Boyer tomando un polvo. Esto se aprende tan fácilmente.... cuando uno se ocupa de los de los otros....

— Tengo, pues, que pedir os un consejo muy importante; por eso os he rogado que vinieseis á tomar una taza de te conmigo.

— Ya sabeis que podeis mandarme, Edwards.

— Pues bien; debo deciros que, dejando aparte los caballos de carrera, tenia un ajuste hecho con el señor vizconde para el servicio completo de sus caba-llerizas, criados y animales; es decir, ocho caballos, y cinco ó seis mozos de cuadra y volantes, á razon de veinte y cuatro mil francos anuales, comprendidos mis honorarios.

— Ese es un trato muy razonable.

— Por espacio de cuatro años, el señor vizconde me ha pagado exactamente; pero hácia mediados del pasado, me dijo: Edwards, os debo cerca de veinte y cuatro mil francos. ¿En cuánto tasais, al mas bajo precio mis caballos y coches?— Señor vizconde, los ocho caballos no pueden venderse á menos de tres mil francos cada uno, unos con otros, y aun serán dados (y es cierto, Boyer, pues solo el tiro de faeton costó quinientas guineas), lo que

forma unos veinte y cuatro mil francos, por lo que respecta á los caballos. En cuanto á los coches, hay cuatro; evaluémoslos en doce mil francos, que unidos á los veinte y cuatro mil de los caballos, nos da un total de treinta y seis mil francos. — Pues bien; repuso el vizconde; compradmelos á ese precio, bajo condicion de que por los doce mil francos que restan, despues de cobrados vuestros anticipos, conservareis, y tendreis á mi disposicion, caballos, coches y criados por espacio de seis meses.

— ¿Y aceptasteis inmediatamente la proposicion, Edwards? Era un buen negocio.

— Pues ya se vé que sí; dentro de quince dias vence el plazo, y entro por consiguiente á poseer los coches y caballos.

— Es muy sencillo. El señor Badinot, agente de negocios del señor vizconde, habia estendido la escritura; y no se para qué necesitais de mi consejos.

— Porque no sé qué debo hacer. Si haré almoneda de caballos y coches que se venderán á buen precio; pues el señor vizconde es afamado en Paris por su delicado gusto, ó bien si pondré un establecimiento de caballos y coches. ¿Qué me aconsejais?

— Os aconsejo que hagais lo que haré yo mismo.

— ¿Cómo?

— Yo me hallo en la misma posicion que vos.

— ¿Vos?

— Ya sabeis que al señor vizconde no le gusta entender en los gastos domésticos; cuando entré aqui, poseía, entre ahorros y patrimonio particular, unos sesenta mil francos. Llevé el gasto de la casa, como vos el de la caballeriza, y todos los años el señor vizconde me pagó sin exámen ni reparos; en la misma época, á corta diferencia que vos, me hallé en descubierto de unos veinte mil francos, por lo que respecta á mí, y de unos sesenta mil con los

proveedores; entonces el señor vizconde me propuso, como á vos, para reembolsarme, que me quedase el mueblage de su casa, comprendida la vagilla, que es muy hermosa, cuadros muy bellos, etc., etc.; que fué estimado en ciento veinticuatro mil francos. Ochenta mil eran los que tenían que pagarse; restaban, pues, sesenta mil que yo me obligaba suplir hasta su consumo en los gastos de mesa, salarios de criados, etc., etc., siendo condicion precisa no emplearlo en otra cosa alguna.

—Ya.... porque sobre esos gastos teneis tambien vuestra ganancia.

—Es claro; pues he convenido con los proveedores que no pagaré hasta despues de la venta, dijo Boyer aspirando una gran cantidad de rapé; de modo que á fines de este mes....

—Serán vuestros los muebles, como míos los coches y caballos.

—Por supuesto: el señor vizconde habrá ganado con esto el vivir durante este tiempo como á él le gusta.... á lo gran señor.... y esto á las barbas de sus acreedores; porque muebles, vagilla, caballos y coches, todo habia sido pagado al contado á su mayor edad, viniendo luego á ser propiedad nuestra.

—¿De manera que el señor vizconde se habrá arruinado?

—En cinco años....

—¿Y habia heredado?

—Un miserable milloncejo en efectivo, dijo desdenosamente el señor Boyer, recurriendo á su caja; añadid á esa cantidad doscientos mil francos de deudas, por hoy, que es una cosa regular. Os decía, pues, señor Edwards, que habia tenido intencion de alquilar esta casa, tan magníficamente

amueblada como está, á algunos ingleses que la hubieran pagado bien.

—Sin duda.... ¿por qué no lo haceis?

—Porque he considerado en el deterioro, y me he decidido á venderlo todo. El señor vizconde es citado por tan inteligente en muebles preciosos y objetos artísticos, que lo que salga de su casa tendrá siempre un valor doble; de ese modo realizaré una suma considerable. Haced lo que yo, Edwards; dinero, dinero, y no aventureis vuestras ganancias en especulaciones; vos, primer cochero del señor de Saint-Remy, recibireis memoriales para obteneros; ayer cabalmente me hablaron de un menor emancipado, un primo de la señora duquesa de Lucenay, el jóven duque de Montbrison, que viene de Italia con su preceptor, y trata de poner casa. Doscientas cincuenta mil libras de renta en tierras, mi querido Edwards, doscientas cincuenta mil libras de renta.... y entrando en la vida á los veinte años.... con todas las ilusiones de la confianza, y todas las embriagueces del lujo y de la disipacion, pródigo como un príncipe.... Conozco al mayordomo, y así digo esto en confianza; y ya casi me ha agregado como primer ayuda de cámara.... el simple me protege.

Y el señor Boyer se encogió de hombros, aspirando violentamente su polvo.

—¿Esperais desbancarle?

—¡Pardiez! es un imbécil.... ó un presumido.... Me mete allí como si no pudiese darle que temer: antes de dos meses ocuparé su puesto.

—¡Doscientas cincuenta mil libras de renta en tierras!... repuso Edwards reflexionando; y jóven.... es una buena casa....

—Os digo que hay de qué hacer agosto.... Ha-

blaré en favor vuestro á mi protector, dijo el señor Boyer con ironía. Entrad.... es una fortuna que tiene raíces, y á la que puede uno asirse por mucho tiempo. No es como ese desdichado millon del señor vizconde, verdadera burbuja de nieve que viene un rayo de sol parisiense, y está deshecho todo; bien conocí al instante que yo no sería aquí mas que una ave de paso; es una lástima, porque esta casa nos hacia honor.... y hasta el último momento serviré al señor vizconde con el respeto y aprecio que le son debidos.

— Pues bien, señor Boyer; os doy las gracias, y acepto vuestra proposicion; mas se me ocurre una idea: si proponia á ese jóven duque la compra de la caballeriza del señor vizconde, tal vez se quedaria con ella. Está ya arreglada, y es conocida y admirada de todo París.

— Muy bien pensado; podeis hacer un buen negocio.

— Pero vos mismo, ¿por qué no haceis lo propio con esta casa tan admirablemente montada de todo? ¿qué hallaria que fuese mejor?

— ¡Vive Dios! Edwards, sois hombre que lo entendéis; no me maravillo, pero me habeis comunicado un escelente pensamiento; es preciso que nos dirijamos al señor vizconde: es tan buen amo, que no se negará á hablar por nosotros al jóven duque: le dirá que debiendo partir para la legacion de Gerolstein, adonde se le ha destinado, quiere deshacerse de todo. Veamos; ciento sesenta mil francos por los muebles, veinte mil por la vagilla y cuadros, y cincuenta mil por la caballeriza y coches, forman una suma de doscientos treinta mil francos. Una proporcion escelente para un jóven que quiere proveerse de todo; necesitaria una cantidad tres veces mayor que esa para poseer una casa tan com-

pletamente equipada, y con tanta elegancia y gusto como esta.... Porque es preciso confesarlo, Edwards; no tiene segundo el señor vizconde en esto de entender el modo de vivir....

— ¡Y los caballos!...

— ¡Y la comida! su cocinero Godofredo sale de aquí cien veces mejor de lo que entró; el señor vizconde le ha dado excelentes consejos, y le ha perfeccionado en gran manera.

— Y además de todo eso, dicen que es un excelente jugador.

— Admirable.... gana sumas considerables con la misma indiferencia que las pierde.... Y sin embargo, nunca he visto perder con más caballerosidad y galantería.

— ¡Y las mugeres! Boyer, ¡las mugeres! ¡Ah! mucho podriais hablar sobre el particular vos que sois el único que entráis en los aposentos del piso bajo.

— Tengo mis secretos, como vos los vuestros, querido.

— ¿Los míos?

— Cuando el señor vizconde hacia apuestas de carreras con sus caballos, ¿no teniais también vuestras confianzas? No quiero atacar la probidad de los jokeis de vuestros adversarios.... pero corren ciertos rumores....

— Chiton, mi querido Boyer, un caballero no compromete la reputación de un jokey contrario, que ha tenido la debilidad de escucharle....

— Como un hombre caballeroso no compromete la reputación de una muger que ha sido condescendiente con él; así, os repito, guardemos nuestros secretos, ó mejor los del señor vizconde, mi querido Edwards.

— Sea.... ¿y qué va á hacer ahora?

— Marchar á Alemania con un buen coche de

viage y siete ú ocho mil francos , que no le costará hallar. ¡Oh! no me da cuidado la suerte del señor vizconde; es uno de esos hombres que siempre caen de pie, como suele decirse....

— ¿Y no le queda herencia alguna que esperar?

— Ninguna , porque su padre no posee nada mas que lo preciso para vivir con decencia.

— ¿Su padre?

— Ciertamente....

— ¿Vive el padre del señor vizconde?

— A lo menos vivia hace cinco ó seis meses; el señor vizconde le escribió sobre ciertos papeles de familia....

— Pues nunca se le vé por aqui.

— Por una razon muy poderosa; porque hace quince años que vive en Angers.

— ¿Y el señor vizconde no va á verle nunca?

— ¿A su padre?

— Sí.

— ¡Oh! nunca.... nunca....

— ¿Están regañados?

— Lo que voy á deciros ahora no es un misterio; me lo dijo el secretario particular del señor príncipe de Noirmont.

— ¿El padre de la señora de Lucenay? dijo Edwards con una mirada maligna y significativa, que el señor Boyer , fiel á sus hábitos de reserva y discrecion , fingió no haber reparado ni comprendido , y repuso fria é impasiblemente.

— Efectivamente la señora duquesa de Lucenay es hija del príncipe Noirmont; el padre del señor vizconde era íntimo amigo del príncipe; la señora duquesa era entonces una niña, y el señor de Saint-Remy , padre, que la queria en extremo, la trataba como á una hija. Comunicóme todos estos pormenores el sugeto de quien os he hablado , y puedo

referiros sin escrúpulos esta aventura , pues en la época que aconteció , andaba en boca de todo París. A pesar de sus sesenta años , el padre del señor vizconde es un hombre de un carácter de hierro, de un valor á toda prueba , y de una probidad que me permitiré llamar fabulosa ; no poseía casi nada, y se habia casado por amor con la madre del señor vizconde , jóven bastante rica, que poseía el millon á cuyo entierro acabamos de tener la honra de asistir.

Y el señor Boyer se inclinó.

Edwards hizo lo propio.

— El matrimonio fué muy feliz hasta el momento en que el padre del señor vizconde halló, dicen, por casualidad , unas pícaras cartas que probaban hasta la evidencia , que durante una de sus ausencias , tres ó cuatro años despues de su casamiento, su esposa habia tenido una tierna flaqueza con un cierto conde polaco....

— Los polacos son muy dichosos sobre este particular. Cuando me hallaba yo en casa del señor marqués de Seneval , la señora marquesa.... colérica como una....

El señor Boyer interrumpió á su compañero.

— Mi querido Edwards , antes de hablar deberiais informaros de las alianzas de nuestras grandes familias , sin lo cual vais á tener muchos tropiezos.

— ¿ Por qué ?

— La señora marquesa de Seneval es hermana del señor duque de Montbrison , en cuya casa deseais entrar.

— ¡ Diablo !

— Considerad , pues , los resultados de vuestros dichos ; si hubieseis hablado delante de delatores ó de envidiosos , no hubierais permanecido veinticuatro horas en la casa.

— Teneis razon , Boyer.... procuraré enterarme de las alianzas....

— Prosigo.... El padre del señor vizconde descubrió , pues , al cabo de doce ó quince años de un matrimonio hasta entonces muy feliz , que tenia que lamentarse de un conde polaco. Desgraciada ó felizmente , el señor vizconde habia nacido nueve meses despues que su padre.... ó mas bien el señor conde de Saint-Remy estaba de vuelta de su fatal viage ; de modo que no podia darse por cierto , aunque hubiese grandes probabilidades , que el señor vizconde fuese fruto del adulterio. Sin embargo , el señor conde se separó al instante de su esposa , sin tocar un maravedí de la fortuna que ella le habia llevado , y se retiró á una provincia con unos ochenta mil francos que poseía ; pero vais á ver hasta donde llegaba el rencor de ese carácter diabólico. Aun cuando el ultraje datase de quince años , cuando lo descubrió y hubiese debido haber ya prescripcion , el padre del señor vizconde , acompañado del señor de Fermon , uno de sus parientes , partió en zaga del polaco seductor , y le halló en Venecia despues de haberle buscado por espacio de diez y ocho meses por todas las ciudades de Europa.

— ¡Qué obstinacion!

— ¿No os dije , Edwards , que era un rencor de demonio?.... En Venecia tuvo lugar un terrible duelo , en el cual murió el polaco.... Hasta aqui todo fué legal ; mas dicen que el padre del señor vizconde mostró una alegría tan feróz , al ver al polaco herido mortalmente , que el señor de Fermont se vió precisado á arrancarle del sitio del combate.... queriendo el conde ver espirar , decia , á su enemigo ante su vista.

— ¡Qué hombre ! ¡qué hombre!

— El conde volvió luego á París; fué á casa de su muger; la dijo que acababa de matar al conde polaco, y partió. Desde entonces no volvió nunca á ver á su muger ni á su hijo, y se retiró á Angers; allí es donde vive, dicen, como un lobo salvaje, con lo que le resta de sus ochenta mil francos, como podeis pensar, bien disminuido, por efecto de sus correrías tras el polaco. En Angers no se trataba con nadie, escepto con la madre é hija de su parienta el señor de Fermont, que murió algunos años despues. Por lo demas, esta familia es desgraciada; pues el hermano de la señora Fermont, dicen, se hizo saltar la tapa de los sesos hace algunos meses.

— ¿Y la madre del señor vizconde?

— Hace mucho tiempo que dejó de existir: por eso el señor vizconde, al llegar á su mayor edad, entró en el goce de la fortuna de su madre.... Ya veis, pues, bien, mi querido Edwards, que en cuanto á herencia, nada ó casi nada tiene el vizconde que esperar de su padre....

-- ¡Que ademas debe detestarle!

— Nunca ha querido verle despues del descubrimiento en cuestion, persuadido, sin duda, de que es hijo del polaco.

— La conversacion de estos dos personajes fué interrumpida por la llegada de un ayuda de cámara, de descomunal estatura y esmeradamente empolvado, aun cuando apenas fuesen las once de la mañana.

— Señor Boyer, el señor vizconde ha llamado dos veces, dijo el gigante.

Pareció que el señor Boyer sintió en extremo haber faltado á su obligacion; se levantó precipitadamente, y siguió al criado con tanta diligencia y respeto, como si no hubiese sido el propietario de la casa de su amo.

CAPÍTULO XIX.

—NON—

EL CONDE DE SAINT-REMY.

.... Un mes, es mucho.

(GOETHE, *el Gran Costo*, acto I, escena II.)

Unas dos horas haria que Boyer, abandonando la compañía de Edwards, se habia ido á presentar al señor de Saint-Remy, cuando llamó á la puerta cochera de la casa de la calle de Chaillot el padre de este último.

El conde de Saint-Remy era un hombre de elevada estatura, vivo aun y vigoroso, sin embargo de sus años; el color casi cobrizo de su tez contrastaba estrañamente con la nevada blancura de su barba y de sus cabellos; sus espesas cejas, que habian permanecido negras, bajaban sobre sus ojos penetrantes y profundamente hundidos en sus órbitas. Aun cuando llevase, por una especie de manía misantrópica, un traje casi asqueroso y mi-

serable, distinguíase en toda su persona cierta calma y orgullo que exigían el respeto.

Abrióse la puerta de la casa de su hijo, y entró.

Un portero con grande librea plateada, perfectamente empolvado y con medias de seda, apareció en el umbral de una elegante portería que tenía tantos puntos de contacto con la ahumada covacha de los Pipelet, como el cobertizo de una remendona con una suntuosa tienda de artículos de moda.

— ¿El señor de Saint-Remy? preguntó el conde con tono resuelto.

El portero, en vez de contestarle, se puso á examinar con desdeñosa sorpresa, la barba blanca, el raído gaban y el sombrero viejo del desconocido, que llevaba en la mano un baston estremadamente grueso.

— ¿El señor de Saint-Remy? repitió impaciente-mente el conde, amostazado del impertinente exámen del portero.

— El señor vizconde no está.

Y diciendo esto, el cofrade del señor Pipelet tiró del cordón, y con un gesto muy significativo indicó al desconocido que se marchase.

— Pues aguardaré, dijo el conde.

Y echó á andar hácia adentro.

— ¡Eh, amigo, amigo! ¡no es este modo de entrar en las casas! exclamó el portero corriendo hácia el conde, y cogiéndole por un brazo.

— ¡Cómo se entiende, tunante! respondió el anciano con aire amenazador, y levantando el baston; ¿te atreves á tocarme?

— Puede que haga algo mas si no os vais en seguida. Os he dicho que el señor vizconde no está; conque asi tomad el portante.

En aquel momento Boyer, atraído por los gritos, apareció en la escalinata de la casa.

—¿Qué ruido es ese? preguntó.

—Señor Boyer, es este hombre que se empeña en querer entrar, aun cuando le he dicho que el señor vizconde no estaba.

—Acabemos de una vez, dijo el conde dirigiéndose á Boyer que se habia aproximado; quiero ver á mi hijo.... si ha salido, le esperaré.

Ya hemos dicho que Boyer no ignoraba ni la existencia ni la misantropía del padre de su amo; algo fisonomista por otra parte, no dudó ni un momento de la identidad del conde, le saludó respetuosamente, y contestó:

—Si el señor conde quiere seguirme, estoy á sus órdenes.

—Vamos, echad á andar, dijo el señor de Saint-Remy, que siguió á Boyer con profundo pasmo del portero.

Precedido siempre del ayuda de cámara, el conde llegó al primer piso, y siguió á su guía, que haciéndole atravesar el gabinete de estudio de Florestan de Saint-Remy (nos serviremos en adelante de su nombre de pila para distinguirlo de su padre), le introdujo en un gabinete que comunicaba con aquella pieza, situado inmediatamente encima del retrete del piso bajo.

—Señor, el vizconde se ha visto precisado á salir esta mañana, dijo Boyer; mas si quereis tener la bondad de esperarle, creo que no tardará en volver.

Y el ayuda de cámara desapareció.

Habiendo quedado solo el conde, dirigió su vista á su alrededor con bastante indiferencia; mas de repente hizo un brusco movimiento; animóse su rostro; encendiéronsele las mejillas, y la cólera contrajo sus facciones. Acababa de ver el retrato de

su muger.... de la madre de Florestan de Saint-Remy.

Cruzó los brazos sobre el pecho ; inclinó la cabeza como para escapar á aquella vision , y echó á andar á pasos precipitados.

«Es muy extraño lo que pasa en mí , decia él ; esa muger no existe ya ; yo he muerto á su amante , y mi llaga está tan viva , tan dolorosa , como el primer dia.... mi sed de vengañza no se ha estinguido todavía ; mi feróz misantropía , aislándome casi absolutamente del mundo , me ha dejado cara á cara con mi ultraje.... sí ; pues aunque la muerte de este infame ha vengado ese ultraje.... no lo ha borrado de mi memoria. ¡Oh! lo conozco ; lo que hace que mi odio sea implacable , es el pensar que durante quince años he sido el juguete , la burla de esa muger ; el acordarme que por espacio de quince años he prodigado mi respeto y mi cariño á una miserable muger que me habia engañado indignamente , que he amado á su hijo.... al hijo de su crimen.... como si lo hubiese sido mio.... pues la aversion que me inspira ahora ese Florestan , no me deja duda de que es el fruto del adulterio. Y sin embargo , no tengo una certeza absoluta de su ilegitimidad ; es muy posible , en fin , que sea mi hijo.... ¡ algunas veces esa duda es para mí horrible!... »

«Sin embargo , si fuese mi hijo.... entonces el abandono en que le he dejado , la indiferencie que le he manifestado siempre , mis negativas inalterables á verles.... serian imperdonables. Mas , bien considerado todo , él es jóven , rico , feliz ; ¿ en qué le hubiera podido ser útil ? ¡ Sí ; mas su ternura hubiera dulcificado sin duda las penas que me causó su madre!... »

Tras un momento de profunda reflexion , encojióse de hombros , y continuó:

«De nuevo esas insensatas suposiciones.... sin solucion.... ¡qué avivan todas mis penas!... Seamos hombres, y venzamos la estúpida y penosa emocion que siento al pensar que voy á volver á ver al que por espacio de diez años he amado con la mas loca idolatría.... al que he amado.... como á mi hijo, al hijo de ese hombre que he visto caer bajo mi espada con tanta dicha ; de ese hombre cuya sangre he visto correr con tanto gozo.... Me han impedido asistir á su agonía.... á su muerte.... ¡Oh! ¡no saben lo que es recibir un golpe tan fiero como el que yo he recibido!... ¡Y luego , pensar que mi nombre, siempre respetado y honrado , ha debido ser tan frecuentemente pronunciado con insolencia é irrision.... como se pronuncia el de un marido engañado!... ¡Pensar que mi nombre.... mi nombre, que ha sido siempre mi orgullo , pertenece actualmente al hijo del hombre cuyo corazon hubiera querido arrancar!... ¡Oh! ¡no sé cómo no me vuelvo loco cuando pienso en ello!...»

Y el señor de Saint-Remy , continuando su agitado paseo , abrió maquinalmente la mampara del despacho de Florestan , y dió algunos pasos en esta estancia.

Hacia un instante que habia desaparecido, cuando una puertecita oculta en la pared se abrió suavemente , y la señora de Lucenay, envuelta en un gran chal de cachemira verde y con un sombrero de terciopelo negro muy sencillo , entró en la habitacion que el conde acababa de dejar por un momento.

Espliquemos la causa de esta inesperada aparicion.

Florestan de Saint-Remy habia dado la vispera una cita á la duquesa para aquella mañana. Teniendo esta , como ya hemos dicho, una llave de la puertecita de la escalera , habia entrado como de

costumbre por el invernadero , contando hallar á Florestan en el piso bajo ; no siendo asi , creyó (como sucedia algunas veces) que el vizconde estaba ocupado escribiendo en su gabinete... Una escalera secreta conducia del retrete al primer piso. La señora de Lucenay subió sin recelo , suponiendo que el señor de Saint-Remy habria dado , como siempre , órden de no dejar entrar á nadie. Desgraciadamente , una visita , asáz amenazadora , del señor Badinot , precisó á Florestan á salir precipitadamente , haciéndole olvidar su cita con la señora de Lucenay. Esta , no viendo á nadie , iba á entrar en el gabinete , cuando se abrió de nuevo la mampara del salon , y la duquesa se encontró cara á cara con el padre de Florestan.

Ella no pudo contener un grito de terror.

Y el conde exclamó , tambien estupefacto:

— ¡Clotilde!

Intimo amigo del príncipe de Noirmont , padre de la señora de Lucenay , el señor de Saint-Remy habia conocido á esta jóven desde muy niña , y la habia llamado siempre familiarmente por su nombre de pila.

La duquesa permaneció inmóvil , contemplando con sorpresa á aquel anciano de barba blanca y mal vestido , cuyas facciones recordaba , sin embargo , confusamente.

— ¡Vos , Clotilde! repitió el conde con acento de dolorosa reconvencion ; vos aqui.... ¡en casa de mi hijo!

Estas últimas palabras fijaron los indecisos y vagos recuerdos de la señora de Lucenay , quien reconoció por fin al padre de Florestan , y exclamó:

— ¡Señor de Saint-Remy!

La posicion en que se hallaba era tan clara y significativa , que la duquesa , cuyo carácter escén-

trico y resuelto se conoce ya, desdeñóse de recurrir á una mentira para explicar el motivo de su presencia en casa de Florestan, contando con el afecto enteramente paternal que el conde la habia demostrado en otro tiempo; tendióle la mano, y le dijo con aquel acento, á la vez gracioso, cordial y atrevido, esclusiva propiedad suya:

— Vamos.... no me riñais.... sois mi mas antiguo amigo; acordaos que hace veinte años me llamabais vuestra querida Clotilde....

— Sí.... os llamaba así.... pero....

— Sé ya cuanto vais á decirme; conoceis mi divisa; «*lo que es, es; lo que será, será....*»

— ¡Ah, Clotilde!

— Ahorradme vuestras reconvenciones; dejadme hablaros mas bien de la alegría que experimento en volveros á ver; ¡vuestra presencia me recuerda tantas cosas! mi pobre padre.... lo primero, y luego mis quince años.... ¡Ah! ¡qué hermosa edad es la de quince años!

— Porque vuestro padre era mi amigo, es por lo que....

— ¡Oh! sí, repuso la duquesa interrumpiendo al señor de Saint-Remy; ¡os amaba tanto! ¡Os acordais? os llamaba, riéndose, *el hombre de las cintas verdes....* vos lo deciais siempre: «echais á perder á Clotilde.... ¡tened cuidado!» y él os contestaba abrazándome: «Lo creo muy bien que la echo á perder, y es preciso me dé prisa y ponga mas ahinco, pues pronto el mundo me la arrebataria para verificarlo á su vez.» ¡Esceleste padre! ¡qué amigo perdí en él! Brilló una lágrima en los ojos de la señora de Lucenay; despues, tendiendo la mano al señor de Saint-Remy, le dijo con voz conmovida:

— ¡Ciertamente cuento como una gran felicidad

el volveros á ver: despertais en mi recuerdos tan preciosos, tan caros á mi corazon!...

Aun cuando hacia mucho tiempo que el conde conocia su carácter original y resuelto, permaneció confuso de la facilidad con que Clotilde se sometia á aquella posicion tan delicada: ¡encontrar en casa de su amante al padre de su amante!

— Si hace mucho tiempo que estais en París, habeis hecho muy mal en no haberme venido á ver: ¡hubiéramos hablado tanto acerca de lo pasado!... Pues ya comienzo á llegar á la edad en que se encuentra una delicia extrema en decir á los antiguos amigos ¿os acordais?

La duquesa no hubiera ciertamente hablado con mayor tranquilidad, si hubiese recibido una visita de confianza en el palacio de Lucenay.

El señor de Saint-Remy la dijo severamente.

— En vez de hablar de lo pasado, seria mas oportuno hablar de lo presente.... mi hijo puede llegar de un momento á otro, y....

— No, dijo Clotilde interrumpiéndole; tengo en mi poder la llave de la puertecita del invernadero, y siempre anuncian su llegada por un toque de campana cuando entra por la puerta principal: en cuanto lo oiga, desapareceré tan misteriosamente como he venido, y os dejaré gozar á vuestras anchuras de la alegría de volver á ver á Florestan. ¡Qué dulce sorpresa vais á causarle!... ¡le habeis tenido abandonado hace tanto tiempo!... Mirad, yo soy quien deberia reprenderos.

— ¿A mí? ¿á mí?

— Ciertamente.... ¿Qué guia, qué apoyo ha tenido al entrar en el mundo? y los consejos de un padre son tan necesarios para mil cosas positivas.... Os digo francamente que habeis hecho muy mal en....

Al llegar aquí, la señora de Lucenay cediendo á la extravagancia de su carácter, se interrumpió riendo como una loca, y dijo al conde:

— Confesad que la posicion en que nos hallamos es muy singular, y que es muy chocante que sea lo quien os regañe.

— En efecto es extraño; pero no merezco ni vuestras reconvenciones, ni vuestras alabanzas; he venido á casa de mi hijo, pero no ha sido por mi hijo.... A su edad ya no tiene ó no tendrá necesidad de mis consejos.

— ¿Qué quereis decir?

— Debeis saber las razones por qué odio al mundo, y especialmente á París, dijo el conde con expresion angustiosa y reprimida. Asi, pues, ha sido preciso que tuviesen lugar circunstancias de la mayor importancia para obligarme á dejar á Angers, y sobre todo venir aquí.... á esta casa.... Pero he debido vencer mi repugnancia, y recurrir á todas las personas que pudiesen ayudarme ó proporcionarme alguna luz sobre un asunto de grande interés para mí.

— ¡Oh! entonces, dijo la señora de Lucenay con la mas afectuosa solicitud, os ruego que dispongais de mí si puedo seros útil en algo. ¿Se solicita alguna cosa? El señor de Lucenay debe tener mucha influencia, pues los dias que voy á comer á casa de mi tia la señora de Montbrison, siempre comen en su casa algunos diputados: no se hace eso sin motivo; ese inconveniente debe reportar en cámbio probablemente alguna ventaja.... como si digésemos una cierta influencia sobre los hombres que dicen tienen mucha en estos tiempos. Os lo repito; si podemos servirlos, contad con nosotros.... Además, mi jóven primo el duque de Montbrison, que es par, está relacionado con todos los demas jóvenes

pares de la cámara.... ¿Podría hacer algo? En ese caso os lo ofrezco. En una palabra, disponed de mí y de los míos, pues sabéis que soy una buena y verdadera amiga.

—Lo sé.... y no rehusó vuestro apoyo.... aunque por ahora....

—Veamos, mi querido Alcestes; somos personas de mundo; obremos, pues, como tales; que estemos aquí ó en otra parte, esto importa poco, á mi parecer, al negocio que os interesa, y á mí también en extremo, porque es cosa vuestra.... Hablemos, pues, de él, y muy á fondo.... lo exijo....

Y diciendo esto, la duquesa se acercó á la chimenea, y adelantó hácia el hogar el mas lindo piececito del mundo, que en aquel momento estaba helado. La señora de Lucenay, que tenia un tacto muy delicado, asió la ocasion que se presentaba de no hablar mas del vizconde, y de entretener al señor de Saint-Remy con un asunto á que él daba mucha importancia.

La conducta de Clotilde hubiera sido muy diferente en presencia de la madre de Florestan; hubiérala confesado estensamente con felicidad y con orgullo cuánto le amaba.....

.....

A pesar de su rigorismo y de su aspereza, el señor de Saint-Remy cedió á la influencia de la gracia caballeresca y cordial de aquella muger, que habia conocido y amado desde muy niña, y hasta casi olvidó que hablaba á la querida de su hijo.

Por otra parte, ¿cómo resistir al contagio del ejemplo, cuando el héroe de una posicion estremadamente embarazosa, no parece hacer ó querer hacer alto en lo difícil de las circunstancias en que se halla colocado?

—¿Ignorais tal vez, Clotilde, que hace mucho tiempo que vivo en Angers?

—No; ya lo sabia.

—A pesar del aislamiento en que queria vivir, habia elegido esta ciudad porque habitaba en ella uno de mis parientes, el señor de Fermont, que cuando mi terrible desdicha, se portó conmigo como un hermano.... Despues de haberme acompañado á todas las ciudades de Europa, donde esperaba hallar á un hombre á quien queria matar, me sirvió de testigo en un duelo....

—Sí, en un duelo terrible; mi pobre padre me lo contó todo hace mucho tiempo, repuso tristemente la señora de Lucenay; pero felizmente Florestan ignora ese duelo.... asi como la causa que dió lugar á él.

—He querido dejarle respetar á su madre, contestó el conde; y abogando un suspiro, continuó: Al cabo de algunos años murió el señor de Fermont en Angers, en mis brazos, dejando una hija y una muger, que no obstante mi misantropía, me habia visto obligado á amar, porque nada habia en el mundo mas puro y noble que estas dos sublimes criaturas. Vivía solo, en un arrabal apartado de la ciudad; mas cuando se calmaban algo mis accesos de negra tristeza, iba á casa de la señora de Fermont á hablar con ella y su hija del hombre á quien habíamos perdido.... como en vida suya, iba á apagar mi dolor en esa dulce intimidad en que hacia ya tiempo habia concentrado todo mi afecto. El hermano de la señora de Fermont habitaba en París; encargóse de todos los negocios de su hermana á la muerte de su marido, y colocó en casa de un escribano unos cien mil escudos, que componian toda la fortuna de la viuda. Al cabo de algun tiempo la señora de Fermont recibió otro nuevo y ter-

rible golpe: su hermano el señor de Renneville se suicidó, hace ya cerca de ocho meses. Dida todos los consuelos que estaban á mi alcance; y calmado su primer dolor, partió para París á fin de poner orden á sus negocios; mas algun tiempo despues supe que se vendia por orden suya el modesto mueblaje de la casa que tenia alquilada en Angers, y que la suma se habia empleado en pagar algunas deudas que habia dejado el señor de Fermont.... Alarmado por esta circunstancia, me informé, y supe de un modo vago que esa desgraciada muger y su hija se hallaban en el mayor apuro, víctimas, sin duda, de una bancarrota.... Si la señora de Fermont debia contar con alguna persona en semejante situacion, era conmigo.... sin embargo, no recibí noticia alguna suya.... Al perder esa dulce intimidad, fué cuando conocí todo su valor: no podeis formaros una idea de mis sufrimientos ni de mis inquietudes despues de la partida de la señora Fermont y de su hija.... Su padre, su marido era para mí un hermano.... Era, pues, absolutamente preciso que yo las hallase, que supiese por qué en su ruina no se habian dirigido á mí por pobre que fuese: asi es que salí de Angers, dejando alli una persona encargada de avisarme de cualquiera noticia que por casualidad se supiese.

— Y bien....

— Ayer mismo recibí carta de Angers.... y nada se sabe.... Asi que llegué á París comencé mis pesquisas.... fui primero al antiguo domicilio del hermano de la señora de Fermont.... Alli me dijeron que vivia en el malecon del canal de San Martin.

— ¿Y eran exactas las señas?

— Habia, efectivamente, vivido alli; mas ignoraban su nueva habitacion.... Desgraciadamente hasta ahora mis pesquisas han sido infructuosas....

Tras mil vanas tentativas, antes de perder del todo la esperanza, me he decidido á venir aqui; quizás la señora de Fermont, que por un motivo inespliable no me ha pedido ayuda ni apoyo, habrá recurrido á mi hijo como al del mejor amigo de su marido.... Esta idea carece sin duda de fundamento.... pero no quiero haber perdonado medio alguno para poder hallar á esa pobre muger y á su hija.

Hacia un momento que la señora de Lucenay escuchaba con la mayor atencion al conde; de repente dijo:

— En verdad seria muy singular que fuesen las mismas personas.... por quienes se interesa la señora de Harville....

— ¿Qué personas? preguntó el conde.

— La viuda de quien hablais es jóven aun, ¿no es cierto? ¿Su rostro es muy noble?

— Efectivamente.... ¿mas cómo lo sabeis?

— ¿Su hija es bella como un ángel; tiene diez y seis años á lo mas?

— Sí.... sí....

— ¿Y se llama Clara?

— ¡Oh, por favor! decid.... ¿en dónde están?

— ¡Ay! lo ignoro....

— ¿Lo ignorais?

— Os diré lo que ha ocurrido: una amiga mia, la señora de Harville, vino á mi casa á preguntarme si conocia á una señora viuda, cuya hija se llamaba Clara, y cuyo hermano se habia suicidado; la señora de Harville se dirigia á mí, porque habia visto estas palabras «*Se ha de escribir á la señora de Lucenay*» trazadas al fin de un borrador de una carta que esa desgraciada muger escribia á una persona desconocida, cuyo apoyo reclamaba.

— ¿Quería escribiros.... á vos?... ¿por qué?

— Lo ignoro.... yo no la conozco....

— ¡Ah! ¡mas ella os conoce á vos! exclamó el señor de Saint-Remy, iluminado por una súbita idea.

— ¿Qué decís?

— Mil veces me habia oido hablar de vuestro padre, de vos, de vuestro generoso y escelente corazón.... Y tal vez en su infortunio habrá pensado recurrir á vuestra bondad.

— Efectivamente; puede muy bien haber sido así.

— Mas ¿cómo se hallaba en poder de la señora de Harville el borrador de esa carta?

— Lo ignoro; lo único que sé es, que mi amiga, sin saber aun á dónde se habian refugiado esa pobre madre é hija, estaba tratando de encontrarlas.

— Entonces, Clotilde, cuento con que me facilitaréis los medios de presentarme á la señora de Harville: es preciso que la vea hoy mismo.

— ¡Eso es imposible! Su marido acaba de ser víctima de un horroroso accidente; disparósele entre las manos una arma, que no creía estuviese cargada, y cayó muerto en el acto.

— ¡Ah! ¡qué horror!

La marquesa partió en seguida para Normandía, á fin de pasar los primeros dias del luto en compañía de su padre....

— Clotilde, os suplico que la escribais hoy mismo; pedidla las noticias que posee ya; pues que se interesa por esas mugeres, decidla que tendrá en mí su mas ardiente ausiliar; mi único deseo es hallar á la viuda de mi amigo, y dividir con ella y con su hija lo poco que poseo. Al presente es mi única familia.

— ¡Siempre el mismo, siempre generoso y apasionado! Contad conmigo; escribiré hoy mismo á

la señora de Harville. ¿A dónde dirigiré la contestación que reciba.

— ¿A Asnieres?

— ¡Qué rareza! ¿por qué os habeis ido á alojarse allí y no en París?

— Detesto á París por las ideas que renueva en mi memoria, dijo el señor de Saint-Remy con aire sombrío; mi antiguo médico el doctor Griffon, con quien he seguido en correspondencia, posee una casita de campo á orillas del Sena, junto á Asnieres; no la habita en invierno, y la ha puesto á mi disposición; viene á ser una especie de arrabal de París, de modo que podia entregarme á mis pesquisas, y luego disfrutar del aislamiento que me gusta.... así acepté.

— Os escribiré, pues, á Asnieres, pero puedo además daros una noticia, que quizás os sea útil.... La ruina de la señora de Fermont ha sido ocasionada por la infamia del escribano, en cuya casa estaba colocada toda la fortuna de vuestra parienta.... Ese escribano ha negado el depósito.

— ¡Miserable!... ¿y cómo se llama?

— Santiago Ferrand, dijo la duquesa, sin poder contener la risa que asomaba á sus labios.

— ¡Qué original sois, Clotilde! ¡todo esto es muy grave y muy triste, y sin embargo, os reis! dijo el conde sorprendido y enfadado.

En efecto, la señora de Lucenay, al recuerdo de la amorosa declaración del escribano, no pudo reprimir un movimiento de risa.

— Perdonad, mi querido amigo, repuso ella; debéis saber que el escribano es un hombre muy singular.... y que se cuentan de él cosas muy ridículas.... Pero formalmente si su reputación de hombre honrado no es mas merecida que la de santo

varon.... (que declaro es usurpada) es un miserable en toda la estension de la palabra.

— ¿Y dónde vive?

— En la calle del Sendero.

— Iré á verle.... lo que me decís, parece coincidir entonces con ciertas sospechas....

— ¿Qué sospechas?

— Segun algunos datos tomados sobre la muerte del hermano de mi pobre amiga, me siento inclinado á creer que ese desgraciado, en vez de suicidarse.... ha sido víctima de un asesinato....

— ¡Dios mio! ¿y qué os lo haria suponer?...

— Varias razones, que seria muy largo explicaros; os dejo.... No olvidéis las ofertas de servirme, que me habeis hecho en vuestro nombre y en el del señor Lucenay.

— ¡Cómo! ¿os marchais.... sin ver á Florestan?

— Esa entrevista con él debia ser muy incómoda. Debeis comprender que la arrostraba por la sola esperanza de hallar aqui alguna noticia relativa á la señora de Fermont, por no tenerme que echar en cara el haber descuidado un solo medio de hallarla; ahora ya es otra cosa: ¡adios!...

— ¡Ah! ¡sois implacable!

— ¿No sabeis?...

— Sé que vuestro hijo nunca ha necesitado mas de vuestros consejos....

— ¡Cómo! ¿No es rico, feliz?...

— Si; pero no conoce á los hombres. Ciegamente pródigo, porque es confiado y generoso, en todo, por todo, y siempre gran señor, temo no abusen de su bondad. ¡Si supieseis la nobleza que encierra en su corazon!... Nunca me he atrevido á reprenderle sobre sus gastos y su desorden; en primer lugar, porque yo soy cuando menos tan loca como

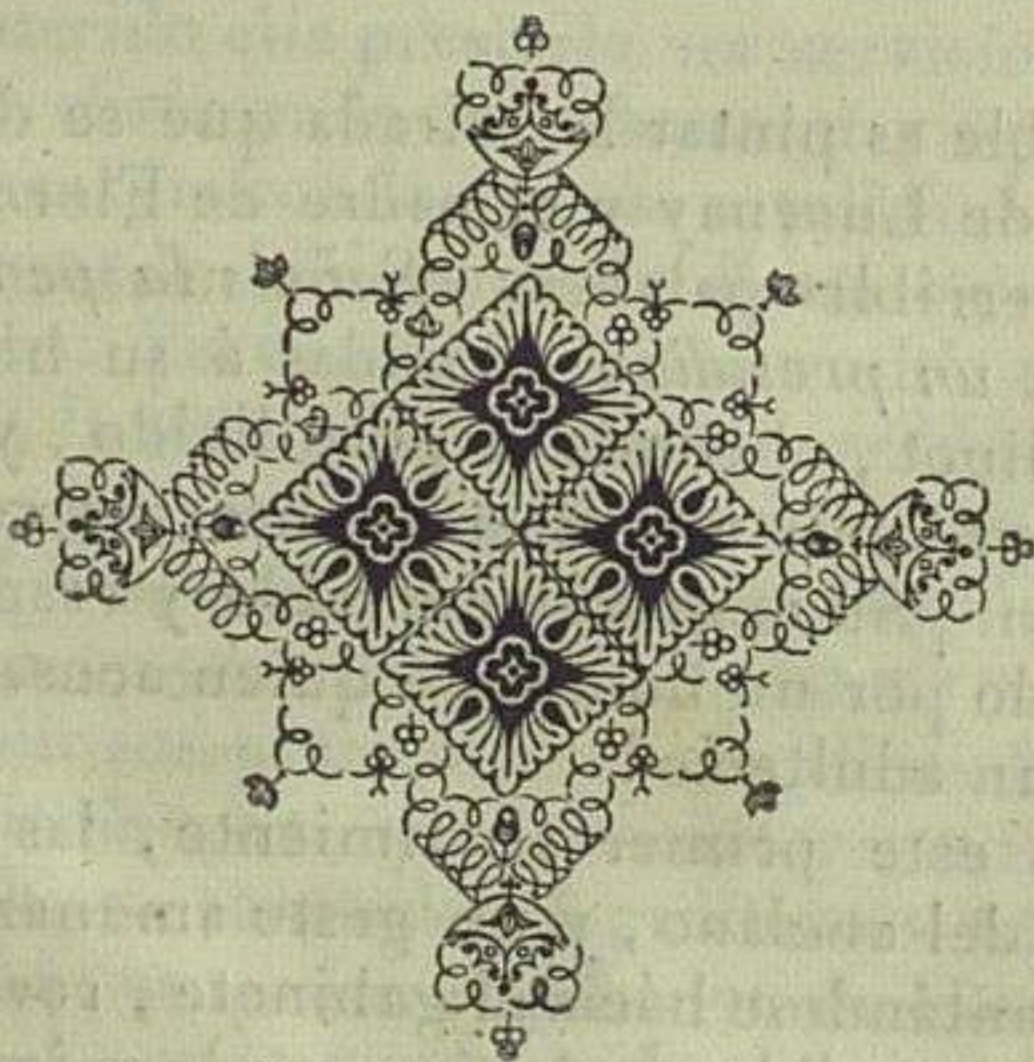
él, y despues.... por otras razones; mas vos, al contrario, vos podriais....

La señora de Lucenay no concluyó.

De repente se oyó la voz de Florestan de Saint-Remy, quien entró precipitadamente en el gabinete vecino á la habitacion: y despues de haber cerrado bruscamente la puerta, dijo con voz alterada á alguno que le acompañaba:

— ¡Eso es imposible!...

— Os lo repito, contestó la voz clara y aguda del señor Badinot; os repito que si no haceis ese sacrificio, dentro de cuatro horas estareis preso.... Porque si nuestro hombre no recibe dinero, va á presentar su queja al tribunal, y ya sabeis la pena que tiene una falsificacion de ese género; un presidio, mi pobre vizconde.



CAPÍTULO XX.

—NON—

LA CONVERSACION.

Imposible es pintar la mirada que se dirigieron la señora de Lucenay y el padre de Florestan. Al oír estas terribles palabras «*Sabeis la pena que os espera.... un presidio*» dirigidas á su hijo por el señor Badinot, el conde se puso lívido, y apoyóse en el respaldo de un sillón, pues sus rodillas le flaqueaban. ¡Su nombre venerable y respetado.... deshonorado por un hombre á quien acusaba de ser fruto de un adulterio!

Pasado este primer abatimiento, las irritadas facciones del anciano, y un gesto amenazador que hizo adelantándose hácia el gabinete, revelaron de tal modo la terrible resolución que le animaba, que la señora de Lucenay le cogió la mano, le detuvo,

y le dijo en voz baja con el acento de la mas profunda conviccion:

— Es inocente.... os lo juro. Escuchad en silencio.

El conde se detuvo , porque queria dar crédito á lo que le decia la duquesa , quien estaba , en efecto , persuadida de la lealtad de Florestan.

Para obtener nuevos sacrificios de esa muger tan ciegamente generosa ; sacrificios por los que únicamente habia podido ponerse al abrigo de un encarcelamiento y de las persecuciones de Santiago Ferrand , el vizconde habia afirmado á la señora de Lucenay que , victima de un miserable de quien habia recibido en pago una letra falsa , corria riesgo de ser considerado como cómplice del falsario , por haber puesto él mismo esa letra en circulacion. La señora de Lucenay tenia al vizconde por un imprudente , pródigo y desordenado ; empero nunca le hubiera creido capáz , no de una bajeza ni de una infamia , sino ni aun de la mas ligera falta de delicadeza. Al prestarle por dos veces sumas considerables en circunstancias muy críticas , habia querido ella prestarle un servicio de amigo , pues que el vizconde no quiso aceptar aquellos préstamos mas que con la espresa condicion de volverlos ; porque le debian , decia él , mas del doble de esas sumas. Su aparente lujo permitia creerlo asi. Ademá , la señora de Lucenay , cediendo al impulso de su natural bondad , solo habia pensado en ser útil á Florestan , y no habia tratado de modo alguno en asegurarse de si se hallaba ó no en estado de cumplir sus promesas. El lo afirmaba , y esto era suficiente para que ella lo creyese ; á no ser asi , ¿ hubiera aceptado él préstamos tan importantes ? Al responder del honor de Florestan , al suplicar al conde que escuchase la conversacion ,

la duquesa estaba en la firme persuasión de que se iba á tratar del abuso de confianza de que el vizconde se suponía víctima, y que quedaria aun completamente disculpado á los ojos de su padre, en vista de su inocencia.

—Os lo repito, repuso Florestan con voz alterada; ese hombre es un infame; me habia asegurado que no tenia en su poder otras letras que las que retiré ayer, y hace tres dias. Yo creí que esta estaba en circulacion, pues no era pagadera hasta dentro el término de tres meses, en Lóndres, por la casa de Adams y Compañía.

—Si, sí, dijo la voz clara y mordáz de Badinot; ya sé, mi querido vizconde, que habiais combinado mañosamente el negocio. Vuestras falsificaciones no debian quedar descubiertas hasta cuando estaríais ya lejos de aqui.... pero tratabais de pegársela á uno mas lince que vos.

—¿Y ahora es cuando debiais decirme esto, desdichado? exclamó Florestan furioso; ¿no sois vos quien me ha puesto en relacion con el que ha recogido estas letras?

—Vamos, mi querido aristócrata, respondió friamente Badinot, calma.... Vos imitais hábilmente las firmas del comercio; es una maravilla, no se os puede negar; mas esta no es una razon para que trateis á vuestros amigos con ingrata familiaridad. Si os volveis á encolerizar.... os dejo, y os arreglareis como podais.

—¡Bah!... ¿creeis que se puede conservar sangre fria en semejante situacion?... Si lo que me decís es verdad, se presenta hoy esa queja al tribunal, y estoy perdido.

—Eso cabalmente es lo que yo os digo, á menos que no recurrais otra vez á vuestra hechicera providencia de ojos azules.

—Es imposible.

—Entonces resignaos.... ¡es una lástima! era la última letra.... y por unos miserables veinticinco mil francos.... irse á tomar el aire del sur á Tolon, es una torpeza, un absurdo, una bestialidad. ¿Cómo se acobarda hasta ese extremo un hombre de tanto talento como vos?

—¡Dios mio!... ¿qué haré.... qué haré? ¡nada de cuanto hay aqui me pertenece.... no poseo míos ni aun veinte luises!

—¿Y vuestros amigos?

—Pues si no debiera á todos cuantos pueden prestarme, ¿me creéis tan tonto que hubiera esperado á este dia para dirigirme á ellos?

—Es cierto.... perdonad.... pero conferenciamos con calma, pues es el mejor medio de llegar á una solucion razonable. No há mucho iba á esplicaros cómo habiais querido pegársela á otro mas lince que vos.... no habeis querido escucharme....

—Vamos, hablad, si de ello hemos de reportar alguna utilidad.

—Recapitulemos.... hace dos meses digisteis: Tengo por valor de ciento treinta mil francos en letras sobre diferentes casas de comercio, á largas fechas; mi querido Badinot, á ver si encontrais medios de negociarlas.

—Bien.... ¿y qué?

—Aguardad.... os supliqué que me enseñaseis esas letras.... Un cierto no sé cuántos me dijo que esas letras eran falsas, aunque perfectamente imitadas. No sospechaba, á la verdad, que tuvieseis un talento caligráfico tan adelantado; pero ocupándome del cuidado de vuestra fortuna, desde que no teniais fortuna, sabia que estabais completamente arruinado. Yo habia estendido el contrato, por el cual vuestros caballos, coches y muebles pasaban á

manos de Boyer y Edwards.... ¿No era, pues, extraño que me maravillase el veros dueño de valores de comercio tan considerables?

— Pasad por alto vuestro asombro; vamos al hecho.

— Ya estamos.... Tengo asaz esperiencia ó timidéz para tratar de no mezclarme en negocios de esta naturaleza; os dirigí, pues, á un tercero que, no menos perspicáz que yo, conoció la mala treta que queriais jugarle.

— Es imposible no hubiera admitido las letras, si las hubiese tenido por falsas.

— ¿Cuánto os ha dado en dinero contante por estos cuatrocientos mil francos?

— Veinticinco mil, y el resto en créditos á cobrar.

— ¿Y qué habeis sacado de esos créditos?...

— Nada; ya lo sabeis; eran ilusorios.... mas siempre arriesgaba él los veinticinco mil francos.

— Sois aun muy niño, mi querido vizconde. Debiendo yo recibir de vos cien luises de comision, si se cerraba el trato, me guardé muy bien de decir al tercero el estado real de vuestros negocios.... Os tenia aun por muy rico, y os creía, sobre todo, adorado de una gran dama poderosamente rica, que no os dejaria nunca en el atolladero: estaba, pues, casi seguro de recobrar cuando menos sus fondos, por medio de una transaccion; sin duda se aventuraba á perder, mas tambien á ganar mucho, y sus cálculos eran buenos; pues el otro dia le entregasteis en buena moneda cien mil francos para retirar la letra falsa de cincuenta y ocho mil francos, y ayer treinta mil por la segunda.... es cierto que en cuanto á esta se contenta con el reembolso íntegro. ¿Cómo os procurasteis esos treinta mil francos de ayer? ¡Lléveme el diablo si lo comprendo! sois el único para estas cosas.... Veis, pues, que á fin de

cuento, si Juanin os obliga á pagar la tercera letra de veinticinco mil francos, habrá recibido de vos ciento cincuenta y cinco mil francos por veinticinco mil que os habrá él pagado.... Ahora bien; tenia, pues, razon en deciros que os las habiais habido con uno mas lince que vos.

— Mas ¿por qué me ha dicho que estaba ya negociada esta tercera letra que me presenta hoy?

— Por no asustaros: tambien os habia dicho que, escepto la de los ochenta y cinco mil francos, las otras estaban en circulacion; ya que estuvo pagada la primera, vino la segunda, y ahora la tercera.

— ¡Miserable!

— Escuchad: *la caridad bien ordenada empieza por uno mismo*, dice un adagio, que me parece muy digno de ser tomado en consideracion. Pero hablemos á sangre fria: esto es prueba que Juanin (y aqui para entre los dos, no me maravillaria de que Santiago Ferrand, á pesar de su santa fama, fuese á medias en estas especulaciones), esto os prueba, digo, que Juanin, cebado por vuestros primeros pagos, especula con los otros, en la firme creencia de que vuestros amigos no permitirán que vayais á la cárcel. A vos es á quien toca ver si estas amistades están del todo esplotadas, prensadas hasta la corteza, y si no se les puede aun esprimir algunas gotas de oro; pues si dentro de tres horas no teneis los veinticinco mil francos, mi noble vizconde, estareis encerrado.

— Aun cuando me estuvieseis repitiendo eso á cada instante....

— A fuerza de oirlo, consentereis tal vez en arrancar otra pluma á esa generosa duquesa.

— Os repito que no hay que pensar en ello.... Encontrar en el término de tres horas veinticinco

mil francos, despues de los sacrificios que ella ha hecho; vamos, seria una locura esperar lo.

— Por complaceros, dichoso mortal, se tiente lo imposible....

— ¡Ah! lo ha tentado ya.... ¿no lo es, acaso, el pedir cien mil francos prestados á su marido, y haberlos obtenido?... pero esos son fenómenos que no se reproducen dos veces. Veamos, mi querido Badinot; hasta aqui no habeis tenido que quejaros de mí.... siempre he sido generoso.... procurad obtener alguna próroga de ese miserable Juanin.... Ya sabeis que siempre encuentro medios de recompensar á quien me sirve. En cuanto hayamos echado tierra á este negocio, tomo un nuevo vuelo.... y quedareis satisfecho de mí.

— Juanin es tan inflexible, como vos poco razonable.

— ¡Yo!....

— Procurad únicamente interesar otra vez por vuestra funesta suerte, á vuestra generosa amiga.... ¡Qué diantres! decidle clarito lo que hay, no ya como otras veces, que sois victima de falsarios, sino que sois falsario vos mismo.

— Nunca le haré semejante confesion; seria un bochorno sin ventaja alguna.

— ¿Preferís que lo sepa mañana por la *Gaceta de los Tribunales*?

— Tengo aun tres horas de tiempo para huir.

— ¿Y á dónde ireis sin dinero? Pensad al contrario, que retirada esta última letra, os encontrareis en una brillante posicion; ya no tendreis más que deudas.... Vamos, prometedme que hablareis á la duquesa. Sois tan cumplido, que sabreis haceros interesante á pesar de vuestros errores: en último caso, lo mas que podrá suceder es que os amen un poco menos; pero os sacarán del

aprieto. Vamos, prometedme que ireis á ver á vuestra hermosa amiga, y corro á casa de Juanin; estoy seguro de que obtendré una hora ó dos de dilacion....

— ¡Qué infierno! ¡será preciso apurar la copa de la vergüenza hasta las heces!....

— Vamos, os deseo una suerte feliz; mostraos tierno, apasionado, encantador; yo corro á casa de Juanin; me encontrareis allí hasta las tres.... mas tarde ya no habria lugar.... el tribunal se cierra á las cuatro.

Y el señor Badinot salió.

Cuando se hubo cerrado la puerta, oyóse á Florestan esclamar con profunda desesperacion:

— ¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

Durante esta conversacion, que ponía de manifiesto al conde la infamia de su hijo, y á la señora de Lucenay la infamia del hombre á quien habia amado ciegamente, ambos habian permanecido inmóviles, respirando, apenas, con el peso de tan espantosa revelacion.

Seria imposible describir la muda elocuencia de la dolorosa escena que tuvo lugar entre aquella jóven y el conde, cuando no les quedó duda alguna del crimen de Florestan. Estendiendo los brazos hácia la pieza en que estaba su hijo, el anciano se sonrió con amarga ironía; lanzó una mirada aterradorá á la señora de Lucenay, y pareció decirle:

— ¡Ahí teneis á aquel por quien habeis arros-trado todas las vergüenzas, y consumado todos los sacrificios! ¡ahí teneis al que me echabais en cara haber abandonado!...

La duquesa comprendió la reconvencion; por un momento inclinó la cabeza bajo el peso de su vergüenza.

La leccion era terrible....

Despues , poco á poco , á la cruel ansiedad que habia contraido los facciones de la señora Lucenay , sucedió una especie de altanera indignacion. Las faltas inescusables de aquella estaban cuando menos paliadas por la lealtad de su amor , por la osadía de su afecto , por la grandeza de su pasion , por la franqueza de su generosidad , y por su inexorable aversion á cuanto era vil y bajo.

Demasiado jóven aun , demasiado hermosa , y demasiado solicitada para experimentar la humillacion de haber sido esplotada , esta muger altiva y resuelta , en quien desapareció súbitamente el prestigio del amor , no sintió ni odio ni cólera: instantáneamente , sin transicion alguna , un disgusto mortal , un glacial desdén mató su afeccion hasta entonces tan profunda y llena de vida ; ya no fué una querida indignamente engañada por un amante ; fué una señora de elevada clase que , descubriendo que un sugeto de su sociedad era un petardista y un falsario , le pone en la calle.

Aun suponiendo que algunas circunstancias hubiesen podido atenuar la ignominia de Florestan , la señora de Lucenay no las hubiera tomado en cuenta ; segun ella , el hombre que traspasaba ciertos límites de honor , bien por vicio , ó bien por error ó debilidad , dejaba de existir á sus ojos , pues la honradéz era para ella una cuestion de ser ó dejar de ser. El único sentimiento doloroso que experimentó la duquesa , fué ocasionado por el efecto terrible que conoció producía esta revelacion inesperada sobre el conde , su antiguo amigo.

Hacia algunos momentos que este parecia no ver ni oír ; sus pupilas estaban inmóviles ; su cabeza inclinada ; los brazos caidos ; lívido su rostro , y de tanto en tanto despedía su pecho un suspiro convulsivo. En un hombre tan resuelto como enérgi-

co, semejante abatimiento era mas terrible que un vivo trasporte de cólera.

La señora de Lucenay le miraba con inquietud.

— Animo, amigo mio, le dijo ella en voz baja. Por vos.... por mí.... por ese hombre.... sé lo que me resta que hacer....

El anciano la miró fijamente; despues, como si una violenta conmocion le hubiese arrancado de su estupor, irguió la cabeza, dejando ver sus amenazadoras facciones; y olvidando que su hijo podia oirle, exclamó:

— Tambien yo, por vos.... por mí.... por ese hombre.... sé lo que me resta que hacer....

— ¿Quién está ahí? preguntó Florestan sorprendido.

La señora de Lucenay, temiendo encontrarse con el vizconde, desapareció por la puertecilla, y bajó por la escalerilla secreta.

Habiendo repetido Florestan su pregunta sin obtener contestacion alguna, entró en el salon, donde se halló cara á cara con el conde.

La larga barba del viejo alteraba de tal modo su fisonomía, é iba tan miserablemente vestido, que no reconociéndole de pronto su hijo, que hacia muchos años no le habia visto, se adelantó con aire amenazador.

— ¿Qué haceis ahí?... ¿quién sois?

— ¡Soy el marido de esa muger! contestó el conde señalando el retrato de la señora de Saint-Remy.

— ¡Mi padre! exclamó Florestan, retrocediendo asustado, reconociendo las facciones del conde, mucho tiempo olvidadas.

En pie, con ademan formidable, la vista airada, el rostro encendido por la cólera, sus blancos cabellos echados hácia atras, y los brazos cruzados, el

conde dominaba, aterraba á su hijo, que con la cabeza inclinada no se atrevía á mirarle.

Sin embargo, el señor de Saint-Remy, por un secreto motivo, hizo un violento esfuerzo para permanecer en calma y disimular sus terribles resentimientos.

— ¡Padre mio! dijo Florestan con voz alterada, ¿estabais ahí?

— Ahí estaba.

— ¿Habeis oído?...

— Todo....

— ¡Ah! exclamó dolorosamente el vizconde ocultando el rostro entre las manos.

Hubo un momento de silencio.

Florestan de pronto tan admirado como apesadado de la aparicion inesperada de su padre, pensó bien pronto, á fuer de hombre de recursos, en el partido que podia sacar de este incidente.

— Todavía quedan esperanzas, dijo entre sí. La presencia de mi padre es un golpe de suerte. Lo sabe todo, y no querrá dejar deshonar su nombre; no es rico, pero siempre poseerá mas de veinticinco mil francos. Representemos, pues, bien nuestro papel.... un poco de maña y de seduccion para lograr conmoverle.... así dejaré descansar á la duquesa, y estoy salvado.

En seguida dando á sus hechiceras facciones una espresion de doloroso abatimiento, soltando algunas lágrimas de arrepentimiento, tomando su mas vibrante voz, y su mas patético acento, exclamó juntando las manos con un gesto de desesperacion:

— ¡Ah, padre mio.... soy muy desgraciado.... despues de tantos años.... volveros á ver en este momento.... debo pareceros tan culpable!... Mas dignaos escucharme, os lo pido por favor; permitidme, no que me justifique, sino que os explique

la causa de los yerros de mi conducta.... ¿me lo concedéis, padre mio?

El señor de Saint-Remy no contestó una palabra; sus facciones permanecieron impasibles; sentóse en un sillón, en cuyo brazo colocó el codo.... allí, apoyando la barba en la palma de la mano, contempló al vizconde en silencio.

Si Florestan hubiese tenido conocimiento de los motivos que llenaban el alma de su padre de odio, de furor y de venganza, asustado de la aparente calma del conde, no hubiera sin duda tratado de engañarle.

Empero ignorando las funestas sospechas sobre la legitimidad de su nacimiento, y las faltas de su madre, no dudó del éxito de su estrategia, creyendo tener solo que enternecer á un padre que, á la vez muy misántropo y muy lleno de orgullo con su nombre, sería capaz, antes que permitir que quedase deshonorado, de hacer todos los sacrificios imaginables.

—Padre mio, continuó tímidamente Florestan, decid: ¿me permitís que trate, no de disculparme, sino de referiros la série de yerros involuntarios.... que me han conducido, casi á pesar mio, hasta á cometer acciones infames.... lo confieso?

El vizconde tomó el silencio de su padre por un consentimiento tácito, y continuó:

—Cuando tuve la desgracia de perder á mi madre.... ¡mi pobre madre que me habia amado tanto!... no habia cumplido aun veinte años.... Halléme solo.... sin consejo.... sin apoyo.... Dueño de una fortuna considerable.... acostumbrado al lujo desde mi infancia.... se habia convertido para mí en un hábito.... en una necesidad.... Ignorando lo difícil que era el ganar dinero, lo prodigaba sin tasa.... Desgraciadamente.... y lo digo así, porque

esta ha sido la causa de mi perdicion ; mis gastos locos y desordenados como eran , fueron notables por su elegancia.... A fuerza de gusto , eclipsaba á gentes diez veces mas ricas que yo.... Ese primer éxito me embriagó , y llegué á ser hombre de lujo , como se llega á ser guerrero ó estadista : sí , amaba el lujo ; mas no por una ostentacion vulgar , sino cual el poeta ama la poesía , y el pintor la pintura ; cual todo artista , estaba celoso de mi obra.... y mi obra era el lujo. Sacrifiquélo todo á su perfeccion. Quería que fuese bello , grande , completo y espléndidamente armonioso en todas las cosas.... desde mi caballeriza hasta mi mesa , desde mi vestido hasta mi casa.... Quise que mi vida fuese una especie de escuela de elegancia , de tono y de gusto. Cual un artista , en fin , estaba ávido á la vez de los aplausos de la muchedumbre , y de la admiracion de las gentes escogidas....

Conforme iba hablando Florestan , sus facciones perdian poco á poco su espresion hipócrita , y brillaban sus ojos con una especie de entusiasmo , pues que decia la verdad ; al principio habíale seducido su modo , asaz poco comun , de comprender el lujo.

El vizconde interrogó con una mirada la fisonomía de su padre , que le pareció se ablandaba algun tanto , y continuó con creciente exaltacion:

— Oráculo y regulador de la moda , mi reprobacion ó mi elogio tenian fuerza de ley ; era citado , copiado , ensalzado y admirado ; y esto por la alta sociedad de París , que es lo mismo que decir de Europa , del mundo. Las mugeres participaron del entusiasmo general ; las mas hechiceras se disputaban el placer de venir á algunas fiestas que daba en muy corto número , y en todas partes , y siempre , se estasiaban en la incomparable elegancia,

en el esquisito gusto de esas fiestas.... que los millonarios no podían eclipsar ni aun igualar: por último, fuí lo que se llama *el rey de la moda*. Esa palabra os lo explicará todo, padre mio, si la comprendéis.

— Yo lo creo, y estoy seguro que en presidio inventaríais alguna refinada elegancia en el modo de llevar el grillete.... la cual se haría *de moda* entre la chusma, y se denominaría.... *à la Saint-Remy*.... dijo el anciano con mordáz ironía.... luego añadió: Y Saint-Remy.... *¡es mi nombre!*...

Y se calló permaneciendo en la misma postura.

Florestan tuvo que valerse de todo el imperio que tenía sobre sí mismo, para ocultar la herida que le causaba ese acerado sarcasmo, y continuó con tono mas humilde:

— ¡Ay, padre mio! no evoco el recuerdo de mis triunfos por orgullo.... pues, os lo repito, esos triunfos me han perdido.... Buscado, envidiado, lisonjeado, adulado, no por ávidos parasitas, sino por gentes cuya posición era muy superior á la mia, y sobre quienes tenía tan solo las ventajas que da la elegancia.... que es el lujo lo que el gusto á las artes.... se me trastornó la cabeza. Ya no calculaba nada: mi fortuna debía quedar disipada en pocos años; poco me importaba. ¿Me era dable renunciar á esa vida febril y deslumbradora, en la que los placeres se sucedían á los placeres, los goces á los goces, las fiestas á las fiestas, y las embriagueces de todos géneros á los hechizos de toda suerte?... ¡Oh! si supieseis, padre mio, lo que es ser señalado en todas partes como el héroe del día.... oír los murmullos que acogen vuestra entrada en un salón.... y decirse unas mugeres á otras: ¡El es!... ¡ahí está!... ¡ahí está!... ¡Oh! si supieseis....

— Ya sé.... dijo el anciano interrumpiendo á su

hijo y sin cambiar de actitud ; ya lo sé.... Sí , el otro día , en una plaza pública habia una gran muchedumbre ; de pronto se oyó un murmullo.... parecido al que os acoge á vos cuando entráis en alguna parte ; despues las miradas de las mugeres especialmente se fijaron sobre un bello mozo.... cual si se hubiesen fijado sobre vos.... y se lo enseñaban las unas á las otras , diciéndose: ¡El es!... ¡ahí le teneis!... siempre como si se hubiese tratado de vos....

— ¡Pero ese hombre , padre mio!...

— Era un falsificador que sacaban á la vergüenza pública.

— ¡Ah! exclamó Florestan con una rabia concentrada: luego fingiendo una profunda aflicción, añadió: Padre mio, sois implacable.... sin embargo, ¿qué puedo deciros? No trato de negar mis yerros.... sí solo esplicaros el fatal error que los ha causado. Mas no importa; aun cuando debais anonadarme con vuestros sangrientos sarcasmos, procuraré llegar al fin de mi confesion; trataré de haceros comprender esa calenturienta exaltacion que me ha perdido, pues entonces tal vez me compadecereis.... Sí, pues un loco da siempre lástima, y yo lo era.... Cerrando los ojos, me lancé en el centelleante torbellino, al que arrastré conmigo á las mugeres mas encantadoras y á los mas amables hombres. ¿Podia contenerme? Tanto valdría decir al poeta que se aniquila, y cuya salud devora el genio: ¡Deteneos en medio de la inspiracion que os arrebatata!... No, no; yo no podia abdicar esa soberanía que ejercia, y volver á entrar vergonzoso, arruinado y ridiculizado en el desconocido tropel; dar ese triunfo á mis envidiosos que hasta entonces habian desafiado, dominado y humillado.... no, no me era posible.... á lo menos vo-

luntariamente. Llegó por fin el día fatal en que por primera vez me faltó el dinero: grande fué mi sorpresa, como si nunca hubiese debido suceder. Sin embargo, podía disponer aun de mis caballos, de mis coches y del mueblage de esta casa.... Pagadas mis deudas, me hubieran quedado quizá sesenta mil francos.... ¿Qué hubiera hecho de esa bagatela? Entonces, padre mio, dí el primer paso en la carrera de la infamia.... aun era honrado.... Solo habia derrochado lo que era mio; mas entonces empecé á contraer deudas que no podia pagar... Vendí á dos de mis criados cuanto poseía, á fin de satisfacerles lo que les debia, y poder gozar aun por espacio de seis meses, á pesar de mis acreedores, de ese lujo que me embriagaba. Para subvenir á mis necesidades de juego y gastos desordenados, pedí prestado primero á judíos; despues para pagar á los judíos, á mis amigos; y luego para pagar á mis amigos, á mis queridas. Agotados todos estos recursos, hubo en mi vida un momento de detencion. De hombre honrado habia pasado á ser caballero de industria.... pero no era aun criminal.... Vacilaba, sin embargo.... quise tomar una resolucion violenta... Habia probado en muchos duelos que no temia la muerte.... ¡intenté suicidarme!...

— ¡Ah! ¡bah!... ¿de veras? dijo el conde con una ironia feróz.

— ¿No me creéis, padre mio?

— ¡Era ya demasiado pronto, ó demasiado tarde! añadió el anciano siempre impasible.

Creyendo Florestan haber conmovido á su padre hablándole de su proyecto de suicidio, creyó necesario hacer mas interesante la escena por medio de un golpe teatral: abrió un armario; sacó de él un frasquito de cristal verduzco, y dijo al conde, poniéndolo sobre la chimenea:

— Un charlatan italiano me vendió este veneno.

— ¿Y.... era para vos.... ese veneno? dijo el anciano sin moverse.

— Florestan comprendió el sentido de estas palabras; sus facciones espresaron esta vez una indignacion real, porque decia verdad....

— Un dia habia concebido el capricho de matarse; capricho efimero: los séres de su género no se resuelven friamente y sin testigos á la muerte, que arrostran por punto de honor en un duelo; así exclamó con el acento de verdad:

— ¡Muy bajo he caido.... grande ha sido mi envilecimiento; pero no tanto como eso, padre mio! ¡para mí era para quien reservaba ese veneno!

— ¿Y tuvisteis miedo? dijo el conde.

— Lo confieso; retrocedí ante esa terrible determinacion; no habia motivo para desesperar del todo; las personas á quienes debia eran ricas, y podian esperar.... A mi edad, con mis relaciones, confié por un momento, si ya no en rehacer mi fortuna, cuando menos asegurarme una posicion honrosa, independiente.... Muchos de mis amigos, quizás con menos talento que yo, habian hecho una rápida carrera en la diplomacia. Tuve unos visos de ambicion.... No tuve mas que pedirlo, y fui destinado á la legacion de Gerolstein.... Desgraciadamente, algunos dias despues de este nombramiento, una deuda de juego contraida con un hombre, á quien odiaba mucho, me puso en un gran conflicto.... Habia agotado mis últimos recursos.... Ocurrióseme una accion infame. Ya lo veis, padre mio.... no os he ocultado nada.... confieso la ignominia de mi conducta, y no trato de atenuarla en nada.... Dos partidos me quedan que tomar, y estoy decidido á llevarlos ambos á cabo.... el primero es matarme, y quedar vuestro

nombre ajado ; porque si no pago hoy mismo los veinticinco mil francos , se formulará la acusacion, tendrá lugar el escándalo, y muerto ó vivo quedaré deshonorado. El segundo medio es arrojarme en vuestros brazos, padre mio.... y deciros : salvad vuestro nombre ; salvad á vuestro hijo de la infamia.... y os juro partir mañana mismo para el Africa ; sentar plaza de soldado, y hallar la muerte, ó volver á veros algun dia valientemente rehabilitado.... Lo que os digo, padre mio, es la pura verdad.... á la vista de la suerte extrema que me amenaza, no me queda otro partido.... Decidíos.... ó moriré cubierto de ignominia, ó, gracias á vos.... viviré para reparar mi falta.... no son estas palabras de un jóven, padre mio.... Tengo veinticinco años ; llevo vuestro nombre, y me queda bastante valor para matarme ó para hacerme soldado, pues todo es para mí preferible á ir á presidio....

El conde se levantó.

— No quiero que mi nombre quede deshonorado, dijo friamente á Florestan.

— ¡Ah, padre mio!.. mi salvador, exclamó acaloradamente el vizconde, é iba á precipitarse en los brazos de su padre; mas este con un gesto glacial, calmó este arrebató.

— ¿Os aguardan hasta las tres.... en casa de ese hombre que tiene en su poder la letra falsa?

— Sí; y son las dos, padre mio....

— Pasemos á vuestro gabinete.... dadme recado de escribir.

— Tomad, padre mio.

El conde se sentó delante del bufete de Florestan, y escribió con mano firme y pulso seguro:

«Me empeño á pagar á las diez de esta noche los veinticinco mil francos que debe mi hijo.»

Conde de Saint-Remy.

— Vuestro acreedor, á pesar de sus amenazas, lo que quiere es atrapar dinero: esta palabra que le doy le hará consentir en una nueva dilacion: se presentará en casa del señor Dupont, banquero, calle de Richelieu, n.º 7, que le saldrá garante de esa cantidad.

— ¡Oh, padre mio! ¡cómo podré nunca!...

— Me esperareis.... á las diez os traeré el dinero.... direis á vuestro acreedor que se encuentre aqui á esa hora.

— Bien, padre mio; y pasado mañana parto para el Africa.... ¡Ya vereis si soy ingrato!... Entonces, cuando habré recobrado el honor, quizás aceptaréis mi agradecimiento.

— Nada me debeis; he dicho que mi nombre no sería deshonrado mas, y no lo será, dijo sencillamente el señor de Saint-Remy, tomando su baston que habia colocado encima del escritorio, y se dirigió hácia la puerta.

— ¡Padre mio! ¡dadme á lo menos vuestra mano!... repuso Florestan con tono suplicante.

— Esta noche á las diez aqui, dijo el conde rehusándosela.

Y salió.

— ¡Me he salvado! exclamó Florestan con alegría. ¡Salvado! Despues añadió, tras un momento de reflexion: Salvado, del todo.... No importa, siempre es mucho.... Tal vez esta noche le confesaré la otra cosa; ya está en marcha.... no querrá detenerse en tan buen camino, ni que su primer sacrificio quede inutilizado por falta de un segundo.... ¿Pero para qué se lo he de decir?... ¿Quién sabrá jamás?... No importa; si no se me descubre, guardaré el dinero que me dará para extinguir esta última deuda.... ¡Qué diantres de hombre! ¡cuánto me ha costado enternecerle! La amargura de sus sarcasmos

me habia hecho dudar de su buena resolucion; pero la amenaza de suicidarme; el temor de ver su nombre deshonorado, le han decidido; era esa la tecla que ciertamente debia tocarse.... Sin duda es mucho menos pobre de lo que aparenta serlo.... ¡si posee un centenar de miles francos! Viviendo como vive, ha de haber hecho muchos ahorros.... Lo repito, su venida es un golpe de suerte.... Tiene una facha así un poco agreste, pero en el fondo me parece un buen sugeto.... pero corramos á casa de ese hombre.

Tocó la campanilla, y presentóse el señor Boyer.

— ¿Cómo no me avisasteis de que mi padre estaba aqui? Sois muy descuidados.

— Dos veces he querido dirigir la palabra al señor vizconde, que entraba con el señor Badinot por el jardin; pero su señoría probablemente preocupado en su conversacion con el señor Badinot, me ha hecho seña con la mano de que no le interrumpiese, y no me he atrevido á insistir.... Sentiria en extremo que el señor vizconde me tuviese por descuidado.

— Está bien.... dicit á Edwards que mande enganchar en seguida á Orion.... no.... Plower.... en el cabriolé....

El señor Boyer se inclinó respetuosamente, y en el momento en que iba á salir, llamaron á la puerta.

El señor Boyer miró á Florestan con aire interrogativo.

— Entrad.... dijo Florestan.

Presentóse un segundo ayuda de cámara con una bandeja de plata sobredorada en la mano.

El señor Boyer se apoderó de la bandeja con una especie de celosa oficiosidad y de respetuosa solicitud, y la presentó al vizconde.

Este tomó de ella un paquete bastante volumi-

noso , cerrado con un sello de lacre negro. Los dos criados se retiraron discretamente.

Florestan rasgó la cubierta , y encontró veinticinco mil francos en billetes del banco.... sin mas aviso ni esquila.

—Vamos , está visto , exclamó él con alegría; este es un dia feliz. Esta vez sí que me he salvado del todo.... Corro á casa del joyero , y.... pero no , esperemos ; no pueden tener sospecha alguna de mí. Bueno es siempre tener veinticinco mil francos de reserva.... soy un necio en dudar nunca de mi estrella.... ¿en el momento en que parecia iba á nublarse , no reaparece mas brillante aun?... ¿Pero de dónde viene este dinero? La letra del sobre me es desconocida. Veamos el sello.... la cifra.... pero.... sí , sí.... no me engaño.... una N y una L.... ¡es Clotilde! ¿pero cómo lo habrá sabido?... Y ni una palabra.... es extraño.... mas.... ¡ah , Dios mio!... ya caigo.... le habia dado cita esta mañana.... Las amenazas de Badinot me han trastornado.... Me he olvidado de Clotilde , y ella , cansada de esperar abajo , se habrá ido.... Sin duda esta remesa há sido un medio delicado de darme á entender que teme verse olvidada por apuros de dinero , ó negocios de interés. Sí , esta es una espresion indirecta.... por no haberme dirigido á ella como siempre.... ¡Apreciable Clotilde.... siempre la misma.... generosa como una reina! ¡Qué lástima haber tenido que llegar á este caso con ella.... tan linda todavía!... Algunas veces me pesa.... mas solo me he dirigido á ella en el último extremo.... me he visto precisado á ello.

--El cabriolé del señor vizconde está arreglado , dijo el señor Boyer....

—¿Quién ha traído esta carta?... preguntó Florestan.

—Lo ignoro, señor vizconde.

—Ya lo preguntaré abajo. Pero decidme: ¿no hay nadie en el piso bajo? añadió el vizconde mirando á Boyer con aire significativo.

—No hay ya nadie, señor vizconde.

—No me habia engañado, pensó Florestan. Clotilde me ha esperado, y luego se ha ido.

—Si el señor vizconde quisiese tener la bondad de escucharme dos minutos, dijo Boyer.

—Decid.... y daos prisa.

—Edwards y yo hemos sabido que el señor duque de Montbrison deseaba poner casa.... si el señor vizconde quisiera proponerle la suya, amueblada como está.... así como su caballeriza ya arreglada, será para nosotros una buena ocasion de deshacernos de todo, y para el señor vizconde tal vez un buen medio de pretestar esta venta.

—Teneis razon.... por mí mismo.... prefiero que sea así.... Está bien; veré á Montbrison, y le hablaré de ello.... ¿Qué condiciones quereis?

—Ya conoce el señor vizconde que nosotros debemos procurar aprovecharnos todo cuanto nos sea posible de su generosidad.

—¿Y ganar en vuestra venta! Nada mas natural: veamos.... ¿cuánto quereis por todo?

—Doscientos mil francos.... señor vizconde.

—¿Y ganais entre Edwards y vos?...

—Unos cuarenta mil francos.... señor vizconde.

—¡Bravo!... Me alegro.... porque estoy satisfecho de vosotros.... y si hubiese tenido que hacer testamento, os hubiera dejado esa suma á vos y á Edwards.

Y el vizconde salió para dirigirse primero á casa de su acreedor, y despues á casa de la señora de Lucenay, de quien no sospechaba hubiese asistido á su conferencia con Badinot.

CAPÍTULO XXI.

~~NON~~

LA INDAGACION.

El palacio de Lucenay era una de esas régias habitaciones del arrabal de San German, que el terreno perdido hacia tan grandioso; una casa moderna se podría fácilmente edificar en la caja de la escalera de uno de esos palacios, y un barrio entero en el sitio que ocupan.

Serian las nueve de la noche de aquel mismo día, cuando las dos hojas de la enorme puerta del palacio, de que hablamos, se abrieron ante un elegante cupé, que despues de haber descrito una inmensa y prudente curva en el grandioso patio, se detuvo ante una ancha escalinata cubierta, que conducia á una primera antesala.

Mientras que el manoteo de los dos fogosos ca-

ballos retumbaba en el sonoro empedrado, un gigantesco lacayo ó volante abrió la portezuela blasonada, y un jóven bajó con soltura del brillante coche, y subió con presteza las cinco ó seis gradas de la escalinata.

Este jóven era el vizconde de Saint-Remy.

Al salir de la casa de su acreedor, que satisfecho con la promesa del padre de Florestan habia concedido el plazo que se le exigia, y quedado en ir á buscar el dinero á las diez á la calle de Chaillot, el señor de Saint-Remy se habia trasladado á casa de la señora de Lucenay, para darle las gracias por el nuevo servicio que le habia hecho; mas no habiendo encontrado en casa á la duquesa por la mañana, llegaba triunfante, seguro de encontrarla á *prima sera* hora que ella le reservaba habitualmente.

Al ver lo serviciales que estaban dos lacayos de estrado que corrieron á abrir las puertas-vidrieras desde que reconocieron el carruage de Florestan; al observar el ademan profundamente respetuoso con que el resto de los criados se levantaron espontáneamente al paso del vizconde; y por último, por algunas otras ligeras é imperceptibles señales, se adivinaba que entraba el *segundo*, ó mas bien el verdadero amo de la casa.

Cuando el señor duque de Lucenay entraba en su palacio, con el paraguas en la mano, y sus desmesurados chanclos en los pies (pues aborrecia el salir en carruage) se repetian las mismas evoluciones domésticas con el propio respeto. Sin embargo, á los ojos de un observador habia una gran diferencia de fisonomía entre el recibimiento hecho al marido, y el que se reservaba el amante.

El mismo celo se manifestó en el salon de los ayudas de cámara cuando Florestan entró en él: al

instante uno de ellos le precedió para ir á anunciarle á la señora de Lucenay.

Jamás el vizconde habia estado tan orgulloso, ni se habia sentido mas seductor.... mas seguro de sí mismo.... mas conquistado.... La victoria que habia alcanzado por la mañana ; la nueva prueba de adhesion de la señora de Lucenay ; el gozo de haber salido tan milagrosamente de una posicion terrible ; su renaciente confianza en su estrella, comunicaban á su hermosa figura una espresion de audacia y de buen humor , que la hacian mas interesante aun y seductora ; en una palabra , nunca se habia encontrado mejor.... y tenia razon. Nunca habia sido mas caballeresco su talle flexible y delgado ; nunca habia mostrado la frente tan erguida ; nunca habia lisongeadado tan deliciosamente su orgullo este pensamiento : «La muy alta señora, dueña de este palacio , es mia , está á mis pies.... esta mañana aun me ha estado esperando en mi casa.»

Florestan se habia entregado á estas reflexiones, singularmente vanidosas , al atravesar tres ó cuatro salones que conducian á un gabinete, que regularmente ocupaba la duquesa. Una postrera ojeada dirigida á un espejo al pasar, completó la excelente y favorable opinion que Florestan tenia de sí mismo.

El ayuda de cámara abrió las dos hojas de la puerta del salon, y anunció:

— El señor vizconde de Saint-Remy.

Imposible es pintar el asombro y la indignacion de la duquesa.

Creía que el conde no habia ocultado á su hijo que ella tambien lo habia oido todo....

Ya lo hemos dicho ; al conocer toda la estension de la infamia de Florestan, el amor de la señora de

Lucenay, súbitamente estinguido, se habia convertido en un desdén glacial. Hemos manifestado tambien, que en medio de sus ligerezas y de sus errores, la señora de Lucenay habia conservado puros é intactos los sentimientos de rectitud, de honor y de caballeresca lealtad, de un vigor y de una exigencia enteramente viriles: poseía las cualidades de sus defectos y las virtudes de sus vicios; tratando el amor tan libremente como lo trata un hombre, llevaba tan lejos, mas lejos que un hombre, el sacrificio, la generosidad, el valor, y especialmente el odio á toda bajeza. Debiendo la señora de Lucenay asistir á una sociedad aquella noche, iba vestida, aunque sin diamantes, con su gusto y su magnificencia habituales; aquel tocado espléndido, el vivo carmin que llevaba franca y atrevidamente, á fuer de señora de córte, hasta sobre sus párpados, su belleza mas brillante aun con luz artificial, y su talle de diosa andando sobre nubes, realzaban mas aquel aire de buen tono que nadie poseía como ella, y que cuando era necesario llevaba hasta una fulminante insolencia.... El lector tiene ya conocimiento del carácter altivo y decidido de la duquesa; fórmese, pues, una idea de la espresion que tendrían sus facciones y su mirada, cuando el vizconde, adelantándose rozagante, risueño y confiado, la dijo con acento amoroso:

— Mi querida Clotilde.... ¡cuán buena sois!... ¡cuán!...

El vizconde no pudo acabar. La duquesa estaba sentada, y no habia hecho movimiento alguno; pero su fisonomía y la mirada que le lanzó, revelaron un desprecio á la vez tan lleno de calma y tan aterrador.... que Florestan se quedó cortado.... Ni pudo dar un paso, ni decir una palabra mas.

Nunca habia visto á la señora de Lucenay con

emejante semblante. No podia creer que fuese la misma muger que habia siempre hallado tan dulce, tan tierna, tan apasionadamente sumisa; pues nada es mas humilde ni mas tímido, que una muger determinada ante el hombre que ama y la domina.

Pasada su primera sorpresa, se avergonzó Florestan de su debilidad, y recobró su acostumbrada audacia. Dando un paso hácia la señora de Lucenay para cogerla la mano, la dijo con voz cariñosa:

— ¡Dios mio! ¿Qué tienes, Clotilde?... Nunca te he visto tan hermosa; y sin embargo....

— ¡Ah! esto es ya demasiada imprudencia! exclamó la duquesa retrocediendo con un ademán de disgusto y de altanería tan grande, que Florestan quedó de nuevo sorprendido y aterrado. No obstante, reponiéndose un poco, la dijo:

— ¿Me hareis, á lo menos, Clotilde, el favor de manifestarme la causa de este cambio tan repentino? ¿Qué os he hecho?... ¿Qué intencion es la vuestra?

Sin contestarle, la señora de Lucenay le miró, como se dice vulgarmente, de pies á cabeza, con una espresion tan insultante, que Florestan conoció que se le ponía encendido el rostro de cólera, y exclamó:

— Sé, señora, que acostumbrais romper brusca-mente vuestras relaciones.... ¿Es eso lo que deseais?

— ¡La pretension es curiosa! dijo la señora de Lucenay con una carcajada sardónica: sabed que cuando un lacayo me roba.... *no rompo con él.... le despido....*

— ¡Señora!....

— ¡Ea! concluyamos, dijo la duquesa con acento lacónico é insolente; vuestra presencia me repugna. ¿Qué venís á buscar aqui? ¿No habeis recibido vuestro dinero?

— Es, pues, cierto.... no me habia engañado.... esos veinticinco mil francos....

— Vuestra última letra falsa queda ya retirada, ¿no es así? Se ha salvado el honor del nombre de vuestra familia.... Pues bien.... idos....

— ¡Ah! creed....

— Me es muy sensible el empleo dado á este dinero, pues hubiera podido servir para socorrer á muchas gentes honradas.... Pero era preciso pensar en la vergüenza de vuestro padre y la mia.

— Segun eso, ¿lo sabeis todo? ¡ah! mirad; ahora.... solo me resta morir, exclamó Florestan con el tono mas patético y mas desesperado.

Una impertinente carcajada de la duquesa acogió esta exclamacion trágica, y añadió entre dos accesos de risa:

— ¡Dios mio! nunca hubiera creido que la infamia hubiese podido ser tan ridícula!

— ¡Señora!... exclamó Florestan con las facciones contraídas por la rabia.

Las dos hojas de la puerta se abrieron con estrépito, y anunciaron:

— ¡El señor duque de Montbrison!

A pesar del imperio que Florestan tenia sobre sí mismo, apenas pudo contener la violencia de sus resentimientos, que un hombre de mas mundo que el duque habria, sin duda, observado.

El señor de Montbrison apenas tenia diez y ocho años. Figúrese el lector el rostro encantador de una jóven rubia, blanca y colorada, cuyos lábios de coral y barba satinada estuviesen sombreados de un naciente bozo; añádase á esto unos ojos negros, algo tímidos aun, que solo necesitaban avisparse un poco; un cuerpo tan esbelto como el de la duquesa, y se concebirá, tal vez, una idea de este jóven duque, querubin el mas imaginario que mar-

quesa y doncella hubiesen nunca disfrazado con un sombrero de muger, despues de haber observado la blancura de su cuello de marfíl.

El vizconde tuvo la audacia ó la debilidad de quedarse alli.

— ¡Cuánto os agradezco, Conrado, que os hayais acordado de mí esta noche! dijo la señora de Lucenay con el tono mas afectuoso, alargando su hermosa mano al jóven duque.

Este iba á dar la mano á su prima, pero Clotilde alzó ligeramente la mano, y le dijo con tono risueño:

— Besadla, primo mio, ya que llevais puesto el guante.

— Perdonad, prima mia, dijo el adolescente, y apoyó sus lábios sobre la desnuda y linda mano que se le ofrecia.

— ¿Qué habeis pensado hacer esta noche, Conrado? le preguntó la señora de Lucenay, sin que pareciese hacer absolutamente caso de Florestan.

— No he formado propósito alguno; al salir de aqui me iré al club.

— No hagais tal cosa; nos acompañareis al señor de Lucenay y á mí á casa de la señora de Senneval; son sus dias; me ha pedido diferentes veces que os presente en su casa.

— Prima mia, me consideraré muy feliz en ponerme á vuestras órdenes.

— Y luego, os aseguro que no me gusta que hayais tomado tan pronto gusto á esa costumbre de ir al club; estais dotado de cuantas circunstancias son indispensables para ser perfectamente recibido y buscado en el mundo.... Es preciso, pues, que concurrais mucho á las sociedades.

— Está bien, prima mia.

— Y como soy para vos casi una segunda madre... mi querido Conrado, me propongo ser muy exi-

gente. Estais emancipado, es cierto; mas creo que necesitareis aun por mucho tiempo de una tutela... Y será preciso que os resolvais á aceptar la mia.

— ¡Con muchísimo gusto, prima mia! dijo con viveza el jóven duque.

Es imposible pintar la muda rabia de Florestan, que permanecia aun de pie, apoyado en la chimenea. Ni el duque ni Clotilde fijaban la atención en él. Sabiendo la viveza con que se decidia la señora de Lucenay, pensó que queria llevar su audacia y su desprecio hasta á ponerse á coquetear en seguida y á presencia suya con el señor de Montbrison.

Mas no era asi; la duquesa sentia entonces por su primo un afecto puramente inaternal, pues le habia visto casi nacer; empero el jóven duque era tan lindo, parecia estar tan satisfecho y estasiado de la graciosa acogida de su prima, que los celos, ó mas bien el orgullo de Florestan se exasperó; roíale la envidia que le inspiraba Conrado de Montbrison que, rico y hechicero, entraba bajo brillantes auspicios en esa vida de placeres, de embriaguéz y de delicias, de que salia él arruinado, ajado, despreciado y deshonorado. El señor de Saint-Remy estaba dotado de ese valor de cabeza, que hace arrostrar por cólera ó por vanidad un duelo; pero vil y corrompido, carecia de esa fuerza de alma que triunfa de las malas inclinaciones, ó que á lo menos comunica la suficiente energía para libertarse de la infamia con una muerte voluntaria. Enfurecido por el infernal desprecio de la duquesa el señor de Saint-Remy, y creyendo ver un sucesor en el jóven duque, resolvió luchar en insolencia con la señora de Lucenay, y aun buscar motivo de disputa con Conrado.

Irritada la duquesa de la audacia de Florestan,

no le miraba; y el señor de Montbrison, entretenido con su prima, olvidando hasta cierto punto las reglas de la etiqueta, no había saludado ni dicho una palabra al vizconde, á quien, sin embargo, conocía.

Este, adelantándose hácia Conrado, que le daba la espalda, le tocó ligeramente en el brazo, y le dijo con tono seco é irónico:

— Buenas noches, caballero.... perdonad si no había reparado aun en vos.

El señor de Montbrison, conociendo que había cometido efectivamente una falta de urbanidad, se volvió vivamente, y dijo al vizconde con cordialidad.

— En verdad, caballero, estoy confundido de mi familia.... Mas me atrevo á esperar que mi prima, que ha ocasionado mi distraccion, querrá tomarse el trabajo de escusarme con vos.... y....

— Conrado, dijo la duquesa apurada hasta el extremo por la impudencia de Florestan, que persistía en permanecer en su casa y en arrostrar su desprecio; Conrado, no importa; dejaos de excusas ... eso no vale la pena.

El señor de Montbrison creyendo que su prima le reprendía en broma que fuese demasiado formal, dijo alegremente al vizconde, pálido de cólera:

— No insistiré, caballero, puesto que mi prima me lo prohíbe.... Ya lo veis; comienza su tutela.

— Y esa tutela no parará ahí.... mi querido duque, estad seguro de ello. Asi, por esa prevision (que la señora duquesa apoyaba indudablemente) por esa prevision se me ocurre proponeros una cosa.

— ¿A mí, caballero? dijo Conrado, á quien empezaba á chocar el tono sardónico de Florestan.

— Sí, á vos.... Dentro de algunos dias salgo para

la legacion de Gerolstein , á que he sido agregado. Quisiera deshacerme de mi casa enteramente amueblada , y de mi caballeriza montada por completo como está : á vos os convendria mucho quedaros con ella.... Y el vizconde marcó insolentemente el acento sobre estas últimas palabras , mirando á la señora de Lucenay. Seria una cosa muy chistosa.... ¿no es verdad , señora duquesa?

—No os comprendo , caballero , dijo el señor de Montbrison cada vez mas admirado.

—Yo os diré , Conrado , por qué no podeis aceptar la oferta que os hacen , dijo Clotilde.

—¿Por qué no puede aceptar este caballero mi oferta , señora duquesa?

—Mi querido Conrado , lo que os proponen comprar , está ya vendido á otros.... en ese caso.... correriais el peligro de ser robado como en medio de una carretera real.

Florestan se mordió los lábios de rabia.

—Mirad lo que haceis , señora , exclamó.

—¡Cómo! ¿amenazas aqui.... caballero? exclamó Conrado.

—Vamos , Conrado , no hagais caso , dijo la señora de Lucenay , tomando una pastilla de una cajita con imperturbable sangre fria ; un hombre de honor no puede ni debe empeñarse en lance alguno con el señor. Si insiste , os diré por qué....

Iba sin duda á estallar un grave escándalo , cuando de nuevo se abrieron las dos hojas de la puerta , y el señor duque de Lucenay entró ruidosa , violenta y aturdidamente , segun su costumbre.

—¿Cómo , querida , ya estais dispuesta? dijo á su muger ; ¡pero esto es asombroso.... es sorprendente!... Buenas noches , Saint-Remy ; felices , Conrado.... ¡Ah! aqui teneis al mas desesperado de los hombres.... no duermo , no como.... estoy hecho

un animal; no puedo acostumbrarme.... ¡Pobre Harville.... qué desgracia!...

Y el señor de Lucenay, tendiéndose sobre un confidente, tiró el sombrero lejos de sí con desesperacion, y cruzando la pierna izquierda sobre su rodilla derecha, se cogió el pie con la mano por vía de urbanidad, despidiendo desoladas exclamaciones.

La emocion de Conrado y de Florestan pudo calmarse, sin que el señor de Lucenay, por otra parte el hombre menos perspicáz del mundo, hubiese advertido nada.

La señora de Lucenay, no por embarazo, pues no era muger capáz de cortarse nunca, sino porque la presencia de Florestan la era tan repugnante como insoportable, dijo al duque:

—Cuando gustéis, nos iremos; voy á presentar á Conrado á la señora de Senneval.

—No, no, no.... se puso á gritar el duque, abandonando su pie para coger uno de los almohadones, sobre el cual descargó un golpe violento con sus dos puños, con grande inquietud de Clotilde que, á los inesperados gritos de su marido, dió un salto sobre su sillón.

—¡Dios mio! ¿qué teneis? le dijo ella; me habeis asustado terriblemente.

—No... repitió el duque; y tirando el almohadon se levantó bruscamente, y se puso á gesticular andando. No puedo acostumbrarme á la idea de que haya muerto ese pobre Harville; ¿y vos, Sait-Remy?

—¡En efecto.... ese acontecimiento es horroroso! dijo el vizconde que, con el odio y la rabia en el corazon, buscaba las miradas del señor de Montbrison; mas este, á causa de las últimas palabras de su prima, no por falta de valor, sino por orgu-

llo , apartaba su vista de un hombre tan cruelmente ajado.

— Por favor , dijo la duquesa á su marido , levantándose ; no sintais la falta de Harville de un modo tan estrepitoso , y sobre todo tan singular.... Hacedme el gusto de llamar para que vengan mis criados.

— Es que tambien es mucho , repuso el señor de Lucenay cogiendo el cordon de la campanilla ; decir que hace tres dias que estaba lleno de vida y de salud.... y hoy , ¿qué queda de él?... ¡Nada.... nada.... nada!

Y acompañó estas tres últimas exclamaciones con otras tantas sacudidas tan violentas , que el cordon de la campanilla que el duque tenia en la mano , siempre gesticulando , se separó del resorte superior , cayó sobre un candelabro adornado de bugías encendidas , y derribó dos de ellas : la una no pasó de la chimenea , rompió una preciosa copita de porcelana de Sevres ; la otra fué rodando al suelo , y cayó sobre una alfombra de armiño , que encendida en un instante , fué casi al momento apagada con el pie por Conrado.

En aquel instante acudieron precipitadamente dos ayudas de cámara , atraídos por aquel campanilleo formidable , y encontraron al señor de Lucenay con el cordon en la mano , á la duquesa riéndose á carcajada tendida de la ridícula caída de las bugías , y al señor de Montbrison tomando parte en la alegría de su prima.

Solo el señor de Saint-Remy no reía.

El señor de Lucenay , muy acostumbrado á esta clase de accidentes , conservaba una entera gravedad ; arrojó el cordon de la campanilla á uno de los criados , y les dijo.

— Que pongan el coche de la señora.

Clotilde, un poco calmada, añadió:

— No hay nadie en el mundo, que sea capaz de hacer reír, como vos, con un suceso tan lamentable....

— ¿Lamentable?... decid tan horroroso.... tan espantoso.... Desde ayer estoy contando cuántas personas hay, aun en mi propia familia, que hubiera querido ver morir en lugar de ese pobre de Harville. Mi sobrino Emberval, por ejemplo, tan fastidioso por su tartamudéz; ó vuestra tia Merinville; que habla siempre de sus nervios, de su jaqueca, y que se os traga todos los días, para aguardar la hora de comer, un pastel enorme cual una portera. ¿La teneis mucho afecto á vuestra tia Merinville?

— ¡Vamos, estais loco! dijo la duquesa encogiéndose de hombros.

— Pero lo cierto es, que uno daría veinte indiferentes por un amigo, ¿no es así, mi querido vizconde?

— Sin duda.

— Aquí tenemos, ni mas ni menos, la historia de aquel sastre.... ¿La sabes, Conrado?

— No, primo.

— Voy á contártela, y en seguida comprenderás su alegoría. Un cierto sastre, único del oficio en su pueblo, estaba condenado á muerte: ¿qué hacen los habitantes? se van á presentar al juez, y le dicen: «Señor magistrado, no tenemos mas que un sastre, y tenemos tres zapateros; si os fuese igual ahorcar uno de los tres zapateros, en vez del sastre, nos bastaría con los dos restantes.» ¿Comprendeis la alegoría, Conrado?

— Sí, primo.

— ¿Y vos, Saint-Remy?

— También.

— El coche de la señora duquesa espera ya, dijo uno de los criados.

— ¡Ah! vaya y ¿por qué no os habeis puesto vuestro aderezo de diamantes? dijo de repente el señor de Lucenay; con ese trage os sentaria muy bien.

Saint-Remy se estremeció.

— Para una sola vez que nos presentamos en sociedad juntos, bien hubierais podido hacerme ese honor.... ¡es que son muy hermosos los diamantes de la duquesa!... ¿los habeis visto, Saint-Remy?

— Sí; el señor los conoce.... perfectamente, dijo Clotilde; despues añadió: Vuestro brazo, Conrado.

El señor de Lucenay siguió á la duquesa con Saint-Remy, que no podia reprimir su cólera.

— ¿No venís con nosotros á casa de Senneval, Saint-Remy? le dijo el duque.

— No.... me es imposible, respondió brusca-mente.

— Mirad, Saint-Remy, ahí teneis; la señora de Senneval es tambien una de las personas que sacrificaría gustoso, porque viviera Harville.... ¿pero qué digo, una?... dos.... pues su marido tambien figura en mi lista.

— ¿Qué lista?

— La de las gentes que me hubiera sido indife-rente ver morir, con tal que hubiese vivido Har-ville.

En el momento en que en la antesala, el señor de Montbrison ayudaba á la duquesa á ponerse un pañuelo de abrigo, el señor de Lucenay dirigién-dose á su primo, le dijo:

— Puesto que vienes con nosotros, Conrado.... preven que tu coche siga al nuestro.... á menos que no vengais, Saint-Remy; entonces me dareis un puesto, y os contaré otra historia que vale tanto como la del sastre.

— Os lo agradezco, dijo secamente Saint-Remy, pero no puedo acompañaros.

— Entonces, hasta mas ver, querido.... ¿Pero estais, acaso, indispuerto con mi muger? miradla; sube al coche sin deciros una palabra.

Efectivamente, el coche de la duquesa se habia adelantado hasta la gradería, y subió á él ligeramente.

— ¡Primo!... dijo Conrado, aguardando al señor de Lucenay por deferencia.

— Sube, sube.... no hagas cumplidos, dijo el duque que, parado en lo alto de la escalera, consideraba el elegante tiro del coche del vizconde.

— ¿Son vuestros caballos alazanes.... Saint-Remy?

— Sí....

— Y vuestro gordo Edwards.... ¡Qué postura!... ¡Eso es lo que se llama un cochero de buena casa!... ¡Qué bien sostiene entre sus manos las riendas de los caballos! Es preciso ser justo; solo este diablo de Saint-Remy es el que tiene lo mejor en todo.

— La señora de Lucenay y su primo os aguardan, querido, dijo Saint-Remy con amargura.

— Teneis razon.... soy un grosero.... ¡Ah! me olvidaba, dijo el duque, deteniéndose en la mitad de la gradería; si no teneis destinado el dia de mañana para alguna cosa mejor, venid á comer con nosotros: lord Dudley me ha enviado de Escocia unos faisanes monstruosos, que es lo que hay que ver.... Quedamos en ello, ¿no es así?

Y el duque subió al coche, que Saint-Remy vió partir desde lo alto de la gradería en donde habia quedado solo.

Adelantóse el suyo, y se arrojó dentro de él lanzando una mirada de cólera, de odio y desesperacion á aquella casa, en la que habia entrado tan á

menudo como dueño, y que abandonaba ignominiosamente despedido.

— ¡A casa! dijo bruscamente.

— Al palacio, dijo el volante á Edwards, cerrando la portezuela.

Es fácil comprender cuáles fueron los amargos y desoladores pensamientos que agitaron á Saint-Remy de vuelta á su casa.

En el momento en que entró en ella, Boyer que le esperaba en el peristilo, le dijo:

— Señor, el conde está arriba.... que espera al señor vizconde.

— Está bien....

— Hay tambien un hombre á quien el señor vizconde ha dado cita para las diez, el señor....

— Bien, bien.

— ¡Oh! ¡qué noche! ¡qué noche! dijo Florestan subiendo al encuentro de su padre, que estaba en el salon del primer piso, donde habia tenido lugar la entrevista de la mañana.

— Perdonad, padre mio, si no me he hallado aqui á vuestra llegada.... pero....

— ¿El hombre que tiene en su poder esa letra falsa, está aqui? dijo el conde interrumpiendo á su hijo.

— Sí, padre mio, espera abajo....

— Decidle que suba....

Florestan tocó la campanilla, y se presentó Boyer.

— Decid al señor Juanin que suba....

— Está muy bien, señor vizconde, dijo Boyer, y salió.

— ¡Cuánto os debo por haberos acordado de vuesa promesa, padre mio!

— Yo me acuerdo siempre de lo que prometo.

— ¡Cuán grande es mi reconocimiento! ¡Cómo podré nunca pagaros!...

— No queria que mi nombre fuese deshonrado... y no lo será....

— No lo será, no, padre mio; no lo será nunca mas.... os lo juro....

El conde miró á su hijo con una espresion singular, y repitió: ¡No, no lo será nunca mas!

Despues añadió con acento sardónico:

— ¿Sois adivino?

— Es que leo mi resolucion en mi corazon....

El padre de Florestan no contestó nada; paseóse á lo largo y á lo ancho de la sala, con las dos manos metidas en los bolsillos de su larga levita.

Estaba pálido.

— El señor Juanin, dijo Boyer, introduciendo un hombre de fisonomía ruin, sórdida y astuta.

— ¿En dónde está esa letra? dijo el conde.

— Tomad, señor, dijo Juanin (*el testafarro* de Santiago Ferrand) presentándosela al conde.

— ¿Es efectivamente esta? le dijo el conde á su hijo, mostrándosela con una mirada.

— Sí, padre mio.

El conde sacó del bolsillo de su chaleco veinticinco billetes de á mil francos, se los entregó á su hijo, y le dijo:

— Pagad.

Florestan pagó, y cogió la letra con un profundo suspiro de satisfaccion.

El señor Juanin colocó los billetes cuidadosamente en una cartera vieja, y saludó.

El conde salió con él del salon, mientras que Florestan rasgaba prudentemente la letra.

A lo menos me quedan los veinticinco mil francos de Clotilde. Si nada se descubre.... es un con-

suelo.... Pero ¡ cómo me ha tratado!... ¡ Ah! diantres, ¿ qué es lo que estará diciendo mi padre al señor Juanin?

El ruido de una cerradura, á la que daban dos vueltas, hizo estremecer á Florestan.

El conde entró.

Su palidéz era aun mayor.

— Me parece haber oido cerrar la puerta de mi gabinete.

— Sí; yo la he cerrado....

— ¡ Vos, padre mio! ¿ y por qué? preguntó Florestan estupefacto.

— Voy á deciroslo.

Y el conde se colocó de manera, que su hijo no pudiese pasar por la escalera secreta que conducia al piso bajo.

Florestan, inquieto, empezaba á fijar la atencion en el aspecto siniestro de la fisonomía de su padre, y seguia todos sus movientos con desconfianza.

Sin poder esplicar el por qué, sentia un vago terror.

— Esta mañana, al verme, vuestro único pensamiento ha sido este: Mi padre no dejará deshonorar su nombre, y pagará.... si logro engañarle con algunas fingidas palabras de arrepentimiento.

— ¡ Podeis creer que!...

— No me interrumpais. No me he dejado engañar; conozco que no sois capáz de vergüenza, pesar, ni remordimientos; estais viciado hasta el fondo de vuestro corazon, y no habeis tenido ni un solo sentimiento honrado; no habeis robado mientras habeis tenido con que satisfacer vuestros caprichos; esto es lo que se llama la probidad de los ricos de vuestra especie; despues han venido las faltas de delicadeza, luego las bajezas, y en segui-

da el crimen y las falsificaciones.... Este es el primer período de vuestra vida.... bella y pura, comparada con la que os aguardaría....

— No he cambiado de conducta, lo confieso; pero cambiaré.... padre mio.... os lo juro.

— No cambiariais.

— Pero....

— No cambiariais, os digo.... Arrojado de la sociedad en que habeis vivido hasta ahora, os volveriais pronto criminal, á la manera de los miserables, entre los que seriais lanzado, ladron inevitablemente.... y si necesario fuese.... asesino.... Hé ahí vuestro porvenir....

— ¡Asesino!... ¡yo!

— ¡Sí, porque sois un cobarde!

— He tenido duelos, y he probado....

— ¡Os digo que sois un cobarde! ¡habeis preferido la infamia á la muerte!... llegará un dia en que preferireis la impunidad de vuestros crímenes á la vida de otro.... Esto no debe ser.... no quiero que sea.... á lo menos llego á tiempo, para salvar en lo sucesivo mi nombre de un deshonor público.... Es preciso concluir de una vez.

— ¡Cómo, padre mio!... ¿qué quereis decir? exclamó Florestan cada vez mas asustado de la terrible espresion del rostro de su padre y de su creciente palidéz.

De pronto llamaron violentamente á la puerta del gabinete. Florestan hizo un movimiento para ir á abrir, á fin de poner término á una escena que le atemorizaba; mas el conde le cogió con una mano de hierro, y le detuvo.

— ¿Quién llama? preguntó el conde.

— ¡En nombre de la ley, abrid.... abrid! contestó una voz.

— ¿Conque esa falsificacion no era la última? es-

clamó el conde en voz baja, y mirando á su hijo con una espresion terrible.

— Si, padre mio.... os lo juro, dijo Florestan, procurando en vano desasirse de la vigorosa mano de su padre.

— ¡En nombre de la ley.... abrid! repitió la voz.

— ¿Qué quereis? preguntó el conde.

— Soy el comisario de policia de este departamento, y voy á proceder á una pesquisa general por un robo de diamantes, de que se acusa al señor de Saint-Remy.... El señor de Baudoin, joyero, tiene las pruebas en su poder.... Si no abris, caballero, me veré obligado á echar abajo la puerta.

— ¡Ladron ya!... no me habia equivocado.... dijo el conde en voz baja. Venia á mataros.... pero aun he llegado tarde.

— ¡A matarme!

— Basta de deshonra sobre mi nombre, concluyamos: tengo aqui dos pistolas.... vais á haceros saltar la tapa de los sesos.... sino os la hago saltar yo, y diré que os habeis muerto impelido por la desesperacion y para escapar á la ignominia.

Y el conde, con terrible sangre fria, sacó de su bolsillo una pistola, y con la mano que tenia libre, se la presentó á su hijo, diciéndole:

— ¡Vamos.... concluyamos de una vez, si no sois un cobarde!

Tras nuevos é inútiles esfuerzos, para escapar de las manos del conde, su hijo se echó hácia atras aterrorizado, y se puso lívido.

En la mirada fulminante é inexorable de su padre, conoció que no tenia que esperar piedad alguna de él.

— ¡Padre mio!... exclamó.

— ¡Es preciso morir!

— ¡Me arrepiento!...

— ¡Es demasiado tarde! ¿oís?... ¡echan abajo la puerta!

— ¡Expiaré mis faltas!...

— ¡Van á entrar!... no hay remedio, ¿deberé ser yo quien te mate?

— ¡Perdon!

— ¡La puerta va á ceder!... ¡tú lo habrás querido!

Y el conde apoyó el cañon del arma sobre el pecho de Florestan.

El ruido exterior anunciaba, efectivamente, que la puerta del gabinete no podia resistir mucho mas tiempo.

El vizconde conoció que estaba perdido.

Una resolucion súbita y desesperada brilló sobre su frente; no luchó mas contra su padre, y le dijo con tanta firmeza como resignacion:

— Teneis razon, padre mio.... dadme esa arma. No mas infamia sobre mi nombre; la vida que me espera es horrorosa; no vale la pena de ser disputada. Dadme esa arma.... vais á ver si soy cobarde.... y alargó la mano á la pistola.... ¡Pero á lo menos.... una palabra, una sola palabra de consuelo, de compasion, de adios! dijo Florestan; y sus lábios trémulos, su trastornada fisionomia, anunciaban la emocion terrible de ese momento supremo.

— ¡Y si fuese mi hijo! pensó el conde con terror, vacilando para entregarle la pistola. Si es mi hijo, debo vacilar aun menos ante este sacrificio.

Un fuerte crujido de la puerta del gabinete, indicó que acababa de ser forzada.

— Padre mio.... entran.... ¡oh! lo conozco ahora; la muerte es un beneficio.... gracias.... gracias.... pero siquiera dadme vuestra mano, y perdonadme.

A pesar de su dureza, el conde se estremeció, y dijo con voz conmovida:

—Os perdono....

—Padre mio.... la puerta se abre.... salidles al encuentro.... que no recaiga sospecha alguna sobre vos.... ademas, si entraban aqui, me impedirian acabar con mi vida.... adios....

Oyéronse pasos de muchas personas en la sala inmediata.

Florestan se puso la boca de la pistola sobre su corazon.

El tiro partió en el momento en que el conde, para no presenciar ese horrible espectáculo, volvía la cara y se precipitaba fuera del salon, cuyas puertas se cerraron trás él.

Al estrépito de la esplosion, á la vista del conde pálido y estraviado, el comisario se paró de repente junto al umbral de la puerta, haciendo una señal á sus agentes de que no se adelantasen.

Advertido por Boyer de que el vizconde estaba encerrado con su padre, el magistrado lo comprendió todo, y respetó tan grande dolor.

—¡Muerto! exclamó el conde ocultando el rostro entre las manos; ¡muerto!... repitió con apagado acento. Esto era preciso y justo.... es preferible la muerte á la infamia.... ¡pero no por eso deja de ser horroroso!

—Señor.... dijo tristemente el comisario despues de algunos momentos de silencio; evitaos un doloroso espectáculo; salid de esta casa.... ahora me resta á mí cumplir un deber mas penoso aun del que me habia llamado aqui.

—Teneis razon, dijo el señor de Saint-Remy. En cuanto á la víctima del robo, podeis decirle que se presente en casa del señor Dupont, banquero.

—Que vive en la calle de Richelieu.... ya sé; es muy conocido, respondió el comisario.

—¿En cuánto están valuados los diamantes robados?

—En unos treinta mil francos, señor; la persona que los ha comprado, y por quien se ha descubierto este robo, ha dado por ellos esta cantidad.... á vuestro hijo.

—Está bien.... me queda todavía con qué pagarlos.... Que vaya el joyero pasado mañana á casa de mi banquero.... me entenderé con él.

El comisario se inclinó, y el conde desapareció.

Cuando este último se habia marchado, el comisario, profundamente conmovido por las circunstancias de aquella escena inesperada, se dirigió lentamente hácia el salon, cuya mampara estaba cerrada.

Abrióla con emocion.

—¡Nadie!... exclamó él estupefacto, mirando al rededor del salon, y no viendo la menor señal del trágico acontecimiento que debia haber tenido lugar en él.

Luego, reparando en la puertecita practicada en la pared, corrió hácia ella.

Estaba cerrada por la parte de la escalerilla secreta.

—¡Infame.... era una astucia.... por aqui es por donde se habrá escapado!... exclamó él con despecho.

En efecto, el vizconde, delante de su padre, se habia puesto la pistola sobre el corazon, pero habia en seguida disparado con mucha habilidad por debajo del brazo, y desaparecido velózmente.....

.....

A pesar del mas escrupuloso registro por toda la casa, no pudo ser hallado Florestan.

Mientras duró la conversacion de su padre con el comisario, habia ganado rápidamente el gabi-

nete, despues el invernadero, luego la callejuela desierta, y por último los Campos Elíseos.....

.....
El cuadro de esta innoble degradacion en medio de la opulencia, es cosa triste. Demasiado lo sabemos. Pero las clases ricas, faltas de enseñanza é ilustracion, tienen tambien fatalmente sus miserias, sus vicios y sus crímenes.

Nada mas frecuente ni mas afflictivo que esas prodigalidades insensatas y estériles que acabamos de pintar, y que traen siempre tras sí, ruina, deshonor, bajeza ó infamia. Ese es un espectáculo funesto.... deplorable.... tanto como el de un florido campo de trigo desolado por una horda de fieras.

No hay duda en que la herencia y la propiedad deben ser inviolables y sagradas.

La riqueza adquirida ó trasmitida debe poder brillar magnífica é impunemente á los ojos de las masas pobres y desgraciadas.

Por mucho tiempo deben persistir aun esas desproporciones terribles que existen entre el millonario *Saint-Remy* y el artesano *Morel*.

Mas por la misma razon que esas desproporciones inevitables están consagradas y protegidas por la ley, los que poseen tantos bienes, son moralmente responsables de ellos á los que solo poseen probidad, resignacion, valor, y ardiente aficion al trabajo.

A los ojos de la razon, del derecho humano, y aun del interés social bien entendido, una gran fortuna seria un depósito hereditario confiado á manos prudentes, firmes, hábiles y generosas, que encargadas á la vez de hacer fructificar y distribuir esa fortuna, sabrian vivificar, fertilizar y mejorar cuanto tuviese la dicha de hallarse dentro de su círculo espléndido y saludable.

Algunas veces sucede así, mas con poquísima frecuencia.

¡Cuántos jóvenes como Saint-Remy (prescindiendo de la infamia), dueños á los veinte años de un patrimonio considerable, lo disipan locamente en la ociosidad, en el tedio y en el vicio, por no saber emplear mejor esos bienes, para ellos y para los demas!

Otros, asustados de la inestabilidad de las cosas humanas, atesoran el oro de un modo sórdido.

Por último, sabiendo algunos que un capital estacionado se debilita, se entregan forzosamente, engañadores ó engañados, á ese agiotage arriesgado é inmoral que el poder estimula y patrocina.

¿Y cómo podría dejar de ser así? ¿Hay, acaso, quien dé á la juventud inesperta, esa ciencia, esas lecciones, esos rudimentos de economía individual, y por consiguiente social? De ningun modo.

El rico es lanzado en medio de la sociedad con sus tesoros, de la misma manera que el pobre con su miseria. No se tiene mas cuidado del supérfluo del uno que de las necesidades del otro. Lo mismo se piensa en moralizar la riqueza como el infortunio.

¿No es el poder á quien debiera cumplir esta grande y noble mision?

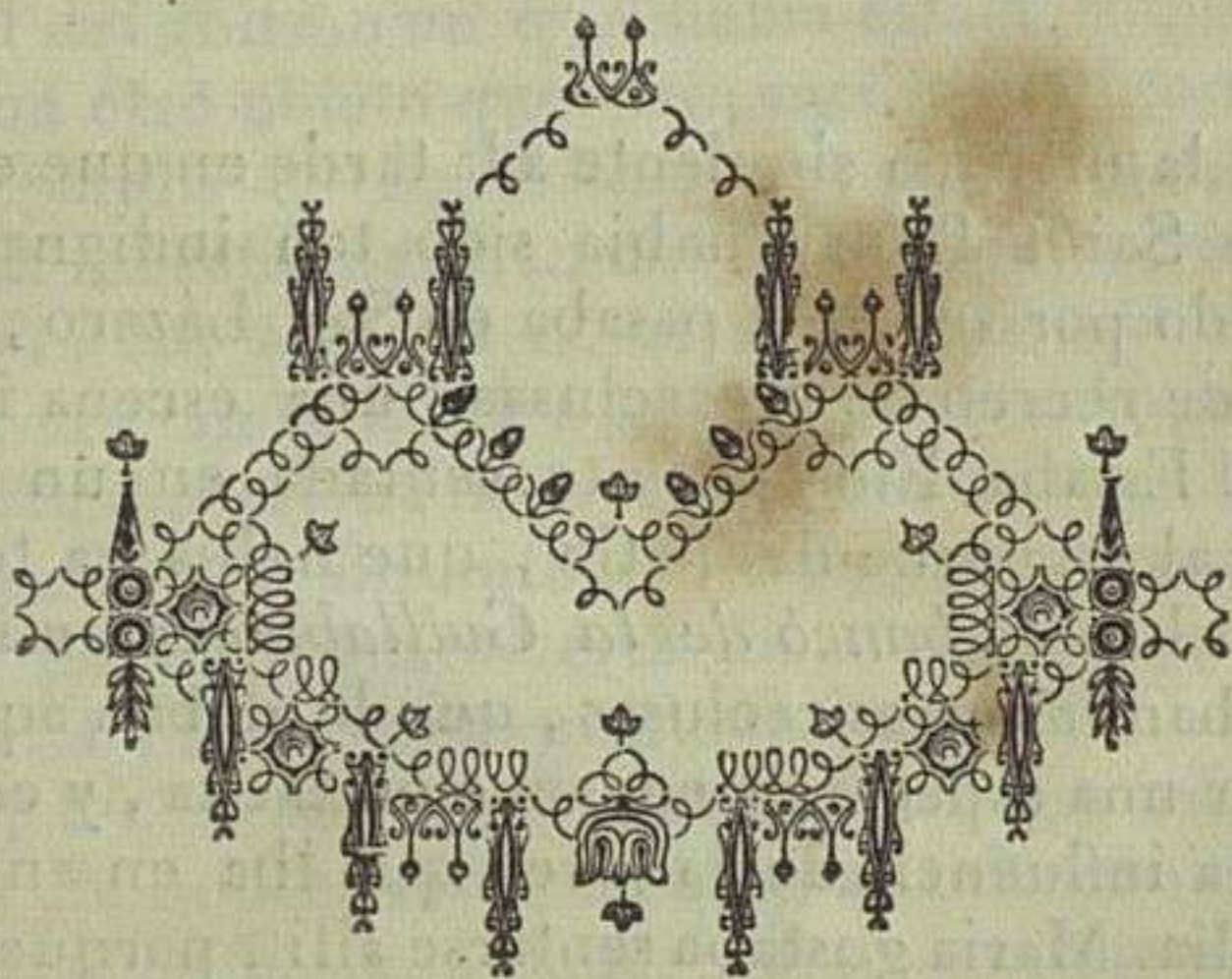
Sí; compadeciéndose de las miserias, y de los dolores siempre crecientes de los trabajadores, *aun los que se resignan*.... reprimiendo una concurrencia mortal para todos, acometiendo, por fin, la inminente cuestion de la organizacion del trabajo, y dando él mismo el saludable ejemplo de la asociacion de los capitales y del trabajo....

Pero una asociacion honrada, inteligente y equitativa, que asegurase el bienestar del artesano, sin dañar á la fortuna del rico.... y que estableciendo

entre esas dos clases lazos de afecto y reconocimiento, aseguraria para siempre la tranquilidad de un Estado.

¡Cuán poderosas serian las consecuencias de semejante leccion práctica!


¿Quién vacilaria entonces de los ricos, entre los azares improbos y desastrosos del agiotage, los crueles goces de la avaricia, las locas vanidades de una ruinoso disipacion, y un empleo de capitales á la vez fructífero y benéfico, que difundiria la abundancia, la moralidad, la dicha, y la alegría, en veinte familias á la vez?



CAPÍTULO XXII.

NON

DESPEDIDA.

 la mañana siguiente á la tarde en que el conde de Saint-Remy habia sido tan indignamente burlado por su hijo, pasaba en San Lázaro, y á la hora de recreo de las reclusas, una escena interesante. Estaba Flor Celeste sentada en un banco junto al estanque del patio, que habia ya tomado el nombre de *banco de la Guillabaora*, mientras paseaban las otras reclusas, que le daban aquel sitio por una especie de convencion tácita, y cediendo á la influencia de la jóven que iba en aumento cada dia. María gustaba sentarse allí, porque el escaso musgo y yerbecitas que crecian en la barandilla del estanque, le recordaban al menos la verdura de los campos, lo mismo que el agua limpia, de que estaba siempre lleno, le representaba en

cierto modo el arroyuelo de Bouqueval. Para la melancólica mirada de un prisionero, un puñado de yerba parece una pradera, y una flor es un jardín.

Confiada en las afectuosas promesas de la marquesa de Harville, hacia dos días que estaba Flor Celeste esperando salir de San Lázaro; mas aunque no tuviese razón de inquietarse por este retardo de su libertad, apenas se atrevía ya á conservar aquella confianza por la costumbre que habia experimentado de ser desgraciada. Su tristeza habia aumentado, y héchose mas aguda todavía desde que se viera otra vez entre aquellas infelices, cuyo aspecto y lenguaje renovaban á cada instante en su alma el recuerdo de su primera degradacion. Y ademas de esto, añadíase un nuevo motivo de turbacion y pesar, casi de terror, nacido de la apasionada exaltacion de su reconocimiento hácia Rodolfo. ¡ Cosa singular! Si trataba de sondear la profundidad del abismo en que habia estado sumida, no era con otro objeto que para medir la distancia que la separaba de aquel hombre, cuya grandeza le parecia sobrehumana.... de aquel hombre, cuya bondad era tan augusta.... al mismo tiempo que su poder era tan temible á los malvados. A pesar del respeto que estaba impreso en su adoracion hácia él, temia, no obstante, algunas veces reconocer en sí misma los caractéres del amor, pero de un amor tan oculto como profundo, tan casto como oculto, y tan desesperado como casto. La infeliz no habia creído leer en su corazón esta desconsoladora revelacion hasta despues de su conversacion con la marquesa de Harville, enamorada tambien de Rodolfo, quien ignoraba esta pasion; porque despues de las promesas que aquella le hizo, debia regularmente volverse loca de alegría al pensar en

sus amigos de Bouqueval, y en Rodolfo, que estaba próxima á volver á ver.... mas nada de esto sucedió. Oprimiósele dolorosamente el corazon, y representábanse sin cesar á su memoria las amargas palabras y altivas y escrutadoras miradas de la señora de Harville, cuando la pobre reclusa se habia dejado llevar de su entusiasmo al hablar de su bienhechor. Un singular instinto habia hecho que la Guillabaora sorprendiera tambien una parte del secreto de la marquesa.

«La exaltacion de mi reconocimiento hácia el señor Rodolfo, ha herido á esa señora, tan hermosa y de tan elevado rango, pensaba Flor Celeste; ¡ahora comprendo que la amargura de sus palabras expresaba unos desdeñosos celos! ¡Para que ella haya tenido celos de mí, es preciso que le ame, y que yo le ame tambien! ¿Si se habrá manifestado, á pesar mio, mi amor? ¡pero amarle yo! yo, criatura manchada con un borron indeleble, ingrata y miserable! ¡Oh! si esto fuese verdad, mejor valdria cien veces la muerte.»

La pobre niña, que parecia destinada á sufrir toda clase de martirios, se exageraba lo que ella llamaba *su amor*. Uníase á su profunda gratitud para Rodolfo una admiracion involuntaria por la gracia, fuerza y belleza que le distinguian entre todos: y aunque esta admiracion era la mas inmaterial y pura, existia con todo viva y poderosa, porque la belleza física tiene siempre un atractivo. Y ademas, la fuerza de la sangre, negada tan á menudo, ó muda, ignorante y desconocida, se hace sentir algunas veces; y aquellos arrebatos de apasionada ternura que arrastraban á Flor Celeste hácia Rodolfo, y la espantaban, porque en su ignorancia equivocaba su tendencia, eran el resultado de misteriosas simpatias, tan evidentes, pero tan inespli-

cables tambien como la semejanza de facciones. En una palabra, si hubiese sabido que era hija de Rodolfo, se hubiera explicado Flor Celeste la viva atraccion que sentia hácia á él; y desengañada entonces completamente, hubiera admirado sin escrúpulo la belleza de su padre. Tales eran las causas de su abatimiento, aunque con las promesas de la marquesa de Harville debiera esperar por momentos salir de San Lázaro.

Sentada, pues, melancólica y pensativa en el banco de junto al estanque, y mirando con una especie de interés maquinal los saltos de algunos pajarillos que atrevidos y desvergonzados jugaban en la barandilla de piedra, habia dejado por un momento unos pañales de niño que acababa de zurcir. Escusado es decir que pertenecian al envoltorio que preparaban para Juanona las reclusas, gracias á la afectuosa intervencion de Flor Celeste.

La pobre y deforme protegida de la Guillabao-ra, estaba sentada á sus pies ocupándose en hacer un gorrito, ocupacion que dejaba de cuando en cuando, para lanzar á su bienhechora una mirada reconocida, tímida y afectuosa á la vez; la mirada de un perro á su amo. La belleza, el encanto y adorable dulzura de Flor Celeste, inspiraban á aquella muger envilecida tanto interés como respeto. Hay siempre algo de santo y grande en las aspiraciones de una alma, que aunque degradada, se abre por primera vez al reconocimiento, y hasta entonces nadie habia hecho sentir á Juanona el religioso ardor de este sentimiento tan nuevo para ella.

Al cabo de algunos minutos, estremeciósese ligeramente Flor Celeste, enjugó una lágrima, y se puso á coser de nuevo y con actividad.

—¿Conque no quereis descansar durante la hora de recreo, mi buen ángel? dijo Juanona á la Guillabao-ra.

—No pude dar dinero para comprar los vestidos de vuestro hijo ; fuerza es que dé mi parte en trabajo.

—¡Vuestra parte , buen Dios! A no ser por vos, ¿qué hubiera tenido yo sino esos cuatro harapos que mis compañeras hacian rodar á patadas por el patio , en lugar de esta buena tela blanca , y de estas bayetas con que vestiré ahora á mi hijo? Muy reconocida estoy á mis compañeras.... porque en verdad han sido muy buenas para mí ; ¡pero vos! ¡oh, vos!... No sé cómo esplicároslo , añadió la pobre criatura con alguna repugnancia , y muy embarazada para explicar su idea. Mirad , repuso al fin ; veis el sol , ¿no es verdad?

—Sí , querida , lo veo , contestó Flor Celeste , inclinando su rostro encantador hácia la asquerosa cara de su compañera.

—Vais á burlaros de mí , repuso aquella con tristeza ; quiero hablar , y no sé lo que me digo.

—No importa ; proseguid , querida , proseguid.

—¡Vaya , si teneis unos ojitos de ángel! dijo la reclusa contemplando á Flor Celeste en una especie de éxtasis. Sí , vuestros ojos me animan.... Veamos ; voy á probar á decir lo que pensaba. Veis este sol que es muy caliente , y regocija la cárcel ; da gusto en verle y sentirle , ¿no es verdad?

—Sin duda que sí.

—Pero supongamos que ese sol no se ha hecho él solo ; y si se le tiene á él agradecimiento , con mayor razon se debe tener al que....

—¿Al que lo ha creado quereis decir? y teneis razon , querida ; asi es que á Dios es á quien se le debe rogar y adorar.

—Pues esa es la cuenta que me hago , exclamó alegremente la reclusa ; debo agradecimiento á mis compañeras ; pero á vos os debo odorar , porque

vos sois quien las habeis hecho buenas de tan malas como eran para conmigo.

—A Dios es á quien debeis dar gracias, no á mí, Juanona.

—¡Oh! sí, á vos, á vos; á vos os veo, y vos me habeis hecho bien, y obligado á las demas á que me lo hicieran.

—Pero si soy buena, como vos decís, querida mia, Dios es quien me ha hecho asi; á él es, pues, á quien debeis dar gracias.

—Cuando vos lo decís, puede ser verdad, añadió la reclusa indecisa; si con ello os he de dar gusto, sea enhorabuena.

—Sí, querida mia, sí, rogadle á menudo; y esta será la mejor manera de probarme que me amais un poco.

—¡Que si os amo! ¡Dios mio, Dios mio! ¿no os acordais ya de lo que deciais á las demas reclusas para impedir que me pegaran? «No es solamente á ella á quien pegais, sino tambien á su hijo.» Pues bien; lo mismo digo yo para quereros; no os amo solamente por mí, sino tambien por mi hijo.

—¡Gracias, gracias, Juanona! me habeis dado un placer diciéndome esto, dijo la Guillabaora presentando su mano á su compañera.

—¡Qué linda manecita de hechicera! ¡qué blanca y qué bella es! dijo Juanona retrocediendo, como si hubiese temido tocar con sus bastas y puercas manos aquella mano encantadora. Con todo, despues de reponerse un momento, llevó respetuosamente á sus lábios los nacarados dedos que le ofrecia la Guillabaora, y arrodillándose bruscamente, se puso á contemplar fijamente á Flor Celeste, en un recogimiento atento y profundo.

—¿Por qué no venís á sentaros á mi lado?

—¡Oh! lo que es eso no, jamás, jamás.

—¿Y por qué?

—Respeto la disciplina , como decia en su tiempo mi valiente Juanon ; los soldados con los soldados ; los oficiales con los oficiales ; cada oveja con su pareja .

—Estais loca ; entre nosotras no hay ninguna distincion .

—¡Ninguna distincion , Dios mio! Y me decís esto cuando os veo como os veo , tan hermosa como una reina: ¡oh! ¿qué os importa esto á vos? dejadme estar de rodillas y miraros bien , como os miraba un momento há. ¿Quién sabe si á pesar de que yo soy un verdadero mónstruo , mi hijo se os parecerá á vos? he oido decir que á veces con una sola mirada sucede esto. Mas temiendo , con un escrúpulo de admirable delicadeza en una criatura de aquella especie , haber humillado ú ofendido á Flor Celeste con aquel modo singular , añadió tristemente : No , no , Guillabaora ; lo he dicho chanceándome ; no me permitiría yo esta idea sin que vos me autorizaseis. Mi hijo será tan feo como yo : ¿qué me importa? ¿lo querré menos por esto? ¡Pobre infeliz! ¿ha sido él , por ventura , quien ha pedido nacer , como dicen? y si vive , ¿qué será de él? añadió con aire sombrío y abatido ; ¡ah! sí , ¿qué será de él, Dios mio!

La Guillabaora se estremeció al oir esto : en efecto , ¿qué podia ser del hijo de aquella miserable , envilecida , degradada , despreciada y pobre? ¿qué suerte , qué porvenir!

—No penseis en esto , Juanona , la dijo ; confiad en que vuestro hijo encontrará en su camino alguna persona caritativa .

—¡Oh! es cosa que no sucede dos veces , Guillabaora , dijo amargamente Juanona , meneando la cabeza. Yo os he encontrado á vos , lo que es ya

una grande casualidad : no lo digo por ofenderos, pero hubiera preferido que , en lugar de mí , os hubiera encontrado mi hijo. Todo cuanto puedo darle son estos deseos.

— Rogad , rogad á Dios , y él os oirá.

— Bien , Guillabaora ; rogaré á Dios, si lo quereis ; quizás me hará bien ; porque , en verdad , ¿quién me hubiera dicho cuando la Loba me pegaba , y era yo el házme reir de todo el mundo , que habia de venir á salvarme un angelito, cuya linda y dulce voz seria mas fuerte que todo el mundo , y que la misma Loba que es tan fuerte y mala...?

— Sí ; pero la Loba ha sido muy buena para con vos , desde el momento que ha reflexionado que atormentaba á dos.

— ¡Oh! es cierto ; pero á vos es á quien debo dar las gracias , y no lo olvidaré jamás. Pero decidme, Guillabaora : ¿por qué pediria ese otro dia que la cambiasen de departamento , cuando á pesar de sus rabietas , parecia que no podia separarse de vos?

— Es algo caprichosa....

— ¡Tonta!... esta mañana ha entrado una muger del otro departamento á que ha pasado la Loba , y ha dicho que ha cambiado enteramente.

— ¿Cómo es esto?

— Sí ; dice que en lugar de mover disputas y amenazar á todo el mundo , como hacia antes, está triste , muy triste , siempre sola por los rincones , y si alguna va á hablarla , vuelve la espalda sin contestar. ¿No es verdad que sorprende el verla ahora muda , cuando siempre estaba gritando? Y ademas, ha dicho aquella muger una cosa que yo no la creo.

— ¿Qué ha dicho?

— Que la ha visto llorar.... ¡llorar la Loba! esto es imposible....

— ¡Pobre Loba! ¡yo tengo la culpa de que haya

querido cambiar de departamento!... la enfadé sin querer, dijo suspirando la Guillabaora.

—¡Vos enfadar á nadie , ángel mio!

En este momento entró en el patio la señora Armand , que despues de haber buscado con la vista á Flor Celeste , se fué á ella sonriendo y con aire satisfecho.

—Os traigo una buena noticia , hija mia.

—Qué me decís , señora? exclamó la Guillabaora levantándose.

—Que vuestros amigos no os han olvidado , y han obtenido ya vuestra libertad. El señor director acaba de recibir el aviso.

—¡Será posible! ¡ah! ¡qué felicidad , Dios mio!... dijo con una emocion tan violenta , que palideció; se puso la mano en el corazon que latia con violencia , y volvió á caer en el banco.

—Calmaos , hija mia , la dijo la señora Armand , acercándosela con bondad.

—¡Ah , señora , cuánto reconocimiento os debo!

—La señora marquesa de Harville será indudablemente quien habrá obtenido vuestra libertad. Hay ahí fuera una señora anciana , encargada de conducirnos á casa de las personas que se interesan por vos : aguardadme un momento , y vuelvo por vos : tengo que daros antes algunas órdenes.

Difícil seria pintar la espresion de sombrío desconsuelo que se manifestó en las facciones de Juana al saber que su buen ángel , como ella llamaba á la Guillabaora , iba á salir de San Lázaro. No era tanto el temor de volver á ser atormentada por las demas presas , lo que causaba el dolor de aquella infeliz , como el disgusto de verse separada del solo sér que la habia manifestado algun interés. Sin moverse del pie del banco , cogió con ambas manos las dos mechass de erizados cabellos que sa-

lian en desórden de debajo de su gorra negra, como si quisiera arrancárselos; mas cediendo pronto esta violenta afliccion á un abatimiento profundo, dejó caer su cabeza, y permaneció muda é inmóvil, ocultando la frente entre sus manos, y con los codos apoyados sobre las rodillas.

Flor Celeste, á pesar del gozo que sentia por salir de la reclusion, no pudo vencer un estremecimiento momentáneo, al recordar que los dos monstruos, la Mochuelo y el Dómine, la habian obligado á jurar que no diria á sus bienhechores que fuesen ellos la causa de su triste suerte; pero estos tristes pensamientos se borraron bien pronto de su imaginacion con la esperanza de volver á ver á Bouqueval, á la señora Jacinta y á Rodolfo, á quien queria recomendar á la Loba y á Marcial; y le parecia tambien, que la exaltacion de sentimiento que se reprendia, y que experimentaba por su bienhechor, no siendo alimentada por el pesar y la soledad, se calmara asi que volviese á sus ocupaciones rústicas, que tanto la gustaban, compartiéndolas con las buenas gentes de la quinta. Reparando en el sorprendente silencio de su compañera, la tocó suavemente en el hombro, y la dijo:

— ¿Puedo seros útil en algo, Juanona, ahora que estoy en libertad?

La reclusa se estremeció al sentir la mano de la Guillabaora; dejó caer los brazos, y miró á la jóven con el rostro anegado en lágrimas. Tal era y tan amargo el dolor que se veía pintado en él, que su fealdad desaparecia enteramente.

— ¡Dios mio! ¿Qué teneis? la dijo la Guillabaora: ¡cómo llorais!

— ¡Os vais! murmuró la reclusa cortándole la voz los sollozos: no habia pensado yo nunca en que de

un momento á otro saldriais de aqui, y no os veria ya mas en mi vida.

— Os aseguro que me acordaré siempre de vuestra amistad, Juanona.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cuando os amaba tanto! sentada en el suelo á vuestros pies, me parecia ya que estaba en salvo, y que nada tenia ya que temer. No lo digo por los golpes que quizás van á empezar á darme otra vez; tengo la carne dura; pero me parecia que vos erais mi buena suerte, y que vuestra presencia llevaria la dicha á mi hijo, solo por que os habiais compadecido de mí. Es mucha verdad que cuando está uno acostumbrado á ser maltratado de todos, es mas sensible que los demas para agradecer los beneficios; é interrumpiéndose luego, rompiendo otra vez en sollozos, exclamó: Vamos, no hay que pensar mas; no hay que pensar mas.... Un dia ú otro debia suceder esto, y yo debia no haber pensado ya en ello. Nada, nada; se acabó....

— ¡Vamos, tened buen ánimo! me acordaré de vos, como estoy cierta de que os acordareis vos de mí.

— ¡Oh! me dejaria cortar en pedazos antes que me hicieran renegar de vos ú olvidaros; aunque llegara á ser vieja, tan vieja como la que mas, siempre tendré presente vuestra carita de ángel; y la primera palabra que enseñaré á mi hijo, será vuestro nombre, ¡Flor Celeste! porque os deberá á vos el no haber muerto de frio.

— Oid, Juanona, dijo la Guillabaora vivamente interesada por el afecto de aquella miserable; lo que es para vos no puedo prometeros nada, aunque conozco á personas muy caritativas; pero para vuestro hijo es diferente; el pobre está inocente de todo; quizás las personas de quien os hablo quieran en-

cargarse de hacerle criar y educar, si quereis separaros de él.

— Separarme de él, ¡oh! ¡jamás, jamás! exclamó Juanona con exaltacion. ¡Qué sería, pues, de mí que he contado con él!

— ¿Pero cómo lo educáis vos? Sea varon ó hembra, es preciso que sea honrado, y para esto....

— Para esto es menester que coma un pan honrado, ¿es verdad, Guillabaora? lo sé, y esta es mi ambicion; todos los dias pienso lo mismo, y yo os prometo que al salir de la reclusion, no volveré á mi antigua vida; me haré trapera, ó barrendera de calles; pero seré honrada; todo esto debe una hacer, sino por sí misma, al menos por su hijo cuando se tiene el honor de tener uno, dijo con una especie de orgullo.

— ¿Y quién cuidará de vuestro hijo mientras vos trabajéis? repuso la Guillabaora: ¿no valdria mas, si fuese posible, como espero que lo será, colocarlo en el campo entre gentes honradas, que harian de él un buen labrador ó una buena criada de labranza? de tiempo en tiempo iriais á verle, y quizás un dia encontrariais medio de quedaros con él: ¡en el campo se vive con poca cosa!

— ¡Pero separarme de él! yo ponía todo mi gozo en él, porque no tengo en este mundo nadie que me ame.

— Sí; pero es preciso que penseis mas en él que en vos, pobre Juanona; dentro de dos ó tres dias escribiré á la señora Armand; y si la súplica que pienso hacer en favor de vuestro hijo tiene buen éxito, no direis ya mas lo que me ha dado tanta pena oiros decir: ¡Ah, Dios mio! ¿qué será de él?

La señora Armand interrumpió aquella conversacion entrando por Flor Celeste.

Juanona, despues de haber roto otra vez en so-

llozos, y bañado de desesperadas lágrimas las manos de la jóven, dejóse caer en el banco con un profundo abatimiento, sin acordarse siquiera de las promesas que acababa de hacerle Flor Celeste.

— ¡Pobre criatura! dijo la inspectora saliendo del patio con Flor Celeste. Su reconocimiento para con vos me da de ella mejor opinion.

Al saber que la Guillabaora habia obtenido gracia, lejos de mostrarse celosas por este favor las otras reclusas, manifestaron por ello la mayor alegría; algunas la rodearon despidiéndose cordialmente, y felicitándola con franqueza por su pronta salida de la reclusion.

— Esta linda rubia, dijo una de ellas, nos ha dado un buen rato cuando el guante para los vestiditos del hijo de Juanona. Este recuerdo durará mucho en San Lázaro.

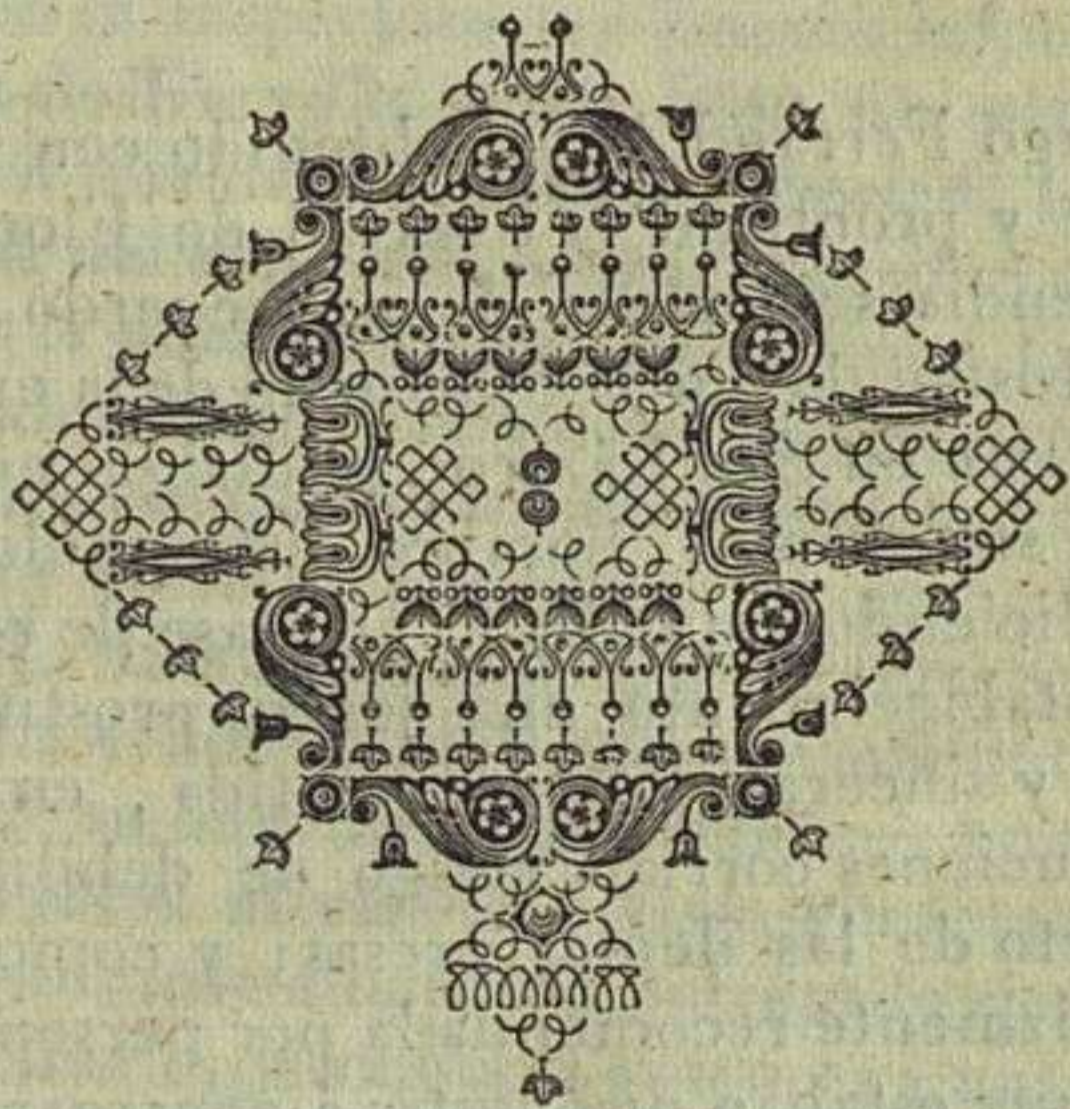
Cuando Flor Celeste hubo salido del departamento de las reclusas acompañada de la inspectora, la dijo esta:

— Ahora, hija mia, venios al guardaropa, donde dejareis el vestido de reclusa, y volvereis á tomar el de aldeana, que por su sencillez os sienta tan bien. Id con Dios, querida; vais á ser feliz, porque estareis bajo la proteccion de personas recomendables, y salís ya de esta casa para no volver á entrar jamás.... Pero en vano quiero ocultaros mi emocion, añadió con los ojos bañados de lágrimas, porque es imposible que deje de deciros la aficion que os habia tomado ya, ¡pobre niña! Y viendo luego que los ojos de Flor Celeste se humedecian tambien, añadió: Espero que no me guardareis rencor por haber entristecido vuestra marcha.

— ¡Ah, señora! ¿no es á vuestra recomendacion á la que debo el que aquella buena señora, que es causa de mi libertad, se haya interesado en mi suerte?

— Sí; y estoy satisfecha de lo que he hecho; no me habian engañado mis presentimientos.... Pero he ahí la señal de empezar el trabajo en los obradores, añadió la inspectora oyendo el toque de una campana; esta señal me llama á mí tambien. ¡Adios, hija mia, adios! Y tan conmovida como Flor Celeste, la estrechó tiernamente en sus brazos, y dijo despues á uno de los empleados de la casa: Acompañad á la señorita al guardaropa.

Un cuarto de hora despues, Flor Celeste, vestida de aldeana, como la hemos visto en la quinta de Bouqueval, estaba en el recibimiento, en donde la esperaba el ama del escribano Santiago Ferrand, que habia ido á buscar á la infeliz para acompañarla á la isla del Devastador.



CAPÍTULO XXIII.

—NON—

Recuerdos.

Santiago Ferrand habia obtenido con la mayor facilidad y prontitud la libertad de Flor Celeste, que dependia solamente de un acuerdo administrativo. Instruido por la Mochuelo de la entrada de Flor Celeste en San Lázaro, se dirigió en seguida á uno de sus clientes, hombre distinguido é influyente, diciéndole que habia en clase de reclusa en aquel establecimiento una jóven prostituida un tiempo, y sinceramente arrepentida, cuyas buenas resoluciones corrian riesgo de debilitarse con el contacto de las demas presas; y como le habia sido eficazmente recomendada por personas respetables, que estaban dispuestas á encargarse de ella cuando saliera de la reclusion, suplicaba á su poderoso cliente, en nombre de la moral, de la reli-

gion, y de la rehabilitacion futura de aquella infeliz, se dignara pedir su escarcelamiento. Y por fin, para ponerse á cubierto en caso de cualquier procedimiento ulterior, habia rogado con mucha instancia á su cliente que no se valiese para nada de su nombre en las diligencias de aquella obra de caridad; súplica que, atribuida á la modesta filantropía de Santiago Ferrand, hombre piadoso y respetable, fué observada escrupulosamente. Con la sola intercesion del cliente se alcanzó la libertad de Flor Celeste; y para completar su servicio, envió directamente al escribano la orden de libertad, para que pudiera hacerla llegar á manos de los protectores de la jóven.

Al entregar al director aquella orden la señora Serafina, añadió que ella era la encargada de llevar á la Guillabaora á casa de sus protectores; y como habia dado la inspectora tan buenos informes á la marquesa de Harville sobre Flor Celeste, nadie dudó que á ella debiese esta su libertad. De modo que el ama del escribano no podia escitar por ningun estilo la desconfianza de su víctima. La señora Serafina sabia hacerse la santa cuando la convenia, y era menester mucha observacion para notar en su mirada y en su sonrisa hipócrita cierta falsedad y crueldad. Mas á pesar de su perverso corazon, que le habia valido ser cómplice ó confidente de los crímenes de su amo, no pudo reprimir una sensacion de sorpresa al ver la belleza encantadora de aquella jóven, que ella habia entregado siendo niña á la Mochuelo, y conducia entonces á una muerte segura.

— ¿Debeis estar muy contenta, mi querida señorita, con salir de la reclusion? la dijo con una voz melosa.

— ¡Oh! sí, señora; y creo que lo debo á la pro-

teccion de la señora de Harville, que ha mostrado tanto interés conmigo.

— No os equivocais.... Pero vamos, pronto, porque es tarde ya, y tenemos que hacer un camino largo.

— Vamos á la quinta de Bouqueval, á casa la señora Jacinta, ¿no es verdad, señora?

— Seguramente: vamos al campo en casa la señora Jacinta, dijo el ama para no infundir sospechas á Flor Celeste: y luego añadió con un aire de maliciosa bondad: Pero aun hay mas; antes de ver á la señora Jacinta, os espera una sorpresa. Venid, venid, el coche nos espera. ¡Qué satisfecha vais á estar cuando pongais el pie en la calle, querida señorita! Vamos, salgamos, salgamos. Servidora, caballeros.

Y despues de haber saludado al encargado del registro y á su dependiente, salió con la Guillabao-ra, acompañándolas un criado para hacerles abrir las puertas. Acababa de cerrarse trás ellas la última, y entraban en el pórtico que dá al arrabal de San Dionisio, cuando encontraron á una jóven que iria seguramente á visitar á alguna reclusa.

Aquella jóven era Rigolette; Rigolette siempre coqueta y airosa. Llevaba en la cabeza una papalina muy sencilla y nuevecita, con adornos de cinta de color de cereza, que hacian un juego magnífico con sus negros cabellos que bajaban á lo largo de sus mejillas en dos gruesas mechas recogidas detrás de las orejas; y en el cuello, una pañoleta blanca, que caía encima de un pañolon de lana obscuro. Traía en el brazo un cestito de paja, y gracias á su elegante andar, estaban milagrosamente limpios sus zapatitos de ligera suela, aunque venia de muy lejos la pobre niña.

— ¡Rigolette! exclamó Flor Celeste reconociendo á

su compañera de carcel (1) y de paseos campestres.

— ¡La Guillabaora! exclamó á su vez la griseta.

Y las dos jóvenes se echaron una en brazos de otra.

Nada mas encantador que el contraste de aquellas dos jóvenes de diez y seis años tiernamente abrazadas, tan preciosas las dos, y con todo tan diferentes en facciones y hermosura. La una rubia con los grandes ojos azules melancólicos, el perfil de una angelical pureza ideal, un poco pálida, un poco triste, y denotando ingenio, como las encantadoras aldeanas que ha pintado Greuze; y con un colorido tan fresco y trasparente, mezcla inefable de tristeza, de candor y gracia. La otra, morena, provocativa, de llenas y coloradas mejillas, lindos ojos negros, ingénua sonrisa y talle esbelto: tipo encantador de juventud, de indiferencia y de alegría, y ejemplo raro é interesante de la dicha en la indigencia, de la honradéz en el abandono, y de alegría en el trabajo. Despues de haberse prodigado reciprocamente sus caricias, miráronse las dos jóvenes.... Rigolette, gozosa con aquel encuentro; y Flor Celeste, confusa.... porque la vista de su amiga la recordaba los pocos dias de tranquila felicidad que habian precedido á su primera degradacion.

— ¡Chica!... ¡qué dicha!... decia la griseta.

— ¡Ah, sí, Dios mio, qué dulce sorpresa! ¡hace tanto tiempo que no nos habíamos visto! contestó la Guillabaora.

— ¡Ah! ahora no estraño ya el no haberte encontrado en seis meses: añadió Rigolette reparando en

(1) El lector recordará seguramente que la Guillabaora, en la relacion de sus primeros años que hizo en la taberna del Conejo blanco, habia dicho á Rodolfo que Rigolette habia sido detenida, como ella, por vagabunda, y encerrada en una casa de detencion hasta la edad de diez y seis años.

el traje de la Guillabaora; ¿con que vives en el campo?

—Sí, hace algun tiempo dijo Flor Celeste bajando los ojos.

—¿Y vienes como yo á ver alguna amiga en la reclusion?

—Sí.... vengo.... de eso mismo.... dijo Flor Celeste balbuceando, y poniéndose encarnada de vergüenza.

—¿Y te vuelves á tu casa lejos de París sin duda, querida Guillabaora? siempre se te reconoce en la bondad. ¿Te acuerdas aquella pobre muger parte-ra, á quien distes tu colchon, tus sábanas y el poco dinero que te quedaba y que íbamos á consumir en el campo? Entonces eras ya entusiasta por la campiña, señorita aldeana.

—Vaya; por lo que te disgustaba á tí Rigolette: ¡pero qué complaciente eras! solo por darme gusto me acompañabas á él.

—Tambien lo tenia yo; porque como siempre estabas un poco seria, me daba un gran placer el ver que solo con estar en medio de los campos ó de los bosques te ponias tan contenta, tan alegre y loca. Pero deja que te mire otra vez: ¡qué bien te va esta papalina redonda! ¡estás muy hermosa así! Vamos, era tu vocacion el llevar una gorrita de aldeana, como la mia lo era de una papalina de griseta; hé ahí cumplido tu gusto: no me sorprende esto, no; porque cuando no te he visto por la ciudad, he pensado luego: Aquella buena Guillabaora no ha nacido para París; es una verdadera flor del prado, como dice la cancion, y esas flores no viven en la capital, porque su aire no es bueno para ellas: así es que la buena chica habrá entrado á servir en casa de algunos honrados campesinos; y esto es lo que has hecho, ¿no es verdad?

— Sí.... dijo Flor Celeste , poniéndose colorada.

— Solo una cosa tengo que reprenderte.

— ¿A mí?

— Debias habérmelo participado ; las amigas no se dejan así de un día para otro , ó á lo menos sin darse noticias recíprocamente.

— Salí de París.... con tanta prisa.... dijo Flor Celeste , cada vez mas confusa , que no pude hacerlo.

— ¡ Oh ! no conservo por esto ningun rencor contra tí ; estoy demasiado contenta con volverte á ver. Y á fé que has hecho bien en salir de París ; ¡ caramba ! ¡ es tan difícil el vivir aqui tranquila ! Sin contar que una pobre muchacha sola , como estamos nosotras , puede perderse sin quererlo. Cuando no se tiene á nadie que la aconseje á una , hay tan poca defensa , y los hombres hacen siempre tan buenas promesas.... y ademas , ¡ la miseria es tan cruel algunas veces !... Oye : ¿ te acuerdas de Julieta ; que era tan hermosa , y de Rosita , la rubia de los ojos negros ?

— Sí ; me acuerdo.

— Pues bien ; ambas han sido engañadas y abandonadas despues ; y por fin , de desgracia en desgracia , han llegado á ser de las mugeres perdidas que encierran aqui.

— ¡ Ah , Dios mio ! exclamó Flor Celeste ocultando el rostro , que se le volvió de fuego.

Rigolette equivocó el sentido de la exclamacion de su amiga , y continuó:

— Son culpables ; hasta despreciables si quieres , dijo Rigolette ; pero mira , Guillabaora , no debemos ser demasiado severas para con las demas , aunque hayamos tenido nosotras la dicha de permanecer honradas ; tú , yéndote á vivir al campo , al lado de unos buenos labriegos ; y yo , porque

no tenia tiempo que perder con los amantes, á quienes he preferido siempre mis pájaros, y por haber puesto todo mi placer en adquirir con mi trabajo un ajuar de casa corto, pero bien lindo. ¿Quién sabe si la ocasion, el engaño ó la miseria no han tenido su buena parte en la mala conducta de Rosita y Julia, y si en su lugar hubiéramos hecho nosotras otro tanto?

— ¡Oh! dijo amargamente Flor Celeste; no las acuso, no; las compadezco.

— Mi querida señorita, mirad que estamos de prisa; vámonos, dijo la señora Serafina, ofreciendo impaciente el brazo á su víctima.

— Dadnos algunos momentos mas, señora: ¡hacia tanto tiempo que no habia visto á mi querida Guillabaora! dijo Rigolette.

— Es que es tarde, señoritas; son ya las tres, y tenemos que andar mucho, dijo la señora Serafina, incomodada á lo sumo con aquel encuentro; pero os doy todavía diez minutos, añadió:

— ¿Y tú? repuso Flor Celeste cogiendo las manos de su amiga; ¿conservas aquel carácter tan feliz, tan jovial y contento?

— Hace pocos dias que estaba todavía contenta y alegre; pero ahora....

— ¿Tienes pesares?

— ¿Yo? ¡buena soy para eso! ya me conoces; y no he cambiado; pero como por desgracia no son todos como yo, y como los otros tienen pesares, de ahí es que los tengo.

— ¡Siempre la misma bondad!

— ¿Qué quieres? figúrate que vengo yo aqui por una pobre jóven vecina mia, una malva, á quien han levantado una calumnia, y que es bien digna de lástima; se llama Luisa Morel, y es hija de un honrado lapidario que se ha vuelto loco con

tantas desgracias como han pesado sobre él.

Al oír el nombre de Luisa Morel, una de las víctimas del escribano, la señora Serafina, se estremeció, y miró con mucha atención á Rigolette, cuya cara le era enteramente desconocida; mas con todo, desde aquel momento puso la mayor atención en la conversacion de las dos jóvenes.

— ¡Pobre muger! dijo la Guillabaora: ¡qué contenta estará con ver que no la olvidas en su desgracia!

— Todavía no lo he dicho todo; así, como me ves, vengo de bien lejos, y de otra prision; pero de una prision de hombres.

— ¿De una prision de hombres, tú?

— ¡Ah, Dios mio! tengo allí otro amigo bien triste: mira mi cesto (y se lo enseñó destapándolo) está dividido en dos, una parte para cada uno; hoy le traigo á Luisa alguna ropa, y vengo de llevar otra cosa á mi pobre German; así se llama mi prisionero. Mira, no puedo pensar en lo que me acaba de pasar con él, sin que se me vengán las lágrimas á los ojos; es una tontería; ya sé que no vale la pena; pero soy así.

— ¿Y por qué tienes ganas de llorar?

— Figúrate que German siente tanto el verse confundido con aquellos malvados de la cárcel, que está abatido á no poder mas, no encontrando gusto en nada, sin comer, y enflaqueciendo visiblemente. Yo, que lo conocí, pensé entre mí: el pobre muchacho no tiene apetito; voy á hacerle una fritada, que le gustaba mucho cuando éramos vecinos; quizás esto le abra las ganas de comer. Cuando digo una fritada, entendámonos, no te figures que sea una gran cosa; nada mas que unas patatas amarillas, amasadas con un poco de leche y azúcar.... llené una taza muy linda y muy limpia, y se lo

llevé á la cárcel , diciéndole que yo misma habia preparado aquel regalito, como otras veces en nuestros dias alegres : tú comprenderás que creía darle con esto alguna gana de comer.... pero ¡ca!...

—¿Cómo?

—Lo que le he dado han sido ganas de llorar.... cuando ha conocido la taza en que tantas veces me habia visto tomar la leche , se ha echado á llorar como un niño ; y para completar la fiesta , he acabado yo por hacer lo mismo , por mas que he querido violentarme ; ya vés qué feliz estado ; cuando creia hacer una gran cosa para consolarle , lo que he hecho ha sido entristecerlo mas.

—Sí ; ¡pero aquellas lágrimas le habrán sido tan dulces!...

—No importa ; mas hubiera querido consolarle de otro modo , que no hacerle llorar ; pero estoy hablando de él , sin decirte quién es : es un antiguo vecino mio , y el jóven mas honrado del mundo, tan dulce , tan tímido como una vírgen ; y yo lo queria como á un amigo , ó como á un hermano.

—¡Oh! ¡entonces comprendo que te hayas apropiado sus pesares!

—¿No tengo razon? Pero vas á ver qué buen corazon tiene : cuando me he despedido , le pregunté si tenia algun encargo que hacerme , añadiendo, riendo , para probar á alegrarle un poco , que toda vez que tengo la honra de ser su mandadera , procuraré ser muy exacta y activa para conservarle como parroquiano. Entonces , esforzándose en sonreir , me ha pedido que le traiga una de las novelas de Walter Scott , que en otro tiempo me leía por la noche , mientras yo trabajaba , y cuyo título es , Ivan.... Ivanhoe , sí , esto es. Me gustaba tanto aquel libro , que me lo leyó dos veces.... ¡pobre German.... era tan complaciente!

—Esto es que quiere tener un recuerdo del tiempo pasado en que era feliz.

—Seguramente, puesto que me rogó que fuera al mismo gabinete de lectura, no para alquilarlo, sino para comprarle aquella obra que habíamos leído juntos. ¡Comprarla!... y puedes creer que es un gran sacrificio para él, porque es tan pobre como nosotras.

—¡Esceleste corazón! dijo la Guillabaora del todo conmovida.

—Ya estás tan enternecida como yo cuando recibí este encargo, querida Guillabaora; pero tú comprenderás que cuanto mas gana me sentia de llorar, tanto mas procuraba reirme; porque llorar dos veces en una visita hecha espresamente para alegrarle, era demasiado; así es que, para vencerme, empecé á contarle unos cuentos de un judío, que es un personage de la dicha novela que leíamos otras veces.... pero cuanto mas hablaba, mas me miraba él con los ojos llenos de lágrimas. Aquello me ha roto el corazón; un cuarto de hora he pasado volviendo adentro mis lágrimas; pero nada, he acabado por hacer lo mismo que él, y cuando he salido, él sollozaba; y yo, furiosa conmigo misma porque habia llorado tanto, me decia: Si tengo de consolarle y alegrarle de este modo, á fé que no vale la pena de que vaya á verle: ¡vaya.... que con mi presuncion de hacer reir á todo el mundo, es una maravilla el éxito que obtengo!

Al oír el nombre de German, la señora Serafina redobló su atencion.

—¿Y qué ha hecho ese pobre jóven para que le hayan metido en la cárcel? preguntó Flor Celeste.

—¿Qué ha hecho? exclamó Rigolette, cuyo enternecimiento fué reemplazado por la indignacion; lo que ha hecho no es mas, sino que se ha empe-

ñado en perseguirle un viejo mónstruo de escribano, que es tambien el que ha denunciado á Luisa.

— ¿A Luisa á quien vienes á ver aqui?

— La misma; era criada del escribano, y German era su cajero. Seria muy largo el contarte la injusta acusacion que ha dirigido contra ese pobre muchacho. Pero lo cierto es, que ese malvado parece que lo haya tomado con furor contra esos dos infelices que no le han hecho mal alguno.... pero ¡paciencia, paciencia; á cada uno le viene su dia!

Rigolette pronunció estas últimas palabras con una espresion que inquietó á la señora Serafina, la cual metiéndose en la conversacion, en lugar de callar como debia, dijo á Flor Celeste con voz algo almibarada.

— Querida señorita, mirad que es tarde, y tenemos que marchar, pues nos están esperando; conozco que lo que os dice la señorita debe interesaros, porque yo que no tengo ninguna noticia de la jóven ni del caballero de quien habla, estoy toda conmovida: ¡Dios mio! ¡es posible que haya hombres tan malvados! ¿Y cómo se llama ese pícaro escribano de quien hablais, señorita?

Rigolette no tenia ningun motivo de desconfiar de la señora Serafina; con todo, recordando cuánto la habia recomendado Rodolfo la discrecion y reserva acerca de la secreta proteccion que dispensaba á Luisa y á German, se arrepintió de haber dicho aquello de ¡paciencia; á cada uno le viene su dia!

— Ese malvado se llama Ferrand, señora, repuso, añadiendo con mucha perspicacia para reparar su ligera indiscrecion, y hace tanto mas mal en atormentar á Luisa y á German, cuanto nó tienen fuera de mí quien se interese por su desgracia, y de mí pueden prometerse poco.

— ¡Desgracia es! repuso la señora Serafina; yo habia esperado lo contrario, cuando os oí decir aquella espresion: *¡pero paciencia!* y creía que contabais con algun protector para sostener contra el perverso escribano á los dos jóvenes.

— ¡Ah, no señora! añadió Rigolette para desvanecer completamente las sospechas de la señora Serafina. ¿Quién seria el hombre tan generoso que defenderia la causa de esos dos infelices, contra un rico y poderoso como es ese Santiago Ferrand?

— ¡Oh! ¡corazones generosos hay para esto! repuso Flor Celeste despues de un momento de reflexion, y con una exaltacion comprimida. Sí; alguno conozco yo que mira como un deber el proteger y defender á los que padecen injustamente; porque el sugeto de quien hablo es tan bueno para las gentes honradas, como terrible para los malvados.

Rigolette miró sorprendida á la Guillabaora, y estuvo á punto de decirla, pensando en Rodolfo, que tambien conocia ella á uno que tomaba con ardor la defensa de los débiles contra los fuertes; pero fiel siempre á la recomendacion de su vecino, como llamaba ella al príncipe, contestó á Flor Celeste:

— ¿De veras conoces tú una persona tan generosa, que sea capaz de proteger tambien á los pobres?

— Sí; y aunque tengo ya de implorar su piedad y beneficencia para otros, estoy segura de que si sabia la inmerecida desgracia de Luisa y German, los salvaria y castigaria á su perseguidor; porque su justicia y bondad son inagotables como las de Dios.

— ¡Hola! dijo para sí la señora Serafina, mirando sorprendida á su víctima; ¡parece que la niña es mas temible de lo que creíamos! si hubiese sido

posible que la tuviera yo lástima, esto que acaba de decir haría inevitable el *accidente* que va á librarnos de ella.

— Mi querida Guillabaora, ruégote que toda vez que conoces á un sugeto tan bueno, le recomiendes á mi Luisa y á mi German, porque no merecen ciertamente su mala suerte, dijo Rigolette pensando que sus amigos no podían dejar de ganar en tener dos defensores en lugar de uno.

— Pierde cuidado; te prometo hacer cuanto pueda con el señor Rodolfo en favor de tus protegidos.

— ¡El señor Rodolfo! exclamó Rigolette sumamente sorprendida.

— Sí, el señor Rodolfo, dijo la Guillabaora.

— ¿El señor Rodolfo, un comisionista?

— No sé á fé lo que es; ¿pero á qué viene esta sorpresa?

— Porque también conozco yo á un señor Rodolfo.

— Quizás no sea el mismo.

— Veamos, veamos; ¿cómo es el tuyo?

— ¡Jóven!

— Cabal.

— Rostro lleno de nobleza y bondad.

— Esto es, cabal; ¡buen Dios! es en todo como el mio, dijo Rigolette cada vez mas sorprendida, y añadió; ¿Es moreno, tiene un bigotito?

— Sí.

— Por fin, es alto y delgado; tiene un cuerpo precioso, y el aire muy galan.... para un comisionista. ¿Es así el tuyo?

— No hay duda que es él, contestó Flor Celeste; solamente lo que me sorprende es que le creas comisionista.

— En cuanto á esto, estoy cierta; él mismo me lo ha dicho.

— ¿Conque le conoces?

— ¡Sí le conozco! es vecino mio.

— ¿El señor Rodolfo?

— Tiene una habitacion en el cuarto piso al lado de la mia.

— ¿El? ¿él?

— ¿Qué tiene esto que sorprenda? es cosa muy sencilla: no gana mas que mil quinientos ó mil ochocientos francos al año, y no puede tomar sino una casa muy modesta, aunque parece que no tiene mucho orden; porque mi querido vecino, ni siquiera sabe lo que cuestan sus vestidos.

— No, no; no es el mismo, dijo Flor Celeste reflexionando.

— ¡Ah! ¿conque el tuyo es un fénix en el orden y economía?

— El que te digo yo, Rigolette, es todopoderoso, y su nombre no se pronuncia sino con amor y veneracion: su aspecto turba é impone, y se siente una dispuesta á arrodillarse ante su grandeza y bondad.

— Entonces no lo entiendo, mi pobre Guillabarra: tambien digo yo que no es el mismo, porque el mio no es ni todopoderoso ni imponente; es muy buen muchacho, muy alegre, y no vienen ganas de arrodillarse delante de él; al contrario, él mismo se habia ofrecido á ayudarme á barrer mi aposento, y ademas está comprometido á sacarme á paseo todos los domingos. Ya ves que estas no son cosas de gran señor.... ¿Pero cómo me entretengo en estos pensamientos? ¡tengo la cabeza trastornada! ¿y Luisa, y mi pobre German? ¡oh! mientras estará en la cárcel, no puede haber gozo para mí.

Flor Celeste reflexionaba profundamente hacia ya algunos momentos: de repente se habia acordado de que en su primera entrevista en la taberna, tenia Rodolfo el aire y el habla de los parroquianos

de la tasca. De consiguiente, ¿qué dificultad habia en que jugase con Rigolette el papel de comisionista? ¿Pero qué objeto podia tener aquella nueva trasformacion?

— No hay necesidad de que te rompas por esto la cabeza, querida Guillabaora, dijo Rigolette viendo el aire pensativo de su compañera; ya sabremos si el señor Rodolfo es el mismo: cuando veas tú al tuyo, háblale de mí; cuando yo veré al mio, le hablaré de tí; de este modo pronto sabremos si es uno mismo.

— ¿Y dónde vives, Rigolette?

— Calle del Temple, n.º 17.

-- ¡Hola! Hé ahí una cosa estraña, y que no es malo saber, dijo para sí la señora Serafina, que no habia perdido una palabra de la conversacion. ¡Conque este misterioso señor Rodolfo, personage todopoderoso, que hace creer seguramente que es comisionista, ocupa una habitacion vecina á la de esta señorita costurera, que tiene trazas de saber mas de lo que dice! ¡El desfacedor de agravios en la misma casa que Morel y Bradamanti! Bueno, bueno; si la griseta y el supuesto comisionista continúan mezclándose en lo que no les toca, sabremos donde encontrarlos.

— Cuando habré hablado con el señor Rodolfo, te escribiré, dijo la Guillabaora, y te daré mi direccion para que puedas contestarme; pero repíteme la tuya; temo olvidarla.

— ¡Toma! casualmente traigo en el bolsillo una targeta de las que doy á mis parroquianos; y la dió una, en cuyo sobre habia escrito en magnífica letra inglesa: *A la señora Rigolette, costurera, calle del Temple, n.º 17.* ¡Mira qué letra! parece de molde, ¿no es verdad? añadió la griseta: German fué el que me la escribió como solia hacer en

días mas afortunados: ¡era tan bueno, tan previsor! ¡Y es cosa rara! parece que no he conocido todas sus buenas cualidades sino desde que es desgraciado; y ahora no acabo de echarme en cara el haber aguardado tanto para amarle.

— ¿Conque le amas?

— ¡Ah! sí, ¡Dios mio! un pretesto ú otro debo tener para irle á ver á la cárcel. Confieso que soy una muchacha singular, dijo Rigolette ahogando un suspiro, y riendo en sus lágrimas, como dice un poeta.

— ¡Siempre buena y generosa! dijo Flor Celeste tendiendo amistosamente la mano á su amiga.

La señora Serafina estaria ya satisfecha de lo que habia descubierto en la conversacion de las dos jóvenes, porque casi sin miramiento, dijo bruscamente á Flor Celeste.

— Vamos, marchemos, señorita, que es tarde; hemos perdido ya un cuarto de hora.

— Esta vieja tiene un aire sospechoso; no me gusta nada su cara, dijo Rigolette á Flor Celeste, y luego repuso en alta voz: Cuando vengas á París, mi querida Guillabaora, no me olvides sobre todo: ¡qué placer me daria tu visita! ¡Estaria tan contenta de pasar un dia contigo, enseñarte mi corto menage, mi cuartito y mis pájaros! Tengo pájaros; veas si tengo lujo.

— Procuraré irte á ver, pero de seguro te escribiré: conque adios, Rigolette, adios. ¡Si supieses qué contenta estoy de haberte encontrado!

— ¡Pues y yo! pero confio que no será esta la última vez; ademas estoy impaciente tambien por saber si tu señor Rodolfo es el mio: conque escríbeme por Dios pronto sobre esto.

— Sí, sí.... adios, Rigolette.

— Adios, querida Guillabaora.

Y las dos jóvenes se abrazaron tiernamente comprimiéndose su corazón. Rigolette entró en San Lázaro para ver á Luisa, con un permiso que habia obtenido Rodolfo para ella; y Flor Celeste subió en un coche con la señora Serafina, que dió orden al cochero de que se dirigiese á las Batiñolas, y de que parara al llegar á la puerta.

Desde allí se iba casi directamente á la orilla del Sena y cerca de la isla del Pirata, por un estrecho sendero muy corto. Como Flor Celeste no conocia á París, no habia podido notar que el coche seguia otro camino que el de la barrera de San Dionisio; mas cuando se detuvo en las Batiñolas, dijo á la señora Serafina que la invitaba á bajar.

— Pero señora, me parece que este no es el camino de Bouqueval; á mas de que, ¿cómo iremos á pie desde aquí á la quinta?

— Todo lo que puedo deciros, mi querida señorita, repuso cordialmente el ama, es que no hago mas que ejecutar las órdenes de vuestros bienhechores, y que les dariais un pesar si rehusabais seguirme.

— ¡Oh, no lo penseis, señora! exclamó Flor Celeste; ellos os han enviado, y esto basta para que no os haga yo ninguna pregunta: os sigo á ciegas. Decidme solamente si la señora Jacinta sigue buena.

— Perfectamente, señorita.

— ¿Y el señor Rodolfo?

— Lo mismo, lo mismo.

— ¿Conque le conoceis, señora? pero hace un momento, cuando hablaba de él con Rigolette, no la habeis dicho una palabra.

— Porque no debia decirla.... ¿Os parece que no tengo yo misma mis órdenes?

— ¿Es él quién os las ha dado?

— ¡Vaya.... qué curiosa está la niña! dijo riendo el ama.

—Teneis razon; perdonad mis preguntas, señora; pero toda vez que vamos á pie al sitio donde vos me llevais , añadió Flor Celeste con una dulce sonrisa, pronto sabré lo que tanto deseo saber.

—Es verdad , señorita ; antes de un cuarto de hora habremos llegado.

Habiendo dejado atrás las últimas casas del arrabal , la señora Serafina y Flor Celeste siguieron un hermoso camino sombreado por altos nogales. La tarde estaba templada y hermosa ; el cielo , medio velado con nubes que doraba la puesta del sol que empezaba á declinar y á clavar sus oblicuos rayos sobre las alturas de Colombe , á la otra parte del Sena. A medida que se acercaba Flor Celeste á la orilla del rio , sus pálidas mejillas se coloreaban ligeramente , y aspiraba con delicia el aire fuerte y puro del campo. Era tan dulce la satisfaccion que se veía pintada en su fisonomía , que la señora Serafina la dijo:

—¡Parece que estais muy contenta , mi querida señorita!

—¡Oh! sí señora : volveré á ver á la señora Jacinta , y quizás al señor Rodolfo tambien , á quienes tengo que recomendar unas pobres criaturas muy infelices , que espero protegerán : ¿cómo no habia de estar contenta? Si estuviese triste , ¿no habia de desaparecer hasta mi tristeza con tan bellas esperanzas? Y ademas , ¡mirad qué cielo tan alegre con sus nubes doradas! Y la yerba , ¡qué verde , á pesar de la estacion!... Y allá abajo , detrás de aquellos sauces , el rio.... ¡y qué grande , Dios mio! El reflejo del sol en él deslumbra ; parece de oro ; del mismo modo brillaba hace un momento en el agua del estanque de San Lázaro.... ¡Ah! ¡Dios no olvida las pobres prisioneras ; tambien les da su rayo de sol! añadió Flor Celeste con una especie de recono-

cimiento piadoso ; y luego , aumentando por el recuerdo de su reclusion el aprecio de la dicha de ser libre , exclamó en un arrebató de inocente alegría : ¡ Ah , señora , mirad allá bajo del rio qué hermosa islita bordada de sauces y álamos , con aquella casita blanca que el agua besa ! ¡ Qué preciosa debe ser esta morada en verano , cuando todos los árboles están cubiertos de hojas ! ¡ qué silencio , qué frescura debe haber allí !

— En verdad , dijo la señora Serafina con una extraña sonrisa , que me encanta el que os guste tanto esta isla .

— ¿ Y por qué , señora ?

— Porque vamos á ella .

— ¿ A aquella isla ?

— Sí ; ¿ os sorprende esto ?

— Un poco , señora .

— ¿ Y si encontraseis allí á vuestros amigos ?

— ¿ Qué decís ?

— Sí , á vuestros amigos , reunidos para festejar vuestra salida de la cárcel ; ¿ no sería todo esto una sorpresa muy agradable ?

— ¿ Sería posible ? ... ¿ la señora Jacinta y el señor Rodolfo ?

— Vaya , querida señorita ; ya veo que me defiendo peor que un chiquillo . ¡ Sí , con vuestro aircillo inocente me hariais decir lo que no debo !

— ¿ Conque dentro de un momento volveré á verlos ? ¡ Oh , señora , cómo me salta el corazon !

— Pero no vayais tan de prisa ; conozco que debéis estar impaciente ; pero yo no puedo seguiros , loquilla .

— Perdonad , señora ; tengo tanta prisa para llegar

— Es cosa muy natural , no os acuso por esto , al contrario

— Mirad ; el camino hace aqui una bajada , y es muy malo ; ¿ quereis mi brazo , señora ?

— No es cosa de despreciar , mi querida señorita ; porque vos sois lista de piernas , y yo soy vieja ya.

— Apoyaos bien en mí , señora ; no tengais miedo de cansarme.

— Gracias , querida señorita , gracias ; no será por demás vuestra ayuda , porque esta bajada es tan rápida.... Por fin , henos ahí en un hermoso camino.

— ¡ Ah , señora ! ¿ es verdad que voy á ver á la señora Jacinta ? Aí enas puedo creerlo.

— Un poco de paciencia todavía ; y cuando dentro de un cuarto de hora la veais , no dudareis ya de ello.

— Lo que no puedo comprender , añadió Flor Celeste despues de un momento de reflexion , es que la señora Jacinta me espere alli en lugar de esperarme en la quinta.

— Siempre curiosa , mi querida señorita ; siempre curiosa.

— Soy muy indiscreta , ¿ es verdad , señora ? dijo Flor Celeste sonriendo.

— Como que para castigaros estoy casi tentada á deciros la sorpresa que os preparan vuestros amigos.

— ¿ Una sorpresa á mí , señora ?

— Vaya , dejadme en paz , picaruela , porque me hariais hablar sin ganas.

Dejaremos á la señora Serafina y á su víctima en el camino que sale al rio , y les precederemos unos momentos en la isla del Devastador.

INDICE

de los capítulos que contiene este tomo.

	PAGINAS.
Capítulo I. <i>Delacion.</i>	5
Cap. II. <i>Reflexiones</i>	32
Cap. III. <i>Almuerzo de amigos.</i>	48
Cap. IV. <i>San Lázaro.</i>	64
Cap. V. <i>La reclusion.</i>	82
Cap. VI. <i>La Loba y la Guillabaora.</i>	98
Cap. VII. <i>La protectora.</i>	135
Cap. VIII. <i>Una intimidación forzosa.</i>	152
Cap. IX. <i>Cecilia.</i>	170
Cap. X. <i>El primer pesar de Rigolette.</i>	183
Cap. XI. <i>El testamento.</i>	212
Cap. XII. <i>La isla del Devastador.</i>	228
Cap. XIII. <i>El pirata de agua dulce.</i>	246
Cap. XIV. <i>La madre y el hijo.</i>	267
Cap. XV. <i>Francisco y Amándina.</i>	288
Cap. XVI. <i>Una casa de huéspedes.</i>	308
Cap. XVII. <i>Las víctimas de un abuso de confianza.</i>	323
Cap. XVIII. <i>La calle de Chaillet.</i>	349
Cap. XIX. <i>El conde de Saint-Remy.</i>	365
Cap. XX. <i>La conversacion.</i>	382
Cap. XXI. <i>La indagacion.</i>	404
Cap. XXII. <i>La despedida.</i>	430
Cap. XXIII. <i>Recuerdos.</i>	444

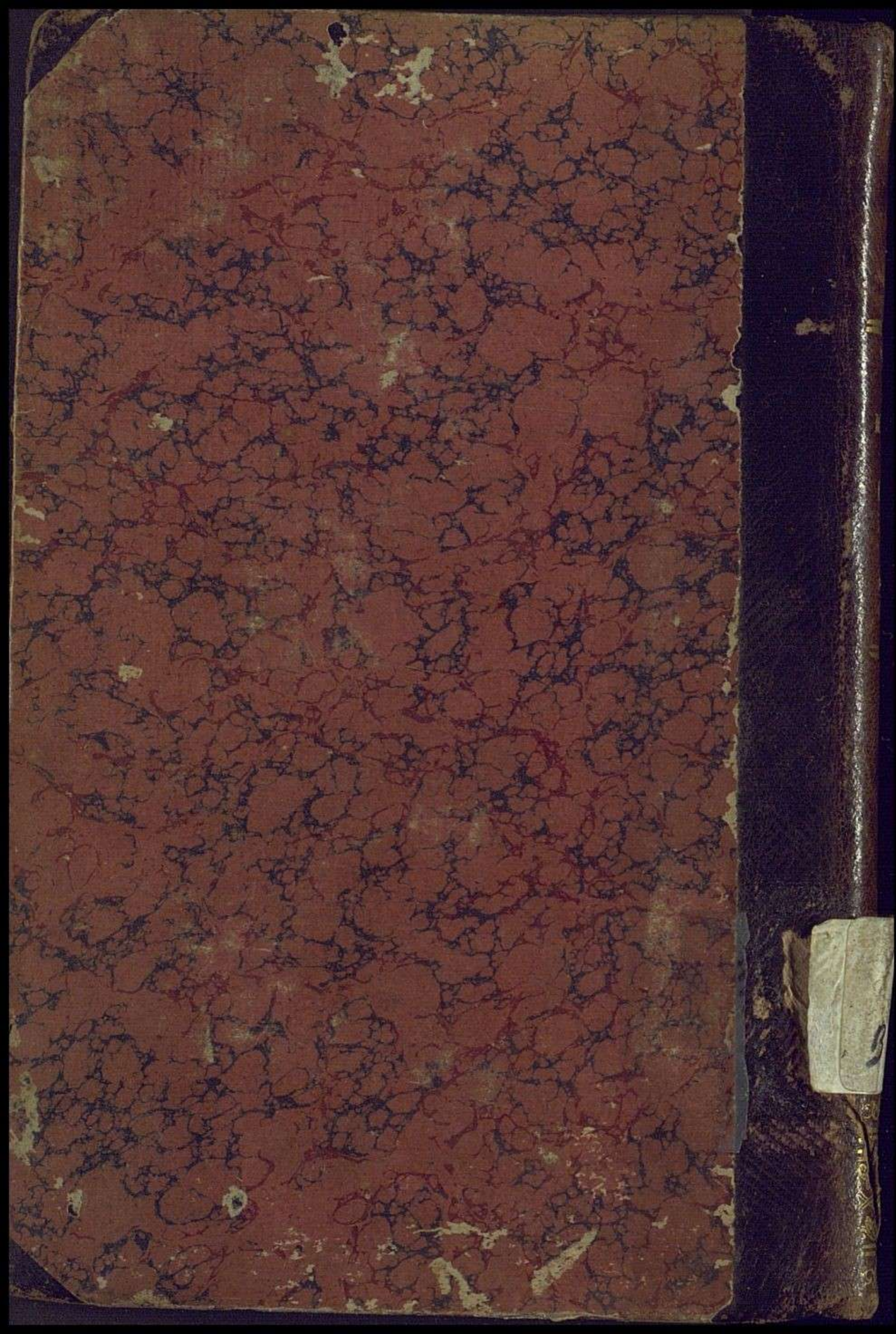














LOS
MISTERIOS
DE PARIS



3



126
B-2-25

